

MARINA DÍAZ

A woman in a white dress and black heels stands against a teal background, holding a large, fluffy white cloud in front of her. The cloud is the central focus, and the title text is overlaid on it.

LO QUE BERTA NO SABE

La verdad más oculta es la
que no quieres descubrir

**LO
QUE
BERTA
NO
SABE**

MARINA DÍAZ

Título original: Lo que Berta no sabe

Primera edición: mayo 2024

© Marina Díaz, 2024

© de esta edición: Marina Díaz, 2024

© Portada: aaniyah.ahmed en 99designs

© Corrección: Javier Arroyo

Todos los derechos de esta edición reservados para Marina Díaz.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación y otros métodos sin el permiso previo y por escrito de esta autora. Quien infrinja estos derechos podrá ser sancionado por la Ley.

ISBN: 978-84-09-61447-9

*A Marta, por el lujo de compartir tanto pasado y tanto presente.
Porque nuestra amistad, como el Santa Catalina, no se acaba nunca.*

*The world owes a great debt to all those who have, from a state of exceptional awareness,
preserved stillness for us to hold.*
—Dan Winter

Primera parte

Capítulo 1

Berta miraba a Matt, y Matt miraba los siete test de embarazo, dispuestos uno junto a otro como los educados niños de *Sonrisas y lágrimas*.

Tenían escrita la fecha. Día a día, la línea que indicaba el positivo se hacía cada vez más débil, como en las gradaciones de color de un muestrario de pintura.

Examinarlos más tiempo no iba a cambiar la realidad: habían perdido al bebé, que ni siquiera era un bebé; era un *embarazo químico*, según Google. Berta metió las manos en las mangas del jersey, cruzó los brazos sobre su estómago y dejó que el alivio se deslizase por su cuerpo como las duchas tibias que se daba en verano cuando subía demasiado tarde de la piscina. La nuca de Matt cada vez se inclinaba más y ya estaba casi paralela a la mesa.

No estaban intentando tener hijos. Aquel positivo había sido una sorpresa, y ella había tratado de tomárselo con deportividad. Cada mes, se despistaba un par de días con la píldora, así que tarde o temprano tenía que ocurrir.

Se justificó frente a sí misma. No estaba triste porque no le había dado tiempo de hacerse a la idea. Ya el primer día, la línea le había parecido muy débil y no quiso hacerse ilusiones. Su intuición le había dicho que algo iba mal. ¡Eso era!: su intuición maternal. Era tan buena madre que enseguida se había dado cuenta de que no lo sería, y por eso no había llegado a entusiasmarse con aquel embarazo.

Pero lo cierto es que había rezado para que aquella línea jamás se convirtiera en bebé. Fue el deseo que pidió la primera noche, mientras Matt proponía nombres que se pronunciaran igual en inglés que en español: «Que me levante mañana y haya sido un sueño. Que me despierte y todo haya sido un error».

Así que, al día siguiente, cuando volvió a hacer la prueba y vio que la línea estaba aún más clara, no pudo evitar sentirse responsable.

No tenía que haberse repetido el test. Seguro que no era lo que hacían las demás. Las otras mujeres permitían que la naturaleza siguiera su camino e iban tranquilamente a la ecografía de las doce semanas, sin esperar ver otra cosa ahí que un embrión vivo. Ella se había hecho el test de nuevo porque no se lo acababa de creer, así que la naturaleza, molesta como un artista al que meten prisa, había decidido no embarcarse en aquel proyecto.

Cuando despertó a Matt con la segunda prueba de embarazo en la mano, él no la tranquilizó diciéndole que sería un problema del fabricante. Saltó de la cama, hizo un par de búsquedas en Google y salió inmediatamente a buscar una farmacia de guardia, de la que volvió con cinco test ultrasensibles.

—Tienes que hacerte uno de estos cada mañana durante los próximos días. Así sabremos si la hormona está aumentando.

Era tan fácil imaginárselo como padre. Cuando el niño tuviera unos meses y empezara a gatear, también se levantaría temprano a la mañana siguiente, volvería del Leroy Merlin con una bolsa repleta de cierres de seguridad y tapones para los enchufes y, en un par de horas, su casa sería la más segura de Málaga. Imaginarse a su propio hijo gateando la llenó de orgullo. Ya lo estaba asimilando. Estaba preparada. La naturaleza se daría cuenta de que lo del primer día había sido un despiste y le devolvería una línea gruesa y rotunda.

A la mañana siguiente, sin embargo, la línea era aún más débil. Matt insistió en seguir cuatro días más; Berta no sabía muy bien de dónde había sacado la idea de que tenían que ser siete, pero

cumplió con las instrucciones como si fuera la repesca de aquel examen de maternidad cuyo primer parcial había suspendido.

Matt apoyó la cabeza en la mano y suspiró. Después, tiró de un manotazo los siete palitos, se levantó de la silla y se encerró en el dormitorio.

Berta se agachó junto a la mesa. Matt siempre decía que no hacía ruido al moverse, y ella no sabía aún si era un atributo encantador de personaje de cuento o algo molesto que debía dejar de hacer. Recogió uno por uno los test del suelo y los tiró a la basura junto con la cartilla de embarazo que le había dado el médico de cabecera. Recordó las palabras del hombre cuando le contó sus dudas:

—Anda, mujer, tranquila. No mires más cosas en Internet y todo saldrá bien. Y si no es este, pues ya vendrá otro.

Tenía razón: ya vendría otro. Todavía eran jóvenes, ¿por qué tanta prisa? Y si lo planificaban bien, estaría preparada. Se pondría contenta.

«No me lo creo —decía la voz en su cabeza—. Sabes que no. Aunque lo planifiques, no vas a cambiar lo que pasó». «Que sí —respondía la otra Berta, la sensata y optimista—. Que puedo superarlo. Solo necesito un poco más de tiempo».

Fue hasta el dormitorio, intentando pisar fuerte para no asustar a Matt, y llamó a la puerta.

—¿Se puede?

Esperó unos segundos y abrió. Matt estaba tirado bocarriba con la mirada fija en el techo.

—¿Qué pasa? —Berta se tumbó a su lado y le acarició la barbilla con el dedo.

—Nada. No sé.

¿Debería contarle la verdad? Trató de imaginarlo. Casi seguro que lo entendería, pero había una pequeña posibilidad de que no lo hiciera, de que se lo tomara como algo personal, o pensara que estaba loca, o le echara la culpa de haber saboteado inconscientemente el embarazo. Además, si le explicaba la razón de sus dudas, no tendría más remedio que hacer algo, y ella no quería hacer nada. Solo esperar.

—Me lo habría llevado a hacer surf.

Admiró su capacidad de saltarse todos los detalles molestos y proyectarse a unas vacaciones del futuro. Esa era una de las cosas que más le habían gustado de Matt al conocerlo: su optimismo. Le habría encantado envasarlo en píldoras y tomarse un par cada mañana.

—Bueno, todo llegará. Es mejor esperar un poco. No habríamos podido viajar conmigo embarazada.

Se arrepintió enseguida de sus palabras porque no estaba siendo empática. Matt era programador informático, pero tenía un curioso interés por algo llamado Comunicación No violenta. Lo había conocido mientras daba un taller sobre el tema en un *coworking* de Cracovia y, desde entonces, era dolorosamente consciente de cada vez que, como él decía, «bloqueaba la comunicación en la pareja». Trató de recordar qué error había cometido: tenían una lista colgada en la puerta de la nevera. «Abogado del diablo», se dijo, por fin, con cierta satisfacción.

—Pensaba que no querías dos bodas.

Iban a casarse dos veces: en Málaga y en Nebraska, en el pueblecito donde se había criado Matt. Parte de ambas familias viajaría en las dos direcciones. Matt tenía razón en que Berta no quería dos bodas, pero tampoco quería empezar con mal pie la relación con su suegra, una republicana del Medio Oeste con un solo hijo varón.

—Sí, pero a ti te hace ilusión, ¿no?

Matt no dijo nada. Otro error. Si a él le hacía ilusión, quería decir que a ella no, y ¿qué clase

de novia no se casa ilusionada? En realidad, sí que quería casarse, o, más bien, quería estar casada. Era la logística de la boda lo que le agobiaba, y eso era normal, ¿no? Por el amor de Dios: sus cuñadas le habían preguntado si quería cisnes.

—De hecho —dijo Matt, y Berta notó un cambio en su voz—, ¿y si empezamos ya a intentarlo? Tú no quieres dos bodas, y yo no quiero esperar más. Tengo treinta y ocho años. Si lo aplazamos, tendré cuarenta para cuando nazca el bebé. Con suerte.

Esta vez, Berta se mordió la lengua y filtró las respuestas que llegaban a su cabeza. Opción uno: «Los cuarenta son los nuevos treinta». Mal. *Menospreciar sentimientos negativos*. Opción dos: «Yo tengo treinta y dos años, y tu crisis de la mediana edad no es mi problema». Fatal. No estaba segura de que aquello apareciera siquiera en la lista del frigorífico. Por fin, se decidió:

—¿No te parece que es demasiado precipitado? —No estaba mal. Mostraba curiosidad, ¿verdad? ¿O era una *pregunta capciosa*? Tenía que repasar la dichosa lista.

—Hasta que nazca el bebé, tenemos tiempo más que sobra.

—Más que *de* sobra.

Matt pareció sorprendido por la corrección, pero era él quien insistía en que no le dejara pasar ni una. Cuando lo conoció, hablaba ya un español decente por el año que había pasado de intercambio en Salamanca; ahora parecía estar haciendo un máster en malagueño profesional. Durante unas aterradoras semanas, hasta empezó a cecear, hasta que el cachondeo de las hermanas de Berta lo convenció de que parase.

—De sobra, *whatever*. Venga, di que sí. —Matt la atrajo hacia su cuerpo—. Va a ser genial. Una nueva aventura.

Cada vez había menos luz en la habitación, y forzar los ojos en la penumbra estaba empezando a darle dolor de cabeza.

«Ahora es cuando se lo cuentas —se dijo—. Va, Berta. Explícaselo. Explicárselo te dará algo de margen». Solo necesitaba esperar un poco. Habían pasado quince años desde que pasó todo, pero apenas llevaban un mes en Málaga y era volver allí lo que lo había empeorado. Le hacía falta tiempo.

Por otra parte, un embarazo duraba nueve largos meses. Matt tenía razón: era *tiempo más que sobra*. Quizá podía volver a meditar. Sí, era una idea estupenda: meditaría utilizando la técnica aquella que había aprendido en el retiro de Birmania y sanaría sus traumas con su bebé dentro. No tendría que explicar nada, Matt estaría contento y no creería que iba a casarse con una loca.

Tomó aire.

—Vale. Empecemos. Pero tenemos que ir al ginecólogo primero. Que confirme que está todo bien.

—¡Esa es mi chica! —Matt la besó en la parte superior de la cabeza—. Luego vamos a urgencias y que te vean allí.

De repente, a Berta le entró mucho calor. Se levantó de la cama.

—Voy al baño —dijo.

Igual había una tercera opción: una mentira piadosa que los dejaría contentos a los dos. Ella tendría el espacio que necesitaba y podrían casarse en Nebraska, con cisnes y todo. Matt se alegraría, en el fondo, porque tendrían ese recuerdo para siempre y a su madre contenta como unas castañuelas. Solo serían un par de meses. Todavía daba tiempo a que el bebé naciera antes de que Matt cumpliera los cuarenta.

Cerró con pestillo y abrió el cajón donde descansaban los anticonceptivos del mes siguiente, todavía sin abrir. Recordó a su madre cuando fueron juntas a la farmacia a comprar su primera

caja a los quince. La blandió exclamando entusiasmada: «Esto es lo que nos da poder a las mujeres. Que no se te olvide nunca».

Ella no quería tener poder sobre nadie; solo necesitaba un poco de meditación y quizá un par de suplementos. Había oído que la hierba de San Juan iba estupendamente para el ánimo y no quería que afectara al bebé. Lo estaba haciendo todo por el bebé: iba a ser una madre estupenda.

Acarició la caja con un dedo y la escondió en su estuche de maquillaje.

Capítulo 2

Berta siempre había querido ser noruega. O sueca, o danesa; de un país nórdico lleno de gente silenciosa y tranquila que iba a lo suyo, con vidas ordenadas y jardines impolutos. En vez de eso, le había tocado ser de Málaga, aquella ciudad vocinglera y abarrotada donde ni siquiera la tele se veía en silencio.

Matt sí que estaba hecho para la vida mediterránea. Repantingado en el sofá de sus padres, comentaba entusiasmado con su madre la última serie española sobre la Guerra Civil.

—Qué bien se lo pasan, ¿eh? —Su padre llegó de la cocina con el café en una bandeja y se sentó frente a ella en la mesa del comedor—. Bueno, cuéntame un poco más de ese estudio que has alquilado.

Berta parloteó sobre la de posibilidades que ofrecía y lo céntrico que estaba, aunque, en realidad, era un semisótano oscuro con aire de refugio terrorista. A Berta lo de la luz no le importaba, porque para fotos de interior, trabajaba con focos y casi mejor no tener que estar preocupándose por las ventanas. Además, tenía un cuartito insonorizado que los antiguos inquilinos habían usado de estudio musical y que ella podía utilizar para revelar sus fotos. Lo único importante era tener un sitio suyo al que poder escaparse unas cuantas horas al día.

A la agente inmobiliaria casi se le saltan las lágrimas al firmar el contrato. No debía de ser fácil colocar un local como aquel. Le preguntó a Berta por su trabajo como fotógrafa, y ella, para variar, se quedó bloqueada y salió del paso con un «retratos y eso». No era mentira, pero quedaba muy lejos de la verdad.

Todavía hoy, con varios libros publicados, un montón de premios prestigiosos y las redes sociales echando humo, Berta no terminaba de creerse su éxito. Mientras estudiaba Bellas Artes, se había dado de alta en Flickr, una primitiva red social para fotógrafos, y en pocos meses la había contactado Nike para que trabajara en una de sus campañas.

Se había quedado un rato mirando el mensaje, preguntándose si era una broma pesada, y la amable directora de la campaña había tenido que explicarle por teléfono que no, que la cantidad de visitas y comentarios que acumulaban sus imágenes en Flickr no era normal. Viajó a Nueva York para trabajar con Nike y a los veintitrés ya vivía en Manhattan (en un cuchitril sin ventanas a la calle y con olor a fritanga, pero en Manhattan) y alternaba encargos para revistas con colaboraciones de publicidad y proyectos propios.

Poco después, aquella vida adulta y cosmopolita le había abrumado un poco y decidió irse a viajar de mochilera por el sudeste asiático. Apareció Instagram, empezó a usarlo y, a partir de una intempestiva diarrea de su novio de entonces, publicó unas series sobre viajeros que se volvieron virales cuando lo viral apenas era un concepto. Desde entonces, alternaba los viajes con períodos de trabajo en Nueva York, donde compartía estudio con un excompañero de una revista, y, aunque no era millonaria, vivía muy bien de lo que para la mayoría solo era un pasatiempo caro.

Su carrera como fotógrafa era uno de esos extraños casos de ascensión ininterrumpida, un mirlo blanco sin contratiempos ni períodos de sequía. La primera vez que tuvo una cámara entre las manos, supo que había nacido para hacer aquello, y, para su sorpresa, el mundo le había dado la razón.

—Estupendo, hija, pues me alegro mucho. —Su padre sirvió con cuidado el café en dos tazas y se bebió la suya casi sin respirar.

Mientras esperaba a que el café se enfriara y lo escuchaba a medias criticar al Gobierno («estos ni son socialistas ni son nada»), Berta miró el mapa sobre el sofá. Años atrás, cuando empezó a viajar, sus padres habían comprado un gran mapa del mundo en el que podían rascar, como en un boleto de lotería, cada uno de los países que visitaba. Igual que otros padres se sienten orgullosos de que su hijo sea notario o dentista, a los suyos les encantaba que ella fuera una mochilera sin destino fijo. Las inclinaciones jipis de su propia juventud se habían acabado con el primer embarazo de su madre, así que llevaban años viviendo a través de Berta. Aunque ahora repitieran lo contentos que estaban de tenerla de vuelta, estaba claro que los había decepcionado.

Observó los países revelados con esmero por las uñas largas y siempre pintadas de su madre. Uno de sus primeros pensamientos al visitar Rusia había sido que su pobre madre tendría que pasarse un montón de rato rasca que te rasca. España se veía tan pequeña en comparación con todo lo demás. Todavía podía recordar, como si fuera ayer, la sorpresa que la invadió de niña cuando aprendió el poco espacio que ocupaba su país en el planeta.

«Ya rascarán de nuevo», pensó. La vida no se acababa por tener hijos, y viajarían con el bebé cuando ella se sintiera preparada para tenerlo. Por otra parte, ¿no era justo lo contrario de lo que pretendía volviendo a Málaga? Estabilidad. Echar raíces.

Lo de vivir fuera de España, después de todo, había sido transitorio. Nadie viaja para siempre. No quería ser como Cate, la inglesa al borde de los cincuenta a la que había conocido en un hostel de Seúl, que estaba soltera por elección, según ella, y había tratado sin éxito de ser madre al cumplir cuarenta. «Me dijeron que mis óvulos no se habían enterado de que soy joven de espíritu», bromeaba. Aunque parecía feliz, Berta no podía evitar percibir en ella un aire de callada desesperación. Durante las semanas después de conocerla, la sensación de no estar donde le correspondía se había hecho cada vez más fuerte.

Entonces, como caído del cielo, llegó Matt.

Intentó tomarse el café tal cual, pero estaba amargo como el infierno, así que desistió y se levantó a por agua caliente. Cuando volvió, sus padres discutían con entusiasmo.

—Que me da igual lo que opines, que tú, si te vas con otra, me lo cuentas —decía su madre moviendo mucho las manos, llenas de anillos.

—¿Con quién me voy a ir, mujer?

—Esa no es la cuestión. Hay que ser sinceros. Además, yo ya te he dicho muchas veces que, si quieres que tengamos una relación abierta, la tenemos.

—¡Mamá! —Berta se tapó los oídos, medio en broma, medio en serio, y después hizo una mueca en dirección a Matt que significaba «¿y a estos qué les pasa?».

—Es la serie. —Matt señaló a la pantalla—. Joaquín le ha puesto cuernos a Teresa y no sabe si decírselo.

Para ver la telenovela solo cuando comían con sus padres, Matt seguía el argumento con admirable precisión. Berta sospechaba que la ponía cuando ella no estaba.

—Y yo digo que prefiero enterarme de las cosas a ir dándome con los cuernos en el quicio de la puerta. —Su madre se puso las manos sobre la cabeza como si fueran astas.

—Pues muy bien, cariño. Yo te lo digo. —Su padre suspiró y cogió la cafetera para servirse otra taza.

—Yo también quiero saberlo, Berta. —Matt, risueño, les seguía la corriente. Era irritante que se llevaran tan bien.

—Ah, pues yo no.

En cuanto lo dijo, se arrepintió. ¿De dónde había salido eso?

—¿Qué quieres decir?

Berta se encogió de hombros.

—No sé, no le veo ningún beneficio. «Ojos que no ven, corazón que no siente». Es un refrán español —aclaró.

—Pues yo creo que la verdad es lo más importante. «La verdad os liberará», dice la Biblia. La Biblia gana al refranero.

Hasta donde ella sabía, Matt no era creyente. Y, en cualquier caso, ¿qué se creía que era aquello? ¿Piedra, papel o tijera?

—«La verdad os hará libres» —corrigió—. Pero no sé si estoy de acuerdo. ¿No crees que hay cosas que es mejor que no se sepan?

—Absolutamente no.

Matt era un hombre de valores firmes. «¿No es un poquito... rígido?», había dicho su hermana Paz cuando lo conoció. Pero no, en absoluto: le gustaba que fuera honesto y leal, desde el día que lo vio por primera vez en aquel taller de Comunicación No Violenta. Se acercó a él al terminar con la excusa de aclarar un par de dudas y se quedaron charlando hasta las tantas, y aunque aquel primer día no pasó nada, se fue a dormir con la sensación emocionante de que le gustaba aquel hombre.

A la mañana siguiente, sin embargo, se levantó con el estómago encogido, como con resaca, así que estuvo todo el día fuera del hostel con la cámara a cuestas para despejarse. A la vuelta, descubrió que le habían robado. Se había olvidado de echar la llave y alguien había entrado a la habitación; por suerte, llevaba consigo todos sus objetivos y el pasaporte. Matt la vio llorando en el vestíbulo del hostel, la acompañó a comisaría, se aseguró de que estaría bien y rechazó su intento de beso antes de dejarla en el hostel. «Estás en un momento emocionalmente vulnerable», dijo.

Era un gran hombre. Un buen hombre. Además, resultaba atractivo de una forma discreta: un Clark Kent que parecía inofensivo con sus gafas, pero que, de repente, se las quitaba, se pasaba la mano por el pelo y mostraba unos brazos que podían levantarte sin esfuerzo.

No tenían que preocuparse por contarse o no que se habían puesto los cuernos, porque ella jamás le sería infiel y habría puesto la mano en el fuego porque él tampoco.

—Vamos a dejarlo, es una tontería. —Dio un sorbo a su café y se quemó. Tendría que haberle echado agua fría.

Matt tomó aire para hablar, pero después se calló y apretó los labios.

—Oye, ¿y cómo va la boda? —su madre sabía cambiar de tema cuando era necesario.

—Bien.

La de España avanzaba, más o menos, y, por suerte, la de Nebraska la estaban organizando las cuatro hermanas de Matt. De vez en cuando, aparecían en el grupo de wasap fotos de pasteles o de centros de mesa para que eligiera, pero la mayoría lo resolvían con un «*we've got it, don't worry*».

—¿Y después? ¿Os cambiáis de piso?

—Estamos pensando en un chalet, pero igual nos esperamos un poco y compramos —dijo Matt.

¿Quién estaba pensando en un chalet? No recordaba que hubieran hablado del tema, aunque era lo más lógico, ahora que iban a tener hijos. Matt se había criado en el Medio Oeste americano y no iba a dejar que sus niños crecieran sin jardín. A Berta tampoco le gustaba el piso en el que

estaban, que era demasiado grande y muy desangelado, pero tenía delante una parada del autobús que la dejaba al lado de su nuevo estudio, en una callecita lateral del Soho.

No importaba: cuando estuvieran en el chalet, usaría el coche. Sacaría uno de esos abonos para el aparcamiento de la plaza de la Marina y solucionado.

—O igual nos vamos de Málaga —las palabras salieron de su boca sin permiso. ¿Por qué había dicho eso, si estaba pensando en un abono de aparcamiento? Matt la miró con cara de no entender nada—. Quiero decir que todavía no es seguro, ¿verdad? A Matt le han ofrecido un trabajo en San Francisco.

Las caras de sus padres se iluminaron. ¡San Francisco! ¡Viajes transoceánicos para ir a verla! ¡Nietos bilingües! Por eso lo había dicho, para satisfacer a sus padres. Habría alguna teoría psicológica que lo justificara, seguro. ¿Su niño interior?

—Pero ya les he contestado que no —protestó Matt.

—¡No me lo puedo creer! —su madre los sobresaltó a todos—. ¿Cómo se les ocurre matar a Teresa?

En la televisión, una mujer rubia yacía en el suelo con un charco de sangre bajo su cabeza. Berta fingió interesarse en el argumento, y su padre se levantó a por más café. Matt siguió mirando a Berta unos segundos; después, apretó brevemente el brazo del sofá y giró también él la cabeza hacia la pantalla.

La conversación solo estaba dormida, y Berta lo sabía: como las hojas de los árboles en los países tropicales, que esperaban durante la estación seca y explotaban de golpe en cuanto empezaba a llover.

Volvieron a casa por el paseo marítimo, aunque, con lo cerca que vivían de sus padres, bajar hasta la playa suponía casi doblar el recorrido. Matt caminaba con la cabeza un poco gacha, dando pataditas a un guijarro que se había apañado para llegar hasta la acera.

¿Cómo sería ver aquel paseo como lo veía él, como un lugar nuevo sin imágenes de su pasado? Para Berta, cada esquina estaba llena de recuerdos. El banco donde sus amigas y ella se sentaban a comer camperos en las noches de verano. La playa donde pisó un erizo que hizo que se pasara medio verano cojeando. Las charlas nocturnas en los espigones con la luz hiriente de los sardineros a lo lejos.

En sus buenos momentos, se alegraba de haber vuelto, como el que retoma una novela que ha dejado un tiempo aparcada. En los malos, pensaba que era imposible que construyera una nueva vida ahí. No cabía.

—San Francisco está lleno de vagabundos —soltó Matt, por fin, sin mirarla.

Berta se contuvo para no recordarle que ya lo sabía porque había estado varias veces. Sugerir San Francisco había sido poco inteligente: Silicon Valley había traumatizado a Matt. Lo que él quería era una vida tranquila en una ciudad pequeña: exactamente el tipo de vida que Berta llevaba deseando con ardor las dos semanas anteriores a conocerlo.

—A ver —continuó, al ver que ella no decía nada—, es que pensaba que esto ya lo hemos hablado.

Después de algunas semanas viajando juntos y de la inesperada pedida de mano en la playa de Nha Trang, lo de irse a vivir a Málaga lo habían decidido en cinco minutos, porque Matt asumió que ella no iba a aguantar ni medio invierno en Nebraska y a él le hacía ilusión la vida en el sur. Tenía sentido. Málaga era el único hogar que Berta había conocido.

—No sé, es que, después de tanto tiempo por ahí, me preocupa que... nos aburramos. Esto — Berta señaló con un gesto el paseo y la arena de la playa— es lo que es.

Era un argumento absurdo, porque Matt estaba encantado con Andalucía en general y con Málaga en particular. Le gustaba ir caminando a los sitios, los geranios, las señoras tomando el fresco enfrente de las casas y el olor a humo de los espeteros. ¡Si hasta había aprendido a hacer gazpacho! Le quedaba fatal porque se pasaba con el vinagre, pero lo que contaba era la intención.

—¡A mí me gusta Málaga! Y, además, nosotros ya no somos importantes. Esto es importante. —Matt le puso una mano a Berta en la barriga, y, por un momento, ella pensó que igual se había quedado embarazada de nuevo y no se acordaba—. Nuestros futuros hijos. Quiero que crecen aquí y se ponen morenos. Que van a tu colegio.

—Cuidado con el subjuntivo.

Matt arrugó el entrecejo y trató de conjugar los verbos mientras Berta pensaba que lo del moreno era difícil: había pasado toda la vida lidiando con ser rubia en aquel clima, embadurnándose de crema y, aun así, quemándose un verano tras otro, y Matt también era muy pálido. Parecía como si se imaginara ese futuro con otra.

En cuanto a lo de llevar a sus hijos al Santa Catalina, sí, era la opción más obvia: el colegio católico, enorme y respetable al que habían ido sus hermanas y ella. Un buen colegio y, sobre todo, una institución sólida que, si querías, estaría ahí para respaldarte toda tu vida.

Berta no sabía si quería.

—Bueno, perdona, ha sido una tontería. Se me ha ocurrido, ya está. Pero tienes razón, estamos bien aquí.

Iba a estar bien en algún momento, ¿verdad? Después de todo, había crecido en aquel barrio, se había criado comprando chucherías en el mismo quiosco en el que Matt encargaba cada domingo el SUR porque no quería quedarse sin el coleccionable: unas fotos de Málaga a principios del siglo XX que pretendía enmarcar y colgar en la casa nueva.

Nada la había preparado para el terror subterráneo que llevaba con ella desde que habían abierto las maletas. Caminaba por la calle con la cautela de alguien a quien están persiguiendo, saltaba con cualquier ruido y, cuando la segunda raya del test del embarazo había explicado aquel retraso tan raro en ella, se le había caído el alma a los pies.

Caminaron en silencio hasta la casa. Al entrar, Berta sintió un renovado aprecio por el olor a humedad y las horribles baldosas, como si ya se estuviera despidiendo de todo para mudarse al futuro chalet.

Matt se metió en el baño y asomó la cabeza un minuto después.

—¿Has visto el...? ¿Cómo se dice...? ¿Floss?

—Hilo dental. Creo que hay uno en mi estuche de maquillaje.

Se dio cuenta del error un segundo demasiado tarde, y cuando abrió la boca para arreglarlo, Matt apareció de nuevo con el blíster de anticonceptivos.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Trae. —Berta alargó la mano—. Es el ácido fólico. Menos mal que me lo has recordado.

No iba a colar y lo sabía. Matt era el tipo de hombre que leía la póliza del seguro de viaje y los prospectos de los medicamentos. Hacía que se sintiera cuidada, con la tranquilidad de que no iba a sucederle nada malo.

—¿Sigues tomando la píldora?

Se había puesto muy pálido.

—Lo siento.

—¿Por qué me has mentido?

De pronto, a Berta se le cayó encima todo el cansancio del día. Se derrumbó en el sofá y enterró la cabeza en las manos.

—¿Quieres esperar un poco más? —Matt se acercó y se sentó a su lado—. ¿Hasta después de la boda?

Se planteó coger el guante que le estaba lanzando y decir que sí, que era eso: no quería casarse embarazada porque España seguía siendo un país muy tradicional. Pero Matt había visto a sus padres bailando danza africana en el salón y no se lo tragaría, y aunque lo hiciera, seguir mintiendo solo aplazaba el problema.

—No sé si quiero tener hijos. Ni después de la boda ni nunca.

Era como tomar una bocanada de aire después de un rato buceando.

—Pero... Ya lo habíamos hablado. No entiendo.

Como siempre que se ponía nervioso, Matt se había quitado las gafas para limpiarlas. Lo intentó sin éxito con la esquina de la camiseta, gruñó al ver que era peor y, por fin, sacó de un cajón un botecito de líquido y lo pulverizó sobre los cristales.

—No sé, supongo que... me agobia la pérdida de libertad. Estábamos viajando, haciendo nuestra vida, y ahora, de repente, me veo aquí, yendo a comer con mis padres los domingos, viviendo al lado de mi antiguo colegio. Me estoy agobiando.

Esa historia sonaba más normal. Cualquiera habría podido entenderla sin pensar que estaba mal de la cabeza. Se rascó los dedos y se dio cuenta de que había vuelto el eccema que le salía en épocas de estrés. Extendió las manos frente a sí: quizá, si Matt veía que estaba angustiada, que lo estaba pasando mal, sería más compasivo con ella. Para eso servían las enfermedades psicosomáticas, ¿no?

—¿No era esto lo que quieres? —Matt ignoraba sus dedos.

—Sí, pero...

No supo cómo continuar. Matt había terminado de limpiarse las gafas y se las puso de nuevo.

—Entiendo que esto no es lo que buscabas —dijo Berta—. No es el trato que habíamos hecho. Cerró los ojos, como esperando recibir un golpe.

—Voy a salir un rato —contestó él.

Cuando se cerró la puerta, Berta gimió bajito con los párpados apretados; después, se levantó y empezó a dar vueltas por la casa, sin saber muy bien qué hacer.

Se permitió imaginar que Matt la dejaba. Habría un poco de drama: cancelar las bodas, vaciar el piso. Ninguno de los dos había acumulado demasiados trastos. ¿O él se quedaría allí? La casa era horrible, pero estaba muy cerca de la playa. ¿Y después? Se imaginó en la web de Kayak buscando un vuelo barato, y su estómago se llenó de un cosquilleo familiar.

Cuando sus hermanas y ella eran pequeñas y no querían recoger la habitación, su padre les decía: «No vais a tener más ganas luego». Si Berta no lo hacía ahora, si no se casaba con Matt, se quedaba embarazada y se mudaba a un chalet, no iba a tener más ganas luego.

En algún momento tendría que enfrentarse a los fantasmas.

La bolsa con recipientes de comida que le había dado su madre estaba todavía en el suelo de la cocina, así que decidió hacer algo útil y meterlos en el congelador. Sacó el primero: unas albóndigas que olían a sofrito de ajo, pimienta y cebolla aun con la tapa cerrada.

Entonces se acordó: los olores. Después de años viajando, estaba cansada de que el mundo oliera tan distinto. Ella quería el aroma a caldo de puchero, a ajo dorándose en aceite de oliva, a

sardinas y crema solar. Lo anotó en una imaginaria lista mental: 1) *No ser como Cate, la inglesa solitaria*; 2) *Echar raíces*; 3) *Hacer feliz a Matt, gran futuro marido, mejor futuro padre*; 4) *No vas a tener más ganas luego*; 5) *Olores familiares*.

Era una lista respetable con un montón de buenas razones para instalarse allí, y en el otro lado solo había un ítem: un pequeño, minúsculo borrón de tinta en una vida que, por lo demás, estaba bastante bien. No podía darse por vencida tan rápido y perder a Matt por algo como aquello. Tenía que decir la verdad y darle la oportunidad de que lo entendiera.

Cuando volvió, ya había tomado una decisión.

—Pasó algo —dijo, antes incluso de que a Matt le diera tiempo a soltar las llaves—. Cuando tenía diecisiete. Algo muy malo.

Capítulo 3

El detalle que le llamaba más la atención a todo el mundo era el colacao, así que Berta había aprendido a dejarlo fuera de la historia. Sin embargo, era un colacao lo que estaba tomando cuando sus padres vinieron a buscarla. Se lo había puesto el dueño del bar donde apareció aquella mañana, una tasca mugrosa en el barrio de El Palo a la que no sabía cómo había llegado.

Antes de eso, había estado treinta y seis horas desaparecida. Poco tiempo, sí, pero ella era Berta Berral: durante su adolescencia, se agarraba a otros como un esquiador acuático a una lancha motora, así que desaparecer era un acto de una individualidad que nadie la creía capaz de hacer. Todos pensaron lo peor.

Cuando la encontraron y se la llevaron al hospital, estaba hasta arriba de alcohol, cannabis y benzodiacepinas, y Amanda, una amiga del colegio, dijo haberla visto de lejos en un bar. No había señales de violencia, así que todos (padres, amigos y policía) se pusieron de acuerdo en que había salido de fiesta y se había pasado de rosca.

—Pero yo estoy segura de que ocurrió algo —dijo, mientras Matt la miraba inmóvil desde el otro lado de la mesa de la cocina.

Hacía tanto que no contaba la historia que se le había olvidado cómo se sentía cuando lo hacía: torpe y confusa a la vez. Le vino todo a la memoria: la comisaría, las preguntas, dormir durante horas y ver a su madre sentada junto a ella cada vez que se despertaba. «¿Me lo estoy inventando todo?», pensó. No sonaba tan terrible cuando lo contaba en voz alta.

—¿Y no te acuerdas de nada?

Berta negó con la cabeza.

—Lo último que recuerdo es estar en mi casa escuchando música después de clase.

Matt parecía debatirse entre mostrarse comprensivo y preguntarle qué narices tenía eso que ver con sus futuros hijos.

—La cosa es que el miedo no se me va. Pensaba que sí, pero creo que es solo porque estaba viajando por ahí. Distraída, supongo. Pero ha sido llegar aquí y ha vuelto todo de golpe.

Tomó aire y, por fin, soltó lo que llevaba semanas pensando:

—¿Cómo voy a tener un hijo si estoy mal de la cabeza?

Matt seguía con pinta de no entender nada, así que continuó:

—¿Y si lo de la desaparición me ha causado algún trauma oculto? ¿Qué pasa si tengo ese hijo y... hago una tontería? Muy bien no puedo estar si volver a Málaga me ha hecho perder los nervios de esta forma. Lo siento —negó con energía y apretó los labios—. No estoy preparada para ser madre.

Las arrugas del entrecejo de Matt formaban una cruz, como un estigma.

—¿Preferirías vivir en otro sitio?

—El problema no es Málaga. —Berta seguía jugueteando con las llaves, hasta que Matt se las quitó con suavidad y las guardó en el mueble del recibidor—.irme de aquí no cambia el hecho de que estoy como una cabra. Y si tenemos hijos, además, no va a ser tan fácil. Querré estar cerca de mi familia. Necesitaremos ayuda. Y a ti te encanta esto.

Matt asintió en silencio mientras caminaba despacio por la cocina.

—¿Y si averiguas qué pasó? —preguntó por fin.

—¿Qué?

—Tu recuerdo es un monstruo en un armario. La solución es sacar una linterna, mirar dentro y

darse cuenta de que no hay monstruo.

Parecía orgullósísimo de sí mismo.

—¿Y cómo se supone que se hace eso? Ya he intentado acordarme muchas veces.

No era del todo verdad. La historia estaba enterrada en lo más profundo de su mente, y cuando algo la traía a la superficie (cuando, por ejemplo, pasaba por delante de la tasca del colacao), volvía a empujarla al fondo.

—No sé... A lo mejor puedes preguntar. Ir a la policía, pedir tu expediente y empezar por ahí.

Matt siguió hablando y hablando, inflando de oxígeno la burbuja de miedo. Ella no quería averiguar nada ni hablar del tema; quería levantarse un día y tener la confianza ingenua de que las cosas malas solo les ocurren a los demás.

—Lo que sí sé es que tienes que solucionar esto. —Matt se puso serio de repente—. Tener hijos es importante para mí.

Berta lo miró mientras trataba de respirar despacio y se acordó otra vez de su madre. Tanto rollo jipi, tanta liberación femenina, y al final todo se reducía a aquel lamento tan antiguo como la Biblia: si no me das hijos, no eres nada.

—Lo pensaré —dijo, pero era mentira. Ella no quería pensar nada. Quería tiempo. Quería que Matt le dijera que no pasaba nada: que se lo tomara con calma, que podían ser perfectamente felices sin hijos.

—Bien. —Matt le cogió una mano entre las suyas y sonrió.

Le gustaba su sonrisa. Parecía colocar todos sus rasgos en su sitio. A pesar de lo que piensa la mayoría, es más fácil salir bien en las fotos si te pones serio, sobre todo a partir de cierta edad. Matt, sin embargo, estaba favorecido cuando sonreía, y por eso los retratos que le hacía Berta tenían todos el optimismo aséptico de una foto de archivo.

Le devolvió la sonrisa mientras se preguntaba qué podía hacer para recuperar esa historia, su historia, y meterla de nuevo en algún lugar donde nadie pudiera verla.

Capítulo 4

Lorena estaba convencida de que iban a darle el aumento, y eso le hizo sentirse todavía más idiota.

Lo supo en cuanto Sandra abrió la puerta de la casa y la hizo pasar al salón entre susurros, sosteniendo una taza de un té que olía fatal pero que, como jamás le había ofrecido, se moría de ganas de probar. Siempre hacían el cambio de turno durante la siesta de Cayetana; dependiendo del día, eso le daba a Lorena entre media y una hora para tomar el café que se traía en el termo y mirar el móvil. Lo mejor, sin embargo, era la satisfacción de que Sandra le pagara por no hacer nada. Compensaba un poco los cuatro duros que recibía por cuidar a la intensa de su hija.

Sandra tenía la expresión de quien tiene que hacer algo por tu bien, pero en realidad no quiere. Apoyó su taza en la mesita de centro.

—Pues que hemos decidido que vamos a probar con otra persona.

Lorena se acordó de todos los muertos de la plataforma para buscar niñeras a la que estaba suscrita. Hacía un par de semanas había leído en la web un artículo sobre cómo negociar un aumento de sueldo. «Una familia que ya confía en ti y te conoce estará dispuesta a pagarte más para no tener que buscar a alguien distinto», decía. Te animaba a reconocer lo que valías y hacerte respetar. Por un momento, Lorena se lo había creído: que ella tenía más valor que las otras niñeras para aquella familia porque llevaba un año aguantando a la petarda de Cayetana.

Se equivocaba.

Ahora que sabía que iba a perder el trabajo, solo le veía ventajas. Sandra trabajaba de tarde, y a Lorena le quedaban libres las mañanas para cuidar de Mila, su madrastra, que estaba mucho más tranquila a esa hora. Podía dejarla con la cuidadora por la tarde, para que se encargara a medida que se iba poniendo cada vez más nerviosa, como un niño chico. Además, Sandra no era critica, pagaba a tiempo y se comía lo que sobraba de los purés que Lorena le hacía a la cría, lo que ella tomaba como un cumplido. El marido, Ernesto, pasaba algunas tardes en casa, pero apenas salía del despacho.

Había familias mucho peores.

—Porque, mira, Lorena, en realidad, igual es mejor para ti. —Mientras hablaba, Sandra intentó recogerse el pelo en una coleta. Se lo había cortado hacía un par de semanas y no se acostumbraba. Al darse cuenta, lo soltó y se despeinó la melena con la mano—. Yo creo que tú ya estás en otra sintonía y que ha llegado el momento de que despliegues tus alas.

—Sí, claro. —Por alguna razón, la boca de Lorena estaba sonriendo, como si no se enterase de que acababan de despedirla.

Trató de pensar, pero el lumbago la estaba matando. Había vuelto a hacerse daño moviendo a Mila de la cama a la silla. La cuidadora la cambiaba de postura para que no se le hicieran escaras, pero a ella le gustaba sacarla al solecito por las mañanas o sentarla a su lado a ver la tele, y a veces hablaba con ella aunque no le contestara: Lorena necesitaba hablar como el que necesita hacer pis.

Sandra seguía con la cháchara sobre «frecuencias distintas» y «puertas que se abren». ¿Qué iba a hacer ahora? Poner un anuncio otra vez, claro, pero ¿y si no la llamaba nadie? La pensión de Mila se la gastaba entera en la cuidadora, y de algo tenían que comer. La otra opción era encargarse de su madrastra a tiempo completo, pero entonces ya sí que se habría bajado oficialmente de la vida. Aunque cuidar niños no era la carrera con más futuro del mundo, le

permitía creer que todavía tenía esperanza.

A lo mejor podía escribir a la plataforma de niñeras y explicarles que, por culpa de su artículo, había perdido el trabajo. No la iban a indemnizar, pero igual destacaban su anuncio, o algo. Tenía que quejarse, eso estaba claro, y pedir que retiraran el artículo o, por lo menos, que pusieran una advertencia, como en los anuncios de la Teletienda: «Los resultados pueden variar».

—Mira, es como la historia de la vaca. —Sandra había cruzado las piernas sobre el sofá y sonreía mirando al infinito—. Un sabio visita a una familia pobre que solo sobrevive porque tiene una vaca. Antes de irse por la mañana, el sabio mata a la vaca. Al año siguiente, vuelve y ¡la familia es rica! —Juntó las manos, encantada—. ¿Lo entiendes? ¿No? Bueno, da igual. La cuestión es que tú tienes muchas oportunidades en la vida, Lorena. Una chica como tú, con ese don de gentes, con tu... fuerza.

Lorena se sabía todas las maneras finas de que te llamen «gorda» que se te puedan ocurrir. «Tienes mucha *fuerza*», «eres una persona *que impone*», «eres *grande*». Al final, todo se resumía en lo mismo: en esos veinte kilos de más (al menos, eran veinte la última vez que tuvo valor para pesarse) que llevaba encima desde los doce años. A su espalda ancha, su tripa floja, sus muslos rozándose uno contra el otro.

Sandra parecía haberse quedado sin argumentos y ahora estaba callada, esperando a que Lorena dijera algo.

—Entonces..., ¿hoy ya no me quedo?

«¿En serio?», se preguntó a sí misma. Podría haber pedido un finiquito, haber protestado, haberle tirado por la cabeza el té apestoso aquel, y lo primero que salía de su boca era aquella frase. Una vez más, las necesidades y la vida de Sandra eran más importantes que las suyas.

—No, no hace falta, me he tomado la tarde libre y me quedo con Caye.

En ese momento, como si un director de cine le hubiera dado la entrada, Cayetana empezó a llorar. Las dos se quedaron quietas por un momento. Normalmente era Lorena la que la sacaba de la cuna después de la siesta, aunque Sandra todavía estuviera allí.

—Ya voy yo —dijo por fin Sandra, levantándose con agilidad de madre que hace pilates.

Trajo a la niña, que estaba chorreando de sudor. Siempre la ponía a dormir demasiado tapada. Oía a caca, pero Sandra no había dicho nada, y Lorena se preguntó si se habría dado cuenta. Pensó en callarse, pero luego decidió que Cayetana no tenía la culpa de nada.

—La niña se ha hecho caca, ¿quieres que la cambie antes de irme?

Vio la duda en su cara. Por el amor de Dios, ¿qué pensaba que iba a hacer? Cayetana empezó a echarle los bracitos, y, por fin, Sandra se la dio.

—Vale, pues muchas gracias.

Mientras cambiaba un pañal especialmente repugnante con un trozo de champiñón a medio digerir, Lorena volvió a odiarse a sí misma. ¿No podía irse y ya está, y que Sandra se apañara? Se acordó de su madre: «*Tú no seas buena nunca por los otros, Lorena. Tú sé buena por ti. Los malos sufren mucho*». «Ya, mamá —respondió mentalmente mientras secaba con cuidado la piel de Caye—, pero los buenos también».

Volvió al salón y le devolvió a Cayetana a Sandra. La niña empezó a llorar.

—¡Nena! ¡Nena! —Tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para no cogerla otra vez. Sandra se había girado, como si temiera que fuese a secuestrar a la niña. «La familia ya confía en ti», decía el artículo; «Sí, y un mojón», pensó recogiendo el bolso.

Estaba casi en la verja de la urbanización cuando vio llamar al interfono a una chica rubia y flaca que se parecía a la protagonista de *Sailor Moon*.

—Soy Olivia, vengo por el trabajo de niñera.

Sonó la verja al abrirse. Sailor Moon entró y le aguantó la puerta a Lorena, como si fuera una vieja. ¿Qué edad tendría? ¿Diecinueve?, ¿veinte años? Cruzó la puerta. «Pasa del tema, Lorena», pensó, pero después se dio la vuelta y entró de nuevo justo antes de que se cerrara.

—Perdona. —La otra se volvió con cara de susto—. ¿Vas al catorce?

—Sí, ¿por?

—Mira, yo acabo de pasar a recoger lo que me debían. Soy la niñera anterior. Es que... Bueno, mejor no. —Lorena hizo como si fuera a irse—. No voy a meterme donde no me llaman.

—No, dime, ¿qué pasa?

—Es el padre. Ernesto. Tiene la mano... un poco larga, tú ya me entiendes.

—¿Le pega a la niña?

—No, mujer. Quiero decir conmigo. En plan pasar por mi lado en la cocina y de repente: «¡Uy, perdona, que no me he dado cuenta!». —Lorena dio una palmada en su propio culo para mostrar a lo que se refería—. Y, francamente, la nena es muy graciosa, pero con mucho carácter, y la madre...

—¿Qué? —Olivia ya estaba de espaldas al camino de entrada.

—A ver, no es mala gente, pero a mí unas cuantas veces me ha querido ratear las horas. Si, por ejemplo, llegaba cinco minutos tarde, me descontaba la hora entera. Pero, vamos, aparte de eso, es una familia estupenda.

Ahora sí: Lorena se dio la vuelta y empezó a alejarse. Antes de salir, miró de nuevo a Olivia, que seguía con cara de perrillo asustado. Parecía universitaria, de las que algún día tendrían un buen trabajo y una vida de verdad. Se acordaría con cariño, muchos años después, del tiempo que estuvo haciendo de niñera para sacarse un dinero extra.

—Me dejas preocupada. No sé qué hacer.

—Yo de ti, me iba y ya está. —Lorena oyó abrirse una puerta a lo lejos, así que se acercó a la chica y le puso la mano en la cintura para guiarla hacia la salida—. Vete y no les cojas el teléfono. Hay trabajos mejores.

Por lo menos, la última parte era verdad.

Mientras observaba a Sailor Moon alejarse a buen paso, Lorena pensó que a saber, que igual era cierto y Ernesto le habría tirado los trastos en algún momento. El hombre no estaba mal, si te gustaban los calvos. Tampoco tenía claro que Olivia fuera la niñera ideal para Sandra, porque era una de las pocas ocupaciones donde estar gorda te daba ventaja: a ninguna mujer le apetece tener a una rubia guapísima metida en la misma casa que su marido un montón de horas al día.

Pero lo importante era que Sandra, la muy falsa, iba a tener que tomarse de verdad la tarde libre.

Caminó por las calles desiertas de Pedregalejo aspirando el olor empalagoso de los jardines. Las casas parecían tranquilas y satisfechas consigo mismas. ¿Cómo sería vivir en un lugar así, tener una vida así? Incluso como niñera, Lorena se sentía más cómoda detrás de aquellos muros, como si no te pudiera pasar nada malo cuando estabas dentro.

Poco a poco, la zona residencial dio paso a los pisos sencillos de Echeverría. Con algo como

aquello sí se había permitido soñar. Durante un tiempo, cuando la eligieron para una de las becas de bachillerato del Santa Catalina, el colegio de monjas del barrio, pensó que ella también lo lograría: nada del otro mundo, porque no se tragaba lo de «puedes llegar hasta donde quieras», pero sí algo... normal. Un trabajo con contrato. Un piso en propiedad.

Se detuvo un momento frente a la verja del colegio. En el interior, setos recortados formaban el nombre en grandes letras. Hasta secundaria, el colegio era concertado, así que Lorena había ido allí porque le correspondía por la zona. Cruzar esos muros era tan natural como entrar en su casa. Luego se enteró de que su padre no podía pagarle el bachillerato y se mató a estudiar los dos últimos cursos de la ESO para conseguir la beca, pero, aunque se la dieron, ya no pudo quitarse de encima la sensación de que no pertenecía a ese lugar, y cada mañana cruzaba las grandes letras de plantas casi de puntillas, como una ladrona colándose en un piso.

El Santa Catalina le había mentido. Todo lo malo de su vida tenía que ver con aquel colegio.

Siguió andando y, por fin, llegó a la casita de pescadores que compartía con Mila. Le encantaba aquella casa y sabía que ahora valdría su buen dinero porque estaba al lado de la playa, pero no dejaba de ser lo que era: el único lugar que sus padres podían permitirse cuando se casaron.

Maribel, la cuidadora, se extrañó al verla de vuelta tan temprano. Lorena se inventó que Sandra estaba enferma: si Maribel se enteraba de que la habían echado, igual empezaba a buscarse otra cosa.

Se metió en su habitación, sacó el móvil y, por curiosidad, buscó la historia esa que había mencionado Sandra. Bendito Google, que con «cuento sabio mata vaca» la encontró. La familia tenía una vaca y vivía de ella, pero no conseguían salir de la pobreza. El sabio mataba a la vaca y eso hacía que la familia tuviera que buscarse la vida y «desenterrar sus recursos interiores», y al final, claro está, se hacían ricos.

Le entraron ganas de echarse a reír. Los pijos, como siempre, queriendo tranquilizar sus conciencias. «No te esfuerzas lo suficiente». «Si quisieras, podrías». No tenían ni idea de lo que era nacer con el juego de la vida amañado en tu contra.

Resopló, inició sesión en la plataforma para niñeras y pasó un rato actualizando su perfil y preguntándose si Sandra le daría referencias. Después decidió que se merecía un maratón de Netflix y se tumbó en la cama con un paquete de patatas. Horneadas, ¿eh?, no fritas. Que la gente pensaba que estaba gorda por no cuidarse, pero era su metabolismo. Se quedó allí hasta que Maribel asomó la cabeza para despedirse, y le dijo adiós con los ojos en la pantalla, sin tener ni idea de que la próxima vez que la viera sería en el cementerio.

Capítulo 5

Lo peor fue que, hasta que se dio cuenta, Lorena se encontraba mejor que en muchísimo tiempo.

Se había despertado tarde por primera vez en años. Entraba una luz blanca a través de las persianas y se acordó de las mañanas de domingo de su adolescencia, cuando dormía como un tronco doce o trece horas y después, por muy tarde que fuera, desayunaba un mollete con aceite antes de irse a perder el tiempo por el barrio.

Normalmente, Mila la llamaba gritando a las seis de la mañana; los días buenos, a las seis y media. Lorena le daba la medicación y volvía a acostarse, pero aquellas últimas dos o tres horas solía caer en una duermevela intranquila de la que despertaba grogui.

Aquella mañana, estaba fresca como una lechuga y, por un momento, le dio tiempo a pensar que así se levantaban los ricos: sin despertador y con el sol en la cara.

Luego miró el reloj y tuvo ganas de vomitar.

Cruzó rápido el salón hasta la habitación de Mila y en cuanto la vio, lo supo. Se acercó y, por un momento, se imaginó que estaba dormida. Luego le tocó la frente; aunque sabía que los cadáveres estaban fríos, nada la había preparado para la impresión que daba tocar un cuerpo humano a aquella temperatura.

¿Cuánto tiempo llevaría muerta? Lorena se sintió mal por no haberse levantado antes. La noche anterior se había quedado hasta las tantas hablando con el último chico de Tinder, Iván. Habían visto *You* a la vez en sus respectivos portátiles mientras comentaban por WhatsApp, y el hombre había sido más paciente que el santo Job las tres veces que Lorena había tenido que reiniciar el ordenador, que era antiguo y se colgaba cada dos por tres. Cuando terminó el capítulo, Lorena le dio las buenas noches y lo bloqueó.

Nunca quedaba con ellos. No les habría gustado saber la verdad: que su foto, que mostraba a una mujer que no era un pibón pero sí estaba, como diría el pesado de su médico de cabecera, en *normopeso*, era en realidad una imagen de archivo. Lorena había visto hacía mucho tiempo un vídeo en el que una chica se presentaba a una cita con un montón de kilos más de los que aparecían en la imagen de su perfil. Todos los hombres, todos, ponían una excusa y se iban. Algunos ni siquiera decían nada; simplemente, se levantaban y ya está, ahí te quedas.

Observó la cara inmóvil de su madrastra. No parecía «en paz», ni dormida, ni ninguna de esas expresiones bonitas que se usan para la muerte. Parecía de mentira, como una muñeca de cera. Volvió a sentirse mal consigo misma: tantos años cuidando de ella y al final, en el momento más importante, la había dejado sola.

Por otra parte, Mila había tenido suerte y no parecía haber sufrido. Lorena todavía recordaba los gemidos de su madre antes de que asumieran la realidad y dejaran que el médico la sedara. Sintió un pinchazo de resentimiento hacia su madrastra y después, de nuevo, la culpa.

«No seas mala gente», se ordenó.

A continuación, empezó a llorar, con las lágrimas cayéndole sobre las manos, apoyadas en el borde de la cama.

Se sintió tonta por llorar. Todos dirían que era lo mejor para Mila, que ya no le quedaba nada por hacer en este mundo; si hasta su vecina, tan católica, decía siempre que rezaba para que el Señor se la llevara de una vez. Pero con ella se iba el último miembro de la familia. Su madre, su padre, Fali; todos la habían abandonado y ahora estaba sola.

Capítulo 6

Mirando la capilla del tanatorio, llena hasta las trancas, cualquiera diría que Mila había sido el alma de la fiesta.

Era curioso. Hacía veinte años que Lorena conocía a Mila y trece que la cuidaba y, aun así, no sabría describirla muy bien. Siempre había sido *esaboría*, desde que su padre se la presentó una noche en la feria de El Palo. No había intentado sustituir a su madre, y tampoco los había tratado mal en plan madrastra de Cenicienta. Lorena no recordaba haber tenido nunca una conversación real con ella, más allá de las cosas del día a día.

Sin embargo, ahora que lo pensaba, Mila siempre había tenido su vida antes de ponerse mala: sus cafés con las amigas, sus revistas de punto de cruz, ayudar en la parroquia, tejer a mano vendas para leprosos. Lo que pasa es que eran cosas que a Lorena no le interesaban, y por eso le sorprendía ver pruebas de que habían existido.

Durante los primeros años de la enfermedad, ahora que se acordaba, venía mucha gente a verla, pero luego ya no podía hablar y no había mucho que hacer con ella, así que sus amigas desaparecieron una a una. «Tira más una gota de sangre que un kilo de amistad», habría dicho su madre. Aun así, ahí estaban todas ahora, charlando como cotorras.

Saludó con la mano a Maribel, la cuidadora de Mila, y se sintió un poco culpable porque aquello la había dejado sin trabajo. Igual si ella encontraba algo, podía decirle que viniera un par de horas por semana para ayudarla a limpiar. «Tú a lo tuyo, Lore», se regañó, mientras se sacudía la trenza para que le entrara algo de aire en el cogote. Qué ganas de que se fuera del todo el dichoso calor.

En primera fila, con su cara de sapo viejo, se sentaba Vicente, el hermano de Mila, que iba cada dos o tres meses a visitarla. Se empeñaba en cenar con las dos en Navidad y en regalarle a Mila calcetines cada año más gordos, como si así compensara que pasaba de ella. Lorena no iba a echar nada de menos esos ratos sin hablar frente a la tele, tras los que recibía cincuenta euros como «aguinaldo» que, para más inri, le venían la mar de bien.

También estaban los hermanos de su madre, sus seis tíos y tías, con sus maridos, mujeres, hijos y nietos, que llenaban ellos solos la mitad de la sala. Dios no le había dado suerte con sus padres y su hermano, pero no podía quejarse de parentela. Sus tías incluso se habían ofrecido a turnarse cuidando a Mila, pero Lorena había dicho que no, que lo que faltaba: bastante tenían con haber perdido a su hermana tan joven como para tener que encargarse de su sustituta.

Por último, había venido Puri, su tía paterna, a la que Lorena no veía mucho porque vivía en Alhaurín, lo que, en distancias malagueñas, era como hablar de un país distinto. Su padre nunca había sido tan familiar como su madre. Quizá Fali había salido a él.

—¿Y tu hermano, Lorena? —le preguntó Puri a la salida, mientras esperaban a que se llevaran a Mila al crematorio. Le recordaba a un botijo: tosca y redonda, como lo había sido su padre—. ¿No ha querido venir?

—Está muy liado, tita.

Como siempre que hablaba de Fali, Lorena empezó a cabrearse. ¿Por qué no le preguntaban por ella? ¿Tan poco interesante era? «¿Cómo estás, Lorena? ¿Qué es de tu vida?». Incluso ausente, Fali era siempre el que atraía toda la atención.

Su tía levantó una ceja, y a Lorena le entraron ganas de contarle la verdad para defender a su hermano. Luego pensó que no se lo merecía. Si quería contar la verdad, que lo hiciera él, que ella

no tenía por qué ir dando los mensajes de nadie.

En aquel momento, su tía Lola, la hermana mayor de su madre, apareció de la nada y se la llevó con una excusa que Lorena no entendió bien.

Su tía Lola había sido lo más parecido a una madre que había tenido después de morir la suya. Iba a su casa, les llenaba la nevera y cocinaba las recetas de la abuela Loles. A veces, Lorena la miraba de espaldas frente a los fogones, con la familiar constitución grandullona y el pelo negro con hebras grises, y se imaginaba que su madre seguía ahí y que, si se levantaba, podría abrazarla otra vez.

Cuando Mila se instaló con ellos, Lola dejó de venir. Lorena nunca supo si habían discutido o se había retirado para dejar su sitio a la nueva mujer de la casa. Era algo que nunca le perdonó del todo a Mila. Una de tantas cosas.

—Qué mujer, tu tía Puri. Muy buena persona, pero no puede ser más cotilla. —Lola le envolvió la cara con las manos—. Mi niña guapa, ¿cómo estás?

Lorena se deshizo la trenza, que estaba hecha un desastre después de todo el día de acá para allá, y se recogió el pelo en un moño rápido. La gomilla estaba floja; se le caería en cinco minutos, con el coraje que le daba eso.

—Cansada, sobre todo.

—Normal, hija mía, si es que las muertes son un pestiño.

Era una manera curiosa de decirlo, pensó Lorena, pero estaba de acuerdo. Además, cada vez que regresaba al tanatorio, tenía la extraña sensación de que nunca había salido de allí. Ya había enterrado a su madre, su padre, sus abuelos, unos cuantos tíos lejanos, y siempre se sentía como si entrara en un bucle espaciotemporal. Una y otra vez, se encontraba toda la familia, intercambiaban frases hechas y se pedían unos a otros suelto para sacar un cafelito de la máquina. Quería salir de allí y volver al mundo de los vivos.

Además, se moría de ganas de echarse una siesta.

—Y ahora en serio, Lore. —Lola la miró fijamente—. ¿Por qué no ha venido tu hermano?

—Tita, hazme el favor. No me apetece hablar de Fali ahora.

—Pero le habrás dicho lo de Mila, ¿no?

—Claro que le he dicho lo de Mila —mintió Lorena.

—En fin, hija, como tú veas. Yo, de momento... —Su tía hizo el gesto de cerrarse la boca con una cremallera, ponerle un candado y tirar la llave. Lorena sonrió.

—Gracias, tita.

—De nada, corazón. ¿A qué estamos esperando? ¿Te dan a ti las cenizas?

—No, se encarga el hermano.

Resultaba que la familia de Mila tenía un panteón y la iban a enterrar allí. Pues estupendo. Podían haber sido igual de posesivos cuando estaba viva, pero bueno, ya estaba: lo pasado, pasado.

—Muy bien, hija. Bastante has hecho tú ya. Vámonos, que aquí ya no dan más nada. Te vienes a comer a casa, ¿no? Que ha hecho tu prima unos callos que se te saltan las lágrimas.

Lorena pensó en su siesta y luego en la casa vacía, con las sábanas de Mila todavía puestas en la cama. Sí, definitivamente, unos callos no le vendrían nada mal.

Volvió a casa con la tripa llena y se tiró en el sofá a jugar al *Candy Crush* mientras trataba de ignorar el pensamiento de que no tenía ni idea de lo que iba a hacer ahora.

Debería buscar trabajo, pero aún le quedaba algo del dinero que había ahorrado cuidando a Cayetana y no tenía ganas de volver a hacer entrevistas con familias pijas. Al menos no necesitaba pagar alquiler. La gente habría podido pensar que no le había dicho nada a Fali para que no reclamara su mitad de la casita de pescadores, pero no tenía nada que ver con eso. Si Fali estuviera a lo que tenía que estar, se habría enterado solito y ella no tendría ningún problema en compartir la casa.

«Las vacaciones solo le cunden al que tiene pasta —pensó, resentida, dándose la vuelta en el sofá para que no se le clavara el muelle suelto en la espalda—. Si no tienes dinero, apellido o buena planta, lo máximo que le puedes pedir a la vida es aburrirte».

Se obligó a levantarse y a fregar los platos. Igual en un rato podía decirles a Nora y a Rocío que se pasaran a tomar café, aunque fuera con los críos: podrían mandar a los niños a la playa y sentarse las tres en el porche con la fresquita.

Escribió un par de mensajes y enseguida recibió respuesta: «Mucho lío, te digo luego», (Rocío); «Estoy hecha polvo (emoji sudando, emoji con la lengua fuera)», (Nora). Suspiró, resignada. A partir de cierto momento en la vida, o te casabas o ya no eras la prioridad de nadie.

Estaba a punto de tirarse otra vez en el sofá cuando decidió aprovechar el impulso y organizar las cosas de Mila. Recordó con una mueca a Vicente, su hermano, el día anterior, en cuanto se llevaron el cadáver a la funeraria. Se había quedado remoloneando frente a la puerta de la casa y lo primero que Lorena pensó fue: «Me va a dar las gracias. Me va a pedir perdón». Pero no.

—¿El joyero de mi hermana lo tienes tú? —había preguntado, sin sentarse siquiera—. Es que son recuerdos familiares.

Lorena fue a por las joyas con un volcán de rabia en la boca del estómago, pero, como tantas otras veces, su cuerpo parecía actuar por su cuenta. Si hasta sonreía mientras se las daba. Ya se lo había repetido su madre una y otra vez de pequeña, cuando apretaba los labios con los brazos cruzados sobre el estómago para protestar por algo: «Siento decirte, Lore, que el mundo no es justo».

De lo que no se iba a encargar Vicente, por supuesto, era de las toneladas de ropa vieja, zapatos pasados de moda y medias con carreras que Mila guardaba en el armario doble de la habitación principal. Mientras lo sacaba todo, recordó la última vez que había hecho aquello, tras la muerte de su padre. Aquella vez, Mila se había encargado de todo porque Lorena estaba demasiado ocupada fumando porros y odiándola con furia por lo bien que se lo estaba tomando. Se había encogido de hombros y dicho «así es la vida», como el que echa un huevo a freír. Pero no era culpa de la vida. Era culpa de Lorena y nadie lo sabía, solo ella, y esa culpa se la había comido viva durante años.

Entonces Mila se puso mala, y Lorena supo que era su penitencia. Su padre había muerto por sus cagadas, pero su vida era una mierda, así que todo se compensaba, ¿no? Ahora le habían levantado el castigo y, como un preso que lleva demasiado tiempo en la cárcel, no sabía cómo vivir sin él.

Trató de no darle demasiadas vueltas al coco mientras vaciaba las baldas del armario. Era hasta divertido. Le recordaba a cuando era pequeña y sus primos y ella exploraban la casa de la abuela Loles mientras los mayores dormían la siesta. Mila guardaba una colección de objetos sorprendentes: desde collares horteras de bisutería que ella nunca le había visto ponerse hasta una faja anticelulítica metida todavía en su caja.

Entonces lo vio. Estaba al fondo de una lata grande llena de recortables de los años sesenta, seguramente de la infancia de Mila. Era un sobre blanco y tan lleno que, en cuanto lo sostuvo en

la mano, supo que solo podía contener dinero.

Lo palpó con dedos temblorosos. Parecían muchos billetes, pero mejor no entusiasmarse aún, se dijo; igual solo eran boletos antiguos de lotería, de los que vendía todos los años para la asociación de vecinos.

Cuando lo abrió y vio el dinero, se llevó una mano a la boca para no gritar. Eran billetes pequeños que Mila habría ido juntando de aquí y de allá. Tuvo que contarlos varias veces, porque estaba tan nerviosa que se equivocaba y tenía que volver a empezar.

Por fin, tuvo una cifra: mil ochocientos setenta euros.

Estaba mareada. Se sentó en la cama con las manos tan apretadas en torno al sobre que se le pusieron los nudillos blancos.

Se preguntó si debía decírselo a alguien. A Vicente seguro que no; bastante le había aguantado ya. ¿Y a Fali? ¿Le correspondía la mitad de aquello? «Lore, no seas tonta», se dijo. Estaba ya cansada de ser buena. Se iba a gastar el dinero en lo que a ella le diera la gana sin dar explicaciones a nadie.

Como decía Jack Nicholson en *Mejor... imposible*: «Por fin un poco de suerte».

Capítulo 7

—Tenemos un problema.

Camino miró a Olga, su asistente virtual, en la pantalla de su ordenador. Observó su cara redonda y agradable y pensó: «Me va a fastidiar el día».

Era una pena, porque el día había empezado de forma óptima. Después de leer un artículo sobre la importancia de mantener una mente limpia durante las tres primeras horas de la jornada, Camino se había propuesto no mirar el correo ni las redes sociales hasta las diez. Aquella mañana, se levantó, vistió a las niñas con un mínimo de absurdas luchas por el color de los calcetines y les dijo adiós desde la puerta mientras Jaime las metía en el coche. Muy idílico todo, en plan madre de los cincuenta: tenía incluso una taza de café humeante en la mano.

Después puso música, algo que no hacía en la vida. Pasó un buen rato tratando de recordar qué le gustaba y, por fin, encontró una lista de reproducción llamada «Foco y concentración», que era un poco perroflauta para su gusto, pero no estaba mal. Empezó un artículo que quería publicar en la web sobre el tono de pintura gris perfecto para cada casa, según tus muebles y el color de tus suelos, y se hizo otro café.

Todo iba bien.

Entonces vio el aviso en la pantalla del teléfono: Olga la convocaba a una reunión de emergencia.

—Dime —contestó, ajustando el volumen de los auriculares inalámbricos.

A saber qué sería. Seguro que nada importante. Tenía que insistirle de nuevo sobre la importancia de respetar sus rutinas.

—Nos han cerrado la cuenta de Instagram.

—¿Perdona?

—La cuenta. Instagram te ha cancelado.

Camino alargó la mano hacia el teléfono, que reposaba bocabajo sobre la mesa, y abrió la aplicación. Un mensaje genérico le decía que habían deshabilitado su cuenta por violar los términos del servicio. Parpadeó varias veces, tratando de recordar su último post. Era la imagen de un centro de mesa otoñal para la mesa del salón que había creado hacía unos días, con hojas amarillas, velas doradas y unas minicalabazas divinas del Supercor. Había tenido un montón de comentarios positivos. ¿Desde cuándo las minicalabazas violaban los términos del servicio?

—Llevo toda la mañana investigando y creo que ya sé por qué es. —Olga puso la cara de alguien que se prepara para salir a una tormenta de nieve—. Sarichi ha publicado una de tus *stories* de hace unos días que... Espera, te comparto pantalla.

Mientras esperaba a que se cargara la imagen, Camino sintió una visceral descarga de odio hacia Sarichi, su principal competidora. Se hacía llamar así porque Sara Pérez, su nombre real, no tenía ninguna gracia, y era líder en *decoración sostenible*, como ella lo llamaba. Estanterías de ladrillos y palés, macetas con latas pintadas; todo muy cochambroso, en su opinión.

—A ver —dijo cuando apareció la imagen. Era una foto de la página de inicio de su banco y encima había escrito, con simpáticas letras de su color azul corporativo: «Qué maravilla escuchar a una teleoperadora española en @ING_ES. Gestión resuelta en cinco minutos. ¡Así se hace!».

Arrugó el ceño, tratando de entender cuál era el problema.

—Pero, vamos a ver, ¿no queremos que no subcontraten en otros países por sueldos de miseria? ¿No es bueno que baje el paro nacional y apreciemos lo que tenemos en casa, etcétera,

etcétera?

—Ya, pero... —A Olga le brillaba el sudor en la cara—. Mucha gente piensa que es racista. Que estás diciendo que las operadoras españolas son más inteligentes.

Releyó la frase un par de veces, intentando verla desde el punto de vista de la masa enfurecida políticamente correcta, y asintió despacio.

—Vale. Sí. Ahora lo veo. —Se llevó una mano a la frente—. Esto es malo, ¿verdad?

Notó el chute de adrenalina corriendo por sus venas a medida que empezaba a entender la magnitud de la tragedia. Aquello era una catástrofe. Internet nunca se lo perdonaría.

—Qué hija de puta, Sarichi. —No solía decir palabrotas, pero la ocasión lo merecía. Se apretó el puente de la nariz con la mano y tomó un sorbo de café, sin recordar que ya solo quedaba la parte final, donde el poso se mezclaba con un poco de azúcar a medio disolver. Hizo una mueca de asco mientras buscaba el post original en su ordenador. La puñetera Sarichi había acompañado la captura de la imagen con un texto propio.

Camino Atienza es la expresión de todo lo que va mal en el mundo contemporáneo —decía, la muy bruja—. Una perspectiva capitalista y meritocrática que se infiltra hasta los rincones más recónditos de nuestros hogares. El mensaje es: mientras lo que haya dentro de tus cuatro paredes esté bien, lo demás no importa. El mundo no importa. Ya comenté en esta cuenta la terrible posición de Camino hacia las maderas en peligro del Amazonas.

No era ninguna «terrible posición». Camino había conseguido la mesa en un anticuario y no tenía ni idea de que era de no sé qué especie protegida en peligro de extinción, seguramente por ser el hábitat de algún panda lloroso. Elogió su robustez y animó a sus lectoras a conseguir piezas que duraran toda la vida. Eso era, en su opinión, mucho más ecológico que usar las latas como macetas. Y, además, si doña Sarichi supiera cocinar, seguro que no tendría tantas latas a las que «dar una nueva vida». Aunque eso era un poco injusto, porque Sarichi también llevaba un canal de YouTube donde cocinaba con ingredientes orgánicos sacados del huerto de alguna monja moribunda. ¡Oh, no!, monjas no: los católicos eran malos. Musulmanas (¿había monjas musulmanas?). O magrebíes, o como se dijera, o igual ninguno de esos porque estaba cometiendo apropiación cultural.

Camino sacudió la cabeza. La corrección política era tan confusa que ya uno no sabía cómo burlarse de ella.

—O sea, que las mesas hay que comprarlas en España, pero a las teleoperadoras hay que contratarlas en otro sitio —refunfuñó.

Su story confirma lo que ya sabíamos: estar de su parte es apoyar a una clase privilegiada, blanca y neoliberal que desprecia a sus semejantes y no es capaz de mirar más allá de su ombligo. Hasta que no encontremos un sistema mejor, nuestras carteras son la mejor expresión de nuestro voto. Boicotear a estas empresas es lo único que salvará el planeta.

El planeta, ¡ja! Y un cuerno. Lo que Sarichi quería era arrimar el ascua a su sardina. Para estar en contra del capitalismo neoliberal, bien que vendía sus libros sobre cómo hacer alfombras con la ropa que se le ha quedado pequeña a tus hijos. Usaba *#TheEcoChicRevolution* o alguna tontería de *hashtag* parecida. Y vendía a cambio de euros, no de buenos deseos o de besitos de niños africanos. Que examinara la viga en su ojo antes de meterse con los demás.

—¿Camino?

Pegó un respingo. Se le había olvidado que Olga estaba todavía conectada, esperando a que dijera algo. Esperó no haber murmurado demasiado entre dientes.

—Bueno, ¿qué hacemos, entonces? —preguntó.

Olga cada vez estaba más pálida.

—Por lo que he leído sobre casos similares, la mayoría de las veces no te devuelven la cuenta.

—¿Pero así, sin aviso ni nada?

—Según los términos del servicio, no tienen por qué avisarte ni darte explicaciones. Lo siento, Camino. Las cosas están muy tensas con estos temas.

—Bueno. —Camino dio sin querer otro sorbo al poso del café y esta vez lo escupió dentro de la taza. La apartó y fijó la vista en la cámara—. ¿Y cómo lo arreglamos?

—Llevo toda la mañana investigando y rellenando formularios. De momento, no he podido hablar con ningún humano.

—No puede ser. Tienen cientos de empleados, ¿no? Es imposible que no responda nadie. ¿No hay un teléfono?

Los grandes ojos de Olga la miraban, como suplicándole que no la obligara a decirlo en voz alta.

—Seguramente —soltó por fin, después de tomar aire—, lo mejor sea empezar de cero.

Camino estaba intentando con todas sus fuerzas no perder los papeles delante de su asistente. Tenía casi trescientos mil seguidores en aquella cuenta de Instagram. Sin cuenta, no había patrocinadores, ni ingresos por afiliados, ni compras de su curso virtual *Lávale la cara a tu hogar*.

Sin cuenta, no había negocio.

—Podemos mandar un mensaje a tu lista de correo y darles la nueva dirección —Olga cada vez hablaba más bajito.

—Sí, claro —contestó. Estaba en *shock*. Apenas tenía dos mil suscriptores en la lista. Tardaría años en reconstruir su cuenta.

No podía esperar años.

Minimizó la cara angustiada de Olga y abrió su correo electrónico. La bandeja de entrada echaba humo. Echó un vistazo: algún mensaje suelto de apoyo, decenas de declaraciones de odio infinito por su racismo y, por último, un correo de Raquel, la encargada de redes de IKEA España.

Hizo clic y leyó en diagonal. *Lamentamos mucho lo ocurrido... rescindir contrato... preservar imagen de marca...*

No solo IKEA no iba a pagarle por posts patrocinados que ya no podrían existir, sino que no quería tener nada que ver con ella porque había caído en desgracia en el mundo *online*.

Tenía también mensajes de Maisons du Monde y Titanlux. Ni se molestó en abrirlos. «Al menos —pensó mientras mandaba el de Titanlux a la papelera— me libro del maldito artículo sobre los tonos de gris».

Le vino a la mente la frase aquella que todo el mundo se creía que era del Quijote, pero que en realidad venía de un poema de Goethe: «Ladran, luego cabalgamos». Era un consuelo pobre, pero cierto, porque, si a nadie le importara lo que hacía, nadie se habría molestado. Le había ido muy bien en el último año, y quien hubiera empezado a seguirla hacía poco tendría la falsa impresión de que su ascenso había sido rápido y recto como un cartucho de fuegos artificiales.

La idea de crear un proyecto *online*, sin embargo, había nacido de una situación desesperada.

Capítulo 8

Todo empezó cuatro años antes del desastre de Instagram.

Jaime había elegido nada más y nada menos que la mañana de Reyes para contarle que las cosas no iban bien. Camino estaba embarazada de siete meses, y Adriana acababa de cumplir cuatro años.

Al principio pensó que era una broma. Jaime no era Warren Buffet, lo había sabido siempre, pero pensaba que su clínica de fisioterapia era un negocio honesto y sólido.

—¿Cómo que no va bien? —preguntó mientras se masajeaba la parte inferior de las costillas. Le había pasado lo mismo con Adriana: el peso del bebé debía de presionarle algún nervio y le hacía un daño espantoso. Jaime le daba masajes cada noche y mantenía el dolor a una intensidad manejable, pero sabía que solo se le quitaría del todo cuando naciera la niña.

—Llevamos unos cuantos meses perdiendo... un poco de dinero.

Camino lo acribilló a preguntas hasta que descubrió que la clínica de su marido, el orgullo de la familia, no había tenido un mes sin números rojos desde que la montó unos años antes. Se lo decía ahora porque se habían acabado los ahorros con los que compensaba la caja todos los meses.

Se sintió imbécil. Cuando Jaime tuvo la idea de montar la clínica, ella lo había apoyado, orgullosa de su entusiasmo emprendedor. Por aquel entonces, vivían en un piso que había comprado Camino al terminar la carrera; lo vendieron y se mudaron al de sus padres, que se habían trasladado a Madrid hacía años. Invirtieron el dinero en la clínica, y ella supervisó la renovación del local y el diseño del logotipo. Estaba lista para hacerse cargo del *marketing* cuando Jaime le vino con que se sentía «agobiado» y quería, si a ella no le importaba, que aquel fuera «su proyecto».

Ella aceptó, ¿qué iba a hacer? En teoría creía en una división tradicional del trabajo. Él era el hombre, y que ella todavía fuera la que llevaba el pan a casa era solo temporal. Pensó que debía apoyarlo, confiar y esperar con las manos cruzadas sobre el regazo como una buena esposa. Su sueldo iba a la cuenta conjunta que compartían, y de ahí veía salir todos los meses una cantidad a la de empresa, que gestionaba Jaime, y donde reposaban, o eso pensaba ella, los miles de euros que todavía quedaban de la venta de la antigua casa.

Estaba tan contenta y confiada en que tenían un buen colchón que, seis meses después de quedarse embarazada por segunda vez, dejó su trabajo como planificadora de eventos. Sus niñas no se iban a pasar las tardes y los fines de semana solas mientras ella organizaba fiestas para otra gente. Si hasta se había atrevido a imaginar que pronto podrían comprar una casa y salir del piso de sus padres, que, aunque no estaba mal, le recordaba demasiado a su infancia como para gustarle.

Ahora se enteraba de que su colchoncito había menguado mes tras mes para pagar el alquiler del local, los sueldos de la recepcionista y del otro fisio, y gastos en publicidad que, al final, no habían servido de nada.

—Pero ¿por qué no despediste a gente? ¿Qué hacíais ahí tres personas si no había trabajo? —Se frotó de nuevo las costillas. El dolor se extendía por el costado y llegaba hasta la columna. A la luz de los recientes acontecimientos, quizá Jaime no era muy buen fisio.

—No quería que los pacientes llegaran y me vieran a mí ahí solo en la clínica, apuntando mis propias citas. Perderían confianza.

—No creo que ese fuera el problema.

Pensó con rabia en todas las veces que había echado un vistazo a los esfuerzos de publicidad de su marido y pensado que ella lo haría mejor pero que, si el negocio iba bien, ¿qué problema había? Si dependiera de ella, habría estructurado la web de otra manera, escribiría artículos útiles que se posicionaran en Google y manejaría las redes sociales con un poco más de arte, pero ¿por qué cambiar algo que funcionaba? Luego Jaime tuvo la idea de pagar por folletos en papel y por un cartel enorme a la salida de la autovía, y, de nuevo, ella lo había apoyado porque las cosas iban bien y su marido había demostrado que sabía lo que hacía. Si hasta había pensado que era muy ingenioso por volver a los medios tradicionales cuando todo el mundo estaba en Internet.

En la parte trasera de su mente, sin embargo, una preocupación diminuta pero persistente sonaba todo el rato como un ruido de fondo. Ella se apresuraba a acallarla: era demasiado controladora, se lo habían dicho toda la vida, y ahora había llegado el momento de relajarse y confiar en el hombre que había elegido. Todo iba a ir bien.

Salvo que no todo iba bien. Todo iba fatal.

¿Qué iban a hacer? No podía volver a trabajar embarazada de siete meses y con un dolor de costillas que no la dejaba estar sentada más de media hora. Nadie la contrataría. Luego nacería la niña, que, para colmo, todavía no se había dado la vuelta y tenía toda la pinta de que iba a salir por cesárea, como su hermana. No: ella estaría fuera de combate durante meses.

—Tendrás que buscar trabajo —dijo.

Jaime asintió con la cabeza gacha.

Camino contempló su futuro próximo con desesperación. Un fisioterapeuta por cuenta ajena no ganaba gran cosa y volvía a casa a las tantas. En cuanto la niña tuviera unos meses, no le iba a quedar otro remedio que suplicar para que le devolvieran el puesto en su antigua empresa.

No temía que le dijeran que no; incluso si lo hacían, encontraría otro trabajo en menos que cantaba un gallo: era excelente en lo suyo. Había empezado casi por casualidad, después de organizar con enorme éxito la boda de su mejor amiga de la carrera. Descubrió que un evento era un pequeño mundo en miniatura que podías controlar a tu antojo, y que hasta el color de las servilletas dependiera de ella la inundaba de un placer infantil. Siempre había sido buena con los pequeños detalles, así que enseguida encontró trabajo en Málaga, que, además, era una buena ciudad para dedicarse a aquello: atractiva para grandes empresas europeas o de Estados Unidos que buscaban un sitio cálido en el que celebrar convenciones y congresos.

Estaba muy cabreada. En unos meses, sería como si los últimos años no hubieran existido: ambos estarían trabajando por cuenta ajena, sin una casa que mereciera ese nombre, con dos niñas pequeñas y sin perspectiva de crecer.

Ni hablar. Esa no iba a ser su vida.

Si el local hubiera sido suyo, al menos ahora tendrían algo que vender, pero ambos habían pensado que era buena idea alquilar para preservar el famoso (y ahora perdido para siempre) colchón económico.

—Mamá, ¿la abuela ha mandado regalos?

Adriana la sacó de su ensimismamiento tirándole del borde de la bata. Ya había abierto todos sus regalos y tenía la mirada vidriosa de un yonqui en busca de su siguiente dosis.

—Hija de mi vida —soltó Camino, exasperada—. Juega un poquito con lo que te han traído los Reyes aquí, ¿vale? Que ni has abierto las cajas.

A lo mejor algunos de los regalos se podían devolver. Había gastado una cantidad obscena en ellos porque todavía pensaba, imbécil de ella, que se lo podían permitir. Le había comprado por

Internet a su hija una enorme casa de muñecas importada de Alemania, hecha en madera y con todos los detalles cuidados hasta la mínima expresión: los libros de la estantería tenían los títulos escritos con letra diminuta y los cojines del sofá estaban cosidos a mano. Jaime y ella habían pasado toda la noche montándola.

Maldito Jaime que, para colmo, ahora la miraba con cara de cordero degollado mientras sostenía una cajita envuelta en papel dorado.

—No has abierto tu regalo —dijo.

—Pues claro que no lo he abierto.

Extendió las manos para coger el paquete y, mientras le quitaba el papel, supo lo que era: una joya. Su marido le había comprado una joya cara para ver si se le pasaba el disgusto. Se había gastado los últimos restos de sus ahorros en algo que, para colmo, sería horroroso, porque Jaime tenía muchas virtudes, pero la elegancia no era una de ellas.

Estaba empezando a faltarle el aire. Trató de controlarse porque no quería usar los aerosoles para el asma, por mucho que su médico le jurara que eran seguros para el bebé. Miró a Jaime y se repitió que era un buen marido, un buen padre, alguien en quien hasta ahora había podido confiar. Respiró, abrió la caja y se obligó a sonreír frente a unos pendientes de perlas que habrían sido ideales para su bisabuela antes de la guerra.

Era la mañana de Reyes. Iban a terminar de abrir los regalos, comerse el roscón que había encargado hacía semanas en la confitería Aparicio y salir a dar una vuelta en familia al paseo marítimo.

Después, para variar, ella lo arreglaría todo.

La idea no se le ocurrió hasta un par de semanas después, mientras se exprimía la cabeza pensando cómo sacarlos a los dos de aquel embrollo y recorría con la vista su bonito salón decorado para las fiestas. Aquel año había cambiado el tradicional rojo y dorado por una gama más atrevida de plateados y rosas. No tenía claro si repetiría al año siguiente, pero todas las visitas se deshacían en elogios. «Y con una niña, y embarazada, Camino, ¿cómo te apañas?». Ella sonreía y ofrecía polvorones caseros envueltos en papel de seda a juego.

Que a ella no le gustara el piso de sus padres no quería decir que no estuviera precioso. Aunque, en teoría, lo de vivir allí era temporal, no soportaba las paredes amarillas ni los muebles oscuros típicos de los noventa que tenía cuando llegaron, así que había ido arreglándolo poco a poco, sin invertir demasiado (porque todo el dinero iba a la maldita clínica, pensó ahora). Pintó las paredes con unos tutoriales de YouTube, consiguió muebles baratos en una asociación benéfica que los recogía y hasta reformó la cocina con sus propias manos para convertirla en un paradisiaco y luminoso rincón blanco.

Ahora, con el ángulo y los filtros adecuados, la casa estaba de revista. Cuando se aburría, Camino comparaba con satisfacción en su teléfono las fotos del «antes», «durante» y «después» que había tomado de cada proceso.

Entonces, por fin, se le encendió la bombilla. Abriría un negocio digital propio sobre decoración y reformas al alcance de todos los bolsillos. Crearía una página web y una cuenta de Instagram, las haría crecer y conseguiría patrocinadores. Seguía a otras mujeres que lo hacían y estaba convencida de que podía superarlas.

Esta vez no dejó nada al azar. Ella se encargaría de todo y haría triunfar aquel proyecto cayera quien cayera. Pidió el único préstamo que le dieron, aunque el tipo de interés era brutal, y se lo

gastó en lanzar el negocio por todo lo alto. Invertió en una web a medida, en diseñar la imagen corporativa y en un mentor californiano que le cobraba un riñón.

Trabajó como una burra durante meses. Se llevó el ordenador al hospital cuando iba a nacer la niña y estuvo a punto de preguntar si podía seguir usándolo durante la cesárea programada que, en efecto, tuvieron que hacerle. Durante el primer año de vida de Clara, a pesar de que era un bebé muy plácido, habría jurado que no dormía.

Por fin, la cosa empezó a despegar. Con veinte mil seguidores, pasó de *nanoinfluencer* a *microinfluencer* y comenzaron a contactarle patrocinadores interesantes. No se iba a hacer millonaria, pero al menos podía empezar a pagar el préstamo y ahorrar un poco en una cuenta a la que, por supuesto, solo tenía acceso ella.

Estaba a punto de cumplir dos años con el proyecto cuando sucedió el milagro, de la manera más tonta posible.

Llevaba siglos diseñando bonitos documentos en Microsoft Word para organizarlo todo: la lista de la compra, el contenido de los armarios, el material escolar de Adriana. No pensaba que tuvieran nada de especial, aunque le reconocía cierto mérito a usar Word y que el resultado no pareciera un trabajo escolar de principios de siglo. «Lo importante —decía siempre a quien quisiera escucharla— es evitar la Comic Sans». Un día publicó un tutorial sobre cómo diseñaba sus imprimibles y, mira tú por dónde, el post explotó. Resultó que las amas de casa estaban encantadas con la idea de usar Word, un programa que ya conocían, y tener en unos minutos un bonito documento que colgar por ahí.

Superó la barrera de los cien mil seguidores en Instagram y, ahora sí, empezaron a llamarla las grandes marcas. Lanzó un curso virtual en el que explicaba básicos de decoración hablando a la cámara con su precioso salón de fondo. De repente, estaba facturando suficiente como para que Jaime dejara de trabajar y pasara las tardes con las niñas. Luego contrató a Olga, su asistente virtual: un contrato de verdad, asegurada y con sus vacaciones, porque, por mucho que la criticaran ahora en Internet, ella hacía lo posible por ser justa. Por último, se lio la manta a la cabeza y compró una casa. «Es una inversión», se justificó. Una casa grande y bonita era necesaria para dar buena imagen. Se gastó un dineral en el chalet, otro en las reformas y, aunque después de tres años con la empresa seguía con el agua al cuello, por lo menos iban en la dirección correcta.

Y ahora todo aquello estaba a punto de irse por la borda por una maldita *story*.

Capítulo 9

Camino cortó la llamada con Olga mientras pensaba que seguramente tendría que despedirla en los próximos días. ¿Podía declararse en quiebra? Tendría que pagarle un finiquito y las vacaciones que le quedaban. Trató de no dejarse llevar por el pánico.

«El problema es que creen que me va mejor de lo que me va», pensó mientras observaba la galería de fotos de su teléfono. El gran angular, los colores saturados, los blancos resplandecientes: todo exhalaba un aroma tranquilo de lujo asequible. Pero era normal. Su negocio estaba literalmente basado en que la gente creyera que su vida era perfecta.

Lo que no sabían los que la odiaban era que llevaba meses pensando que la compra de la casa había sido un poco precipitada, porque la facturación, que había subido como la espuma el año anterior, ahora estaba estancada. Que, a pesar de los grandes números, lo que salía era casi tanto como lo que entraba.

Cada vez que pensaba en la hipoteca, el préstamo, el sueldo de Olga y los impuestos de cada trimestre, se decía a sí misma: «Sigue remando, Camino. Sigue remando y llegarás. Ahora es el momento de apretar los dientes».

Pero el barco había encallado.

Al final de la mañana, había escrito un post de disculpa a todos los hispanoamericanos. «Un apoyo a mi país mal entendido me llevó a cometer un error imperdonable», escribió, rogando con cada tecla que aquello colara. Creó una nueva cuenta de Instagram y observó con horror el contador de seguidores a cero; por suerte, en cuanto envió el post de disculpa con la nueva cuenta a su lista de correo, los números empezaron a subir con timidez.

¿Qué más podía hacer? Lo lógico habría sido empezar a contactar con otros *influencers* para hacer algo conjunto y darle visibilidad a su marca, pero estaba segura de que ahora era la apestada de Internet. Por fin, llegó la hora en que sus hijas salían del colegio. Cerró el portátil, agradecida por la distracción, y fue a recogerlas.

Pasó la tarde con las niñas, mitigando como podía el tedio terrible de cuidarlas sola. Jaime se había tomado la tarde libre para comer con sus amigos del instituto y echar una partida de págel. Menos mal que normalmente se ocupaba él de ellas, porque el único fallo técnico en el diseño de su vida como buena madre y esposa había sido no prever lo mucho que la aburrirían sus hijas. Había mejorado un poco, sobre todo con Adriana, que ya tenía siete años y era algo más estimulante, pero estar con Clarita, la pobre, era lo más parecido a Guantánamo que podía imaginar. «La canción del elefante —repetía una y otra vez—. ¡Quiero la canción del elefante!». Y todos los que decían «ten otro, que así juegan juntos» se equivocaban. Adriana también se aburría con su hermana, así que se escaqueaba todo lo que podía. En secreto, Camino lo consideraba una muestra de buen criterio.

Estaba mordiendo las uñas para no estrangular a Clara, empeñada en hacer encajar dos piezas de un rompecabeza que, claramente, no iban juntas, y dándole vueltas a la situación. No había salida. Era imposible recuperar su nivel de ingresos a tiempo de salvar su empresa. Necesitaría un crecimiento exponencial de la cuenta, y aun así, su reputación seguía estando dañada.

—¿Por qué no encajan, mamá? —Clara seguía apretando los bordes con sus deditos. Camino le arrebató las piezas de la manos y las colocó donde correspondían. Clara se echó a llorar, y

Adriana la miró con los grandes ojos oscuros muy abiertos.

Por suerte, Jaime llegó justo en ese momento: entró en el salón y la pilló apretándose las sienes con las manos.

—¿Qué pasa?

Resumió la situación mientras Jaime separaba las piezas por colores y convencía a Adriana de que ayudara a su hermana. En dos minutos, las tenía contentas en el suelo jugando en armonía, bailando a su son como el flautista de Hamelín.

—Seguro que se te ocurre algo. En seis meses tienes más seguidores que antes, seguro. Tenemos margen, ¿no?

Camino trató de sonreír ante su supuesto optimismo, porque la realidad era que, si necesitaba seis meses para arreglar aquello, tendrían que vender la casa. Ay, cómo habían cambiado las tornas. Qué ironía que ahora fuese ella la que tenía que empezar a mentirle a Jaime.

—Sí, claro.

—En el peor de los casos, siempre puedo volver a trabajar.

«No pasa nada porque hundan tu barco. Súbete a mi balsita de troncos y estaremos bien. La vela es una camiseta con un nudo».

Ya hacía mucho tiempo que Camino le había perdonado a Jaime lo de la clínica. Él la había apoyado mucho en aquellos últimos años, y pronto los dos comprendieron que les iba mejor con aquella división de tareas. Quitarse de encima la responsabilidad de mantener a la familia lo había relajado y ahora cocinaba, se encargaba de las niñas y, para estupefacción de Camino, parecía disfrutarlo muchísimo.

Asintió sin decir nada mientras hacía cuentas mentalmente. Menos mal que no tenía local. No podía seguir pagándole a Olga, pero igual estaba dispuesta a esperar un poco mientras buscaba una solución.

—Voy a arreglar esto —dijo, apretando los puños—. Todavía no sé cómo, pero lo voy a arreglar.

Después de un rato de ver la tele sin enterarse de nada, decidió distraerse con los detalles de la cena del decimoquinto aniversario de su graduación en el Santa Catalina. Se estaba encargando ella porque todos los demás querían esperar a los veinticinco años, pero Camino creía en las tradiciones y en cuidar la comunidad en torno al colegio. Si hasta salía de extra en las horrorosas producciones del grupo de teatro. Tenía fe en el Santa Catalina, que representaba todo lo bueno y sólido que había en su vida. Allí había conocido a Jaime, allí asistían sus hijas y en su iglesia dirían misa cuando ella se muriera.

Sacó la lista de locales que tenía anotados y tachó un par: el Naru, al parecer, había envenenado a media Málaga la primavera anterior con unas croquetas de bogavante en mal estado, y el Palacio Miramar estaba muy visto.

Estaba a punto de llamar al siguiente, un sitio que habían abierto hacía poco en el Rincón de la Victoria, cuando Clara empezó a llorar porque Adriana le había quitado una de las piezas con demasiada fuerza.

—Perdón —la niña estaba bien adiestrada: la palabra salió rápido de sus labios, automática como la bola de una máquina de *pinball*.

—No te quiero perdonar. —Por lo menos, Clarita era capaz de reconocer la falta de sinceridad. Le sería más útil que meter triángulos en agujeros.

Jaime, que las miraba desde el sofá, se agachó junto a Adriana.

—No basta con pedir perdón. Tienes que demostrarlo. Juega otro rato con ella, pero esta vez ten paciencia.

Camino se quedó mirando a su hija mayor, que apretó los labios y le devolvió la pieza a su hermana.

—¡Eso es! —Se levantó de un salto de la silla y juntó las manos—. Jaime, eres un genio.

—¿Qué he hecho?

—Tengo que hacer algo que no deje ninguna duda de que soy una buena persona.

«¿Soy una buena persona?», se preguntó por un momento. Luego apartó el pensamiento de su cabeza: «Prioriza, Camino. Ahora mismo, lo importante es parecerlo. Ya haremos indagación existencial en otro momento».

—¿Algo como qué?

—No lo sé. Pero lo voy a averiguar.

Capítulo 10

Nacho, el entrenador personal, no tenía el aspecto que Lorena habría esperado. Era más bien canijo y muy joven, con pinta de universitario recién duchado para salir de fiesta. Guapo, eso sí; estaba gorda, no ciega. Demasiado joven, pero muy guapo, con aquel peinado modernito corto por los lados y largo por arriba, y los ojos del verde claro y luminoso de un buen mojito.

Había pasado un par de días decidiendo qué hacer con el dinero. Era una cantidad complicada, porque dos mil euros no le arreglan la vida a nadie y se van en nada, pero eran algo, sin duda. Un mensaje del universo, como si le hubieran dado una pistola con una sola bala y ella tuviera que decidir a cuál de sus problemas disparar.

Sabía perfectamente cuál era la madre de todos sus problemas.

En esos juegos mentales de «¿qué deseo le pedirías a un genio?», la respuesta siempre era que desaparecieran mágicamente los kilos que le sobraban. Se quitó la idea de la cabeza. No importaba cuánto dinero le cayera del cielo; para perder peso, tenía que ser otro tipo de persona, de las que tienen fuerza de voluntad y cierran la boca cuando hay que cerrarla.

Toda su familia materna estaba pasada de peso. Su madre, pobrecilla, se había puesto contentísima cuando empezó a adelgazar sin hacer nada, hasta que descubrieron que tenía cáncer. Después de la quimio, todo le daba asco, pero soñaba con volver a disfrutar de los potajes y los bocadillos de salchichón. Lorena, que hasta entonces había sido lo que podría describirse como una niña *hermosa*, empezó a comer más para ver la sonrisa en la cara de su madre, que movía las mandíbulas mientras la miraba con ojos soñadores. Luego se le debió de agrandar el estómago, porque, cuando murió, no se le quitó el apetito, al contrario: siguió comiendo, y comiendo, y comiendo.

Sus amigas le repetían que estaba todo en su cabeza. «Eres grande, Lore, pero tampoco una locura. Arréglate un poco, conoce gente, mira a mi prima, que esa sí que está gorda y enganchó al tío bueno del barrio». Ella sabía que no estaba todo en su cabeza: había recibido las miradas rápidas en la discoteca antes de que pasaran a otra, los «lo siento, no tenemos tu talla» de las tiendas de ropa.

Sin embargo, tenía que admitir que, a partir de cierto momento de su vida, quizá desde la enfermedad de Mila, se había dejado ir. Paró de comprarse ropa nueva, de salir por la noche, de ponerse maquillaje. El «y además estoy gorda» era la razón que sonaba mejor, pero no la única.

La mayoría del tiempo le parecía imposible adelgazar, pero, a ratos, pensaba que quizá sí que era capaz.

Por fin, con una mezcla entre determinación y vergüenza, entró en ElPaloFit: un centro deportivo que habían abierto hacía poco en Echeverría.

Se fijaba siempre al pasar. En la acera había una imagen a tamaño real de una mujer que sostenía una pesa rosa y sonreía mostrando todos los dientes. De su boca salía un bocadillo de cómic: «Toma el control de tu salud». Lorena siempre gruñía al verlo. Había visto la gente que entraba al local: normal, con pinta de cobrar en A y de tener paga extra en verano y Navidades. Esos podían permitirse el lujo de tomar el control de su salud, no ella.

Cuando entró, se dio cuenta de que la recepcionista era la misma mujer del cartel de fuera, que en la realidad también tenía una piel perfecta: no habrían tenido que usar ni Photoshop. Resultaba raro, como ver a un famoso en carne y hueso.

—Quiero adelgazar —dijo, poniendo el sobre con dinero de Mila sobre la mesa, como un

mafioso contratando a un asesino.

La mujer no se inmutó.

—¡Pues estás en el lugar correcto! —Mostró la misma sonrisa del cartel. Tenía un adornito de brillantes en el colmillo—. ¿Conoces ya ElPaloFit?

Le soltó una retahíla sobre bonos de entrenamiento, citas con el nutricionista y masajes anticelulíticos.

—Dame todo lo que pueda comprar con esto. —Lorena abrió el sobre y extendió los billetes sobre la mesa. La chica miró el dinero, luego a ella, luego el dinero otra vez.

—La mayoría de la gente prueba con cinco sesiones de entrenamiento y una con el dietista, y luego ya, si ven que necesitan más...

—A ver, guapa, mírame. —Lorena dio una vuelta, como si estuviera en un pase de modelos—. ¿Tú crees que con cinco sesiones arreglamos algo?

Pagó por dos bonos de veinte para entrenar, cuatro sesiones con el nutricionista y cinco masajes drenantes en los que no tenía mucha fe pero que igual daban gustito. Aún le sobraba algo, así que se fue al centro y se compró un traje de chaqueta de la talla cuarenta. Después volvió a casa y lo colgó en su habitación, en el perchero de detrás de la puerta.

Cuando todas aquellas sesiones hubieran acabado, podría ponerse ese traje e ir a una entrevista para un trabajo de verdad. A partir de ahí, por fin, su vida comenzaría.

Lorena miró a aquel crío de mirada resuelta y se aguantó las ganas de salir corriendo.

—Quítate la ropa, por favor —le dijo Nacho.

—¿Así, sin invitarme a una copa, ni nada? —Lorena soltó una risotada. Nacho se limitó a mover un poco las comisuras de los labios mientras buscaba entre los papeles de su mesa.

Se desnudó despacio. Ya sabía que tendría que quedarse en ropa interior para la primera consulta; se lo había dicho la recepcionista al darle la cita. Había pasado un rato largo aquella mañana buscando unas bragas y un sujetador con pinta decente, porque todo le quedaba pequeño o estaba tan gastado que se transparentaba.

Por fin, terminó y se quedó de pie con los brazos cruzados, sintiéndose como Piper en *Orange is the New Black*. Hacía muchísimo que nadie la veía con tan poca ropa.

Nacho pareció encontrar lo que buscaba entre sus papeles y levantó la cabeza.

—Pon los brazos a los lados del cuerpo, por favor —dijo.

Se levantó y empezó a dar vueltas a su alrededor. De vez en cuando, le pedía que cambiara de posición o que moviera un brazo o una pierna mientras murmuraba para sí de forma críptica.

—La cadera izquierda está más baja... Entonces el hombro derecho está también más bajo... Cuádriceps fuerte implica isquío débil...

Cada vez que llegaba a una conclusión, soltaba un «¡ajá!» de científico loco y se iba al escritorio a anotar con furia en un papel.

—A ver, aprieta los glúteos —dijo.

Lorena obedeció y notó que se ponía colorada.

—¿Los estás apretando?

—Sí.

—Apenas se mueven. Tienes amnesia glútea.

—¿Se han dado un golpe y han perdido la memoria?

Otro minimovimiento de las comisuras.

—Le pasa a casi todo el mundo. Nos olvidamos de reclutar las fibras de los glúteos por el estilo de vida sedentario que llevamos. Tranquila, te enseñaré cómo hacerlo.

Hablaba como leyendo de un libro. Parecía tomarse a sí mismo más en serio de la cuenta; era un poco adorable.

—¿Me vas a enseñar a mover el culo?

—Sí. Como Shakira, vamos.

Nacho no sonreía, pero algo en la expresión de sus ojos hizo pensar a Lorena que tenía sentido del humor. Se relajó un poco. Podía soportarlo casi todo con sentido del humor.

Lo más curioso de la exploración era que a Nacho no parecían darle asco Lorena, sus glúteos atontados y su horrorosa forma física. Al contrario; se le veía entusiasmado, soltando ohs y ahs a medida que apuntaba en su libreta.

—Ahora, ponte en la báscula, por favor.

Lorena se subió con una mueca.

—No quiero mirar.

—¿Por qué no?

—¿Tú por qué crees?

—La mejor manera de resolver un problema —dijo Nacho clavándole los ojos— es empezar por la verdad.

Lorena bajó la vista y contrajo la cara como si acabara de ver un accidente. Ochenta y dos kilos.

—Esto es porque no me he quitado los pendientes.

Por fin, Nacho se rio.

—No te desesperes aún. Vamos a medirte.

Lorena trató de estirarse todo lo que podía mientras Nacho se acercaba para ajustar el tope del medidor de altura a su cabeza. Olía a menta y a desodorante unisex.

—Vale —dijo Nacho, metiendo las cifras en una calculadora—. Con uno setenta y dos de altura y ochenta y dos kilos, tu índice de masa corporal es de veintisiete con setenta y dos. Sobre peso que se acerca peligrosamente a la obesidad tipo uno.

—¿No estoy obesa? Pues, oye, ni tan mal, ¿no?

—No solo no está mal. Es que esto —Nacho sostuvo la calculadora frente a sus ojos— no sirve para nada. No tiene en cuenta huesos, músculos, tu estado de forma. No le hagas ni caso.

Lorena estaba sorprendida y encantada, como un niño frente al mago de la fiesta de cumpleaños.

—La buena noticia —siguió Nacho— es que tienes huesos grandes.

—¡Ja! Como Cartman. Eso lo he dicho yo toda la vida y nadie me creía.

Se sintió orgullosa de su chiste sobre *South Park*. «*I'm not fat, I'm big boned*» era la versión en inglés; en español, Cartman decía: «No estoy gordo, estoy *fuedtecito*». Lorena siempre veía las series y películas en versión original. El inglés se le daba bien y quería que Nacho lo supiera.

—Tú no necesitas *adelgazar*, Lorena. Esa es una palabra de mierda. A ver, no me malinterpretes: tu forma física... no es muy buena.

—No te cortes. Si ya sé yo que para las Olimpiadas no me llaman.

—Pero lo que tú necesitas es encontrar tu punto de cordura. —Al ver la cara que ponía Lorena, Nacho continuó—: Hay una teoría que habla del *punto fijo*, de nuestra predisposición a pesar más o menos, y de cómo podemos cambiarlo mediante la dieta y el ejercicio. Pero el punto de cordura sería el peso al que tu cuerpo llega naturalmente cuando haces lo que te sienta bien

sin volverte loca.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, incluir fruta y verdura en todas las comidas porque la fibra es genial para tu microbiota. No pasarte con la grasa, pero no por nada, sino porque no es bueno para tus arterias. Comer más proteína para no perder músculo cuando seas vieja. Entrenar duro.

—A ver. —Lorena se recolocó la gomilla de las bragas con toda la discreción de la que fue capaz—. Que está muy bien que no me hagas *fat shaming*, pero yo quiero adelgazar.

Nacho sonrió.

—Y vas a adelgazar casi, casi seguro, y vas a caminar más erguida, y te va a sentar mejor la ropa. Pero no va a ser la causa de tus acciones, sino la consecuencia.

Lorena frunció el ceño. No estaba segura de entenderlo, pero tendría que hacerle caso, que para eso lo había contratado.

Mientras se ponía de nuevo la ropa, Nacho empezó a desvariar sobre entrenamiento de intervalos, macronutrientes y tasa metabólica. Después de un rato, Lorena resopló.

—No he entendido nada de lo que acabas de decirme. Pero, bueno, yo hago lo que tú digas y punto.

—¡No! —Nacho levantó la cabeza de sus papeles y la miró con falsa desesperación—. Eso no es lo que buscamos. Quiero que aprendas para que sepas por qué haces las cosas y tomes mejores decisiones.

Reunió todas las hojas en un montón y las cuadró dando golpecitos sobre la mesa.

—Esta semana vas a seguir comiendo normal —dijo—, pero quiero que tomes nota de cuánta hambre tienes antes de comer y de lo llena que estás cuando terminas. Vamos a ver cuánto necesita tu cuerpo para funcionar y cuánto de lo que le das obedece a otras razones.

Le dio el nombre de una aplicación para registrarlo en el móvil y unas fotocopias por si prefería anotarlos a mano. Lorena trató de no protestar: aquello tenía pinta de ser un coñazo mortal, pero Nacho parecía feliz.

—Oye —le dijo justo antes de marcharse—, te veo muy contento y no lo entiendo. Si estoy fatal.

Nacho se levantó de la silla, se colocó frente a ella y le puso las manos sobre los hombros. «No las quites», tuvo ganas de decir.

—No estás fatal, punto uno. Y punto dos: ¿tú te das cuenta de lo espectacular que va a ser el cambio?

Lo decía con tanta alegría que Lorena se fue a casa contenta. El chico era guapo y todavía no la había puesto a dieta.

Pero, sobre todo, era la primera vez en muchos, muchos años que alguien la miraba como si fuera capaz de cambiar.

Lo de llevar el diario la dejó muerta. Llevaba toda la vida pensando que su problema era que tenía más hambre que la gente normal, pero la mayoría del tiempo no era hambre. Comía porque se aburría, porque le daba ansiedad o porque le apetecía sentir el sabor de un alimento en la boca, pero hambre, lo que se dice hambre, tampoco tenía tanta.

Curiosamente, en cuanto se dio cuenta, empezó a comer menos casi sin quererlo, porque comer porque se aburría le parecía estúpido, y ella sería muchas cosas, pero tonta no era. En lugar de irse a la despensa, abría el móvil y se ponía con el juegucito de explotar burbujas de

colores, que, a ver, tampoco era lo mejor que podía hacer con su tiempo, pero al menos no se le acumulaba en las lorzas.

—¿No te llevas hojaldrinas? Están de oferta —le dijo un par de días después Rocío, que la había acompañado a hacer la compra.

Lorena miró la caja y casi pudo sentir la consistencia mantecosa de los dulces deshaciéndose en su boca, pero luego pensó en el punto de cordura y en hacer las cosas que le sentaban bien sin volverse loca. Podía no comer hojaldrinas. No se acababa el mundo.

—Paso.

Rocío la miró torciendo la cabeza.

—Esta no es mi Lore, que me la han cambiado.

Ella siempre había sido delgada, pero tres niños y demasiados domingos comiendo migas habían hecho que ahora abultara el doble que en el colegio.

—Esta es la nueva Lore, así que vete haciendo a la idea.

Volvió a dejar las hojaldrinas en la estantería e ignoró la mirada de Rocío mientras se dirigía a la caja con paso firme.

Capítulo 11

Se había convertido en un ritual.

Cada noche, Berta se metía en el baño, cerraba la puerta con pestillo y sacaba una píldora anticonceptiva rosada y diminuta de su hueco. La sostenía entre dos dedos y la acercaba al desagüe del lavabo. Era fácil. Solo tenía que dejarla marchar como a un buen amigo que se va de viaje mucho tiempo: «Adiós, adiós». En el último momento, sin embargo, se la llevaba a la boca con el corazón latiendo a toda velocidad y la huella marcada en la yema de los dedos. Esta vez había escondido el blíster en una caja de tampones. Si Matt lo encontraba ahí, no sería casualidad.

Seguía dándole vueltas a la idea de investigar. Quizá bastaba con fingir, porque no iba a descubrir nada nuevo después de quince años. Preguntaría a algunas personas y simularía con convicción que quería averiguar la verdad. Matt podía jugar también si le apetecía y, después de un tiempo, tendría que darse por vencido.

El problema era que a Matt la verdad le daba igual, porque para él solo era un medio para un fin, y el fin eran él, Berta y su supuesta gran familia sonriente correteando por la playa como en un anuncio de crema solar. Berta podía fingir que investigaba con todo el ahínco del mundo, pero, si no arreglaba lo que estaba mal en su cabeza y seguía sin querer hijos, Matt no iba a perdonarle la vida.

Por fin, decidió comentarlo con sus hermanas.

—Cuando son tuyos es distinto —dijo Paz, que tenía tres hijos varones apenas espaciados entre sí—. Es verdad que pierdes cosas, pero también ganas otras.

Estaban sentadas en las gradas del campo grande de fútbol del Santa Catalina, donde Alfonso, su sobrino mayor, entrenaba con más entusiasmo que talento. Berta había ido a acompañar a Paz, que no se molestaba en volver a casa durante la clase y se quedaba en las gradas mirando el móvil.

—Pues yo creo que alguien que te quiere debería quererte también sin hijos. ¿Y si resulta que eres estéril? —preguntó Amor, sentada al otro lado.

—Ay, Amor, no digas eso ni en broma —Paz le dio un manotazo y Berta meneó la cabeza. Adoraba a sus hermanas, pero la manía de Paz de que tuvieran que hacerlo las tres todo en comandita la sacaba de quicio. Habría preferido hablar con ella en privado. Amor y Berta, que habían compartido habitación toda su infancia, se ponían de los nervios una a otra con una facilidad pasmosa—. Pero bueno, burradas aparte, estoy de acuerdo con la petarda esta. Matt debería quererte incondicionalmente.

—¿Tú crees? —Berta, que se había comprado un *poloflash* de limón por los viejos tiempos, le dio una chupada enérgica—. El amor de pareja no es incondicional. Por eso los maridos no se eligen por sorteo.

—Pues dicen que los matrimonios concertados se divorcian menos —dijo Amor.

Típico de su hermana. Llevaba la contraria por deporte.

—Vale, ¿hago eso, entonces? ¿Me voy a la India y que me casen con alguien?

—Tienes que ser india para que te busquen un marido indio.

Berta puso los ojos en blanco, y Paz extendió las manos en gesto conciliador.

—La cuestión es, Berta, que los hijos hay que desearlos, porque te cambian la vida.

Berta sorbió el líquido que quedaba en su *poloflash* y contempló con satisfacción el envase

enroscándose como un matasuegras. Deseó haber comprado también pipas.

—Pero ¿hay un momento en que una lo sabe con seguridad? —preguntó—. ¿O primero los tienes y luego ya te apañas?

Se arrepintió un poco en cuanto lo soltó, porque sabía que Carlitos, el pequeño de Paz, había sido, como ella proclamaba alegremente, «un resbalón».

—A ver, chiqui, pues te casas y, si estás bien, tienes hijos, ya está. Yo es que no le di más vueltas —dijo Paz.

—Después de un tiempo, ¿qué vas a hacer? — Amor se encogió de hombros—. Es como que el cuerpo te lo pide.

A Berta le dio pena su madre, que llevaba desde que ella tenía memoria dejándose la garganta en repetirles a sus hijas que eran libres y tenían opciones. Una vida convencional también era una opción, claro, pero Berta sospechaba que Amor casándose a los veintidós y Paz pariendo un hijo detrás de otro no eran lo que tenía en mente.

Quizá la relación causa-efecto iba al revés: Paz y Amor habían acabado hartas de playas nudistas en verano, olor a porro en la terraza y canciones de Víctor Jara y Violeta Parra en el radiocasete del coche, y sus vidas convencionales eran, en el fondo, una forma de rebeldía.

—Voy a por pipas. —Amor se levantó en dirección al pequeño quiosco que había dentro del colegio, y Berta sonrió. Las tres habían sido alumnas del Santa Catalina y tenían ciertas conexiones marcadas a fuego en sus neuronas. Sentir la piedra fría de las gradas y oler el aire fresco de finales de septiembre te daba ganas de pipas y coca-cola fría. Tuvo una vez más aquella certeza aterradora de que lo de que «en ningún sitio como en casa» era cierto: en ningún otro lugar del mundo tenía ella un conocimiento tan íntimo de cómo funcionaba la realidad.

—No sé, Berta... —Paz se puso de pie para estirar las piernas—. Yo creo que le estás dando demasiadas vueltas al tema.

Tuvo la tentación de decirle la verdad: que todo tenía que ver con aquellos dos días de marzo en que había estado desaparecida. Sin embargo, algo la detuvo. Paz nunca se había creído que todo hubiera sido una fiesta que se le había ido de las manos, pero se calló para no darle más disgustos a sus padres. Bueno, y por lo de Salva, claro; eso distrajo a todo el mundo. Sin embargo, si ahora le decía que ella también tenía dudas, Paz se lanzaría a por el rastro de lo ocurrido como un perro de presa, Matt y ella montarían su propia agencia de detectives y empezarían a interrogar a medio barrio.

—Igual tienes razón.

Sí, igual la tenía. Para alguna gente, la vida era como los largos toboganes del parque acuático en los que le encantaba montarse de pequeña: una cosa iba llevando a la otra. De vez en cuando te atascabas, pero bastaba con tumbarse un poco más o impulsarse con los brazos para darle velocidad de nuevo. Ella, en cambio, solo conseguía pasar de una fase a otra (noviazgo, matrimonio, hijos) con esfuerzo, como si estuviera subiendo una montaña enorme. Pero igual no era culpa de la montaña. ¿Y si el problema era ella? Berta como el mayor obstáculo de Berta, distrayéndose con sus miedos ridículos, resistiéndose a lo que hacía todo el mundo porque se creía especial.

Igual ya estaba en el tobogán y solo tenía que dejarse llevar.

Por fin, Amor volvió con las pipas.

—No os vais a creer quién está en el quiosco con su hijo —dijo emocionada—. Raúl Guerrero de la Torre. Su niño es clavadito a él.

Berta soltó una risita. Raúl Guerrero de la Torre era el icono sexual de la clase de Amor. Ella

siempre lo había imaginado, de forma muy literal, como un valeroso soldado antiguo encaramado a un puesto vigía. Estaba convencida de que su nombre tenía el mérito de gran parte de su atractivo; si se hubiera llamado Agapito Pérez, no le habrían hecho tanto caso.

—¿Raúl no se casó con Camino Atienza? —preguntó Paz.

Al oír el nombre, Berta se sobresaltó.

—Qué va —dijo Amor—. Te estás liando con Fali Ibarra, que también era muy guapo y estuvo un tiempo saliendo con Camino. Era hermano de una de tu clase, ¿no, Berta? Lorena. La grandullona.

—Ajá.

—Raúl se divorció hace poco de Regina, la de mi clase, que era hija del entrenador del Unicaja —dijo Amor.

Como siempre que estaban dentro de los muros del colegio, la conversación se desvió hacia los cotilleos del Santa Catalina, sobre dónde estaban este o aquella y quién había acabado casado con quién. Berta las vio a las tres desde fuera como lo haría un extraño: las hermanas Berral, tan rubias y tan monas, sentadas de cualquier manera en las gradas, riéndose y charlando de tonterías. Parecía mentira que, después de tantos años, el colegio siguiera siendo un tema de conversación.

El Santa Catalina no se acababa nunca.

Ella quería eso para su vida y sus hijos. Las raíces sólidas como la piedra de las gradas, poder trazar su infancia y su adolescencia en cada recodo de los pasillos del colegio. Tener cerca a sus hermanas, que acudían cuando ella las necesitaba, y toda aquella red de seguridad, mullida y tentadora como el albornoz limpio de un hotel de lujo. Lo quería y se lo iba a perder por débil y por tonta. No podía pasarse toda la vida huyendo.

Escupió en la mano una pipa amarga y tomó una decisión.

Ahora solo quedaba decírselo a Matt.

Capítulo 12

Unos días después, sentada en una toalla sobre la arena, Berta observaba a Matt jugando al fútbol con Alfonso, Felipe y Carlos, los hijos de Paz («¿Cómo puedes hacerle esto a un republicano, hija de mi vida?», se había lamentado su padre cada vez que su hermana anunciaba el nombre de un bebé), y con Ramón, su cuñado. Paz y sus padres estaban terminando de recoger la cocina en la modesta casita de la playa, que habían comprado entre todos unos años antes. Amor comía en casa de sus suegros, y Berta había dicho que le dolía la cabeza para escaquearse. No tenía ganas de preguntas comprometidas; su madre tenía un talento especial para detectar si le ocultaba algo.

Ojeó en el teléfono las fotos de arreglos florales que le habían mandado sus cuñadas y marcó el menos cursi con un corazón. Luego devolvió la vista al partido. Podía adivinar por el trote dificultoso de Matt que, aunque estaba ya cansado, no se atrevía a retirarse por no quedar mal. Ramón iba de acá para allá con esa energía que siempre había desconcertado a Berta, como si su cuñado tomase una droga que no quería compartir con nadie, y los niños corrían tan rápido que parecían seis en vez de tres.

Berta pensó con maldad que ojalá Matt se cansara mucho. Ojalá le diera un tirón en el gemelo que se había desgarrado en el instituto; así aprendería que esta era la realidad de jugar con tus hijos y no el videoclip cursi que tenía en su cabeza. Matt la señaló y dijo algo que no entendió; después caminó hasta ella y se dejó caer bocarriba llenando de arena la toalla.

—Me has puesto de excusa, ¿no?

—Por supuesto. Mi bonita prometida está sufriendo y necesita mi amor. Renuncio a la apasionante diversión del fútbol europeo. —El fútbol americano era, literalmente, lo único que Matt echaba de menos de Estados Unidos.

—Qué tonto que eres.

Matt apoyó la cabeza en su regazo, y ella recorrió con el dedo el límite de su pelo, deteniéndose un momento en el pico de viuda de la frente y en las entradas. Tuvo la misma revelación que otras veces: que aquel era un hombre bueno y no había tantos así.

Era el momento. Tenía que decírselo ahora o se echaría atrás, y no podía aplazarlo más porque, aunque hacía tiempo que no hablaban del tema, Berta lo notaba latir por debajo de sus conversaciones como un corazón incansable. Matt se la quedaba mirando con los ojos entrecerrados, tomaba aire y luego lo soltaba de golpe y se ponía a hacer otra cosa. Había una cuenta atrás en su relación y en algún momento saltaría la alarma.

—Voy a hacerlo —dijo—. Voy a averiguar lo que pasó.

Las emociones pasaron por la cara de Matt como por una pantalla de cine: alivio, mezclado con alegría, mezclado con disimular la alegría para no asustarla.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó, entrecerrando los ojos frente al sol de media tarde—. Podemos hablar con tu familia ahora.

—No, gracias. Ya lo hago yo.

Solo sobreviviría a aquello si podía controlar con cuidado cuánto espacio le daba. Sus padres y sus hermanas lo convertirían en un monstruo deforme que se la tragaría entera.

Ramón y los niños se acercaban en su dirección. Tenían que irse ya al cumpleaños de un amigo de Carlitos al que, por supuesto, iban a acoplar también a los otros dos. Paz y Ramón trataban a los niños como un solo ser: una bestia mitológica de tres cabezas.

Entraron a la casita por la puerta de la cocina y, por un momento, la diminuta habitación se

llenó de besos en las mejillas, despedidas, achuchones a los niños y recipientes con comida para más tarde. Berta cerró los ojos y se dejó empapar de aquella familiaridad. Cuando su hermana se fue, su padre, que no perdonaba una siesta, desapareció en el piso de arriba, y Matt dijo que iba a dar un paseo y le lanzó a Berta una mirada tan intensa que ella casi se echa a reír. Le faltaba ponerlo en un cartel.

Se apoyó en la encimera y cerró los ojos. Quedaba olor a café en el aire de la cocina y el suave rumor del lavavajillas la llenaba de la agradable sensación de que otro se está ocupando de solucionar algo.

—Mamá —dijo mientras la ayudaba a lavar a mano las tazas buenas—. ¿Tú te acuerdas de lo que pasó cuando yo iba a segundo de bachillerato? De cuando desaparecí.

—Hija, ¿cómo no me voy a acordar?, si casi nos da algo a todos del susto. Pero, bueno, los adolescentes son así. Después de la loca de tu hermana Amor, estábamos ya curados de espanto. Vamos, si yo hasta la mañana siguiente ni me preocupé.

—Sí, pero Amor y yo éramos muy diferentes, ¿no?

—Claro, si eso fue lo que nos asustó tanto. Tú siempre has sido una balsa de aceite. Desde bebé, ya tenías mucha paz interior. —Su madre sonrió—. De adolescente, igual: estabas todo el día en el parque con tus amigas, sin dar un ruido.

«Hartándome a porros», pensó Berta, pero no dijo nada.

—Pero, bueno, gracias a Dios te encontraron, sana como una pera. Un poquito perjudicada, claro, pero ¿a quién no le ha pasado eso alguna vez? Me acuerdo de cuando nuestros amigos los Iriarte trajeron éxtasis de su viaje a Londres escondido en una pastilla de jabón. ¡Qué fiesta que montamos!

Berta miró a su madre y tuvo la extraña sensación de que algo no encajaba. Su boca continuaba contando batallitas, pero habían empezado a temblarle las manos y no la miraba a la cara.

Entonces se dio cuenta. Su madre quería creer que no le había ocurrido nada. Lo necesitaba. Prefería mil veces la versión de las drogas y la fiesta a la espeluznante posibilidad de que a su hija le hubieran hecho algo.

—Tengo que mirar por Internet los regalos para la boda. ¿Me ayudas? —dijo aprovechando un momento en que paró para tomar aire.

Vio relajarse el cuerpo de su madre como si hubiera aspirado una calada de sus «cigarros especiales», como los llamaba cuando ella y sus hermanas eran pequeñas. Mientras las dos se sentaban en el salón delante del portátil, pensó que no le iba a ser de ninguna ayuda; si quería respuestas, tendría que buscarlas en otra parte.

Capítulo 13

Ser buena era mucho más difícil de lo que la gente creía.

Camino llevaba días llamando a asociaciones de la provincia. Los voluntarios en la prisión te pedían un curso de formación previo de ocho semanas y no te dejaban sacar fotos; sin fotos, era lo mismo que no haber estado nunca. Los del refugio canino tenían demasiada gente y la llamarían si surgía algo. Menos mal, porque odiaba a los perros. Los de la Asociación Española Contra el Cáncer estaban organizados como una multinacional y ya habían asignado los eventos importantes.

Todas las posibilidades requerían un tiempo que ella no tenía.

Había hablado con Olga, que, por suerte, estaba de acuerdo en aguantar un mes sin nómina hasta ver por dónde salía todo aquello. También había pagado algo de publicidad para atraer más tráfico. No quedaba mucho para invertir, así que la estrategia tenía sus límites.

Necesitaba un milagro. Por mucho que lograra contribuir a una buena causa y lavar un poco su imagen, sus ingresos no se recuperarían al ritmo suficiente. «Tendremos que vender la casa», pensó con tristeza. Quería a aquel chalet casi tanto como a sus hijas. No podía volver al piso de sus padres y abandonar su parque de Listone Giordano. «Con estos suelos no hay vuelta atrás — le había dicho el encargado de la reforma—. Ya no vas a poder pisar otra cosa durante el resto de tu vida».

Se puso a dar vueltas por el salón de la casa. Recordó una imagen de su infancia (¿un cómic?, ¿una serie de dibujos animados?) en la que un preso encerrado en una celda hacía un surco en el suelo de tanto recorrerlo.

Más le valía que no pasara eso con lo que había pagado por el parque.

«Tiene que haber una solución. Siempre la hay». Por lo menos, Internet parecía haberse calmado un poco: ya apenas recibía insultos. Los seguidores de su cuenta estaban subiendo más rápido que la primera vez, pero aún le quedaba mucho camino para volver a donde estaba.

Cerró los ojos y rezó. No solía hacerlo así, de improviso: decía sus oraciones por la noche y en misa porque, si Dios era como tenía que ser, valoraría que respetaran sus horarios, pero situaciones desesperadas requerían medidas desesperadas.

«Señor, mándame algo. Una ayudita. Una señal. Si lo haces, te pongo unas velas de las de verdad, no de las eléctricas, que hay una iglesia en el centro que todavía las usa. Por favor».

En ese momento, llamaron a la puerta.

Al otro lado estaba la mujer más parecida a Blancanieves que había visto en su vida. Las palabras del cuento resonaron en su cabeza: «Blanca como la nieve, con el pelo negro como el ébano y los labios rojos como la sangre».

—Soy Elka, la vecina nueva. No Elsa. Elka, con ka. —Se encogió de hombros, como pidiendo disculpas—. Sí, lo sé, es raro. Lo vio mi madre en una revista. Quería comentarte una cosilla. ¿Te importa que pase?

No estaba muy segura de haber dicho que sí cuando Blancanieves ya estaba entrando al salón y sentándose en el sofá. «Dije una ayuda, Dios. Una a-yu-da». Se regañó por haberse olvidado de presentarse a los vecinos nuevos. El camión de mudanzas había llegado justo el día después de la catástrofe de Instagram y ella no tenía la cabeza para nada más, pero debería haber hecho un hueco. Que su vida estuviera en crisis no le daba permiso para perder los modales.

—Verás —Elka se mordió los labios, lo que solo sirvió para que se pusieran más rojos todavía

—, hemos llegado hace poco al barrio, y Rosa, la vecina del otro lado, nos contó que tú habías sido planificadora de eventos.

—Ajá.

—Resulta que tengo un niño. Marco, se llama.

Vale, ahora todo encajaba: el ímpetu al entrar, lo decidido de la voz. Elka tenía la energía de alguien que viene a hacer algo por un hijo.

—Tiene una enfermedad rara, piel de mariposa. No es el nombre oficial, claro, pero todo el mundo le dice así. La cuestión es que me gustaría organizar algo para recaudar fondos estas Navidades y quería preguntarte si podrías echarme una mano.

Juntó las manos y apretó los ojos en lo que seguro que creía que era un gesto adorable.

—Por favor... —imitó el tono de voz de un niño pequeño. Luego abrió los ojos y parpadeó dos veces.

Camino tardó un momento en entender lo que le estaba pidiendo. Cuando le llegó al cerebro, se mareó un poco. Qué barbaridad, Dios, qué eficacia. Le dio lástima que no hubiera una aplicación en la que dejarle una reseña de cinco estrellas.

—¿Algo como qué? —preguntó. «No te entusiasmes demasiado. Pregunta primero».

—Pues no sé... Yo había pensado en un calendario de esos con famosos. Imagino que tú tendrás contactos.

Era lo que creía la mayoría de la gente. Una vez había sorprendido a Marta, una de sus amigas, cotilleándole el teléfono para ver si encontraba el número de Nico Zurita, el actor de televisión. En realidad, ellos casi siempre hablaban con agencias, que a su vez llamaban a los representantes de los actores. Asintió levemente con la cabeza, como diciendo «sí, obvio».

—Pues eso. Hacer fotos con los niños y venderlos por ahí, los calendarios, claro, no a los niños. —Se rio con ganas de su propio chiste—. ¿Qué te parece?

Camino se puso uno de los cojines del sofá en el regazo y comenzó a mullirlo con cuidado. Un calendario con famosos para ayudar a niños enfermos encajaba a la perfección. Todo el mundo entendería que compartiera las fotos; nadie pensaría que era postureo. Los famosos la etiquetarían en sus posts, y Elka, agradecida, explicaría a todos que no habría podido hacerlo sin ella.

Con su marca personal arreglada, podría poner toda la carne en el asador con la publicidad y escribir a los *influencers* que le habían dado la espalda. En tres o cuatro meses, habría recuperado el suficiente nivel de ingresos como para no tener que cerrar.

En serio, alguien debía crear la aplicación para ponerle nota a Dios. Ahora que lo pensaba, igual tenía tirón. Reseñas de los milagros que se conectarían con las oficinas del papa para ver quién era el siguiente canonizado. ¿PapApp? ¿SuplicApp? «Céntrate, Camino».

Trató de no parecer demasiado entusiasmada.

—Déjame que le dé una vuelta, ¿vale?

—Ay. He sido muy brusca, ¿verdad? Me pasa siempre. —Algo en su manera de hablar le recordaba a Dory, la de *Buscando a Nemo*—. Lo siento, no te quería molestar. Claro, piénsalo... Yo seguiré preguntando a gente. Rosa me habló también de otra vecina, ¿Marisa, puede ser?

Camino notó el miedo en la boca del estómago y no tuvo otro remedio que admitirse lo que ya sabía: Elka era la mejor oportunidad que tenía en ese momento para salvar su empresa. Además, no iba a dejar que esa engreída petulante de Marisa se llevara el mérito. Su marido era cirujano y pasaba unos meses al año en Sierra Leona, y, aunque ella se quedaba en Málaga porque «sufría del estómago», se daba aires como si fuera la Madre Teresa.

—No, mujer, no quería decir eso. Claro que puedo ayudarte, ¡faltaría más! Es solo que quiero hacerme una idea del proyecto. Pero te ayudaré, por supuesto que sí.

—¿Sí? ¡Bien! —Elka volvió a poner aquella voz de pito y comenzó a dar palmas con entusiasmo—. No sabes el favor que me haces. Todos los padres piensan ya que soy un desastre absoluto. Si me quito de en medio ahora, voy a quedar fatal.

Una alarma saltó en la cabeza de Camino. Aquella Elka-con-ka no parecía el tipo de persona con la que se llevaría bien. Si de ella dependiera, desde luego, no la habría escogido como compañera para un proyecto, pero no podía mirarle el diente a aquel caballo regalado tan oportuno. Se imaginó hablando con Raquel, la responsable de *marketing* de IKEA, mostrándole cómo había vendido miles y miles de calendarios de la misma forma que podía vender miles y miles de estanterías Billy.

Elka seguía parloteando.

—Ay, qué alegría, de verdad. Con tu ayuda, seguro que lo sacamos. Tienes que conocer a Marco. ¡Vale, hagamos eso! —¡Pero si no le había dado tiempo a contestar! ¿Tendría alucinaciones?—. Ven a mi casa esta semana. Hablamos del proyecto y te presento al niño. ¿Cuándo te viene bien?

Camino sacó el teléfono y fingió que miraba su agenda mientras trataba de pensar. Seguiría llamando a otras asociaciones, pero, entretanto, no tenía sentido quemar aquel cartucho. Era una gran oportunidad.

—Mañana miércoles a las seis —dijo con firmeza. Elka asintió como un perrito feliz. Por lo menos, parecía tener la misma personalidad que un cartón de zumo del Mercadona; no causaría problemas.

«En la presentación, igual te bajo un poquito la nota, Dios —pensó mientras cerraba la puerta detrás de su vecina—, pero, por lo demás, cinco estrellas».

Capítulo 14

A las seis y un minuto del día siguiente, Camino llamó por tercera vez al interfono del chalet de Elka. ¿Dónde se había metido Blancanieves? Si era una de esas informales que piensan que quedar a en punto quiere decir llegar a y cuarto, sería mejor dejarlo, porque no iban a funcionar bien juntas. «Paciencia, querida», se recordó. Aquello era demasiado importante como para ponerlo en riesgo por tonterías.

Estaba a punto de llamar de nuevo cuando un zumbido abrió la cancela.

—¡Camino! ¡Por aquí!

Miró sobresaltada al sitio de donde llegaba la voz y vio el exótico rostro de Elka asomando por la ventana del sótano. Por un momento surrealista, pensó que igual estaba secuestrada y todo aquello era una estratagema para que alguien llamase a la policía.

Por fin, encontró una escalerita que llevaba a la puerta del sótano y dudó un momento antes de bajar. Los sitios cerrados no le hacían ninguna gracia. Se negaba a llamarlo claustrofobia, porque sonaba a persona débil, pero la verdad es que hacía años que no se subía a un ascensor. «Necesitas esto», se dijo con severidad, y se obligó a descender los escalones y empujar la puerta entreabierta.

—Perdona el retraso, que estaba en la ducha. Yo vivo aquí abajo —explicó Elka, dándole dos besos envueltos en un mareante olor a coco—. Marco está en la planta de en medio, y mi ex, arriba del todo. Así es más cómodo para el niño.

Camino recordó entonces que los anteriores dueños de la casa, una pareja jubilada, habían convertido el garaje en un apartamento para que pudiera quedarse su hija mayor, que vivía en el extranjero. Debían de haber asumido que la hija no venía porque no le daba la gana y por eso vendieron el chalet. Seguro que no habían pensado que era ideal para una pareja separada. ¿Podría convertirse en un negocio en el futuro? «Casas para divorciados. Dormitorio insonorizado a prueba de novios nuevos». Se regañó por frivolizar sobre algo tan serio. Aunque, puestos a divorciarse, hablaba bien de Elka y su exmarido que el niño no tuviera que cambiar de casa cada dos semanas; reservaba un lugar especial en el infierno para los separados que llevaban a sus hijos de acá para allá como refugiados de guerra.

—Bienvenida a mi humilde morada. —Elka giró sobre sí misma con un gesto teatral y luego se sentó desmadejada en un sofá diminuto.

Era, sin duda, humilde, pensó Camino, y empezó a reformar el espacio con la mente para distraerse de la ansiedad. Un ventanal más grande, una claraboya que desde el piso de arriba sería un suelo semitransparente y dejaría entrar más luz. Paredes blancas; nada de tonos de gris para aquel sitio. Aunque, en realidad, las paredes casi no se veían, porque estaban todas cubiertas de dibujos.

—Soy ilustradora —dijo Elka, como si le leyera la mente.

—¿De libros?

—A veces, pero casi siempre de revistas extranjeras. Pagan mucho mejor y no acabas aburrida de dibujar a Jacinto el Topo en veinte posiciones diferentes.

Camino sonrió de medio lado y observó las láminas de las paredes. Siempre decía, sobre todo por fastidiar a su padre, que ella no tenía criterio para el arte, pero las ilustraciones de Elka le parecieron buenas: exageradas, como ella, llenas de formas geométricas y colores saturados. En la esquina con más luz, pegada a la ventana, había una mesa de dibujo con acuarelas y

rotuladores, y haciendo esquina con esta, otra más pequeña, casi cubierta por una tableta gráfica. El suelo todavía estaba salpicado de cajas sin deshacer, y todo tenía el aspecto opaco de algo que no ha sido limpiado a fondo en mucho tiempo.

Poco a poco, a medida que se iba familiarizando con los objetos y se recordaba que podía irse cuando quisiera, Camino fue tranquilizándose. Colocó la única silla que vio frente a Elka y se sentó, juntando las yemas de los dedos.

—¿Y bien? —preguntó.

—Pues ya te dije que había pensado en hacer un calendario, de esos con famosos que salen con los niños.

—Ajá. —Camino asintió.

—Y... ya está. Eso es todo lo que tengo. ¡Tachán! —Extendió ambos brazos a los lados, como su hija Adriana cuando representaba una de sus obras de teatro inventadas. Estaba claro que encontraba encantadora su propia falta de planificación.

Camino compuso una sonrisa forzada.

—Como punto de partida, está muy bien. Muy buena idea.

Si conseguían ya a alguien que colaborara, podía empezar el trabajo previo de promoción e invitarlos a que hablaran en directo en su nueva cuenta. No iba a esperar hasta Navidad; tenía que empezar a mover aquello cuanto antes.

—Una compañera de la asociación se ha ofrecido a ayudar. Ella montó uno hace años con los bomberos. Yo he pensado que con famosos podríamos llegar a más gente.

—Sí, claro. Sin duda: nada de bomberos.

Los famosos eran clave. Si Elka se venía abajo y decidía que bastaba con que salieran los niños con el primer colectivo desocupado que pillaran, no lograrían suficiente alcance. Podía notar que el entusiasmo de Blancanieves era como la llamita débil que aparece cuando enciendes una cerilla. Tenía que protegerlo del viento para que no se apagara.

—Vale. —Abrió Notion en el teléfono y empezó a apuntar—. Yo me encargo de ver a quién puedo localizar. Tengo que hacer un par de llamadas primero. ¿Conoces a algún fotógrafo? —Elka negó con la cabeza—. Encárgate de buscar a alguno que nos haga buen precio, porfa. Te pasaré algunos números. ¿Qué presupuesto tenemos?

—Pues... poquito. Tendría que hablar con la tesorera. Igual alguno nos lo hace gratis.

Ah, no, eso sí que no. Era fundamental que las fotos tuvieran buena calidad. Si no, nadie querría compartirlas. Tendría que ocuparse ella también, en cuanto solucionara lo de los famosos, pero decidió seguirle la corriente a Elka para que estuviera entretenida con algo.

—También necesitamos un maquetador.

—Ah, eso sí te lo puedo buscar. Conozco a gente del sector.

Siguió dividiendo tareas, diseccionando el proyecto en pequeñas metas alcanzables. Su alma se tranquilizaba con cada línea que anotaba. Esto era asequible. Podía conseguirlo.

Cuando estuvo todo claro, Camino carraspeó y puso todo su esfuerzo en transmitir empatía y sensibilidad.

—Cuéntame más sobre la enfermedad —dijo—. ¿En qué consiste?

La cara de Elka se ensombreció y su tono de voz cambió, como si de repente alguien hubiera activado un reproductor escondido y ella solo repitiera un discurso grabado hace mucho tiempo.

—Se llama epidermiólisis bullosa, pero «piel de mariposa» es el nombre por el que la conoce todo el mundo. Es una alteración genética que hace que la piel no funcione como debería. Como si estuviera hecha de escamas de papel de seda. Cualquier roce les hace heridas y hay que

curarlos varias veces al día. Llevan vendas en las zonas más sensibles.

¡Vendas! ¿Cómo iba a promocionar unas fotos con niños que parecían leprosos? Se esforzó por no mover la cara. El fotógrafo iba a tener que ser muy bueno.

En ese momento, el teléfono de Elka, bocarriba sobre la mesa del estudio, se activó con una notificación.

—Es mi ex —dijo después de mirarlo—: ya ha traído a Marco y me toca hacerle las curas. ¿Te vienes y lo conoces?

En cuanto cruzaron la puerta que daba al piso superior, fue como entrar en una dimensión distinta donde todo estaba limpio como un quirófano. Los restos de la ansiedad de Camino se evaporaron. Sentado frente a la mesa de la cocina, Marco parecía entretenido con su tableta, pero al padre no se lo veía por ninguna parte. Oyó cerrarse una puerta en la planta de arriba y pensó que sí que se llevaban mal si no podían ni hablarse.

Elka se acercó al niño por la espalda, posó las manos con suavidad en sus hombros y le dio un beso en la parte de arriba de la cabeza. Había algo distinto en su faceta como madre: más delicado, como si tuviera miedo de romperlo.

—Ratón, te toca la cura —dijo.

Marco, que tendría unos cuatro o cinco años, no dijo nada y siguió mirando un vídeo mientras Elka fregaba la bañera con lejía, frotando con vigor mientras asentía con la cabeza, como si dijera «sí, así es, ahora está bien». No la habría imaginado como alguien capaz de moverse con ese vigor. Se apoyó incómoda contra la pared de la cocina mientras se preguntaba si decirle algo a Marco. Solía llevarse muy bien con los niños porque los trataba con una brusquedad que ellos interpretaban como respeto, pero no le gustaban demasiado: «Aguanto a mis hijas porque son mías», decía a menudo.

Se acercó un poco para verlo mejor. Tenía el cuello y la cara salpicados de costras y heridas, como si hubiera sufrido varios accidentes aparatosos. Llevaba los brazos cubiertos de vendas, y sus manitas, que asomaban por los extremos, mostraban muñones rosados de piel tirante en lugar de dedos.

—Hola —dijo—, soy la vecina de tu madre. La voy a ayudar con...

Se interrumpió. ¿Sabía Marco lo del calendario? ¿O intentaría Elka hacerlo sentir «normal»? Pero era imposible que aquel niño creyera ni por un momento que era normal. Tendrían que encerrarlo en un búnker para eso.

Marco levantó la cabeza con la expresión de hastío de un adolescente. Tenía el pelo muy rubio y los ojos de un gris tan claro que parecían desteñidos.

—Hola —respondió, y devolvió la atención a la tableta.

Le gustó que no estuviera hambriento de atención adulta. Sus hijas entraban a veces en ese modo, sobre todo con la gente a la que acababan de conocer, y la ponían de los nervios.

Elka terminó de limpiar la mampara de la bañera y llamó a Marco, que se levantó de la mesa con aire de condenado a muerte. Camino observó cómo lo desvestía y echaba la ropa en una cesta y las vendas y apósitos en una bolsa de plástico.

Marco empezó a llorar en cuanto la esponja le tocó la piel, y Camino se sobresaltó. ¿Era así siempre? Había supuesto que la cura sería algo rutinario, como si el que una enfermedad sea crónica diera derecho a que en algún momento alguien apagara el interruptor del dolor.

—Salgo un momento, que me marea un poco el olor a lejía —dijo.

Desde el vestíbulo escuchaba a Elka cantar la canción de *La sirenita* mientras el niño seguía llorando. Tenía una bonita voz, no muy potente, pero clara y afinada. Por fin, salió con un Marco

exhausto envuelto en una toalla blanca y lo colocó sobre una gran mesa en la habitación de al lado.

La piel del niño estaba llena de heridas en carne viva que Elka examinaba, curaba y vendaba, alternando entre distintos apósitos y pomadas según el aspecto de cada una. La vida de Marco era el continuo regreso de un campo de batalla.

Había cogido otra vez la tableta y parecía distraído, aunque a ratos se quejaba, y Camino se dio cuenta de que lo que había en sus ojos no era hastío adolescente. Estaba triste, y era terrible, porque ella sabía lo que era ser pequeña y estar triste. A menudo la exasperaba la alegría infantil de sus hijas. «¡Bieeeeeen, mamá, salchichas!», gritaba Adriana, y le entraban ganas de decirle: «Hija, ni que te hubiera tocado la lotería, solo son salchichas», pero luego recordaba la alternativa y daba gracias a Dios.

Marco tenía ojos de viejo, pensó. Mientras lo curaba, Elka parloteaba sobre los tipos de vendaje y gruñía, disgustada, cuando alguna herida no se estaba curando todo lo bien que debería. Parecía tener en la mente un mapa mental de cada uno de los centímetros de piel de su hijo. Ni siquiera intentaba entablar conversación con el niño; lo dejaba estar en el universo alternativo de sus vídeos de *La Patrulla Canina* y se movía con rapidez para terminar lo antes posible.

Durante la cura, Marco no estaba allí. Se había ido a un lugar propio que Camino conocía demasiado bien.

Elka no había terminado de vestir al niño cuando le apoyó una mano en el hombro y la miró a aquellos ojos castaños, casi negros.

—Vamos a hacer el mejor calendario del mundo —le dijo—. El mejor.

Capítulo 15

—Mírame —le dijo Lorena a Nacho, con los brazos en jarras—. ¿A ti te parece que yo necesito abultar *más*?

Estaban en la sala de entrenamiento de ElPaloFit, junto a una especie de jaula metálica con una barra de hierro, una banca de ejercicio y un soporte con discos de todos los colores y tamaños. «Estupendo, voy a convertirme en un marimacho», pensó. Se imaginó como una mutante llena de músculos y venas. No, gracias.

—¿Qué te crees que va a pasar si haces pesas? —dijo Nacho, levantando una ceja.

—Pareceré He-Man.

—¿Quién?

—He-Man. ¡Yo tengo el poder! —Lorena alzó una espada imaginaria—. ¿*Masters del universo*? ¿No? Por Dios bendito, ¿cuántos años tienes?

—¿Cuántos años crees que tengo?

—No sé, ¿quince?

—Ja, ja. Qué graciosa. No te lo voy a decir porque no quiero que me pierdas el respeto.

—¡Eh! ¿Cuántos años crees que tengo yo?

—Lorena, sé cuántos años tienes. Lo pone en tu ficha. Bueno, que no sé quién es el *Jimán* ese.

Maravilloso: ahora pensaría que era una anciana patética. Buscó avergonzada una foto de He-Man en el teléfono y se la enseñó.

—Querida, jamás vas a tener esos músculos sin ayuda de la droga. Lo que vas a conseguir se parecerá más a esto.

Nacho le enseñó otra imagen, esta vez de una famosa de Instagram con algunos músculos, pero no demasiados, sexi pero femenina: una de esas mujeres que ella no sería jamás.

—Esas hacen aeróbic.

—Eso es lo que tú te crees. Esas levantan más peso que yo. A ver, Lorena. —La miró a los ojos—. ¿Tú confías en mí?

—No sé, ¿devuelves los bonos?

Nacho alzó las cejas y no contestó.

—Vaaaale. —Lorena cruzó los brazos y luego los descruzó; no quería parecer una niña consentida—. Sí, maestro. Confío en ti. Por favor, no me conviertas en Hulk. A Hulk sí lo conoces, ¿no?

Con una media sonrisa, Nacho la llevó al otro extremo de la sala. Pasaron la siguiente hora haciendo ejercicios horribles y muy incómodos con cintas, una bola de pilates y una esterilla en el suelo.

—Esto es todavía peor que las pesas —se quejó Lorena, tumbada de medio lado después de intentar sin éxito «reclutar su glúteo superior». A saber dónde estaba eso.

—Son ejercicios de activación previa. No te voy a poner a levantar hierro sin prepararte, porque te harías daño.

—Pero ¡me aburro!

Nacho se acuclilló frente a ella y la miró a los ojos.

—A ver, Lorena, que yo no soy tu profesor del colegio, ni tu padre, y tú estás aquí porque quieres. Si quieres entrenar, entrenas, y si no, no. Te puedo devolver los bonos.

Había un punto de ligereza en sus palabras, pero Lorena se dio cuenta de que hablaba en serio.

Se avergonzó un poco: Nacho tenía razón. La que había ido a ElPaloFit era ella y no la había obligado nadie, así que, ya que estaba ahí, podía esforzarse un poco.

Estaba a punto de soltar un chiste para relajar el ambiente, pero se contuvo. Era lo que hacía siempre: responder con bromas, no poner demasiado interés en nada por si al final no salía bien. A lo mejor había llegado el momento de probar algo distinto.

Apretó los dientes y se concentró todo lo que pudo en reclutar el puñetero glúteo superior.

Capítulo 16

Amanda, la amiga que juró haber visto a Berta en un bar cuando desapareció, vivía en un edificio antiguo, cerca del Parque del Oeste. Cuando Berta llegó allí, recordó lo que le había dicho hacía mucho su profesor de autoescuela: «Los del oeste no tienen ni idea del este, y viceversa. Es como llevaros a otra ciudad». Málaga estaba radicalmente dividida en el centro por la sencilla razón de que no te hacía falta ir más allá, y la mayoría de la gente de El Palo ni siquiera salía del barrio. Para haber visitado todos los continentes, que Amanda viviera en Huelin le resultaba absurdamente exótico.

Mientras la esperaba en el portal, trató de imaginar qué aspecto tendría ahora. Era miembro de su grupo de amigas durante la adolescencia porque todas vestían igual, pero a ninguna le caía demasiado bien. Así funcionan las cosas a los dieciséis: si la otra también lleva pantalones anchos, varios *piercings* y rastas, asumes que tenéis lo suficiente en común como para llamaros amigas.

Amanda había sido la que la vio en un bar la noche antes de que apareciera tomándose el famoso colacao. Por eso estaba Berta allí: era el único sitio por donde se le ocurría empezar a tirar del hilo.

No había pegado ojo la noche anterior. Nunca tenía problemas de sueño: se quedaba frita en cualquier tren y apenas notaba los cambios de zona horaria. Sin embargo, desde hacía unos días le costaba dormir y se despertaba muy temprano.

Sin saber qué hacer, se iba al estudio a tratar de avanzar en su proyecto nuevo: autorretratos en interior para el libro del que ya le habían dado un anticipo, pero la duda se la estaba comiendo por dentro. ¿Era ese el proyecto que debía emprender ahora? ¿Tenía algo que decir a través de sus autorretratos o era una estupidez egocéntrica? Por primera vez en quince años de carrera, Berta dudaba de su trabajo.

Ojalá averiguar lo que había pasado lo solucionara. Podía vivir sin Matt, pero no sabría quién era si dejaba de hacer fotos.

Se abrió la puerta del edificio, una torre de pisos de color arena, y tardó unos segundos en reconocer a Amanda: la adolescente flaca ahora estaba hinchada, con el pelo sucio y la cara congestionada por el esfuerzo. Llevaba a un niño de unos dos años en la cadera y arrastraba un enorme carrito gemelar.

—¡Víctor! —chilló escaleras arriba—. ¡Cuidado con tu hermano! ¡Que no intente bajar solo! Hola, Berta, hija. Perdona, vamos tarde, para variar, y el ascensor se ha roto. Vigíleme el carrito, porfa. ¡Darío, hazme el favor! —Amanda trató sin éxito de desenganchar la mano del niño de su pelo grasiento y, con un bufido, entró de nuevo en el portal.

Cuando bajó, llevaba a un niño idéntico al primero en la otra cadera y otro más, de unos seis o siete años, los seguía bajando los escalones de dos en dos.

—¡Víctor, ya está bien! Te vas a caer de boca. ¡Rubén!

Siempre que veía a unos padres agobiados con sus hijos, como los niños gritando en el supermercado o tirando comida en un restaurante, Berta se quedaba mirando como a un accidente leve en el que no tienes claro si deberías ayudar o no.

Ahora cada uno de los pequeños tenía varios mechones en sus puñitos. Amanda los dejó en el carro a la vez, los desenganchó por fin de su pelo y miró a Berta con la cara empapada en sudor.

—¿Tienes hijos? No tengas hijos.

¿Lo pensaría de verdad? Seguro que no. La gente con hijos tenía aquella costumbre de quejarse y después, en el último momento, añadir: «Pero en el fondo es maravilloso», o «merece la pena». ¿Cuál era la verdad? Si los encerrabas en una celda para que confesaran, ¿qué recomendarían? Alguien debería darles inmunidad, como a un testigo protegido: «Puedes decir que tu crío es un demonio, no te juzgaremos, pero, por favor, danos información sincera para que podamos tomar una decisión».

Echaron a andar hacia la guardería de los gemelos. Era el único rato libre de Amanda antes de dejar al mayor en el cole, salir zumbando a su trabajo en nasequé tienda del centro y no volver a casa hasta por la noche.

—Bueno, ¿y qué tal todo? —preguntó con la voz plana del que tiene la cabeza en otro sitio. Luego pareció darse cuenta de algo y su expresión cambió—. Estupendamente, ¿no? Sé que te ha ido muy bien. Enhorabuena.

Como le pasaba a menudo, Berta volvió a tomar una conciencia incrédula de la dimensión de su éxito: Amanda, en aquel rincón perdido del mundo, sabía de ella y de sus fotos.

—Gracias. ¿Tú qué tal?

—Pues ya ves. —La otra señaló a los gemelos con un gesto de la barbilla—. Primero me quedé embarazada del mayor yo sola porque estaba en una época de feminismo extremo nivel «no quiero hombres en mi vida». Después me enamoré y ¡pum!: gemelos. Nunca se sabe dónde va a acabar una en la vida.

Berta no sabía qué contestar, así que decidió ir al grano:

—Quería preguntarte por la noche aquella que me viste. Ya sabes, cuando... desaparecí.

Decir aquello en voz alta la hacía sentirse rara. El verbo usado así, de forma activa, hacía pensar que la causante había sido ella. Recordó la expresión que usaban en América Latina, «lo desaparecieron», y pensó que en su caso había sido así: a ella la había desaparecido alguien.

—Ajá. —Amanda no la miró.

—¿Dónde me viste exactamente?

—Uf, pues ni me acuerdo. En el Road House, supongo, como todos los fines.

—Pero en el Road House habríamos estado todas juntas. Siempre íbamos allí. Nos decían que nos sacáramos un bono como el del autobús.

Amanda se paró un momento para recoger el chupete que uno de los gemelos había tirado al suelo y frotarlo contra su camiseta.

—Uf, pues no sé... ¿En el Onda Pasadena, a lo mejor?

Miraba a Berta como esperando que ella lo confirmara: «¡Ah, sí, cierto! Estaba en el Onda Pasadena. Ahora lo recuerdo». Trató de mantener la calma.

—No lo sé, Amanda, yo no me acuerdo de nada.

—¡Espera, sí, ya me ha venido a la cabeza! Fue en el Playmobil. El bar aquel de poperos donde ponían Los Planetas sin parar toda la noche. Mi prima me había convencido para ir. Qué pereza.

Amanda seguía sin mirarla, así que Berta decidió insistir un poco más:

—¿Y estás segura de que era yo?

—Uhm... Sí, supongo.

—¿Segura-segura? ¿Como para apostar a tus hijos de segura?

—A ver... —Amanda se inclinó un poco más sobre el carrito, como si un dios justiciero fuera a llevarse a los niños—. Como para apostar a mis hijos, igual no. Había mucha gente.

—¿Y no te acercaste a saludarme?

—Yo qué sé, estaba con mi prima... La verdad es que ni me acuerdo, Berta. Fue hace un montón de tiempo.

Berta notó el eccema ardiéndole en los dedos.

—No pasa nada si no era yo, Amanda —dijo, esforzándose por sonar tranquila—. Éramos muy jóvenes. Había mucha presión por saber lo que pasó.

El niño mayor tropezó intentando sacar algo del bolso del carrito mientras andaban y se echó a llorar. Los dos gemelos lo imitaron, y Berta se quedó a un lado, espeluznada, hasta que Amanda consiguió controlar la situación.

—Mira —dijo Amanda por fin, empujando de nuevo el carro con brío—, no te digo que no fueras tú. Que casi seguro que lo eras. Pero, si no lo hubieras sido, te digo una cosa: ahí todo el mundo se puso contentísimo de tener una explicación. Tú la primera.

—¿A qué te refieres?

—En cuanto volviste a la realidad, te negabas a que nadie te sacara el tema y te pasabas ciega de porros las veinticuatro horas del día. Y, claro, al poco se supo lo de Salva y a la gente lo tuyo se le olvidó.

Berta tuvo que contenerse para no cerrar los ojos. No quería pensar en Salva ahora. En lugar de eso, imaginó a la Amanda adolescente diciendo que igual ella había visto a Berta y todas las miradas volviéndose sobre ella, que estaría encantada, seguro, porque nunca había llevado bien ser de las segundonas del grupo. En cuanto a Berta, claro que no había querido que la gente le preguntara. Estaba exhausta y asustada, todos la trataban como si fuera una yonqui y solo quería dormir.

Llegaron a la puerta de la guardería, y Berta esperó con las manos en los bolsillos de la chaqueta mientras Amanda aparcaba el carrito y dejaba a los gemelos con una profesora. Estaba mintiendo, seguro, lo sabía en los huesos, pero no podía probarlo. Quizá ella misma se creyera que decía la verdad. Vio que se entretenía charlando con una madre y aprovechó para dar media vuelta y marcharse calle abajo.

Estaba a punto de coger el autobús de vuelta al barrio cuando cambió de idea. Después de una búsqueda rápida en el GPS de su móvil, caminó hacia la oficina de Recursos Humanos de la policía, en la zona de La Rosaleda, entró y fue al mostrador de información.

—¿Cómo hago para pedir el expediente de un caso antiguo? —preguntó.

Capítulo 17

Camino observó a Elka dejarse caer sobre el sofá. Una vez, había visto unos dibujos animados con su hija en los que la protagonista se desmayaba todo el rato, como una dama victoriana. Adriana había pasado semanas «jugando a los desmayos»: sin aviso previo, se precipitaba como una muñeca de trapo sobre cualquier superficie y les daba a todos unos sustos de muerte. A Elka le habría encantado ese juego.

Habían quedado para aclarar algunos detalles del Proyecto Calendario, como lo llamaba Camino en su mente. Nada más ver entrar a Blancanieves por la puerta, se puso tensa. Llevaba una enorme camisa de hombre con manchas de pintura, mallas con estampado de leopardo y unos calentadores estilo *Fama*. Camino no tenía un código de etiqueta demasiado estricto, pero no aguantaba a los artistas que se empeñan todo el rato en demostrar al mundo que lo son. Gracias a su padre, había tenido suficiente ración de eso para tres vidas.

Nada más desmayarse en su sofá, Elka empezó a desbarrar sobre temas que a Camino, la verdad, no le importaban demasiado. Que hoy no había trabajado en ningún proyecto para clientes, sino en una obra suya; que con el estrés del divorcio no podía pensar; que a Marco le había dado por decir que quería aprender artes marciales, pero que no tenía claro que su piel lo fuera a aguantar.

—Yo siempre supe que ese embarazo acabaría en tragedia —dijo mientras presionaba su bolsa de té contra la cucharilla para exprimírle hasta la última gota—. Pero, bueno, supongo que una madre siempre piensa eso, ¿no?

Camino no contestó. Era un pensamiento ridículo. Cuando ella se quedó embarazada, no estaba en edad de riesgo, comía bien, iba a sus revisiones, ¿por qué iba a pensar que aquello podía acabar en tragedia? Otro rasgo de «artista»: no podían vivir vidas normales y aburridas. Necesitaban añadirles emoción.

—Bueno —dijo, juntando las manos—, te cuento lo que he pensado sobre el calendario.

Elka cruzó las piernas sobre el sofá, por supuesto sin quitarse los zapatos, y la miró con aquellos párpados tan abiertos y llenos de pestañas.

—Lo más importante es que consigamos a Nico Zurita —comenzó Camino—. Su nivel de popularidad supera al resto de actores malagueños en varios niveles de magnitud. Si viene él, todos querrán venir.

La idea estaba tan clara en su cabeza que le sorprendió que Elka torciera el gesto. Nico Zurita había protagonizado *Donde dije digo*, una comedia que batió récords de taquilla. Desde entonces, había presentado los Goya dos veces y salía con Laura Vallejo, una de las actrices con más clase del panorama español. Era divertido, carismático y guapete. Nico Zurita podría participar en una elaboración colectiva de declaraciones de la renta y sería un éxito.

—El problema —continuó al ver que Elka no decía nada— es que Nico es muy celoso de su vida privada. Apenas usa el teléfono, sus redes sociales son fotos de paisajes y jamás responde a mensajes ni menciones. Así que tendremos que pensar algo para contactar con él; de momento, a ver si puedo hablar con su agente.

—Uf. —Elka miró al techo y suspiró, frunciendo los labios rojos como si quisiera hacer anillos de humo—. Si te digo la verdad, todo esto me está empezando a parecer muy complicado. He tenido una idea: ¿y si ilustro yo el calendario y ya está?

Camino tuvo que contenerse para no sacudirla por las enormes solapas de su camisa.

—Es que vamos a conseguir mucha menos difusión así. La apuesta más segura son famosos que nos den propaganda por redes.

Elka no parecía muy convencida. Dios santo, era desquiciante. Se suponía que había acudido a Camino porque entendía de estos temas, ¿no? ¿Qué hacía ahora cambiando de idea? Mañana le vendría con que quería hacer tazas, camisetas o alquilar una cabra y un organillo, vete tú a saber.

En ese momento, llamaron a la puerta.

—Es mi ex. —Elka se levantó de un salto y fue a abrir—. Le he dicho que estaría aquí. Viene a dejarme a Marco porque tiene que ir a no sé dónde.

Camino la siguió como si fuera a sentirse incómoda por abrir la puerta de una casa que no era suya. Cuando llegó a la puerta, la sorprendió ver a Marco junto a una mujer enorme, casi tan alta como la propia Camino, con pinta de alpinista o algo similar. Era rubia, de rasgos marcados y, ahora que se fijaba bien, se parecía muchísimo al niño.

—Hola —dijo, alargando una mano—. Soy Camino Atienza y estoy ayudando a Elka con su proyecto.

—Yo soy Sole —contestó la mujer—, la otra madre de Marco.

La miró fijamente, como diciéndole: «Atrévete a poner siquiera una mínima expresión de extrañeza y caerá sobre ti la ira de la inclusividad». Los progres no eran capaces de aceptar la realidad: que si alguien habla de «mi ex», el noventa y nueve por ciento de la población se imaginará a alguien del sexo opuesto, y si luego se sorprende, no es culpa suya, sino de tener un cerebro humano normal. No: si te sorprendías, tenía que ser porque eras una facha anticuada que odiaba el amor.

Por suerte, años de trabajar cara al público habían sometido a los músculos faciales de Camino a un duro entrenamiento.

—Estupendo —dijo, sacudiendo con energía la mano que la otra había aceptado con desgana—. Un placer.

Sole y Elka intercambiaron instrucciones logísticas mientras Marco, que parecía haber heredado la falta de respeto por la propiedad privada de su madre, se sentaba en un sillón y sacaba su omnipresente tableta. Después, Sole se despidió del niño, que la ignoró, y desapareció calle abajo.

—Pues esa es. Mi ex. —Elka volvió al sofá y puso la expresión de un famoso dispuesto a contestar preguntas de la prensa.

—Entonces, lo del calendario, ¿qué te parece si...?

—Efectivamente, es la madre biológica de Marco. —Elka miró a Camino con la misma fijeza desafiante que Sole hacía unos minutos—. ¿Te sorprende?

—Ni lo más mínimo.

Era cierto: aunque no se lo esperaba, mirando la situación en su conjunto, encajaba perfectamente. La vida bohemia, el caos doméstico, la tendencia al drama. Este tipo de cosas venían todas juntas.

—Ah —dijo Elka.

—¿Te sorprende que no me sorprenda?

—A ver, yo qué sé, no me extrañaría que te generara cierto rechazo por... No sé. Por tu entorno. —Elka señaló con un gesto el salón de Camino, muy normal para todos los estándares.

—La última vez que miré, estábamos en el siglo veintiuno.

—Vaya, pues... qué bien. Me parece estupendo.

«Tanto hablar de que quieren la igualdad, pero no quieren eso», pensó Camino. Igualdad era

no hablar de ello, de la misma forma que no lo habrían hecho si el ex de Elka hubiera tenido pene. Pero no. Ahora había que hacer todo un mundo de con quién se acostaba cada uno.

—¿Te parece que sigamos con el calendario? —preguntó.

Elka parecía fastidiada por el cambio de tema, pero no le quedó más remedio que asentir.

—Entonces estamos de acuerdo con lo de los famosos, ¿no? ¿Y con lo de Nico Zurita?

—Supongo.

—Estupendo.

Camino no necesitaba el entusiasmo de nadie; le bastaba con que no estorbara. Llamaría al agente de Zurita y empezaría a moverlo todo. No se había metido en esto para hacer amigos.

Capítulo 18

El viernes siguiente, Camino insistió para que Jaime y ella fueran juntos a desayunar a la playa, como si la cita fuera un sorbete que pudiera quitarle el mal sabor de boca del drama familiar de Elka y Sole. Tenía que cuidar su matrimonio y no perder el norte con el negocio, el calendario o lo que fuera. Lo más importante era su familia, las personas que se quedaban dentro cuando ella cerraba la puerta por la noche. Se pintó y arregló con cuidado y reservó mesa en la cafetería favorita de Jaime, en el paseo marítimo de Pedregalejo.

Mientras lo miraba desayunar, pensó que estaba cada día más guapo. El atractivo físico de Jaime se parecía a esos extras que te tratan de colocar si te compras un coche: no estaba mal tenerlo, pero no pagaría de más para que se lo pusieran.

Habían empezado a salir tras coincidir en la fiesta de compromiso de Lourdes, una de sus amigas del colegio, cuando Camino volvió de estudiar en Madrid. Jaime y ella habían sido compañeros de pupitre durante un año entero, en cuarto de ESO, y, a pesar de que no tenían nada que ver el uno con el otro, se llevaban muy bien. Sentarse codo con codo durante un curso había creado una extraña intimidad, hecha de bolígrafos prestados y notas a lápiz en el margen de los libros. Luego los habían separado por bachilleratos y no supo nada de él en unos años.

Cuando lo vio en aquella fiesta, sintió una alegría saludable, como la que te entra cuando te reencuentras con un primo lejano. Se pasaron toda la noche charlando en una esquina, sin rellenar sus bebidas, repeliendo como un campo magnético a los que se acercaban a tratar de entrar en la conversación. Camino se marchó revitalizada, pensando que daba gusto encontrar a gente sensata y agradable por una vez en la vida, y dijo que sí enseguida cuando él le propuso ir al cine el fin de semana siguiente. Estaba tan encantada con haber desempolvado aquella amistad que hasta la tercera vez no se dio cuenta de que aquello eran citas.

En cuanto encajó las piezas en su cabeza, le pareció una idea excelente. Jaime era el tipo de marido que había buscado sin saberlo todos aquellos años, la solución al problema del macho alfa. Sabía desde hacía mucho que un hombre dominante y ella se llevarían a matar. Si quería un matrimonio que durase, necesitaba casarse con su mejor amigo.

Llevaban ya juntos nueve años y, quitando el traspié de la maldita clínica de fisioterapia, no podía estar más contenta con su decisión. Jaime era un padre excelente y no le tenía miedo. Formaban un buen equipo.

Tonteó un rato con el móvil mientras pensaba cómo abordar a Nico Zurita. Ya le había dejado tres mensajes en el buzón de voz a su agente, pero ni caso. Arrancó con las uñas las semillas de sésamo de su tostada integral y las juntó en un montoncito mientras dejaba vagar los ojos por la playa casi desierta. Las mañanas de otoño eran su momento favorito para estar en el paseo. El agua quieta de las calas de Pedregalejo, que a otros les habría parecido aburrida, a ella la calmaba.

—Voy a probar con Yolanda —dijo en voz alta. Jaime levantó la vista con cara de «no sé si se supone que debería estar prestando atención»—. Nada, tú a lo tuyo, luego te cuento.

Se levantó de la mesa y se alejó un poco. Llamó a Yolanda, la directora de la agencia La Biznaga; tenía el contacto de todo el mundo en Málaga e igual podía mover algún hilo. En cuanto le explicó lo del calendario, Yolanda se entusiasmó.

—¡Claro, mujer! Tengo a varios que seguro que estarían encantados. Les paso tu número.

—Para, para un momentito. No le pases mi número a nadie. Yo a quien quiero es a Nico.

Yolanda hizo un ruido a medio camino entre el resoplido y la risa.

—Despídete. Nico está a tope. Empieza rodaje en un mes en Madrid y después se va a LA — Yolanda pronunció *elái*, como los americanos— a hacer un cameo que le ha conseguido Antonio. Además, este año ya ha colaborado con los de la leucemia y con el cáncer de mama.

—Vamos, que ya tiene el cupo de bondad cubierto, ¿no? —Camino se sentó en el poyo del paseo, de cara a la playa.

—No, mujer, pero tú ya sabes cómo son estas cosas.

—Ya. Yo te entiendo. Pero es que estos niños dan mucha pena, Yolanda... Tienen la piel fatal, y nadie les hace caso porque es una enfermedad rara. Algunos no tienen manos.

—Qué lástima... Pues, hija, no sé, pero yo no te puedo poner en contacto con Nico porque tengo instrucciones específicas de filtrar lo que le llega.

«Qué malo que es el poder, por pequeño que sea», pensó Camino. Se sacó los zapatos y saltó a la arena.

—El calendario va a ser un bombazo. Tú sabes que yo hago buena difusión por redes —dijo, cruzando los dedos para que Yolanda no se hubiera enterado de la debacle del *Caminogate*.

—Si sale Nico, claro que será un bombazo.

La arena estaba templada por el sol de la mañana. Camino hundió un pie, como hacía de pequeña, buscando el frescor de las capas más bajas.

—En tu conciencia queda, Yolanda.

—Ponte en mi situación. Y aunque quisiera, ni siquiera te puedo pasar con Nico; como mucho, con Malena, su representante. Igual el año que viene.

—Vale.

—No te pongas así. Tengo las manos atadas.

—Al menos tú tienes manos.

—Ay, de verdad, qué bruta eres —sonaba más aburrida que otra cosa—. Por cierto, no sabía que habías vuelto a trabajar en esto.

Camino estuvo a punto de explicarle que aquello era algo puntual, pero luego lo pensó mejor.

—Sí. Estoy montando mi propia empresa. Un regreso triunfal, diría yo. Y te iba a avisar para que hiciéramos algo juntas, pero la verdad es que yo también me siento... con las manos atadas ahora mismo.

Sonrió al oír el silencio al otro lado de la línea. Yolanda siempre había sabido distinguir una oportunidad cuando la veía.

—Mira —contestó por fin—, yo solo te puedo decir una cosa: Nico actúa el sábado de telonero sorpresa en el Cervantes, antes del monólogo de Santi Arceta. Tú haz con esa información lo que quieras.

Camino alzó un puño en el aire.

—Gracias, guapa. Estamos en contacto, ¿vale?

Volvió a la mesa y pidió otro café con leche. Se aseguró de añadir «normal» antes de que la camarera, una jipi desvaída de clavículas puntiagudas, le soltara la clásica retahíla de «tenemos soja, almendra, arroz, coco, cáñamo» y vete a saber cuántas cosas más. Leche, hija, leche de la de toda la vida.

—¿Todo bien? —preguntó Jaime, cerrando la revista.

—Sí. Bueno, más o menos. Yolanda me quería colar a toda la morralla desesperada de La Biznaga, pero tengo un punto de acceso a Nico Zurita. Lo que pasa es que igual lo tenemos que hacer de manera... poco ortodoxa.

Jaime sonrió.

—Ten cuidado, anda. En la cárcel serías carne de cañón.

—En la cárcel me iría estupendamente. —Camino sacudió el sobre de azúcar como si moviera un abanico.

Jaime soltó una carcajada.

—Tienes razón. Retiro lo dicho. Oye, ¿y qué tal la vecina? ¿Elsa era?

—Elka. Pues bien, simpática. Un poco... alternativa para mi gusto, pero bueno.

—¿A qué te refieres?

Camino le resumió brevemente la situación logística de Elka, Sole y Marco. Jaime sacudió la cabeza.

—Cariño, por Dios, que tú eres una mujer moderna.

—No, si a mí me da igual. Que se acueste con quien quiera. Pero es el... caos. —Movié las manos como si desenredara una madeja invisible—. Ya sabes.

Jaime asintió.

—Entonces, esto del calendario... ¿va a solucionar lo de Instagram?

Lo odió un momento por preguntar aquello, por no ser el tipo de marido que lo iba a arreglar y no dependía de la empresita aficionada de su mujer para salir adelante. Jaime la necesitaba, y eso la ponía nerviosa. Luego se recordó a sí misma, como hacía siempre, que los defectos de su marido no eran más que la otra cara de sus virtudes.

—Eso espero.

En cuanto tuviera a Nico y a unos cuantos famosos más, empezaría a mover el proyecto. Nadie podría decir que no a aquellos pobres niños.

—Bien —dijo Jaime—. Entonces a darlo todo.

Siguieron desayunando en silencio mientras el sol subía despacio desde el este. Después de unos minutos, Jaime dijo:

—Por cierto, esta noche no me esperes: tengo pádel.

Más adelante, Camino juraría que en su cara había una sombra de vergüenza, pero en aquel momento le pareció que era el contraluz, así que asintió con un «ajá» y siguió planeando en su mente la manera de cazar a Nico Zurita.

Capítulo 19

La sala de espera de la psicóloga era más sórdida de lo que había imaginado: un pasillo sin ventanas con las paredes cubiertas de títulos. Berta intentó darle a la mujer el beneficio de la duda, porque reservaría la mejor habitación para la consulta, claro, y, total, para esperar no hacía falta que pareciera un *spa*. Hacía mucho tiempo, en Birmania, había aprendido la noción budista del *khanti* o tolerancia: tener paciencia y buscar siempre las mejores intenciones en la gente. Intentaba practicarla, pero no siempre le salía, sobre todo porque era complicado ser tolerante cuando llevaba días durmiendo cuatro horas.

La idea de ir a la psicóloga la había tenido Amor, porque, al final, Berta les había contado a sus hermanas lo que pasaba. Bastaron un par de «tú estás rara» por parte de Paz para que se rindiera; no servía para espía internacional, eso seguro. Al día siguiente, Amor apareció en su casa blandiendo el móvil frente a su cara.

—¡Mira lo que he encontrado! Una psicóloga especialista en hipnosis.

Berta leyó por encima la web. Hablaba de «búsqueda de los recursos inconscientes del cliente» y «reprocesamiento de eventos traumáticos».

—Puede hipnotizarte para que recuerdes lo que pasó.

Al principio, no le hizo ninguna gracia. Que alguien sacara los recuerdos de su cabeza no habría estado mal si se pareciese a pasar a formato digital un VHS: llegas, entregas tu cinta, te vas y vuelves al cabo de unos días para que te den una memoria USB con toda la información dentro. Pero a una psicóloga tenía que ir ella: sentarse, hablar, dejar que lo que había ocurrido volviera a recorrer su cerebro.

El problema era que a Matt, por supuesto, le había encantado la idea. Berta iba a pedir ayuda. No importó que le explicara que solo le interesaba la hipnosis y no pensaba hablar de su infancia ni analizar sus sueños. Matt, amante de la terapia como cualquiera que hubiera vivido más de una semana en California, apoyaba sin reservas lo que había llamado «su viaje de descubrimiento personal».

—No tienes nada que perder —le había dicho, con lógica irrefutable—, y si no averiguas nada más, al menos tienes a alguien con quien cerrar el círculo en un espacio seguro.

«Espacio seguro» y «cerrar el círculo» eran *californiaspeak* puro y duro, pero igual tenía razón. Quizá cualquier cosa distinta a lo que llevaba haciendo estos quince años fuera una buena idea.

Así que aquí estaba: esperando. Se frotó los ojos con las manos y pensó en ir al baño a mojarse la cara, a ver si así se espabilaba. Igual podía echarse una siesta más tarde.

—Berta. —El secretario, un hombre bajito con aire de *hobbit*, la guió hacia la puerta del final del pasillo. No había salido nadie mientras esperaba, y se preguntó qué había hecho la psicóloga todo aquel rato. Luego pensó que la pobre también necesitaría descansar y sonrió un poco, orgullosa por su capacidad para practicar *khanti*.

Valle, la hipnotizadora, era una mujer canosa y sólida con gafas para vista cansada de las que se compran en la farmacia. No la tumbó en un diván, aunque había un sofá amarillo en una esquina con una pinta la mar de cómoda: le pidió que se sentara en una silla de oficina al otro lado de la mesa.

—Cuéntame —le dijo rellenando con una jarra dos vasos de agua.

Berta resumió la situación sin mencionar lo del ultimátum de Matt. Valle tenía una extraña

forma de escuchar sin asentir que le hizo pensar en un robot muy conseguido. Cuando terminó, hubo unos segundos de silencio.

—Verás. —La psicóloga tomó un sorbo de agua—. El problema aquí, como te imaginarás, son las drogas. Algunas de las que tomaste tienen efectos sobre la memoria a corto plazo. Digamos que es como si pusieras a funcionar una grabadora sin cinta dentro. Por mucho que después le des al *play*, es imposible que escuches nada.

El cerebro agotado de Berta recordó una grabadora que le habían regalado de pequeña. ¿Dónde estaría? Con esfuerzo, se obligó a procesar lo que había dicho Valle.

—O sea, que mis recuerdos no se pueden sacar porque no están en ninguna parte, ¿no?

—Exacto.

Bebió agua también ella, tratando de bajar la bola de decepción que empezaba a crecerle en la garganta. Ir allí había sido una pérdida de tiempo. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Levantarse e irse habría sido maleducado aunque pagara la hora entera.

—Sin embargo —añadió Valle—, mi experiencia cuando un cliente viene tratando de recordar es que las respuestas que busca casi siempre están en el presente.

—¿A qué te refieres?

—A ver. —Valle empujó la mesa para alejar su silla—. Por una parte, alguien sabe lo que ocurrió ese día. Solo tienes que preguntar a la persona adecuada, aunque ha pasado algún tiempo y es muy probable que ya no esté en tu vida. Por otra, lo importante de verdad es qué impacto tiene esto en las ramificaciones de tu presente; en tu *ahora*.

Miró fijamente a Berta, que cambió de posición.

—¿Cómo está esto afectando a tu *ahora*, Berta? —Se quitó las gafas. Sus ojos, tan marrones que la pupila apenas se distinguía, parecían de repente muy pequeños. Esperó unos segundos y, al ver que Berta seguía en silencio, continuó—: O, lo que es lo mismo, ¿por qué ahora y no antes? Esto ocurrió hace quince años.

—He pasado mucho tiempo viajando. Es la primera vez que vivo en un sitio fijo desde que acabé la carrera.

—Ajá. ¿Y cómo te sientes ahora que has dejado de viajar? Me pongo en tu lugar y debe de ser... distinto.

—Sí, sin duda. Distinto es.

Solo que en realidad no lo era tanto. Su mente se había adaptado deprisa a estar en Málaga, como el que vuelve a ponerse sus zapatillas más cómodas, y eso no le gustaba. Pensaba que acumular experiencias viajando la protegía de algo; que todo lo que había vivido los años anteriores estaba ahí, en algún sitio. En lugar de eso, volvía a sentirse tan pequeña y asustada como si nunca hubiera salido de El Palo.

Recorrió la habitación con la vista intentando sin éxito encontrar un reloj. Frente a ella, Valle sonreía con cara de «tengo todo el tiempo del mundo». Berta cerró los ojos y trató de seguir el hilo de sus pensamientos: la psicóloga había dicho algo importante antes de preguntarle por los viajes, pero no se acordaba.

—¿Entonces? ¿Por qué ahora? —insistió Valle.

—Mi novio pensó que podía venirme bien —cedió Berta, por fin. Así debían de sentirse los interrogados por la Stasi cuando los privaban de sueño. Entonces se acordó: interrogar. Eso era lo que había dicho Valle: «preguntar a la persona correcta».

Tomó las riendas de la conversación.

—Lo que has dicho antes, lo de que alguien sabe lo que pasó... ¿Cómo podría encontrar a ese

alguien?

—Pues... No soy detective, Berta, eso quiero que te quede muy claro. Tampoco estoy muy segura de que eso sea lo que necesites.

Berta no habló. Ella también podía esperar y poner cara de tener todo el tiempo del mundo.

—Dicho esto..., me atrevería a afirmar que lo que te pasó, sea lo que sea, tuvo que ver con alguien cercano a ti. Alguien importante en esa etapa de tu vida.

—Lo que me estás diciendo, entonces, es que pregunte a la gente con la que tenía relación en ese momento, ¿no?

—Lo que te estoy diciendo es que, si identificamos qué estaba pasando en esa época con Berta, igual encuentras alguna pista. Pero...

Valle fijó la mirada en algún punto detrás de la cabeza de Berta (¿el reloj?) y se balanceó en la silla, con aspecto de estar haciendo un gran esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas.

—Pero yo de ti no pondría todas mis expectativas ahí. Al final, lo que tú quieres es vivir tu vida ahora.

—Claro. —Berta sintió la necesidad de tranquilizarla—. Es que yo pienso que saber lo que pasó me va a ayudar a eso. A vivir mi vida ahora. A sentirme bien y poder tomar decisiones.

—¿Qué tipo de decisiones?

Suspiró y resumió en un par de frases el problema de Matt y la reproducción. La cara de Valle se iluminó como la de un perro al que le dan un gran hueso para roer. Eso la irritó: cualquiera podía hablar de problemas de pareja. Ella estaba allí porque Valle había prometido que podía hipnotizarla, «buscar sus recursos inconscientes» y «reprocesar eventos traumáticos».

Por suerte, sonó una especie de gong muy suave en algún rincón de la consulta.

—¿Ya hemos terminado?

—Quedan cinco minutos. Quizá podemos aprovechar para trazar unos objetivos comunes.

—Muy bien. —Berta terminó el agua que le quedaba en el vaso. Todavía estaba fría y la espabiló un poco—. A mí me gustaría hacer eso que has comentado. Hablar de aquella época y ver quién era importante para ver si así averiguamos algo. A lo mejor hay partes que, como tú dices, no están «grabadas». —Hizo el gesto de las comillas con los dedos—. Pero igual otras sí.

—Vale. —Valle alargó la a unos segundos de más—. Y además creo que sería interesante que exploremos todo este tema con tu novio. Los miedos que tienes ahora. Puedes empezar a trabajar eso aunque no sepas lo que pasó.

Berta hizo un ruidito que podía significar cualquier cosa.

De camino a casa, se sentía mucho más animada. Algo sutil pero importante era distinto: había cambiado del «pasó algo» a «alguien me hizo daño». Alguien, con nombre y apellidos, sabía perfectamente lo que había ocurrido hacía quince años, y esa persona estaba en algún sitio. Solo hacía falta encontrarla.

Capítulo 20

Lorena estaba a punto de salir en dirección a ElPaloFit cuando vio algo asomando por la ranura de su buzón azul cielo. Lo abrió y cayó al suelo un sobre de papel elegante con el anagrama del Santa Catalina: aquellas dos letras recargadas que estaba harta de ver en uniformes, ropa de deporte y papeles oficiales.

Se sentó en la mesita del porche, lo abrió y sacó la invitación a la cena del decimoquinto aniversario de su promoción. Sería en casi dos meses, en el parador de Gibralfaro.

Miró fijamente el papel. ¿Ir o no ir? Esa era la cuestión. Un mes antes, ni se le habría pasado por la cabeza: ¿qué pintaba ella con los pijos de los *catalinos*, que estarían dirigiendo bancos y montando empresas, haciendo el paripé de que le interesaban sus vidas durante una noche entera?

Ahora, sin embargo, no lo tenía claro.

Llevaba ya dos semanas entrenando con Nacho. Iba lunes, miércoles y viernes y después, en casa, hacía aquellos ejercicios infernales con las gomitas y la bola de pilates que había comprado en el Decathlon y le ocupaba media casa. Ya sabía, más o menos, cómo hacer sentadilla, peso muerto y *press* de banca, y con eso y lo de comer solo cuando tenía hambre, se le habían caído cuatro kilos sin darse cuenta, tenía más energía y hasta dormía mejor.

—Esto es solo el principio —le había dicho Nacho, tan rancio como siempre—. No te relajes. —Pero después sonrió de una forma tan cálida y orgullosa que Lorena deseó poder guardarse esa sonrisa en el bolsillo para sacarla cuando le daba el bajón.

Ahora se ponía vaqueros, después de no sabía cuántos años; aún le apretaban, pero por lo menos le entraban. En el tiempo que quedaba para la reunión, si se lo proponía, podía perder unos cuantos kilos más, comprarse un vestido bonito y demostrarles a todos que Lorena, la merdellona, no lo había hecho todo mal en esta vida. Que los que imaginaban que era una gorda fracasada se iban a tener que comer por lo menos la mitad de sus palabras.

No quería llegar tarde, así que metió la invitación en la mochila y echó a correr. Guau, correr, ¿cuánto hacía que no corría? No iba a ganar ningún premio a la elegancia, seguro, pero se sentía libre y feliz como cuando era una niña. Sus zapatillas botaban sobre el asfalto, y el aire fresco de finales de septiembre le daba en la cara. Se cruzó con otros corredores en su entrenamiento mañanero y les sonrió como una boba: «Soy de los vuestros —pensó—, yo también me cuido». Luego tuvo que parar porque se estaba asfixiando, pero incluso ese cansancio era alegre y estaba lleno de movimiento.

Siguió alternando la carrera con caminar deprisa hasta ElPaloFit y entró al local. Celia, la recepcionista, no estaba, así que pasó directamente a la zona de entrenamiento, donde Nacho hacía flexiones en el suelo. Se había quitado la camiseta, y Lorena no pudo evitar un suspiro interno de admiración: no era tan poca cosa como parecía, después de todo, y subía y bajaba con una técnica perfecta, como si recorriera una y otra vez unos raíles invisibles. Cuando terminó, se puso de pie de un salto; solo entonces se dio cuenta de que ella estaba ahí y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Perdona —dijo—, ¿ya es la hora?

Estaba sudado y tenía la cara un poco roja. Lorena se había acostumbrado a verlo siempre con su aire limpio y sin un pelo fuera de su sitio; era casi íntimo escuchar cómo recuperaba el aliento. Miró al reloj colgado en una de las paredes y se dio cuenta de que, con la tontería de venir

corriendo, había llegado cinco minutos antes.

—Ay, no, disculpa, he llegado yo temprano. Es que me estoy quedando tan flaca que me lleva el viento.

Nacho dejó escapar una sonrisa mientras se secaba la cara con una toalla.

—Estaba aprovechando para entrenar un rato. Si no, os pongo fuertes a vosotros y yo me quedo canijo. ¿Te importa que me duche? No tardo nada. Ve calentando, si quieres.

Lorena asintió con la cabeza y lo vio desaparecer en el baño del fondo. Se lo imaginó duchándose, seguro que con alguno de esos geles de tío que olían tan bien. Permitió a su mente regodearse unos segundos en la imagen de Nacho en la ducha y luego se golpeó el muslo con la mano. «Tienes que tomártelo en serio, Lorena». Soñar despierta con su entrenador no era tomárselo en serio. Por no hablar de que Nacho se herniaría de la risa si la viera ahí babeando, porque estaba tan fuera de su alcance como un marciano.

Por fin, salió de la ducha con su pelo repeinado de siempre. Lorena dejó de girar los brazos como un molino de viento y sacó la invitación de la mochila.

—Escucha —dijo—. Tenemos mes y medio para ponerme estupenda. ¿Cómo lo ves?

Nacho puso cara rara. Cogió la invitación, la leyó y volvió a mirarla con las cejas subidas.

—Es la cena de mi colegio. Un montón de pijas divinas que se creían que yo nunca llegaría a nada. ¿Podemos o no podemos darles una lección?

Ahora sí: Nacho sonrió mientras toqueteaba la correa de su reloj.

—Veamos. Mi función como tu entrenador y maestro *jedi* es decirte que no necesitas demostrar nada a nadie más que a ti misma, pero te entiendo. Y sí, estoy convencido de que puedes llegar a esa cena y dejar a todo el mundo con la boca abierta.

—¡Así me gusta!

—Pero tendrás que ponerte a tope. Te daré ideas para mejorar la dieta y añadiremos algo de HIIT.

—¿Jit?

—Entrenamiento por intervalos. El tipo de ejercicio que hace llorar a los marines americanos.

—Tendrás que colgar una campana, como en *La teniente O'Neill*.

—¿Qué teniente?

—Ay, Señor. Me tengo que acordar de no usar referencias anteriores a 2010, que tú todavía no sabías ni hablar.

—Jo, jo, jo, me parto de la risa. —Nacho se llevó la mano al estómago, fingiendo que se cortaba en dos. Lorena recordó el aspecto que tenía aquel estómago sin camiseta y trató de pensar en otra cosa—. Bueno, pues, si quieres ser la sensación del colegio, menos charla y más currar. Coge las mancuernas.

Lorena sonrió y apretó los puños. Se iba a enterar todo el mundo de quién era ella.

Capítulo 21

Elka, como era de esperar, conducía como una loca. No rápido, pero sí con un estilo incoherente de bruscos frenazos y arrancadas. Camino se agarró fuerte a las asas traseras y apretó las piernas, notando el calor del motor bajo los muslos y el olor empalagoso del pelo de Elka frente a su cara. Ir de paquete en una moto le recordaba a su adolescencia, cuando tenía una parecida y conducía de acá para allá, sintiendo el aire húmedo y salado de Málaga a través de la ventanilla del casco.

Por supuesto, convencer a Elka para ir allí había sido una odisea.

—Te lo estás tomando demasiado a pecho, Camino —le había dicho. Era una frase que le repetían a menudo en su vida y le sentaba fatal. No era ella la que se lo tomaba todo demasiado a pecho: era a los demás a quienes les faltaba convicción.

Al final, lo había logrado prometiéndole que sería divertido, «una aventura».

—Entonces sí, que te hace mucha falta un poquito de marcha en la vida —dijo Elka, encantada de ser su asesora personal de espontaneidad.

Fueron directas a la parte trasera del Teatro Cervantes, por donde salían los actores. Había un pequeño grupo de fans esperando para pedir autógrafos, así que se sentaron en un banco, a unos veinte metros de distancia, y esperaron. Elka se zambulló enseguida en su teléfono: había dejado a Marco enfadado por algo de los deberes y estaba intercambiando mensajes con Sole. Camino observó cómo tecleaba furiosamente, arrugando la nariz y parpadeando rápido con aquellas pestañas de dibujo animado. Sacó su teléfono y empezó a contestar privados de Instagram, levantando la mirada cada pocos segundos para vigilar la puerta.

—Ahí está —dijo al fin.

Nico Zurita salía de la mano de Laura Vallejo, su novia, seguido a un par de metros por Santi Arceta, el cabeza de cartel de aquella noche. Al pobre Santi nadie le hacía mucho caso. Nico recibió dos ramos de flores, firmó varios autógrafos y, por fin, se alejó del recinto del teatro.

—Van al Ambigú —dijo Camino, y se levantó haciendo un gesto con la mano para que Elka la siguiera.

Camaronaron a una distancia prudente del grupo en dirección al Ambigú: un bar mítico del centro donde se juntaban actores y artistas desde los tiempos de la Transición. Elka cogió de la mano a Camino, que dio un respingo.

—Así, si gira la cabeza, apartará la vista. —Soltó una risita y le apretó los dedos.

Camino dudó. ¿Y si la veía alguien? Intentó relajar su mano dentro de la de Elka, que era pequeña, suave y, por supuesto, muy blanca.

Nico, Santi y Laura cruzaron la puerta del bar.

—¿Qué hacemos? —preguntó Elka.

—Pues entrar, claro. Pero ni los mires. Que no se fijen en nosotras.

Se sentaron en una mesa a unos metros de la barra, donde se habían instalado Nico y los demás, y pidieron algo para comer y un par de copas de vino. Al pobre Nico lo interrumpían para hacerse fotos o pedir autógrafos cada dos minutos.

—¿Conocías este sitio? —Elka dio un sorbo al vino mientras observaba las paredes, cubiertas de carteles antiguos de teatro y fotos firmadas.

—Venía a veces de pequeña con mi padre.

—¿Era actor?

—No exactamente.

—¿Entonces?

Camino dudó. Su familia no era su tema de conversación favorito. Pero Elka la miraba con cara de ardilla atenta y las manos cruzadas sobre la mesa, así que tomó aire y empezó a hablar:

—Mi padre era el pequeño de los tres hijos de mi abuelo, uno de los dentistas más conocidos de Málaga. Igual te suenan las clínicas Atienza. Hay carteles por toda la ciudad donde salen mis dos tíos y sus hijos con sus sonrisas perfectas. ¿No? Bueno, da igual.

»La cuestión es que mi padre no quería ser dentista. Él quería pintar. Le consintieron el capricho unos añitos hasta que, viendo que no iba a ninguna parte, mi abuelo amenazó con desheredarlo. Pero justo entonces va el hombre, mi abuelo, digo, y se muere de un ataque al corazón mientras le ponía un empaste a una niña de diez años que, por cierto, creo que aún sigue traumatizada.

Elka soltó una carcajada, y Camino se sintió orgullosa de su broma.

—Mi abuela ya había muerto, así que a mi padre le quedó bastante herencia como para vivir modestamente de la renta. Mi madre, la pobre, estaba loca por mi padre, que era alto y bien plantado.

—Como tú.

—Sí, lo de la altura viene de familia. —Camino empujó con el tenedor la última albóndiga en dirección a Elka—. Así que se dedicó a hacer de secretaria en la consulta de su hermano, mi tío, que era ginecólogo —continuó—, y entre eso, el dinero de mi abuelo y que sospecho que los padres de mi madre también nos daban algo, pudimos vivir aparentando casi toda mi infancia.

—¿Y qué pasó?

—Pasó lo que no pasa nunca, que es que mi padre montó una exposición que se vendió entera y se hizo famoso de la noche a la mañana. Es uno de los artistas contemporáneos más cotizados de España.

—No fastidies.

Camino asintió con la cabeza y señaló un extremo del local.

—Mira, ese cuadro es suyo.

Esperó haciendo dibujos en la salsa con el tenedor mientras Elka se levantaba a mirar. Luego contó mentalmente hacia atrás: cinco, cuatro, tres, dos, uno y...

—¡Tu padre es Mauricio Atienza!

—Sí, hija, sí.

Notó la familiar irritación de cuando alguien la reconocía como hija de su padre. Elka pareció darse cuenta y puso una mano sobre la suya. Estaba más fría ahora que cuando se la había cogido antes en la calle.

—Debe de ser difícil.

Camino se sorprendió. Cuando la gente se enteraba de quién era su padre, todos daban por hecho que era estupendo ser hija de un famoso.

—Siempre he pensado que la gente cercana a los artistas se come toda la mierda y luego la recompensa se la llevan los demás. Seguro que no era fácil ser su hija.

Así se había sentido cuando su padre alcanzó la fama: como si llevara años ausente porque estaba preparando una gran fiesta, pero al final la fiesta hubiera resultado ser para otros.

—No, efectivamente, no lo era.

Elka asintió y le apretó la mano. No quería convertir aquello en una sesión de terapia, pero era agradable sentirse comprendida.

—Yo era un poco así antes, también —dijo Elka—. Iba de artista torturada por la vida. Me

pasaba las noches sin dormir terminando proyectos y por la mañana no había quien me aguantara. Por desgracia, para cuando me di cuenta de que tenía que cambiar, la pobre Sole ya estaba harta. Lo del niño fue un último intento por salvar la relación. Sí, ya lo sé, ¡no me mires así! Es el tópico más viejo y más falso del mundo. —Se tapó la cara con las manos—. Pero al principio funcionó.

—¿Sí?

—Te lo juro. Es que fue como muy romántico. El óvulo era suyo, y yo fui la que se quedó embarazada. Ojalá hubiera estado preñada siempre. Todo eran paseos, y mirarse a los ojos, y masajes en los pies. Pero luego nació Marco y...

Elka bajó los ojos, y a Camino se le encogió el corazón. Recordó los nacimientos de sus dos hijas, el agradecimiento al comprobar que estaban bien y tenían todos los dedos en su sitio. Adriana se había quedado ingresada un par de días por ictericia, y Camino se había sorprendido al comprobar la intensidad de su miedo. ¿Cómo sería tener un niño como Marco?

—Es muy duro. Muy esclavo. Lo intentamos unos años, por él, ya sabes, y yo para entonces era una santa, porque, con estos niños, o eres santa o te tiras por la ventana... Pero ya no tenía remedio.

—Vaya. Lo siento mucho.

Lo sentía de verdad. La gente pensaba que era contraria a los divorcios por religión, política, etcétera, pero en realidad era mucho más sencillo: lo que le daban era pena.

—En fin. Sé que hicimos lo que pudimos, y al final hay que seguir adelante con lo que la vida te trae.

¿Era verdad? ¿Habían hecho lo que habían podido? Siempre se hacía la misma pregunta cuando oía aquello y siempre se respondía que no: que podían hacer más, que, si la gente se esforzara de verdad, muchos matrimonios se salvarían. Luego recordó el baño de Marco y sus gritos, y se dijo que quizá no era tan fácil.

Elka se encogió de hombros, terminó su copa e hizo un gesto al camarero para pedir otras dos. Camino pensó que si no salían de allí pronto, se iban a estrellar en esa birria de moto que tenía. Por suerte, antes de que llegara el vino, Nico y Laura comenzaron a despedirse.

—Vamos. —Se levantó y dejó un billete de cincuenta sobre la mesa.

Siguieron a Nico y a Laura hasta el aparcamiento de la Merced, con Elka agarrada de nuevo a la mano de Camino. Recordó aquella canción de Mecano: «Nada tiene de especial / dos mujeres que se dan la mano». Sin embargo, ella detectaba las miradas veloces que le dirigía la gente. Ana Torroja podía decir misa; treinta años después, seguía siendo raro, pero claro que lo era, porque se salía de la norma, por definición. Así eran las cosas.

Llegaron al aparcamiento y vieron cómo Nico y Laura se metían en el ascensor.

—Arranca la moto y espera aquí —dijo Camino.

Bajó por las escaleras y entró al baño de mujeres mientras ellos pagaban el *ticket*. Salió unos segundos después, justo a tiempo para seguirlos mientras recorrían las filas de coches hasta que, de repente, Nico se dio la vuelta y la miró. Camino metió la mano en el bolso, sacó sus llaves y empezó a pulsar el botón dirigiéndolas hacia todos lados. Nico seguía quieto, así que fingió que le sonaba el móvil.

—¿Sí? Espera, que no oigo nada.

Se dio la vuelta y caminó hacia la zona de los baños. Por el rabillo del ojo, vio que Nico y Laura echaban a andar de nuevo y se metían en un coche. Volvió la cabeza justo a tiempo para ver el modelo y después corrió escaleras arriba.

—Prius plateado —le dijo a Elka, que la esperaba en la puerta con la moto en marcha.

Por la ciudad, no resultaba difícil seguirles; el coche era más rápido, pero no le quedaba más remedio que parar en los semáforos. En uno de ellos, Elka avanzó hasta colocarse al lado, justo antes del paso de cebra.

—¿Qué haces? ¡Nos van a ver!

—Perdona, la costumbre.

Nico, en el asiento del conductor, giró la cabeza y entrecerró los ojos; cuando el semáforo se puso en verde, el Prius aceleró.

Empezaron a subir hacia las casas de El Candado. Cuesta arriba y con dos personas, la moto de Elka cada vez se iba quedando más rezagada. Por suerte, se colocó otro coche delante del de Nico y pudieron acortar otra vez la distancia.

De repente, el Prius se detuvo a un lado de la carretera. Elka redujo la velocidad.

—¿Qué hago? —preguntó. Camino no tenía ni idea.

Entonces Nico Zurita salió del coche y empezó a gritarles. Elka se paró.

—¿Qué haces? —gritó Camino.

—¡Yo qué sé!

Nico venía corriendo, así que Camino bajó, irguió la espalda, se quitó el casco y se alisó el pelo con la mano.

—¿Os creéis que nací ayer? —gritaba Nico mientras se acercaba—. ¿Qué coño queréis?

—Camino Atienza. —Extendió la mano, y Nico, boquiabierto, la miró como si le estuviera ofreciendo un pescado muerto; aun así, por puro reflejo, la estrechó—. Disculpe nuestro atrevimiento, señor Zurita. Comprenderá enseguida que es por una buena causa.

Resumió rápido el proyecto calendario además de hacer una introducción, en su modesta opinión muy decente, del problema de la piel de mariposa. Tanto Elka como Nico ponían cara de creer que se había vuelto loca.

—Es un problema muy duro que les imposibilita para la vida cotidiana —siguió, imperturbable. Sacó el teléfono, buscó algunas fotos en Google y se lo puso frente a la cara a Nico, que no pudo evitar una mueca—. Por eso se llama piel de mariposa, porque es delicada como las alas de una. Pero, en realidad, el nombre científico es...

—Epidermiólisis bullosa. —Todos se giraron para mirar a Laura Vallejo, que se había acercado sin hacer ruido. Le resplandecía la cara de romana antigua bajo las farolas. Camino recordó que alguien, quizá su padre, le había explicado una vez que las caras de los actores son especiales porque atraen la luz—. Es lo que tiene mi sobrina, Nico. Lo siento mucho por Marco. —Laura se acercó y puso una mano sobre el hombro de Elka—. Nico estará allí para las fotos y yo también.

Camino contuvo las ganas de dar un salto. Laura les dio el teléfono de su agente y les dijo que preguntaran por Penélope para asegurarse de que le pasaban el mensaje.

Se quedaron allí de pie, en la acera, como en *shock*, mientras veían alejarse en silencio el Prius plateado. Elka la miró con los ojos muy abiertos, y, por un momento, Camino temió que se enfadara por enseñar fotos de los niños para dar pena. Sin embargo, lo que hizo fue echarse a reír. La miró sorprendida un momento y después tampoco pudo evitar reírse ella también, hasta que las dos estuvieron dobladas en dos por las carcajadas.

—«Disculpe nuestro atrevimiento, señor Zurita» —dijo Elka, extendiendo la mano para imitarla—. ¡Pero qué morro tienes!

—No hay que perder la educación nunca.

—Ay. —Elka se frotó el estómago como si le doliera—. ¿Siempre tienes tanta suerte?

—A veces sí. —Camino le guiñó un ojo—. Venga, vámonos antes de que se arrepientan.

Volvieron en un silencio agradable, con Elka conduciendo con más suavidad a través de las calles medio desiertas. Pararon en los Baños del Carmen a echar gasolina, y Elka volvió de pagar con un par de Toblerones en la mano.

—En agradecimiento —le dijo tendiéndole uno.

—¿Cómo sabes que me gusta el de chocolate negro?

—Claramente, eres una mujer de chocolate negro.

Camino abrió la chocolatina y le dio un bocado. Hacía años que no comía uno de esos, y, en efecto, el negro era su favorito.

—¿Y qué se supone que quiere decir eso? —preguntó con la boca llena.

—Yo qué sé. —Elka se puso el casco y arrancó la moto—. Tonterías que se me ocurren.

Le dio vueltas a la frase durante todo el camino de vuelta mientras mordía el Toblerone y dejaba que se le deshiciera en la boca. ¿Mujer de chocolate negro? ¿Cómo era el chocolate negro? Amargo, fuerte, que no le gustaba a todo el mundo. Podía haberse ofendido, pero, por alguna razón, dicho por Elka parecía un halago.

Igual al final, la vecina y ella podían ser amigas y todo.

Capítulo 22

Berta miró el sobre mientras mascaba cada vez más despacio el chicle que tenía en la boca. Se lo había traído al estudio para poder abrirlo allí tranquilamente. No quería involucrar a Matt más de lo necesario, sobre todo desde que Valle le había dicho que todo dependía de que ella lograra ubicar a la persona adecuada. Su adolescencia en Málaga era una fina tela de araña en su memoria, y temía que Matt llegara allí como un elefante en una cacharrería y la destrozara.

Miró al sofá como alguien a dieta miraría una tarta. Seguía durmiendo fatal. Debería echarse una siesta, pero el sobre cerrado era demasiado tentador.

Por fin, rasgó la solapa con una llave y sacó el expediente policial de su desaparición.

No iba a encontrar nada nuevo. El caso se había archivado por eso: porque, más allá del surtido de sustancias que corría por sus venas, no había ningún otro dato, ningún detalle interesante que dijera a la policía «eh, esto es raro, hay que seguir investigando».

Por otra parte: ¿y si había algo: un suceso espeluznante que nadie se había atrevido a contarle hasta entonces? Su madre parecía tan empeñada en que lo dejara pasar que era sospechosa. La recordó unos días antes, durante la comida familiar del domingo.

—Berta, corazón, con lo bien que te va todo ahora, ¿te vas a distraer con esta tontería?

Empezó a leer el informe, volviendo atrás cada varios párrafos porque el insomnio estaba destrozando su capacidad de prestar atención más de veinte segundos. Incluía la denuncia que hicieron sus padres a las veinticuatro horas de no saber de ella y la descripción de su aparición. Entre la denuncia y el hallazgo, la policía no había hecho nada porque había pasado muy poco tiempo. Después estaban las transcripciones de las preguntas que les hicieron a ella y a algunas de sus amigas, entre ellas Amanda.

El informe terminaba así:

Tanto la familia como la posible víctima afirman que la desaparición fue voluntaria. Este departamento no encuentra ningún hallazgo que haga pensar en lo contrario, por lo que se archiva el caso con posibilidad de reapertura si se realizaran nuevos descubrimientos.

Berta comenzó a leer otra vez desde el principio, deteniéndose en la parte que describía cómo la habían encontrado. Entonces se dio cuenta de algo que se había saltado la primera vez: tenía en la mano el sello de una discoteca, la Entropía. La policía lo mencionaba como la pista más clara de que estuvo por ahí de farra, pero ella no iba jamás a esa discoteca. Las tribus estaban muy bien definidas en el Santa Catalina, y ella y sus amigas solían elegir bares pequeños con música *underground*. En la Entropía se juntaban los merdellones del barrio.

¿Qué estaba haciendo allí?

Se dio cuenta de la de tiempo que hacía que no usaba esa palabra, ni siquiera mentalmente. Merdellón. Se suponía que venía del francés *merde de gens*, o *gente de mierda*, según les había explicado una vez su profesor de Lengua. Lo que en otro sitio sería un quinquí, un cani o un choni, en Málaga se distinguía con aquella palabra sonora e inconfundible.

Dejó el sobre y se levantó a hacerse un café en la diminuta cocina del estudio. La siesta tendría que esperar. Vaciló un poco antes de cargar la cafetera, porque Matt le había dicho varias veces que si no dejaba el café, seguiría sin dormir. «Último día», pensó.

Entraba olor a caldo por el patio de vecinos, así que cerró la ventana y trató de pensar. Si

había estado en la discoteca, era posible que sí, que hubiera desaparecido por voluntad propia. No tenía sentido que la encerraran y después la dejaran salir un rato a bailar. Pero ¿qué hacía en ese sitio? ¿Y con esa gente? Recordó lo que le había dicho Valle: hacer las preguntas adecuadas a la persona adecuada y pensar en alguien a quien conociera.

Mientras removía el café, recordó el bar en el que había aparecido, colacao en mano. ¿Por qué no había ido a su casa? La explicación que daba todo el mundo era que el bar estaba al lado de la siguiente parada de autobús. Con el colacón, a Berta se le pasó la suya y entró en el primer sitio que había encontrado abierto.

Entonces se preguntó por qué no se le había ocurrido antes.

El colacao.

Tenía que hablar con el dueño del bar.

Berta estaba a punto de salir zumbando para el bar cuando recordó que tenía cita con Valle. Contuvo las ganas de cambiar la hora y se dijo que igual podía ayudarla.

Sin embargo, cuando le contó sin respirar todo lo que había descubierto, no parecía muy entusiasmada.

—Ya te lo he dicho, Berta. No pongas demasiadas expectativas en eso.

Berta la miró sin decir nada. Por primera vez en varios días, gracias al café y a la emoción de descubrir algo nuevo, se sentía despierta y enfocada como un láser.

—Si hay algo peor que no saber es saber y que después no pase nada. —Valle pareció sorprenderse de lo lapidario de su propia frase—. Además, lo más seguro es que el delito haya prescrito.

—No me voy a meter en juicios con nadie, si es eso lo que te preocupa —dijo Berta, luchando por masticar un caramelo blando que había cogido de un cuenco sobre la mesa.

Menuda aguafiestas Valle. ¡La idea había sido suya! Ella era la que había hablado de preguntarles a las personas correctas. O a lo mejor no lo había entendido bien.

—No sé —continuó—, igual no todo se soluciona, pero igual sí. A lo mejor descubro que los demás tienen razón y que me había ido de fiesta tan contenta, que no hay nada que temer y todo está bien.

—¿Cómo te sentirías si fuera así?

—Pues muy bien, claro. Sería estupendo.

Lo sería, sin duda. Su miedo se desvanecería y podría seguir con su vida y con Matt. ¿Por qué la estaba mirando Valle con aquella cara de sospecha? A veces se cansaba un poco de esa atmósfera de «todo lo que digas puede ser utilizado en tu contra». ¿Eran todos los psicólogos así?

—Bueno. —Valle movió el cuenco de caramelos para poder apoyarse sobre la mesa—. ¿Qué te gustaría abordar en esta sesión?

Lo que haría feliz a Valle sería que le hablara de Matt, del tema de los hijos o de que llevaba tres semanas sin hacer ni caso a su propia boda, que, en teoría, era dentro de seis meses, pero, si iba a ir a ver al dueño del bar, necesitaba prepararse.

—¿Crees que si hablamos de la época del colegio me ayudará? A lo que decías el otro día de hacer las preguntas adecuadas.

Valle tomó aire y lo soltó muy despacio. Berta no habría sabido decir si intentaba tranquilizarla a ella o a sí misma.

—Está bien. Cuéntame.

—¿Por dónde empiezo?

—Por donde quieras.

Berta cerró los ojos. ¿Por dónde empezar? ¿Por su padre, sus hermanas? ¿Por su afición a la fotografía? Diminutas islas de agotamiento estaban apareciendo en medio de su excitación. Si no se daba prisa, no le quedarían fuerzas para hablar con el dueño del bar.

En realidad, estaba muy claro. Si quería hablar de su adolescencia, tenía que empezar por el Santa Catalina.

El Santa Catalina era un colegio de monjas privado, de los más prestigiosos de Málaga, le explicó a Valle. En los cincuenta, sin embargo, las monjas habían tenido que vender las tierras de lo que más tarde sería Echeverría y convertir el colegio en concertado. No les quedó más remedio que empezar a admitir a los niños de las casas de pescadores y, en general, a la gente más pobre del barrio, aunque se hacían todo tipo de trampas para que pudieran seguir entrando las familias de bien.

—Hasta la secundaria, había de todo, pero después llegaba el bachillerato, que era de pago, y desaparecía toda la gente menos... —Berta vaciló. No quería que sonara mal, pero no sabía de qué otra forma decirlo—. Pudiente. Solo quedaban los que conseguían beca.

En bachillerato, varias plazas de cada curso eran gratuitas y se reservaban para estudiantes sin recursos, pero con buenas notas. Todos sabían quiénes eran, aunque nunca se les decía nada a la cara.

—Podría decirse que había tres grupos. —Berta levantó tres dedos y los fue señalando con la otra mano—. Primero, los pijos. Los hijos de las familias bien que vivían cerca, o que habían entrado al colegio mintiendo sobre el trabajo de los padres o empadronándose en casa de los abuelos. Después, los... *grunge*, por llamarlos de alguna manera. Rastas, pantalones anchos, porros y... alguna otra cosa. —Notó que se ponía colorada—. Por último, los merdellones. Los que tenían beca y los de clase media cuyos padres hacían un esfuerzo para que siguieran estudiando.

—¿Y tú de qué grupo eras?

Berta soltó una risita.

—¿A que dirías que de las pijas? Bueno, pues no. Yo era *grunge* total. Llevaba rastas y todo.

Aún no se había repuesto del estrés postraumático de las rastas. Le pareció una buena idea hasta que vio su preciosa melena rubia convertida en un amasijo de nudos que olían mal y se le enredaban al dormir.

—En realidad, yo no era de ningún grupo hasta segundo de ESO. Hasta ahí, íbamos todos con el uniforme y no te fijabas tanto en esas cosas. Pero luego empezamos a llevar ropa de calle y, sin darnos cuenta, se formaron esas tribus.

Berta hizo una pausa. Aunque estaba pagando por aquel tiempo, hablar tanto rato seguido le parecía de mala educación. Valle, sin embargo, no dijo nada, así que siguió:

—La cuestión es que, si estuve en esa discoteca, la Entropía, igual tuvo que ver con alguien de ese grupo. Pero, claro —empezaba a hilar cabos en su mente—, nadie les preguntó porque no eran amigas mías, no estaban en mi círculo. Igual debería hablar con ellas. Con Nora Pérez, por ejemplo, o con Lorena Ibarra. A lo mejor podría aprovechar hoy que voy a acercarme por el barrio.

—¿Tenías relación con alguna de ellas? —preguntó Valle.

—Es lo que te he dicho antes: solo hasta la ESO. Lorena y yo éramos bastante amigas de muy pequeñas, en parvulitos. En la primaria..., lo normal. Fui a su casa un par de veces. Era raro porque su madre tenía cáncer y estaba casi siempre en la cama. Murió cuando teníamos once o doce años.

Pensó en la casita de pescadores y lo fascinante que le había parecido que todo fuera tan pequeño, como en una casa de muñecas. La madre de Lorena le daba un poco de miedo al principio porque no tenía pelo ni cejas y su cara estaba amarillenta, pero era muy alegre, y después de un rato, a Berta se le olvidó la enfermedad. Se puso triste cuando más adelante se enteró de que había muerto, pero para entonces Lorena y ella ya no eran tan cercanas y le dio vergüenza decirle que lo sentía.

Entonces, mientras recordaba aquella tarde que había pasado jugando a las cartas con Lorena y su madre, se encendió una chispa en su cerebro. Valle tomó aire para hablar, pero Berta la detuvo con un gesto de la mano.

—Espera un momento. —Desvió la vista hacia el techo, tratando de recordar—. La casa de Lorena... Si no me falla la memoria, estaba justo... Sí. Justo al lado.

—¿Al lado de qué?

Berta miró otra vez a Valle con una amplia sonrisa.

—¡Al lado del colacao!

El agotamiento había vuelto a desaparecer y se sentía otra vez fresca y descansada. Se levantó de la mesa, dejó el sobre con el dinero de la consulta frente a una estupefacta Valle y se marchó corriendo.

Capítulo 23

El bar se llamaba El Gimnasio: una broma ocurrente para que los parroquianos pudieran responder «al gimnasio» cuando les preguntaban a dónde iban. Cuando Berta llegó, ya era casi la hora de comer, así que se sentó en una mesa y pidió una Coca-Cola Zero Zero. La camarera, una adolescente de ojos oscuros con las mejillas cubiertas de acné, la miró como si hubiera pedido un Martini agitado-no-mezclado y le trajo una Light. Casi mejor, en realidad: los efectos de su última dosis de cafeína estaban empezando a agotarse.

El local estaba prácticamente vacío. Había un par de hombres en la barra con las caras vueltas hacia la televisión, que emitía un programa de actualidad que Berta no conocía y en el que unos tertulianos hablaban histéricos. Las voces le taladraban la cabeza como si tuviera resaca.

Observó la barra, donde la chica que la había atendido pasaba un trapo con poco brío. Seguro que ella no sabía nada; debía de tener cinco o seis años cuando encontraron a Berta. «Estoy haciendo el tonto», pensó. ¿Cuáles eran las posibilidades de que alguien recordara algo? Y lo de Lorena seguro que era casualidad.

Cuando llegaron a casa de Lorena después del colegio, aquella tarde de hacía tantos años, su amiga no tenía llave y no quería llamar al timbre por si despertaba a su madre. Berta se había agobiado pensando que se quedarían fuera toda la tarde, porque tenía muchas ganas de hacer pis y un poco de hambre, pero Lorena le dijo que no se preocupara y fueron juntas a aquel mismo bar. El dueño tenía copia de la llave y entraron sin problemas.

Ahora que estaba ahí, recordó lo extraño que le pareció en aquel momento el sitio, con su olor a coñac y a carne con tomate, y un montón de azulejitos humorísticos colgados detrás de la barra. «Hoy no se fía, mañana sí», había leído Berta en voz alta, y después pasó un buen rato dándole vueltas a la frase, sin pillar la broma, frustrada porque no tuviera sentido.

Levantó la cabeza de la mesa. Los azulejos graciosos seguían ahí y el bar no había cambiado apenas. El hombre que la encontró debía de estar en algún lado. Se acercó a la barra.

—Perdona —le dijo a la chica, que levantó la cabeza a cámara lenta—. ¿Está tu padre?

—¿Mi padre?

—Sí, el que trabaja aquí.

—¡Ah! Ese es mi abuelo. ¿Para qué lo quieres? —La chica entrecerró los ojos, que apenas se le veían entre las pestañas cargadas de rímel.

Berta relajó los músculos de la cara y sonrió.

—Estoy haciendo un reportaje sobre los bares del barrio. Le dará publicidad.

La chica la repasó una vez más de arriba abajo, se encogió de hombros y gritó hacia el interior del local:

—¡Abuelo! Preguntan por ti.

El hombre calvo, delgado y orejón que salió le recordaba a una versión mayor de Filemón, el de los cómics de su infancia. Extendió la mano a través de la barra.

—Soy Violeta Parra, periodista del *SUR*. —¿Por qué había dicho Violeta Parra? Era el primer nombre que se le había venido a la cabeza.

—Juan. —El hombre se secó la mano en un trapo y se la estrechó con firmeza.

—Estoy haciendo un reportaje sobre casos sin resolver en Málaga.

—Ajá.

—¿Recuerda usted a la chica que llegó aquí en marzo de 2008? Hace quince años. Llevaba

treinta y seis horas desaparecida.

Berta notó de inmediato cómo el otro enderezaba la espalda.

—¿Quién has dicho que eres?

—Violeta Parra, del *SUR*.

La miró arrugando la frente y Berta contuvo la respiración.

—No sé de qué me hablas.

—Era una chica de diecisiete años. Entró aquí desorientada, y usted le dio un colacao.

El hombre negó con la cabeza varias veces.

—Por aquí pasa mucha gente. No me puedo acordar de todos.

—Pero luego llamó a la policía. Seguro que eso no pasa todos los días.

La mirada que recibió Berta quería decir muchas cosas: un «déjame en paz» mezclado con «pues claro que llamo a la policía a menudo, tonta, pero tú qué vas a saber si claramente no eres del barrio».

—No, hija, lo siento. No te puedo ayudar.

Sin esperar respuesta, se dio media vuelta y entró otra vez en la parte de atrás.

Berta se agarró un poco más fuerte a la barra pegajosa. Aquel hombre estaba en el ajo, seguro, pero no iba a decírselo. Se sentía frustrada y, al mismo tiempo, triunfante: aquello solo podía significar una cosa.

Lorena Ibarra sabía algo.

Salió a la calle, donde brillaba un sol tan fuerte que podría haber sido primavera. El barrio bullía con las mujeres volviendo a casa para preparar la comida y los niños saliendo de los colegios. Continuaba con aquella molesta resaca insomne, así que se puso las gafas de sol antes de cruzar la carretera y caminó un par de decenas de metros hasta el paseo.

No le costó encontrar la casa. El porche estaba, tal y como ella lo recordaba, abarrotado de geranios de colores y muy limpio. Recordó la de tiempo que se había pasado pidiéndoles a sus padres que se mudaran a una casita de pescadores como la de Lorena, aunque, en realidad, fantaseaba con vivir ahí ella sola, con un porchecito inmaculado donde se sentaría a leer en una mecedora mientras veía pasar a la gente.

En ese momento, la puerta se abrió y salió Lorena. Berta se dio la vuelta con rapidez y se alejó unos pasos antes de girarse de nuevo.

Lorena cerró la puerta sin echar la llave y comenzó a andar en dirección contraria a donde estaba Berta, así que no llegó a verle bien la cara, pero era ella, sin duda. Llevaba ropa de deporte y caminaba con brío y una botella de agua en la mano. Algo en sus andares hacía pensar a Berta que era feliz, que estaba satisfecha con la vida. Su mente proyectó una realidad imaginaria: Lorena se levantaba en la casita de pescadores, hacía café en la pequeña cocina, se sentaba en el porche a mirar el mar y regaba sus geranios. Ahora se iba a andar, o a comprar, vete a saber, pero su existencia transcurría en la rutina confortable de alguien que nunca se ha planteado si está o no en el sitio correcto.

Cuando Lorena volvió la esquina en dirección a la carretera principal, Berta se acercó a la casita. A través de las cortinas, podía ver el interior: un sofá de aspecto avejentado y un cuadro muy feo de unos pescadores extendiendo las redes frente a una barca.

Anduvo hasta el callejón al que daban las ventanas traseras. Una de las habitaciones tenía las cortinas cerradas, pero en la otra podía ver dos camas de noventa bien hechas, un escritorio y un

tablón de corcho con fotos de la Lorena de su adolescencia: algunas en discotecas y bares, y otras, en la playa o en el patio del colegio.

Quizá Lorena no tenía hijos y vivía con su pareja en la habitación grande, la de matrimonio, o igual no estaba casada y cuidaba de su padre. Entonces se acordó y de inmediato se sintió culpable por haberse olvidado, porque el padre de Lorena también había muerto, poco después de su desaparición. El problema era que Berta había pasado aquellas últimas semanas de curso en un estupor de alcohol y hachís, y lo del pobre hombre, aunque también fue sonado en el Santa Catalina, apenas hizo mella en su agotado cerebro.

Mientras trataba de distinguir las fotos, algo movió las cortinas, quizá una corriente de aire en el interior de la casa. Berta se fijó en el patrón: un intrincado dibujo de espigas descolorido por el tiempo. Entonces algo hizo clic en su cabeza.

Ella había estado allí.

No solo de pequeña; aquella vez no habían entrado apenas en la habitación de Lorena porque su hermano mayor, Fali, estaba dentro con un amigo. Había estado el día que desapareció. Tuvo un recuerdo claro, como un fogonazo de luz, en el que miraba moverse aquellas cortinas tumbada en una de las camas.

Trató de conectar con el recuerdo, pero no se estiraba más allá de un par de segundos. Le sorprendió que no iba acompañado de ningún sentimiento en particular: ni ansiedad, ni miedo, ni preocupación. Por otra parte, el agotamiento le hacía difícil sentir nada.

Quizá se había ido de fiesta con Lorena. En ese caso, ¿por qué no había dicho nada? Todo el colegio se había enterado de la desaparición de Berta. Luego cayó en la cuenta: por el hachís, claro. Lorena no querría acercarse a menos de cien metros de la policía si había drogas de por medio.

Lo que estaba claro es que sabía algo, así que Berta pensó en esperar allí y preguntarle. Pero, ¿y si le decía que no? Podía hacer como Amanda y como el dueño del bar: aferrarse a su versión y al «yo no sé nada». No quería quedarse otra vez con cara de idiota y dar a Lorena la oportunidad de que le cerrara la puerta en las narices.

Esta vez tenía que planear mejor su siguiente paso.

Había geranios de colores también en las ventanas traseras. ¿Cómo estaban tan bonitos, si ahí apenas les llegaba la luz? Una mujer solitaria desaparecía al final del callejón, y Berta sacó rápidamente su Pentax del bolso para encuadrar los geranios, el sol de la mañana y las limpias líneas de fuga que la encuadraban. Lástima que el carrete era en blanco y negro, porque lo ideal habría sido incluir el fogonazo rojo de las flores, pero lo primero que aprende un fotógrafo apasionado es que no puedes capturarlo todo. Que, como decía Dan Winter en su autobiografía: «Incontables potenciales obras de arte suceden a cada momento alrededor del mundo sin que nadie las fotografíe». Después, tras comprobar que nadie la miraba, cortó un esqueje de la planta con la navaja de su llavero, lo metió en el bolso y se fue a casa.

Capítulo 24

Lorena estaba estirando las piernas en el suelo de ElPaloFit, disfrutando de la blanda sensación de cansancio. Hoy tocaba sentadilla, y aunque se le daba fatal, había podido añadir cinco kilos desde la sesión anterior y estaba contenta.

Las pesas eran mucho más divertidas de lo que pensaba. Cuando engordó de adolescente, todo el mundo le tenía miedo: era grande y llamaba mucho la atención. Sin embargo, ella solo se había peleado una vez con una de la Carretera de Olías que iba diciendo por ahí que a Fali no se le ponía dura porque era maricón. La otra le arañó la cara y le arrancó el aro de la oreja izquierda, lo que fue un error de principiante por parte de Lorena, porque cualquiera sabía que lo primero que hay que hacer en una pelea es quitarse los pendientes y hacerse un moño.

Ahora, sin embargo, estaba ganando una fuerza que podía medirse de una semana a otra. No importaba lo que dijera el mundo: si seguía entrenando, cada vez podría poner más discos en las barras. Que no es que quisiera pelearse con nadie, porque ya era mayorcita, pero la idea de ser una mujer fuerte de verdad y no solo alguien que metía miedo con sus pintas le atraía cada vez más.

—¿Pesas? Qué aburrimiento —había dicho Nora al enterarse. Pero Lorena no se aburría. Contar series y repeticiones le ordenaba la cabeza. Por un momento, se callaba la vocecita que le preguntaba todo el rato qué iba a hacer con su vida y le recordaba lo sola que estaba.

Se notaba más recta, también, con los hombros hacia atrás y el cuello estirado. Su madre siempre le decía: «Tú la cabeza alta, Lore, como una reina». Lorena pensó que, si la estaba viendo ahora desde el cielo, diría: «Hija mía, por fin, que te iba a salir joroba».

—Nos vemos el martes. —Puso en su sitio el rodillo de espuma y fue hacia la puerta—. Gracias por colocar los discos.

Nacho, que en ese momento arrastraba la barra hasta el soporte, levantó la vista y sonrió.

—No te acostumbres. Cuando vayas al gimnasio, nunca, nunca jamás dejes tu material sin colocar. Es de mala educación.

Sopló hacia arriba un mechón que le caía sobre la frente y puso la barra en su sitio con cuidado, como si fuera porcelana y no material de *powerlifting*.

—Vamos bien —dijo justo antes de que Lorena saliera—. Va bien la cosa. No decaigas.

Mientras caminaba hacia casa, pasó por delante de El Gimnasio y se quedó unos segundos delante de la puerta. Tenía hambre, y la Rubia, la mujer de Juan, vendía unas raciones de guiso casero a dos euros que estaban para morirse. Luego recordó las palabras de Nacho: «No decaigas».

Estaba a punto de irse cuando se abrió la puerta.

—Lore, ven para dentro, que te quiero comentar una cosa —dijo Juan.

Entró en el bar y, como siempre, el aroma familiar le hizo sentirse en casa. Ahí iban a veces a comer los cuatro de menú, siempre en día de diario porque era más barato. Ahí buscaba a su padre algunas tardes para pedirle que le comprara una Fanta de naranja, que se tomaba muy quieta en la barra mientras escuchaba las conversaciones de los mayores.

—Que ha venido la chavala preguntando.

—¿Qué chavala?

—La muchacha que dejaste aquí.

Lorena se apoyó en un taburete sin sentarse.

—¿Te pongo algo? —preguntó Juan.

—No, déjalo. ¿Y qué te ha dicho?

—Que era una periodista del *SUR* que estaba resolviendo crímenes antiguos, algo así. Pero yo nunca olvido una cara. Toma, mujer, unas aceitunitas, que ya es casi la hora de comer. Y una Fanta de naranja, por los viejos tiempos.

Lorena se quedó mirando el platito ovalado, donde varias aceitunas nadaban solitarias en un charco de salmuera. Distraída, cogió una y se la metió en la boca; tendría que apuntarlo en su aplicación luego, porque hambre, lo que se dice hambre, no tenía.

Salió la Rubia de detrás de la barra, saludó a Lorena con dos besos y se empeñó en ponerle un plato de paella para llevar.

—Que sí, mujer, que llevas mucho tiempo sin venir.

Sin darse cuenta, se había ventilado ya la mitad de las aceitunas y casi toda la Fanta. En cuanto llegase a casa, tiraría la paella a la basura.

—¿Y qué le has dicho? —le preguntó a Juan.

—Que no me acuerdo de nada.

—Muy bien.

Lorena se bajó del taburete y, tras un tira y afloja («¿Qué te debo?», «Nada, mujer», «Juan, hazme el favor, que no vengo más»), dejó cinco euros en la barra, cogió el arroz y se fue a casa.

Cuando llegó, se quedó sentada en la mecedora del porche, mirando al mar. Berta Berral estaba preguntando por ahí. ¿A qué venía eso ahora? Para empezar, ¿qué hacía en Málaga? Pensaba que estaría en China o algún país así: sabía, por las redes sociales, que era una fotógrafa famosa y que viajaba mucho. ¿Pensaba que Lorena tenía algo que ver con lo que le había pasado, o simplemente había ido al bar de Juan porque ahí fue donde la dejaron cuando acabó todo? Sí, eso tenía que ser: estaba tirando del hilo del bar, pero no había forma de que lo relacionara con ella. Juan no había dicho nada, así que Berta estaba en un callejón sin salida; con un poco de suerte, se hartaría de investigar y se olvidaría de lo que había ocurrido.

Tampoco había sido para tanto.

Mientras se balanceaba adelante y atrás, sacó el teléfono y escribió a la Asociación de Antiguos Alumnos para decir que no iba a la cena. Si Berta aparecía en modo *Quién sabe dónde*, ella no quería estar por allí. Bastante tenía ya con lo suyo como para andar desenterrando algo que había pasado hacía quince años.

«La mierda no se remueve por algo, Lore —decía siempre su madre—: porque huele».

Entró en la casa y tiró la invitación a la caja donde metía el papel para reciclar. Estaba a punto de deshacerse también de la paella de la Rubia cuando cambió de idea. Un platito no le haría mal, ¿no? Abrió el envase tal cual, comprobó que el contenido aún estaba caliente y empezó a comer como si llevara una semana sin probar bocado.

Aquel puñetero colegio. En mala hora le habían dado la beca. Si no hubiera sido por ella, se habría puesto a trabajar a los dieciséis en la zapatería del padre de Nora, que se lo había ofrecido, y, quién sabe, igual ahora llevaría una vida mejor, más normal. Su padre estaría vivo, ella no habría tenido que cuidar de Mila, quizá hasta estaría delgada. Pero el maldito colegio, la maldita beca y sus malditas ambiciones lo habían estropeado todo.

13 de septiembre de 2007

El primer día de clase de segundo de bachillerato, Lorena se miró las manos antes de salir del baño. Se había quitado los anillos de su madre por la mañana, en cuanto cerró la puerta de la casa. Tenía en los dedos las marcas de sol del verano y notaba las manos raras, más ligeras, pero estaba convencida de que era una buena decisión, porque el oro te señalaba como merdellona antes de que abrieras la boca.

Palpó con una mano el bolsillo lateral de la mochila para comprobar que los anillos estuvieran ahí. Le traían suerte, y no se fiaba un pelo de dejarlos al alcance de Mila. Ya llevaba dos años casada con su padre, y a Lorena todavía le extrañaba encontrársela por las mañanas. Cada vez que la veía, le daban ganas de decirle: «Señora, se ha equivocado usted de casa».

Fue hacia su clase mientras repasaba el plan. Aunque quedaban diez minutos para que sonara el timbre, Nora y Rocío ya estarían allí porque querían coger sitio en la última fila. No les iba a hacer ninguna gracia, pero tenía que mantenerse firme.

Entró en la clase, y, efectivamente, Nora y Rocío habían juntado tres pupitres al fondo, aunque sabían que les harían separarlos en cuanto llegara la tutora. Después de unos días, los juntarían de nuevo, las obligarían a separarlos unas cuantas veces y, por fin, más o menos a finales de noviembre, los profesores pensarían: «No me pagan para esto» y lo dejarían estar.

Dejó sus cosas en una mesa vacía de la segunda fila y fue hasta donde estaban sus amigas, que tenían cara de no entender nada.

—No veo bien. Creo que me hacen falta gafas. Si me pongo aquí, tengo que forzar mucho los ojos.

—Qué elegante te has puesto —dijo Nora, dando un tironcito a su camiseta.

Se había pasado un buen rato buscando ropa poco cantosa en su armario hasta que, por fin, había aparecido una camiseta gris que, combinada con unos vaqueros, le daba una pinta sosa de extra de peli. Eso era lo que iba a ser este año: alguien que no llama la atención, no la Lore, la de la ropa hortera que se pelea a gritos si se meten con el amigo lejano de su prima segunda. Era el año de selectividad e iba a entrar en Publicidad y Relaciones Públicas, y para eso necesitaba buenas notas, que empezaban por sentarse más cerca de la pizarra y vestir normal.

Observó en silencio a sus amigas, que fingían esnifar un brillo de labios con olor a manzana que Nora había mangado en la droguería del barrio. No es que quisiera separarse de ellas. Las adoraba y llevaban juntas desde preescolar, y Nora, de hecho, sacaba muy buenas notas. Pero era tan inteligente que a los profesores no les quedaba más remedio que ponérselas, aunque luego fuera chillando por los pasillos y los pendientes de coral le llegaran a los hombros. Lorena no era inteligente. Lista sí, quizá, y capaz de caerle bien a quien quisiera y de calar a la gente, pero para sacar buenas notas necesitaba prestar atención y llevar las asignaturas al día, y no podría hacerlo si estaban todo el día pasándose notitas y mirando a los tíos desde una punta a otra de la clase.

Murmuró una excusa y volvió a su mesa. Quería organizar los libros y que su tutora la encontrara sentada y atenta como una buena empollona.

—Hola, Lorena.

Se giró y se encontró con Berta Berral. Al principio le costó un poco reconocerla: no se le había ocurrido otra cosa que hacerse rastas. Si ella tuviera la melena rubia de Berta, se la dejaría larga hasta la cintura, pero se tenía que conformar con aquel pelo moreno ni liso ni rizado que nunca conseguía arreglarse bien. Berta se había hecho, además, un *piercing* en la aleta de la

nariz. Parecía *Barbie Grunge*, con el grado perfecto de caída del pantalón sobre sus caderas huesudas, la goma de las bragas asomando lo justo, una camiseta encima de otra y zapatos anchos de marca con los cordones desabrochados. Lorena se preguntó si sabría que los pantalones anchos se pusieron de moda porque los traían así los que habían estado en la cárcel. Se lo había contado su hermano Fali hacía unos meses.

—¿Qué tal el verano? —preguntó Berta.

—Psé. Lo de siempre. ¿Y tú?

Berta le contó con entusiasmo disfrazado de aburrimiento cómo sus padres las habían llevado a sus dos hermanas y a ella a una caravana de alquiler durante un mes. Mientras se quejaba de los mosquitos y del váter químico, Lorena pensó que ella habría dado lo que fuese por irse en una caravana con su madre, su padre y Fali. Conocía a las dos hermanas de Berta. Las tres eran igual de rubias, delgadas y pálidas. Desde que era chica, cada vez que los profesores pasaban lista el primer día de clase, le preguntaban a Berta si era hermana de Paz y Amor Berral.

Siguieron hablando de optativas y profesores, y Lorena recordó que Berta y ella se llevaban bien de pequeñas y que incluso la había invitado a su casa un par de veces. Después se separaron, no sabía muy bien por qué, porque era buena gente; un poco pava, pero simpática.

—Oye, Lorena, que te quería comentar... Es el cumpleaños de Sonia el sábado. ¿Te apetece venir?

Sonia vivía en una casa enorme en Pinares de San Antón, con piscina y una parcela en la que se podían criar caballos. Sus fiestas eran míticas, pero a Lorena nunca la invitaban. Sospechaba que Sonia, que había entrado nueva en primero de bachillerato, le tenía un poco de miedo.

Se le escapó una sonrisa. ¿Estaría funcionando lo de vestir de gris?

—¡Claro! Allí estaré.

Berta también sonrió y después se puso seria. Lorena se preguntó si iba a decirle algo sobre no traerse a Nora y a Rocío. Se iban a cabrear si no las invitaban también a ellas, aunque estaría bien tener a otra gente con la que trabajar en grupo o estudiar para los exámenes.

Entonces Berta bajó el volumen dos tonos y volvió a hablar:

—Había pensado que a lo mejor podrías llevar... Tú sabes. Queríamos pillar veinte euros entre todas. ¿Cómo lo ves de aquí al sábado?

La alegría se esfumó. Miró a los ojos claros y muy abiertos de Berta, y distinguió por el rabillo del ojo al resto de su grupito (Amanda, Sonia, Paloma y alguna más) observando con disimulo a ver qué decía.

Así que era eso, y no que de repente una camiseta gris les hubiera dado unas ganas tremendas de ser sus amigas. En fin. Cambió el chip en un momento. Como habría dicho su madre: «Así es la vida, Lore». Le entraron ganas de decirle que no de puro coraje, que, con tan poca antelación, imposible. Sin embargo, el grupo de Berta era discreto, y si le pillaban unos euritos de vez en cuando, le vendría estupendamente.

Asintió sin decir nada, y Berta alzó el pulgar en dirección a su grupo.

—Gracias —le puso veinte euros en la mano—. Luego te mando un mensaje con la dirección.

Se fue a su pupitre dando pasitos cortos con sus zapatos de marca. Nora se acercó y meneó la cabeza.

—Vaya jipi con Visa. ¿Qué quería?

—Chocolate —contestó Lorena.

Nora le tomó una mano entre las suyas.

—¿Y los anillos?

Lorena miró la mano como si perteneciese a otra persona.

—Las tenía muy hinchadas esta mañana y no me entraban bien. A ver si ahora me van.

Sacó los anillos del bolsillo de la mochila y los deslizó hasta crear el familiar círculo de calor en cada uno de sus dedos. Después, amontonó sus libros sobre la mesa.

—Oye —le dijo a Nora—, que al final he decidido ponerme detrás con vosotras.

Capítulo 25

—Yo creo que deberías ir a la policía.

Berta miró a Matt, que relucía frente a ella como una foca alegre. Lo había acompañado a la playa de El Candado a intentar coger alguna ola con la tabla. Lo de ser surfista en las aguas tranquilas de Málaga era de un optimismo típicamente estadounidense.

—¿Cómo voy a ir a la policía? ¿Y qué les digo?

—Lo que has averiguado. Lo del sello de la discoteca, que el del bar tiene una actitud *suspiciosa*, lo de las cortinas...

—Sospechosa. A ver. —Berta se inclinó para remangarse un poco más los vaqueros. Los dos estaban de pie en la orilla: Matt con un neopreno de cuerpo entero, y ella vestida de calle—. Punto uno: si hubo delito, ya ha prescrito. Punto dos: ¿qué van a hacer? ¿Buscar ADN después de quince años? Si, además, claramente, yo estoy como una rosa.

—¿Qué es «como una rosa»?

—Que estoy bien, sana.

Matt sacudió la cabeza, salpicándole gotitas en los ojos.

—No estás como rosa.

La frase le dolió. «Estás mal, loca, rota», como le repetía una y otra vez la voz de su cerebro. Trató de tranquilizarse: lo único que quería Matt era ayudarla y sentirse incluido. Habría imaginado todo aquello como una romántica investigación de a dos y ahora ella pasaba de él.

—No estoy bien, lo sé, y lo voy a arreglar. ¡Estoy avanzando mucho con la psicóloga! —Trató de sonreír mientras se preguntaba si Valle opinaría lo mismo—. Además, ella siempre me dice que no ponga muchas expectativas en averiguar la verdad. Que lo que necesito es resolver mi presente.

—Pero ¿no vas a la psicóloga para que te ayude a recordar? No entiendo nada.

Se preguntó si debía contarle lo de que, con las drogas, su cerebro era como una grabadora sin cinta y que no había nada que recordar. Entonces se dio cuenta: si la investigación policial llegaba a un punto muerto y las citas con Valle también, se quedaría sin tiempo. Matt perdería la paciencia y le preguntaría de una vez qué quería. Le pediría que tomara una decisión, y ella no estaría preparada.

—Escucha. —Sostuvo la mano de Matt entre las suyas y lo miró a los ojos, que sin las gafas parecían demasiado grandes para su cara—. No me doy por vencida. Voy a seguir investigando y preguntando a gente, y con la psicóloga... Llevamos poco tiempo, hay que tener paciencia. *Trust the process*.

La cara de Matt se relajó un poco.

—Tienes razón. *Trust the process*. Perdona que soy tan impaciente. A veces quiero correr muy rápido hasta nuestro futuro porque sé que va a ser maravilloso.

Soltó una de sus sonrisas francas y despreocupadas y miró al mar.

—Nunca hay olas aquí.

—Ya te lo dije.

—Podríamos viajar a Cádiz por unas vacaciones, ¿no?

Berta asintió, y Matt dejó la tabla en la arena y se quitó el neopreno.

—Voy a nadar un poco —dijo caminando hacia la orilla.

Mientras observaba su cuerpo sólido metiéndose en el agua con decisión, Berta pensó que

hasta un optimista como él perdía la esperanza en las olas tarde o temprano.

Cuando le contó lo de las cortinas, Valle mostró algo parecido al entusiasmo.

—Si recuerdas eso, quizá hay algo más. ¿Quieres que hagamos un ejercicio de regresión?

Le indicó que se tumbara bocarriba en el mullido sofá amarillo que Berta llevaba mirando con deseo desde la primera sesión.

—Antes de nada, recuerda: esto no es magia y yo no voy a hechizarte. En cualquier momento puedes salir de la inducción; el control es tuyo y solo tuyo, ¿vale?

Berta tuvo ganas de decirle que ella no tenía ningún interés por mantener el control y que la gracia era dejarse llevar. A veces le habría gustado que otros pudieran manejar su avatar como en el juego de los *Sims*. Asintió con la cabeza.

Pensó que quizá se quedaría dormida, porque seguía con un insomnio monumental. Sin embargo, en cuanto cerró los ojos, todo su cuerpo se puso en tensión.

—De acuerdo, entonces puedes prestar atención a tu respiración durante unos segundos... Notando cómo está tu cuerpo aquí y ahora, cómo se hinchan tus pulmones con el aire, qué sensación produce el aire al pasar por tu nariz... —Berta trató de llenar del todo los pulmones sin conseguirlo—. Y ahora puedes imaginar una puerta frente a ti, identificar su forma, su color, el material del que está hecha.

Le vino a la mente una enorme puerta dorada que había visto una vez en un templo de Laos. Pensó que debía de ser muy pesada hasta que el guía les dijo que, lógicamente, solo estaba cubierta de oro.

—Y si lo deseas, puedes abrir la puerta despacio y ves frente a ti una escalera con diez escalones. Poco a poco, te invito a que bajes esos escalones, uno a uno, y con cada escalón, una respiración, y voy a ir contando para que puedas respirar y bajar cada escalón despacio, muy despacio. Uno..., dos..., tres... Y quizá abajo puedes ver la luz que tú deseas ver ahora, el tipo de luz que tú necesitas.

Berta imaginó una escalera oscura con una luz blanca al fondo, como la que entraría por la ventana en una tarde de finales de verano.

—... nueve..., diez... Y ahora estás en una habitación, miras alrededor y la observas.

Estaba ahí, en la habitación de Lorena y Fali, con las dos camas gemelas cubiertas con colchas de flores. Miraba al techo, donde había una mancha de humedad con forma de seta.

—¿Dónde estás? —preguntó Valle.

—En una cama. Tumbada —la voz le salió ronca, como si llevara mucho tiempo sin hablar.

—¿Ves la cortina?

—Ajá.

Podía verla desde donde estaba si giraba un poco la cabeza. Se movía con el viento y tenía aquellas extrañas espigas que se entrecruzaban unas con otras.

—Vas notando cómo se siente tu cuerpo aquí y ahora. —¿Se había movido Valle? Berta no era capaz de identificar de dónde venía su voz.

Sentía los brazos y las piernas muy pesados, como cuando quieres levantarte de una siesta demasiado larga y no eres capaz. Una voz en su cabeza preguntaba una y otra vez: «¿Qué hago aquí?», pero, por más que intentaba encontrar una respuesta, seguía sin recordar nada.

—No sé qué hago aquí —dijo frustrada.

—Puedes probar a incorporarte en la cama y sentarte en ella. ¿Es posible?

Berta reunió toda su fuerza de voluntad y dio la orden a su cuerpo de que se moviera. Con esfuerzo, se imaginó sentada a medias en la cama de Lorena. Solo veía las cortinas y la otra cama

frente a sí; el resto de la habitación estaba vacía.

—Ahora alguien abre la puerta. ¿Quién es?

Giró la cabeza hacia la puerta de la habitación.

—No lo sé. No veo nada.

—Quizá puedes imaginar que es Berta la que entra por esa puerta. Es la parte de ti que sabe más sobre lo que ocurrió aquel día. La parte de ti que te conoce y quiere que estés bien.

Observó a la Berta de diecisiete entrar en la habitación. Tenía expresión de corderito asustado y el pelo muy corto después de haberse deshecho de las rastas. Caminaba con los hombros encorvados y las manos metidas en los bolsillos.

—Y esa Berta se sienta a tu lado, en la cama, te mira a los ojos y te sonríe con una expresión de absoluta calma, de confianza plena en ti.

Pero la Berta de su cabeza no sonreía. Tenía la cara contraída en una mueca de angustia.

—¿Qué dice?

La Berta imaginaria habló:

«¿Qué pasa con Salva?», preguntó alto y claro.

—No dice nada.

Valle inhaló una de aquellas respiraciones profundas que sonaban un poco exasperadas.

—Puedes despedirte de esta Berta y caminar de nuevo hacia las escaleras... Y, poco a poco, vas saliendo al ritmo de tu respiración... Uno..., dos...

Berta abrió los ojos antes de que Valle llegara a diez. Se incorporó y miró a la psicóloga, que tenía esa expresión tranquila y odiosa de: «Cuéntame, estoy aquí para lo que necesites». Pero no iba a hablar de Salva. Todavía no.

—Ha estado bien —dijo—. He podido ver la habitación. Pero no parece que la otra Berta sepa más que yo. ¿Se supone que tenía que decirme algo?

—Nada «se supone». Una sesión es lo que es. Lo que aparece en ese momento, ya está.

Se sostuvieron la mirada unos segundos.

—Entonces..., ¿ya está? —preguntó Berta—. ¿Eso es todo por hoy?

Valle se encogió de hombros.

—No sé, dímelo tú. ¿Eso es todo?

—Ajá.

Berta recogió sus cosas aunque todavía no hubiera sonado el gong que anunciaba el final de la consulta.

Hasta que llegó a la parada del autobús, no se dio cuenta de que estaba temblando.

14 de septiembre de 2007

Para algunos, la vida es galopar un camino empedrado de horas, minutos y segundos. Yo más humilde soy, y solo quiero que la ola que surja en el último suspiro de un segundo me transporte mecido hasta el siguiente.

Berta copiaba despacio la cita de Extremoduro en su agenda mientras pensaba que tenía que haber elegido una frase más corta. Frente a ella, Paloma le contaba algo sobre la conversación por Messenger que había tenido la noche anterior con Carlos, el de la C, pero le costaba prestar atención.

El pasado domingo, durante la comida, su hermana Amor había soltado la bomba: se casaba, y ni más ni menos que por la Iglesia. A sus padres les había sentado fatal. Ya llevaban mal que Paz estudiara Empresariales y llevara cinco años con el mismo novio.

—Tu hermana mayor se ha vendido al capitalismo, y la mediana, a la Iglesia —dijo su padre, medio en broma, medio en serio—. ¿Qué vas a hacer tú, Berta? ¿Meterte a guardia civil?

A veces Berta pensaba que la culpa la tenían los nombres. Paz y Amor, ¿a quién se le ocurría? Ella estuvo a punto de ser Flores; menos mal que la matrona que los había atendido en el parto se llamaba Berta y, al parecer, le había salvado la vida, porque, durante su nacimiento, el cordón umbilical se había roto, y Berta (la enfermera) había evitado que se desangrara pinzándolo con rapidez. Sus hermanas, con aquellos nombres jipis, necesitaban rebelarse.

—Estás en Babia. —Paloma le dio un empujón suave—. ¿En qué piensas?

Berta levantó la cabeza de la agenda y la miró sin saber qué responder. Por suerte, en ese momento entró en clase el profesor.

Aquella era la primera vez que tenía una asignatura solo de fotografía y estaba emocionada. Había empezado un par de años antes, cuando ayudó a uno de los novios de Amor haciendo de modelo para su proyecto de la facultad. Estar delante de la cámara se le daba fatal, pero cuando vio las primeras pruebas reveladas, enseguida empezaron a ocurrírsele ideas para mejorarlas. Intuía dónde sobraba espacio y dónde faltaba luz, qué objetos debían estar delante y cuáles detrás, y cuando se lo dijo al novio de Amor y probaron una segunda sesión con sus ideas, se enganchó.

Le satisfacía apenas una de cada cien fotografías que sacaba, pero, cuando daba con la imagen que quería capturar, le parecía como si el mundo, por una vez, estuviera bien colocado, como si las relaciones entre los objetos tuvieran sentido. Hacer fotos era descubrir una realidad distinta dentro de la que ya conocía, y de pronto empezó a sentirse abrumada por la infinitud de luces, formas y colores que la rodeaban, como si se pasara el día drogándose a través de sus ojos.

El novio de Amor la había ayudado a conseguir una Canon A1 de segunda mano y un par de objetivos para empezar a practicar, y también le había mostrado los básicos del revelado casero. A partir de ahí, se apañaba con un manual que había encontrado en la biblioteca del colegio y visitas frecuentes a la tienda de fotografía de la calle Granada, donde, con la excusa de comprar un par de carretes, le sonsacaba al dependiente todo lo que podía sobre cómo hacer reales las imágenes que veía en su cabeza.

Ahora, por fin, alguien se lo iba a explicar todo bien y desde el principio. Ya hacía tiempo que, sin decírselo a nadie, había pactado consigo misma que la fotografía iba a ser su vida, como una novicia que susurra sus votos frente a Dios. Viviría o no de ello, pero iba a hacer todas las

fotos que pudiera y recorrer aquel camino hasta donde quisiera llevarla.

—Me llamo Salvador Andrés, pero, por favor, llamadme Salva —dijo el profesor, apuntando su nombre en la pizarra.

Berta conocía a Salva de oídas desde primero. Era muy exigente, y sus alumnos se quejaban de que en segundo no tenían tiempo más que para hacer fotos y fotos y más fotos. Lo miró con más detenimiento: hasta entonces, al cruzárselo por los pasillos, le había parecido joven, pero ahora que lo veía más de cerca, debía de andar por la mitad de la cuarentena. Era flaco y no muy alto, con la piel de un moreno acaramelado que hacía pensar en playas tropicales, muy distinta al color negruzco y curtido de los malagueños. Algunas arrugas profundas le cruzaban la frente y la piel de alrededor de los ojos y, aunque aún conservaba todo el pelo, lo tenía casi gris. Pensó que los contrastes de su cara quedarían muy bien frente a la cámara.

—Inseguridad —dijo Salva, dando unos golpecitos en la pizarra con la tiza—. Eso es lo que pasa por vuestras cabezas ahora, ¿verdad? Hay que tomar decisiones porque selectividad es difícil. Y estoy seguro de que muchos de vosotros ya estáis calculando qué asignatura va a ser *la maría*, en cuál podéis relajaros para tener más tiempo y estudiar Historia del Arte con el Veiga, ¿a que sí?

Se escucharon risitas. El Veiga era famoso por la minuciosa corrección de sus infernales exámenes.

—Pues os digo una cosa: esta no. Aquí no voy a dejar que os relajéis. La fotografía es importante, chicos, y lo va a ser cada vez más. En la era que se nos viene, quien domine la fotografía como un arte que comunica, que cuenta historias, tendrá muchas papeletas para ganarse bien la vida.

Salva tenía acento del norte, aunque Berta no habría sabido decir de dónde. Cada palabra caía frente a él entera y precisa, como en alta definición.

—Para hacer fotos no necesitáis buen pulso o grandes habilidades técnicas. Es un arte que consiste puramente en ver. Es lo que quiero que os llevéis al final del curso: que veáis el mundo de manera distinta.

Berta notó que respiraba mejor, como si hubiera cambiado la calidad del aire. Por fin alguien que hablaba su idioma.

—Ya sabéis que trabajaremos en analógico. Cuando salgáis de aquí, podéis usar cámaras con todos los megapíxeles que queráis, pero no se puede ser fotógrafo si no sabes revelar. Tu cuerpo tiene que entender cómo se forman esas imágenes.

Berta sonrió pensando en su propio e improvisado laboratorio en el baño de casa, en los olores de los líquidos para fijar y revelar y en la íntima sorpresa que la inundaba cada vez que la imagen, contra todo pronóstico, aparecía en el papel.

Salva ojeó el mar de caras frente a sí como un marinero encaramado al mástil.

—¿Alguien ha probado ya a hacer fotos en analógico?

Berta escuchó claramente la voz en su cabeza: «No levantes la mano y quédate quieta. ¿Para qué vas a contarlo? No te beneficiará en nada». Ella no deseaba que nadie la tratara de forma distinta. Solo quería aprender. Pero entonces Paloma, modelo ocasional y resignada de sus experimentos, la señaló.

—Berta hace unas fotos chulísimas.

Salva se acercó despacio y la miró. Una vez más, se arrepintió de haberse hecho rastas.

—¿Cómo te llamas?

—Berta. Berta Berral.

—Ajá, Berta Berral. No empezará tu segundo apellido también por be, ¿no? —Berta negó con la cabeza—. Lástima. Hubiera estado bien como nombre artístico: Triple Be. Y ¿qué tipo de fotos haces?

—Pues... normalmente retratos. —Berta podía oír el latido de su propio corazón—. Nada del otro mundo.

—Este verano nos sacó una serie a Sonia y a mí sobre los pecados capitales —intervino Paloma.

Berta no pudo evitar sonreír. Habían quedado muy bien, sobre todo la gula, con las distintas texturas de toda aquella comida amontonada sobre la mesa de la cocina de Sonia.

—Ajá. ¿Cuál es tu pecado capital favorito, entonces? ¿Eres celosa, envidiosa? ¿Lujuriosa? —Al ver la cara aterrorizada de Berta, Salva sonrió y le tiró con suavidad de una rasta—. Te estoy tomando el pelo.

Continuó hablando del plan de estudios, las evaluaciones y los exámenes, y, en cuanto se alejó de su mesa, Berta lo notó físicamente, como cuando se oculta el sol detrás de las nubes.

Al terminar la clase, recogió sus cosas y fue hacia la puerta.

—Eh, Triple Be. Señorita Berral —la llamó Salva desde su mesa—. Ya me enseñarás algún día esas fotos tuyas.

Berta asintió con la cabeza sin saber qué decir y se apresuró a salir de la clase. ¿Enseñarle sus fotos? Ni loca. Qué vergüenza. Tendrían un millón de fallos de principiante y haría el ridículo.

Sin tener muy claro por qué, se dio la vuelta para mirar a Salva una última vez.

Él sonrió y le guiñó un ojo.

Capítulo 26

Lorena estaba arrodillada limpiando las juntas de las baldosas de la cocina. Cualquiera otro lo habría considerado un trabajo pesado, pero a ella le encantaba ver cómo las líneas grises se volvían blancas y la zona limpia se iba agrandando cada vez más.

Apenas había salido de casa desde que se enteró de que Berta andaba por ahí preguntando por ella. Tenía el cuerpo alerta, como si alguien esperara entre las sombras para cazarla. Sabía que era irracional, porque, por lo que había mirado en Internet, estaba casi segura de que el delito había prescrito, pero aun así.

Al mismo tiempo, era casi como si deseara ver aparecer a Berta en la puerta de su casa. Lorena sabía lo que le diría. «¿Tú crees que estás mal? ¿Tú crees que a ti aquello te afectó? Mírame a mí. Toda mi vida es como es por culpa de aquel día».

Berta, y todo lo que había ocurrido aquellos días, era lo que le había hecho pasar las últimas semanas de curso hecha un manojo de nervios. Los profesores, preocupados por selectividad, informaron al jefe de estudios, que convocó a su padre para hablar del tema. Él, que normalmente no se echaba la siesta, había dormido fatal la noche anterior porque a los vecinos les había dado por poner música, se quedó frito en el sofá y se despertó con el tiempo justo. Le pidió a Fali la moto, que no usaba jamás, y, como era para ir allí al lado, no se puso el casco. Años después, en Málaga empezarían las multas a puñados y pronto no se vería a nadie sin él, pero, en aquella época, todavía era común que la gente fuera con la cabeza descubierta.

Así que su padre fue a la reunión con el jefe de estudios, que le contó que Lorena estaba liándola gordísima. A la vuelta, se le encendió la luz del aceite a la moto. Por miedo a que se gripara, su padre decidió pasar por la gasolinera de los Baños del Carmen, compró un tubo de aceite y, al salir de nuevo a la carretera, se resbaló con un charco de grasa del suelo, se dio con el bordillo en la cabeza y murió en el acto.

Eso le diría a Berta Berral. Que se dejara de quejas absurdas, porque a ella la vida le había ido muy bien. Que si había alguien con derecho a quejarse, a investigar y a denunciar a gente era ella.

Se estaba mareando con el olor del limpiador de juntas, así que se levantó y abrió todas las ventanas de la casa. Se preguntó de nuevo si podían denunciarla. ¿Y si encontraba testigos? ¿Y si había conseguido recordar?

Por fin, resignada, cogió su móvil de la encimera de la cocina y buscó el número en la agenda.

Escuchó sonar el tono de llamada mientras trataba de despegar con la espátula un poco de huevo pegado a la hornilla.

—Para hablar con Rafael Ibarra —dijo cuando por fin le contestaron.

Siempre tenía que esperar un rato hasta que la pasaban con él. Se preguntó si aquel era un buen momento para contarle lo de Mila y después pensó que no. Cuanto más tardara en enterarse, más argumentos tendría ella para demostrar lo mucho que pasaba de su familia.

—¡Lore! Qué alegría saber de ti. ¿Cómo estás?

Lorena dejó la espátula y sujetó el teléfono con las dos manos.

—Escúchame —dijo—. Es una consulta sobre un tema legal para una amiga de aquí del barrio. No quiero que me preguntes ni que me cuentes tus mierdas. Si me vas a ayudar, bien, y si no, te cuelgo el teléfono.

—No, no, no cuelgues, por favor. Dime.

—A ver... Si mi amiga hubiera hecho algo, digamos, en el instituto, ¿la podrían denunciar ahora?

Esperó a que los engranajes de la cabeza de su hermano se pusieran en marcha. El brillante estudiante de Derecho seguía ahí. Qué pena que la situación hubiera acabado de aquella manera.

—No, sin duda no. Eso prescribe. Y si ella todavía era menor, la pena no habría sido gran cosa, de todas maneras.

Lorena resbaló por la pared hasta el suelo de la cocina.

—Estupendo.

Se hizo un silencio al otro lado del teléfono.

—Lore, ¿qué pasa? ¿Tienes algún problema?

—Como si a ti te importara.

—Claro que me importa. Oye, ¿quieres que...?

Lorena colgó.

Tenía el corazón a toda pastilla, como si acabara de terminar una serie de peso muerto con Nacho. Se quedó ahí sentada hasta que notó que volvía a su ritmo habitual. Desde donde estaba, podía ver la caja de cartones para reciclar, llena hasta arriba. Se acercó para poner en su sitio una bola de papel que estaba a punto de caerse y, al cogerlo, se dio cuenta de que era la invitación a la cena del quince aniversario.

Todavía no le habían respondido confirmándole su cancelación. Con la invitación en una mano y el móvil en la otra, se sentó en el sofá, revisó su correo y se dio cuenta de que el mensaje se había quedado en borradores. Estaba a punto de enviarlo cuando decidió echar un vistazo más detenido a la invitación.

Hablaba del menú, una pijada con paté de olivas negras y tartar de atún rojo, y de los premios que iban a repartirse después de la cena. Incluía un mapa del sitio y la cuenta bancaria a la que había que ingresar el dinero de la entrada.

Y, por supuesto, la firmaba *ella*.

Era la presidenta de la Asociación de Antiguos Alumnos. Tenía que habérselo imaginado. El tipo de persona que metía a sus hijos en el colegio, iba a ver la obra de Navidad y organizaba rifas benéficas: todo para la galería, por supuesto, porque no tenía ni una mijita de bondad en su negro y podrido corazón. La podía ver presidiendo la mesa principal de la cena, alta como una torre, vestida de punta en blanco.

Entonces se le ocurrió.

Lo descartó de inmediato. No se atrevería; era demasiado.

Pero ¿y si lo hacía? Se lo imaginó con detalle: que allí, en medio de la cena, se levantaba y lo contaba todo. Lo que habían hecho, por qué y, sobre todo, de quién había sido la idea.

Le vibró todo el cuerpo solo de imaginársela, por una vez, siendo ella la que sufría los cotilleos, las miradas, las críticas. Alisó con cuidado la invitación y la colgó de la nevera con un imán.

Estaba decidido: había llegado el momento de darle su merecido a Camino Atienza.

20 de octubre de 2007

«Queda demasiado para que vuelva el verano», pensó Lorena mientras comía gusanitos en un banco del paseo con Rocío y Nora. El peor otoño malagueño era mejor que el verano de muchos lugares, pero, aun así, ya se empezaba a sentir el fresco húmedo que llegaba desde el mar y se te metía en los huesos hasta marzo.

En ese momento, vio a su hermano aparcando la moto en el callejón junto a los antiguos astilleros. Detrás de él, con su melena oscura asomando bajo el casco de medio huevo, estaba Camino Atienza.

Lorena se levantó del banco como si alguien la hubiera empujado.

—¿Qué pasa? —preguntó Rocío.

Señaló a Camino con la barbilla.

—Anda. No sabía que tu hermano salía con la Zorra Implacable.

—Yo tampoco. —Lorena se sacudió las migas de los pantalones y dio un par de pasos para verlos mejor.

No tenían por qué estar juntos. Igual él la estaba llevando a algún sitio, porque así era Fali: amable, servicial, con mucho don de gentes. Sí, seguro que era eso. Pero entonces él extendió la mano, ella la miró un microsegundo más de lo necesario y después la cogió y echó a andar con paso orgulloso.

Nora fingió que le clavaban un puñal en el corazón.

—Matadme. El bombón de tu hermano con la Zorra Implacable. ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

—Si se casan, tus sobrinitas serán zorritas en miniatura.

Lorena dio un empujón a Rocío que casi la tira del banco y echó a andar en dirección a Fali y Camino. En ese momento, su hermano la vio y la saludó sonriendo de oreja a oreja y sacudiendo el brazo, como si no acabara de darle el disgusto de su vida.

—¿Qué pasa, Lore? —La abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—Aquí andamos. —Lorena se encogió de hombros.

—Os conocéis, ¿no?

—Claro. —Camino se adelantó y le dio dos besos. Olía a algún perfume caro pero sutil.

Lorena miró a Fali con los brazos en jarras.

—¿Y esto desde cuándo? —Los señaló a los dos con un gesto.

—Lore, un poquito de educación, hazme el favor.

—¿No es un poco asaltacunas lo tuyo?

—¡Lorena!

—Tranquilo, Rafa. —Camino dio un paso adelante y se colocó como una azafata de concurso presentando un regalo—. Estos cambios no son fáciles, y después de todo lo que habéis pasado...

Cogió la mano de Lorena con la suya, seca y suave, y desplegó una sonrisa resplandeciente. «Lo que habéis pasado»: si aquella arpía se atrevía a mencionar el nombre de su madre, Lorena no respondía de sus actos.

—Te prometo que no voy a apartar a tu hermano de ti. Puedes estar tranquila.

Después se colgó del cuello de Fali y le dio un beso ruidoso en la mejilla. Él miró a Lorena poniéndole ojitos, y ella suspiró, porque aquellos ojos siempre la desarmaban.

—Ya hablaremos. Hala, que os divirtáis —dijo, dándose la vuelta y echando de nuevo a andar hacia donde estaban sus amigas.

Se apoyó en el banco y observó de reojo cómo se sentaban en la heladería italiana del paseo con un grupo de gente al que no había visto en su vida. No hacía falta: por los polos de Lacoste, los náuticos y la gomina en el pelo, se veía que eran amigos pijos de Camino. ¿Qué pintaba Fali ahí?

Se metió un puñado de gusanitos en la boca. Esto no le gustaba nada. No se trataba, como había insinuado Camino, de que tuviera miedo de que la alejara de su hermano; después de todo, Fali ya había tenido muchas novias, aunque le duraran un suspiro. El problema era que Camino le daba mala espina, no sabía muy bien por qué. Habían compartido clase desde preescolar. La recordaba con sus trenzas y sus lazos a juego con el uniforme, yendo a clase con la medalla que había ganado en el campeonato nacional de judo, repartiendo invitaciones a cumpleaños que nunca llevaban el nombre de Lorena. El año anterior habían ido de visita a una exposición de su padre, que era un pintor famoso, y Camino, en vez de avergonzarse como una persona normal, hizo de guía explicando cada cuadro, incluyendo uno rarísimo de una familia con cabezas de globos de chicle.

En doce años de compartir clase, no recordaba a Camino llorando, o avergonzada, o enfadada. Cada uno de sus pelos estaba siempre en su sitio, parecía tener cualquier situación bajo control y hubiera jurado que no sudaba. Si le hubieran dicho que era una extraterrestre camuflada, se lo habría creído. A ella le gustaba la gente con sangre en las venas, y Camino no tenía, y verla en compañía de su hermano le ponía los pelos de punta.

Intentó volver a la conversación, pero la mirada se le iba a cada rato hacia la heladería. Fali estaba contento y relajado. Su cuello moreno destacaba bajo la camiseta blanca y casi casi parecía parte del grupo. Después de un rato, como si sintiera sus ojos clavados en la nuca, Fali se levantó y se acercó a ellas. Nora y Rocío se quedaron muy calladas, y a Nora se le pusieron coloradas las orejas, porque a las muy bobas les gustaba de verdad su hermano desde pequeñas y todavía les daba vergüenza hablar con él.

—¿Vienes un momentito, Lore?

Lo acompañó hasta las rocas al otro lado de los Astilleros, junto a la playa de El Balneario: una calita llena de rocas donde se juntaban los jipis a tocar la guitarra y hacer toples.

Fali le clavó los ojos oscuros.

—¿Estás bien? ¿Por qué te has puesto así con Camino?

—No sé. No me gusta esa tía.

—Escucha, Lore, yo...

Fali se mordió los labios, miró al suelo, después al cielo y luego suspiró y sacudió la cabeza, como si hubiera cambiado de idea sobre lo que iba a decir.

—Camino me gusta mucho. Creo que podría ser serio. ¿Puedes... no sé, ser un poquito menos borde? Tampoco te tienes que hacer su mejor amiga, pero no me la espantes, ¿vale?

Lorena entrecerró los ojos y se cruzó de brazos.

—Es por la pasta, ¿no? Porque quieres que Camino te presente a gente con billetes.

—¿Qué?

—Te he visto ahí en la heladería en plan coleguita con sus amigos del Opus.

—No son del Opus.

—Bueno, da igual. Lo que te pasa a ti es que te avergüenzas de mí y del barrio y estás deseando largarte.

Ya está, ya lo había dicho, e inmediatamente se arrepintió. Fali había sacado matrícula de honor en segundo y empezado Derecho en Málaga, pero, después de un par de meses, decidió pedir una beca para una universidad privada en Madrid donde podía hacer a la vez Derecho y Administración y Dirección de Empresas. Dejó la universidad y se puso a trabajar para ahorrar e irse, y desde entonces, ella se había propuesto apoyarlo y no quejarse, pero no engañaba a nadie: no quería que su hermano se fuera y quedarse sola con su padre y la siesa de Mila.

Fali miraba al suelo con una expresión difícil de interpretar: culpa, quizá, o enfado.

—Escucha: si es por lo de Madrid, ya sabes que, si quieres que me quede, me quedo.

Lorena se desinfló. Fali ya había cuidado lo suficiente de ella y, además, se merecía lo mejor. No estaba hecho para el barrio, lo había sabido siempre, y ahora que tenía su oportunidad, no sería ella quien la estropeará.

—Lo siento —dijo, y se le echó encima con un abrazo de oso—. Claro que no. Tú a Madrid te vas como si te tengo que meter yo en el maletero del autobús. Intentaré ser simpática con la Zorra Implacable.

—¿La qué?

—Camino. La llamamos así.

—¿Por Amber, la de *House*?

—Ajá.

Fali se rio.

—Es buena gente, de verdad. Te va a caer bien cuando la conozcas mejor.

Lorena hizo un gesto ambiguo con la cabeza. Estaba casi segura de que no, pero no quería quitarle la ilusión a su hermano.

—Vente, que te invito a un heladito.

—¿No te da vergüenza que te vean con tu hermana la merdellona?

—Anda ya. —Fali le dio una colleja suave, y Lorena se la devolvió inmediatamente con el doble de fuerza—. ¡Ay! Qué burra eres.

Miró sonriendo a su hermano, que le devolvió la sonrisa, y algo calentito se encendió en su corazón. Camino jamás lograría separarlos: estaban demasiado unidos, desde siempre.

Más adelante, se maldeciría una y otra vez por haber sido tan ingenua, pero en aquel momento, para ser sinceros, solo pensaba en el sabor del helado que iba a pedirse.

Capítulo 27

—Lo siento, pero no.

Camino cerró la web del tercer fotógrafo que Elka había propuesto con un clic decidido del ratón. Llevaban un buen rato revisando las opciones de gente que se ofrecía a donar su tiempo para una buena causa y era un museo de los horrores: fotos con el halo brillante y hortera de los retratos de familia en los noventa, fotos donde a fuerza de retoque habían convertido una puesta de sol normal en una experiencia psicodélica.

A pesar de todo, estaba de buen humor. Como sospechaba, tener a Nico y a Laura en el calendario había servido para que se convirtiera en el evento de moda. Ya tenían los doce meses completos y recibía mensajes privados casi cada día preguntándole si quedaba hueco. Cada vez que eso sucedía, aprovechaba para decirles que no, que el calendario estaba completo, pero que sería estupendo hacer un directo juntos para sensibilizar a la audiencia frente al problema y pedir donaciones. El famoso en cuestión se veía acorralado: ¿cómo iba a decir que sí a un calendario, pero no a un directo de Instagram? Si lo hacía, se le vería el plumero.

Había tenido que estrujarse un poco el cerebro para ver cómo publicitaba su página en todo aquello. La paradoja era que no podía demostrar que era buena persona si atraía la atención sobre ella y no sobre los niños. Por fin, había dado con la solución.

«Puedes donar directamente en su página o comprar mi libro electrónico *Cien por cien: cien ideas por menos de cien euros para dar a tu casa un aire nuevo*. Todos los beneficios irán a la asociación DEBRA piel de mariposa», decía con una sonrisa al final de cada directo. Quedaba como una reina y se aseguraba de que la gente supiera quién era ella.

Poco a poco, los números de la nueva cuenta de Instagram estaban empezando a subir. Volvería a llamar a los patrocinadores en cuanto superara los diez mil.

Miró a Elka, frustrada, porque este era justo el momento de no decaer. Tenía que superar las expectativas de su público y no podía hacerlo con unas fotos cutres.

—Es que, de verdad, eres dibujante. —Hizo un gesto que abarcaba el pequeño estudio y todas las ilustraciones que colgaban de las paredes. Por suerte, ya hacía tiempo que estar ahí no le producía más sensaciones que las ganas de pasar la aspiradora. Era un milagro que todavía no le hubiera dado un ataque de asma—. Se supone que tienes sentido de lo estético. —Volvió a abrir la página y la señaló con ambas manos—. ¿A ti esto te parece aceptable?

—Yo solo digo que son los únicos que se han ofrecido a trabajar gratis.

—Y yo solo digo que no podemos tener a Nico Zurita, a Laura Vallejo y a otro montón de gente y presentarnos con un fotógrafo que piensa que el buen gusto en retratos de boda incluye ponis.

—A mí me gustan los ponis.

Elka tenía la cara enfurruñada de una adolescente cuando le llevas la contraria. Camino se echó a reír.

—¿Cómo te van a gustar los ponis? Son deformes.

—¿Cómo no te van a gustar los ponis? ¡Eres un monstruo! —Elka empezó a reírse también—. Bueno, lo admito. Las fotos de este tío son horribles. Pero no tenemos nada más.

Camino cerró los ojos para pensar. Podían usar dinero del que la gente estaba donando, pero le sabía mal quitárselo a los niños cuando estaba segura de que había otra solución. Si su propia situación económica no fuera tan precaria, pagaría ella, pero seguro que eso a Elka no le parecía

bien, y, además, no se lo podía permitir.

Entonces se le ocurrió. ¡Qué tonta! ¿Cómo no lo había pensado antes? En condiciones normales, se le habría ocurrido nada más empezar el proyecto, pero últimamente no sabía dónde tenía la cabeza.

—Tengo una amiga del colegio que es fotógrafa. Muy buena. Ha ganado varios premios.

«Amiga» era decir demasiado, pero Elka no tenía por qué saberlo. Tampoco es que se llevaran mal.

—¿Crees que estaría interesada?

—Es cuestión de averiguarlo.

Notaba en el estómago la excitación de haber dado con una buena idea. En su mente empezaban a abrirse, como fractales, las posibilidades de aquella opción. Empezó a hablar tan rápido que casi se atraganta.

—Es brillante. Si Berta hace las fotos, el calendario subirá muchísimo de valor. Podremos convertirlo en un objeto de lujo y venderlo a diez veces su precio. ¡Será un símbolo de estatus!

Por no hablar de los números que tenía Berta en redes sociales. Si conseguía que mencionara su libro aunque solo fuera una vez, la repercusión sería espectacular.

—¡Yo no quiero venderlo a diez veces su precio! —Elka había vuelto a enfurruñarse. Empezó a recoger los papeles tirados por el suelo del estudio—. Yo quiero que la gente se conciencie.

—¡Y se va a concienciar! ¿Tú de qué presumirías más: de una lámina que te ha costado diez euros en una papelería o de algo de cien que compraste en eBay?

—Yo no compro en eBay.

Camino tuvo que contenerse para no coger la papelería y vaciársela a Elka en la cabeza. Recordó a su profesor de oratoria en el colegio: «Tienes que ganarles con sus argumentos, no con los tuyos».

—Mucha más gente verá el calendario de esta forma. Igual tienes menos ventas, pero más difusión, y eso es lo que tú quieres, ¿no?

Elka sacó la bolsa de plástico de la papelería y le hizo un nudo.

—Supongo.

—Vamos a hacer una cosa. Dame una semana, ¿vale? Si en una semana no he convencido a Berta, vamos con el del poni. ¡No, mejor aún!: si no la he convencido, me monto yo en poni.

Supo que había ganado en cuanto vio la media sonrisa en la cara de Elka. Cruzó las piernas sobre el sofá mientras la observaba subir las escaleras a saltitos para traer algo de comer. Sus aperitivos eran terribles combinaciones de lo primero que encontraba en la nevera, como el día que sirvió unos pinchos de pasas con mortadela que no tenían ningún sentido, pero se los ofrecía con tanta ilusión que Camino terminaba comiéndoselos.

Elka volvió con una bandeja de tostadas con mayonesa y queso de cabra. Traía también dos latas de cerveza, y Camino estuvo a punto de decir que no, que era demasiado temprano, pero luego lo pensó mejor y abrió una. Estaba helada y deliciosa.

—Por tu amiga la fotógrafa famosa y nuestro calendario de coleccionista —dijo Elka levantando su lata.

Camino brindó y omitió, por supuesto, el pequeño detalle de que no tenía ni idea de cómo contactar con Berta Berral.

Ya se le ocurriría algo.

Capítulo 28

Mientras esperaba a que cogieran el teléfono, Berta observó los boquerones que había traído del mercado para el almuerzo. No tenía claro cómo se limpiaban; tendría que buscarlo en YouTube, pero a Matt le encantaba el pescado y ella estaba de buen humor aquella mañana.

—Clínica psicológica Espacio —dijo la voz al otro lado de la línea.

Berta respiró. Era Basilio, el secretario. Le explicó con voz firme que iba a dejar de ir, que se encontraba mucho mejor y que le transmitiera su agradecimiento a Valle.

—En estos casos, nos gusta siempre que la persona hable directamente con Valle. Te llamará ella en media hora, cuando salga de su cita, ¿de acuerdo?

Berta asintió y colgó el teléfono. Ni en broma pensaba hablar con Valle. Intentaría convertir su decisión de dejar la terapia en un problema, como hacía con todo, cuando la verdad era que ella se encontraba estupendamente.

Después de la sesión de hipnosis en la que su otra yo le había hablado de Salva, un dolor de cabeza punzante la había tenido en la cama todo el día con las persianas bajadas, maldiciendo el momento en que había entrado en aquella consulta. Pero su madre fue a verla con un repugnante mejunje de hierbas que le hizo beber antes de irse a la cama, y al día siguiente se levantó como si hubiera dormido una semana: con la cabeza clara y el ánimo alegre.

Todo encajaba. Había estado en casa de Lorena, claro. No sabía los detalles, pero no importaba, porque en aquella visualización no había sentido miedo ni visto horribles imágenes sobre cómo la torturaban. Se habría ido con ella por alguna razón, se pasaron con las drogas, como decía todo el mundo, fueron a una discoteca y después Lorena no dijo nada para no meterse en líos. Berta sabía que guardaba hachís en su casa. ¿Tan raro era que quisiera mantener alejada a la policía?

Por supuesto, una vocecilla en su cabeza continuaba: «¿Y Salva? ¿Qué pasa con Salva?», pero Berta ya sabía todo lo necesario sobre aquel tema, gracias, y no creía que darle más vueltas fuera a servir de nada.

Había pasado mucho tiempo desde aquello. Era una etapa lamentable y vergonzosa de su juventud, pero todo el mundo tiene etapas lamentables y vergonzosas en las que no sirve de nada regodearse, ¿verdad?

¿Hablar con Lorena? Era inútil. Lo negaría todo y volvería a llenar su cabeza de dudas. Esta historia le servía, y, después de todo, eso era lo importante, ¿no? Su versión de la verdad contaba mucho más que la verdad en sí.

Valle habría estado de acuerdo.

Se levantó de un salto y se acercó a los boquerones como si fueran el apasionante reto de un concurso de televisión. No podía ser tan difícil.

Media hora después, cuando llegó Matt, los boquerones estaban en el fondo del cubo de la basura y una lasaña congelada se calentaba en el horno: las tripas le habían dado demasiado asco. Aun así, se sentía optimista y agradecida. Recordó todos los hostales de mala muerte en los que se había alojado y apreció tener un congelador y el Mercadona a tres calles.

La terapia funcionaba.

—¿Y esas flores?

—Estoy de buen humor.

Matt sonrió y caminó hacia ella, que levantó las manos como en un atraco.

—No te acerques mucho. Pescado crudo.

—Vale. —Matt le dio un beso inclinando mucho el cuerpo y manteniendo los brazos apartados—. Bueno, cuéntame, ¿qué te tiene tan contenta?

Berta se frotó las manos con medio limón y se las lavó con el detergente de fregar los platos.

—Estoy curada. Ya no necesito más terapia ni más investigación.

—Ajá. —¿Era su imaginación o Matt sonaba algo escéptico?—. ¿Y cómo lo sabes?

—Porque me encuentro mejor. La semana pasada hicimos una sesión de hipnosis regresiva.

—¿Y qué has averiguado?

—Que no me pasó nada traumático. Todo bien. —Levantó ambos pulgares con una amplia sonrisa—. Me fui de fiesta con Lorena y punto.

—¿Todo esto salió en el ejercicio de hipnosis?

—Sí, bueno, más o menos. Lo importante es que ya estoy bien. Preparada. Lista. ¡Ya! Y para demostrártelo...

Corrió hacia el baño y volvió a la cocina con algo entre las manos.

—Esto ya no me va a hacer falta.

Sostuvo frente a Matt el blíster de anticonceptivos y empezó a sacarlos uno a uno y a tirarlos por el fregadero. Esperaba que, después de dos o tres, Matt apreciara el gesto y le dijera que vale, que ya estaba bien, pero no; soltó una carcajada y después esperó a que se deshiciera de todos como el agente de seguridad de un aeropuerto. Solo cuando el blíster estuvo vacío, la levantó en brazos y dio un par de vueltas con ella en el aire. En momentos como aquel, le gustaba ser pequeña y que otros pudieran cargar con su peso.

—¡Empieza la aventura! —Matt la dejó de nuevo en el suelo y le plantó un beso en la coronilla—. Va a ser increíble, ya lo verás.

Claro que iba a serlo. Quizá más adelante podría darle otro intento a lo de limpiar pescado y pedirle a su madre que le enseñara, que seguro que tenía alguna técnica secreta. Harían más el amor, no solo cuando ella ovulase, y un día se le retrasaría la regla y sería estupendo porque ahí, por fin, empezaría la vida de verdad. Una vida de tardes de surf, viajes a la nieve, primos y fiestas familiares, que dan pereza, pero luego te dejan el regusto alegre y confortable que solo da pasar tiempo con los de tu sangre.

En ese momento, sonó el teléfono.

—Berta, soy Camino Atienza.

Le costó unos segundos ubicarse. Entendía las palabras «Camino Atienza», pero no era capaz de comprender por qué estaba llamando a su teléfono.

—Del colegio Santa Catalina.

—Sí, sí, ya. —Berta se metió en el dormitorio y cerró la puerta—. Dime.

—¿Vendrás a la cena de aniversario?

—¿Qué cena?

—La del quince aniversario. No teníamos tu dirección, así que mandamos la invitación a casa de tus padres, pero pensé que te habría llegado la noticia. ¿No mantienes el contacto con ningún *catalino*?

Catalinos: aquel nombre ridículo que solo utilizaba la gente para quien el Santa Catalina se había convertido en un modo de vida, fuente de satisfacción personal y profesional.

—Sí, algunos, pero no sé... No ha salido el tema. Y mi madre... Bueno, es un poco

despistada. Se le habrá pasado darme la invitación.

Apostaba una mano a que el sobre habría ido directo del buzón a la basura, mezclado con facturas que su madre no se molestaba en abrir («Mirar facturas ahuyenta a la abundancia», habría dicho) y folletos publicitarios del Lidl.

—Ajá. Dame un correo electrónico y te mando los detalles.

Berta se vio a sí misma dictar su dirección sin poder hacer nada por evitarlo.

—Es la segunda semana de noviembre. ¿Vendrás?

—Pues... no lo sé. Tengo que mirar mi calendario.

Ni hablar. Si iba a dejar atrás el pasado, lo último que necesitaba era ir a la cena de aniversario del colegio y volver a sentirse como la Berta tímida y temblorosa de cuando tenía quince. Lo que de verdad quería era pasar página, y no iba a conseguirlo rodeándose de fantasmas.

—La cuestión es que necesito pedirte un favor —dijo Camino—, pero prefiero que hablemos en persona. ¿Cuándo puedes quedar para tomar un café?

—Estoy liada ahora mismo. ¿Te llamo en estos días y concretamos?

—Mira tu agenda ahora. Puedo esperar.

Cerró los ojos y respiró despacio, como había visto hacer a Valle tantas veces. Se sintió un poco mal por haberla juzgado cuando lo hacía; era tranquilizador.

—Se me quema la comida. Te llamo en estos días, ¿vale? —Y colgó.

Estaba segura de que el favor tendría algo que ver con su trabajo: querría una donación para una subasta, o que sacara las fotos de primera comunión de su hijo, vete a saber, y Berta llevaba semanas sin producir nada medio decente. ¿Qué pasaría si Camino le encargaba algo sencillo y no era capaz de conseguir un resultado a la altura de lo que se esperaba de ella? No importaban los años, la experiencia ni los premios, porque Berta sabía que su arte era fruto de su trabajo y esfuerzo, claro, pero también de una chispa divina que ella no había hecho nada para conseguir y que podía apagarse igual que se había encendido.

Su móvil sonó con el aviso de un correo nuevo. El asunto decía, en mayúsculas, «CENA ANIVERSARIO SANTA CATALINA».

Las mayúsculas le molestaron porque nadie escribía asuntos en mayúscula a estas alturas de Internet. Nadie se creía con el derecho de asaltar así tu bandeja de entrada, como si tu atención no fuera el recurso máspreciado y escaso que posees. Nadie excepto Camino Atienza.

Lo borró sin leerlo y bloqueó el número desde el que la había llamado.

Capítulo 29

Lorena se dio cuenta por primera vez en el ascensor del edificio de Cristina, su nueva jefa. Al llegar, había subido por las escaleras porque tenía en la cabeza a Nacho insistiendo sobre «pequeños gestos que marcan la diferencia»; cuando salió, sin embargo, estaba tan contenta por haber conseguido el trabajo que se metió en el ascensor y empezó a bailar.

Entonces se miró en el espejo. Hasta entonces, había visto los números bajar en la báscula, claro, y los vaqueros ya le quedaban anchos, pero no tenía espejos de cuerpo entero en su casa y estaba acostumbrada a apartar la vista cuando se encontraba con uno por casualidad. No esperaba ver a aquella mujer bailando.

Porque eso es lo que era: una mujer. No «una gorda». Nadie dice «la dependienta era una delgada» o «su novia, de peso normal, es insoportable», pero todo el mundo lo incluye cuando te sobran kilos. «La gorda de la dependienta», «su novia es una gorda insoportable». Sin embargo, en el espejo del ascensor vio simplemente a una mujer que bailaba porque estaba contenta.

Nacho tenía razón: su postura había cambiado y la ropa le quedaba mejor. Solo había perdido seis kilos, pero él insistía en que no le hiciera caso a la báscula porque estaba ganando músculo. Le empezaban a asomar los huesos en los hombros y en las caderas. Tenía cintura. Y ni siquiera era tan difícil, porque seguía concentrada en hacer las cosas que le sentaban bien sin volverse loca y, al parecer, con eso bastaba para sentirse una mujer nueva.

¡Y había conseguido un trabajo! Con buenas condiciones, además, porque Cristina estaba separada y solo tenía un hijo serio y encantador de seis años. No más pañales, no más potitos, no más dolor de espalda por tener que recoger juguetes del suelo durante cuatro horas seguidas. Si hasta cobraba más que con la tacaña de Sandra.

Sacó el móvil y la invitación a la cena de aniversario del Santa Catalina, que llevaba en el bolso desde hacía unos días, escaneó el código QR y llegó a la página donde tenía que confirmar su asistencia. El dinero era la última pieza que quería encajar antes de pagar su cubierto, y ahora hasta le sobraría para comprar algo de ropa.

Llegó a la planta baja, pero, en lugar de salir, pulsó el número del último piso y pasó todo el viaje ensayando posturitas frente al espejo. Si se ponía las pilas, podía perder dos o tres kilos más antes de la cena.

De repente, se acordó de su hermano bailando frente al espejo del baño. A Fali le encantaba bailar y, a diferencia de ella, adoraba los espejos. Cada vez que se arreglaba para salir, ponía música y empezaba a «calentar motores», como él lo llamaba. Después se acercaba a Lorena envuelto en una vaharada de loción para después del afeitado y la sacudía por los brazos hasta que ella, a regañadientes, se meneaba un poco.

El recuerdo incendió su determinación por acabar con Camino como si alguien hubiera soplado sobre una brasa. Maldita Zorra Implacable. Ella tenía la culpa de todo.

8 de noviembre de 2007

Estaban los tres sentados en la mesa camilla: Camino, Fali y Lorena, que habría jurado que aquella era la situación más violenta de toda su vida.

Había sido una encerrona en toda regla. Acababa de ponerse la merienda e iba a ver un rato la tele cuando Fali había llegado, todo sonrisas y abrazos, y, mientras Camino esperaba en la puerta, le había pedido que pasaran un rato los tres juntos, «para que las chicas os conozcáis mejor». No le quedó más remedio que asentir y esperar, mientras se le enfriaba el colacao, a que ellos hicieran café y se sentaran a su lado.

Miró las galletas Príncipe sin abrir que había sacado Fali. Antes de que llegaran, estaba comiéndose una palmera de chocolate porque las galletas no tenían gracia si no las compartía con su hermano. De toda la vida, las habían repartido: Lorena se tomaba el relleno y Fali el resto, pero estaba casi segura de que ahora él no quería que Camino lo viera haciendo algo así y pusiera cara de asco.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Fali sacó una galleta, la mojó entera en el café y le dio un mordisco decidido. Le ofreció el paquete a Camino, que negó con la cabeza.

—Bueno, Lore, y ¿qué tal el colegio? —preguntó.

—Bien.

—¿Sabes ya qué vas a estudiar el año que viene?

Lorena miró a Camino con los ojos muy abiertos. Estaban en la misma clase; se veían literalmente todos los días y Camino no le dirigía la palabra, y ahora se ponía a preguntarle aquello con ese tono de nueva novia de tu padre que intenta caerte bien (no es que Mila hubiera hecho nunca algo parecido, por otra parte, pero Mila no era del todo normal).

—No sé.

—¿No habías decidido ya que te ibas a meter en Publicidad? —Fali metió baza.

—Uf, hace falta mucha nota para entrar, ¿no?

Lorena apretó los labios. ¿Qué sabía Camino de sus notas? Los parciales le estaban yendo bien.

—Yo qué sé —murmuró, y le dio un bocado todo lo grande que pudo a la palmera de chocolate. Igual la dejaban tranquila si la veían con la boca llena.

—Yo me voy a Madrid con Rafa. —Camino, satisfecha, sonrió y apoyó la cabeza en el hombro de su hermano, que le dio un beso en la coronilla. Parecían una de esas parejas de famosos que quieren mostrar todo el rato lo enamorados que están. Era vomitivo.

A Lorena la atravesó un ramalazo de celos. Así que el año que viene aquellos dos estarían tan felices en Madrid, paseando por la Puerta del Sol, o por donde fuera, mientras ella se moría de la pena en El Palo. Camino podría pasar tiempo con Fali, y Lorena sería un lejano recuerdo que se aleja en el retrovisor del coche.

—A Fali todavía no le han dado la beca —dijo.

—Pero se la dan seguro. ¿A quién, si no?

Su hermano la miró con expresión de no entender nada. Lorena insistía, día sí y día no, en que diera la beca por conseguida porque no había existido un mejor candidato que él en la historia de la humanidad. Le habría gustado transmitirle por telepatía que no se lo decía a él, que por supuesto que iba a entrar seguro; lo que quería era quitar esa estúpida expresión de superioridad de la cara de Camino.

Decidió cambiar de tema.

—¿Y tú? ¿Qué vas a estudiar?

—Pues eso: Derecho y Administración y Dirección de Empresas.

Estupendo: su hermano y ella estarían en la misma clase y todo. Que Fali, después de un mes, todavía no hubiera salido corriendo era preocupante; que se comprometiera a compartir millones de horas al día con Camino a un año vista solo podía significar una cosa.

—Vais en serio de verdad, ¿no? —preguntó, mirando fijamente a su hermano.

Soltaron unas risitas idiotas y se dieron un pico; después, Camino apartó una miga de galleta de la barbilla de Fali.

—Voy a hacer más café. —Fali se levantó y le guiñó un ojo a Lorena, lo que supuso que significaba «este es tu momento para hacerte la mejor amiga de Camino y que todos formemos una gran familia feliz». Si pensaba que eso era lo que iba a pasar, estaba flipado. Lorena, que ya se había terminado su palmera, se cruzó de brazos y apretó los labios.

—Deberías apoyar más a tu hermano —dijo Camino bajito cuando Fali hubo desaparecido en dirección a la cocina—. Se merece algo mejor que esto.

—¿Y tú qué sabes?

—Creo que lo conozco un poco. Soy su novia.

—Y yo soy su hermana y llevo con él desde que nació. Claro que Fali va a ir a Madrid y claro que lo apoya.

—Mira, Lorena, yo sé que no te caigo muy bien, y, vale, tienes razón: tú conoces a Fali desde hace más tiempo que yo. Pero hay cosas que no se le cuentan a una hermana.

Lorena sintió una punzada de curiosidad. ¿A qué se refería con aquello? ¿Qué era lo que no le estaba contando Fali?

—Yo solo te digo —continuó Camino mientras cortaba los bordes del paquete de galletas para que quedaran parejos— que tienes más poder sobre Rafa del que piensas. Si él cree por un solo momento que tú no vas a estar bien, se quedará aquí. Y si se queda aquí... —Por un momento, sus ojos se ensombrecieron y Lorena tuvo la extraña sensación de estar viendo, por primera vez, una emoción genuina en su cara—. En fin. Que lo apoyes. Pero de verdad.

Lorena resopló sin decir nada. En ese momento, volvió Fali de la cocina con la cafetera humeando en una bandeja.

—¿Todo bien, chicas?

—Ajá.

Lorena miró a su hermano y, sin pensarlo demasiado, cogió una galleta Príncipe del paquete. La abrió por la mitad y despegó el relleno con un solo gesto experto; después, le ofreció el resto a Fali.

—Anda, Lore, déjate de guarradas, que ya tenemos una edad. —Fali trató de suavizarlo con una sonrisa, pero Lorena no pudo evitar entristecerse.

Más le valía acostumbrarse, porque, desde que había empezado a salir con Camino, era como si ya se hubiera ido.

Capítulo 30

Para ser una fotógrafa famosa, Berta vivía en un edificio muy descuidado, pensó Camino mientras daba vueltas por el recibidor de su planta como un animal en una jaula. Además, sabía por el marido de su amiga Marta, que era dueño de una promotora, que lo iban a demoler pronto para construir un macrogimnasio. Se lo diría en cuanto la viera para que hiciera planes.

Llevaba una semana esperando a que Berta le devolviera la llamada, pero no solo no lo había hecho, sino que había bloqueado su número. Se estaba poniendo nerviosa. Ya iban justos para sacar el calendario antes de Navidad y, pasara lo que pasara con su empresa, no quería dejar tirada a Elka. ¿Quién se había creído Berta Berral que era?

El día anterior, había decidido coger el toro por los cuernos e ir a casa de sus padres. La madre, una jipi trasnochada con el pelo gris hasta la cintura, dudó un poco antes de darle la dirección de Berta, pero Camino se la cameló con un par de anécdotas de la infancia y al final la mujer casi le da las gracias.

Por fin, oyó pasos por la escalera. Ni ascensor tenía aquel antro. Por desgracia, no era Berta, sino un hombre de treinta y muchos, alto y con gafas, no guapo, pero quizá atractivo para según qué tipo de mujeres. Se dirigió hacia la puerta junto a la que esperaba Camino.

—¿Puedo ayudarte en algo? —dijo. Tenía acento extranjero.

—Soy Camino Atienza, una antigua amiga de Berta. ¿Sabes cuándo volverá?

—Matt. —El hombre estrechó su mano extendida con fuerza—. Berta no vuelve hasta por la noche. Está en su estudio.

—Ajá. ¿Podrías darme la dirección?

Matt ladeó la cabeza y se rascó la barbilla.

—Tengo órdenes estrictas de no interrumpirla. Si tienes un mensaje, se lo doy.

Camino no era capaz de distinguir si el lenguaje pomposo era irónico o no. De nuevo: ¿quién se creía Berta? ¿Annie Leibovitz? Trató de pensar rápido mientras Matt sacaba las llaves del bolsillo.

—¿Puedo preguntarte de dónde eres? —dijo.

Matt detuvo la llave a medio camino de la cerradura.

—Soy de Estados Unidos. Nebraska.

Camino estuvo a punto de aplaudir. Mientras estudiaba la carrera había pasado un año de intercambio en Blacksburg, Virginia, donde aprendió mucho de la cultura americana: entre otras cosas, que las reuniones de aniversario eran como una religión.

—Celebramos el quince aniversario de nuestro colegio, y Berta no ha confirmado su asistencia. Estuvo catorce años allí, de los cuatro a los dieciocho, igual que yo. Toda una vida —añadió con expresión soñadora.

—Qué raro... No me ha dicho nada.

—No sé, igual le da vergüenza. Después de todo —sonrió como un presentador de la tele—, ha ganado el premio especial de la promoción por su trayectoria profesional.

—Oh. —Matt levantó una ceja un poco demasiado poblada—. No tenía idea.

—Nos encantaría tenerla ahí. Estamos muy orgullosos de todo lo que Berta ha conseguido. ¿Podrías darle el recado?

—Seguro.

Mientras bajaba las escaleras, Camino pensó que el ceño fruncido de Matt era una buena

señal. A río revuelto, ganancia de pescadores.

Cuando llegó a su casa, fue interceptada por Elka, que salía en ese momento.

—¿Cómo va el tema de tu amiga la fotógrafa? Vamos muy justas de tiempo. No van a estar para Navidades.

Tenía razón, pero Camino se negaba a abandonar el plan. Era demasiado tentador imaginar las fantásticas consecuencias que tendría si Berta decía que sí. Hizo un trato consigo misma: si no venía a la cena, lo dejaría estar. «Mejor hecho que perfecto», se recordó.

—Ha dicho que sí.

Camino creía firmemente en las mentiras piadosas. Si al final Berta no aparecía, ya pensaría qué hacer.

—Estupendo. ¿Cuándo hacemos las fotos?

—Está un poco liada, así que tendrá que ser de aquí a tres semanas. Pero no te preocupes, porque después lo montamos todo rápido y sale de imprenta a tiempo.

Elka entrecerró los ojos, y Camino se concentró para que su cara ofreciera una imagen límpida y pura de persona sincera. Por fin, Elka sonrió.

—¿Qué haría yo sin ti? —Se le tiró encima y la abrazó con una fuerza sorprendente para alguien de su tamaño.

Mientras la veía entrar en su sótano-casa, Camino se preguntó cómo iba a convencer al comité de que retiraran el premio extraordinario al receptor original (Pablo Castillo, que había creado una ONG para mandar a la escuela a los niños en Camboya) y se lo dieran a Berta. Ya se le ocurriría algo.

Qué difícil era ayudar a la gente.

Capítulo 31

Cuando Matt apareció en el estudio, Berta se había tirado en el viejo sofá a dormir la siesta. Últimamente, esa era su rutina: pasar las noches en blanco dando vueltas en la cama y desplomarse en el sofá del estudio en cuanto podía para rascar un par de horas de sueño inquieto. Se había tumbado y acababa de cerrar los ojos cuando la despertó el zumbido del interfono. Maldijo al oír la voz de Matt; si no se dormía ahora, se espabilaría y perdería su oportunidad de recuperar algo de sueño, pero no le iba a decir que se fuera, así que suspiró y abrió la puerta. Mientras Matt bajaba las escaleras, apartó la manta del sofá y se recogió el pelo en una coleta.

—¿Qué haces aquí? Qué sorpresa —dijo, abrazándolo cuando llegó. Notó a Matt escudriñando la habitación por encima de su cabeza.

No quería parecer gruñona, pero el estudio era su territorio. Matt se sentó en el sofá.

—Nada, había pensado en pasarme por si te apetecía salir a tomar un café.

—Me iba a poner ahora con algo importante. Lo siento.

Parecía contrariado, pero no se levantó.

—Ha venido una compañera tuya a casa. De tu colegio.

—¿Qué compañera?

—Morena, muy alta. Se llamaba... *Shit*, ¿cómo era? Oh, sí. *Path*.

—¿Paz?

—No, *path*, en inglés... ¡Camino! Eso.

Imaginarla en su casa le dio escalofríos. ¿Cómo había conseguido su dirección?

—Me ha contado que es la fiesta de aniversario y que has recibido un premio de extraordinaria, o algo así.

Berta se giró hacia la mesa donde tenía la cafetera para que Matt no la viera fruncir el ceño. Fantástico. Ahora Matt sabía lo de la cena y no lo iba a dejar pasar tan fácilmente, porque era el tipo de persona que unos meses antes había volado de Chiang Mai a California para asistir a la reunión de su promoción universitaria. Y encima ella había recibido un premio. Ni siquiera sabía que dieran premios.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Yo qué sé. El trabajo, todo el rollo de la psicóloga y demás... He estado liada.

Matt meneó la cabeza.

—Estas cosas son importantes.

Berta bufó mientras encendía la cafetera y ponía una cápsula en el compartimento superior. Ya que no podría dormir, al menos esto la espabilaría. La parte sensata de su mente le dijo, como siempre, que no se iba a quitar el insomnio con café. «De todas formas, no voy a dormir esta noche», le respondió. Así, al menos la tarde no sería una pérdida de tiempo absoluta.

—Va a ser un rollo, Matt. El premio será una placa fea. No es como si fueran a darme el Pulitzer.

—Vale. —Matt se levantó y se metió las manos en los bolsillos—. Como tú veas.

Empezó a caminar hacia la puerta despacio mientras Berta trataba de contenerse.

—Venga, va. ¿Qué pasa? ¿Qué problema hay? —preguntó por fin, ignorando el pitido que avisaba de que el café ya estaba listo.

—Pues... —Matt sacó la mano derecha y se deshizo de una pelusa que se había quedado pegada—. No sé. Me preocupa un poco.

—¿Qué?

—Que no quieres ir porque todavía no lo has superado. Ya sabes. Lo de... tu desaparición.

—Estoy bien, ya te lo he dicho.

—¿Segura? Porque a lo mejor sería una buena forma de, no sé, demostrarlo a tu misma.

—A *ti* misma.

—Mira, cuando yo fui a la reunión de mi instituto, fue revelación. Los *bullies* tenían mujer y cuatro hijos, y las *cheerleaders* antipáticas recolectaban dinero para asociaciones. Fue como un.... ¿Cómo se dice? Psicoanálisis *at high speed*.

Cuando hablaba de Estados Unidos, inevitablemente acababa usando el *Spanglish*.

—Todos mis traumas de instituto, ¡puf! —Matt imitó una explosión con las manos—. *Gone*. Estoy seguro que tus compañeros también son muy agradables, como *Path*.

—Camino.

Sin duda, Camino era muy agradable, pensó Berta con ironía. Todavía no podía creerse que se hubiera plantado en su casa, y se prometió a sí misma que no iba a acceder a lo que fuera que quería pedirle, por acosadora. Estaba a punto de servirse el café cuando se dio cuenta de que no le había ofrecido uno a Matt e igual se ofendía, pero, si lo hacía ahora, el suyo se iba a enfriar y no tenía microondas. Trató de contener la frustración mientras miraba la cara curiosa y relajada de Matt. ¿Qué más quería de ella? Ya iba a tener una manada de niñitos andaluz-americanos para que la disfrutara. ¿Por qué tenía que darle también esto?

—Lo pensaré —dijo.

Por suerte, en aquel momento llamaron a la puerta. Berta había puesto un anuncio en la Facultad de Bellas Artes para encontrar modelos y esa tarde tenía la primera sesión con una de ellas, una pelirroja con las pecas más visualmente magnéticas que había visto en su vida. Despachó a Matt como pudo y trató de recuperar la concentración.

No dio pie con bola en toda la tarde, y aunque la pelirroja, que conocía su obra, la miraba como si cada gesto fuera la prueba de que era un genio, acabó la tarde frustrada y con ganas de llorar. Camino lo estropeaba todo. ¿Por qué seguía teniendo tanto poder sobre ella? Se sentó otra vez en el sofá, esta vez con una manzanilla, y recordó lo que le había dicho Matt.

Quizá tenía razón. Igual necesitaba enfrentarse a sus demonios para poder seguir con su vida. No era normal que, a aquellas alturas de su vida, la visita de Camino le pusiera los nervios de punta, porque la pobre tampoco le había hecho nada. Seguía siendo intensa, como en el colegio, pero Berta llevaba una semana ignorándola. Si le pedía que colaborase con algo, era adulta y podía decir que no sin necesidad de esconderse.

Se acordó de Lorena, tan contenta, con su chándal, su botella de agua y sus geranios esplendorosos. Todos eran gente normal; todos menos ella. Pero eso iba a cambiar, porque ahora ella también era normal. Se acabó ser la chica asustada de bachillerato.

Estaba decidido: iba a ir a aquella cena y a pasarlo estupendamente.

Segunda parte

Capítulo 32

Lorena llegó sin resuello al Parador de Gibralfaro, donde se celebraba la cena de aniversario. Era típico de Camino asumir que todos tendrían coche o dinero para un taxi y organizarlo allí, en lo alto del monte que se alzaba en el centro de la ciudad. Esperó unos minutos en la puerta mientras recuperaba el aliento; ya había llegado bastante gente, pero iba a esperar a Nora para entrar juntas.

Llego tarde, lo siento!

Soltó una palabrota en voz baja al leer el mensaje. No le iba a quedar más remedio que pasar sola.

Se miró en el cristal de la puerta antes de abrirla. La cazadora roja de plumas falsas no pegaba ni con cola, pero podría quitársela en cuanto entrara, y el vestido negro, que se había comprado con el primer sueldo de su nuevo trabajo, le favorecía. Esperaba que nadie se fijara en los zapatos: unos viejos de Mila que había lustrado todo lo posible.

Entró y le dijo al tío estirado que la recibió que iba a la cena del Santa Catalina. Alguien recogió su abrigo, y Lorena esperó que hubiera calefacción en el comedor mientras se le erizaba el vello de los brazos. Pasó al salón y echó un vistazo mientras un camarero le acercaba una bandeja con cócteles de bienvenida. A un lado había mesas con carteles que indicaban dónde iba cada uno; al otro, quince o veinte personas charlaban sentadas en taburetes altos. Hacía más calor que en el vestíbulo, pero no suficiente para que dejara de tener frío. Estos sitios postureaban con todo, menos con lo importante.

La Zorra Implacable, por supuesto, estaba en la mesa principal, repartiendo tarjetitas con los nombres. Cuando vio a Lorena, le hizo un gesto con la mano para que se acercara mientras sonreía de oreja a oreja. Llevaba un traje de chaqueta color crema, perfecto para la temperatura de la sala, y parecía no haber envejecido ni un día desde que dejaron el colegio. Si eso, había ganado elegancia y aplomo, y ahora hasta se daba un aire a Kate Middleton, solo que más morena. Tenía una de esas pieles por las que no pasa el tiempo, y solo al mirarla de cerca se le veían algunas patas de gallo.

—¡Lorena! Qué alegría verte. Estás estupenda.

Hacía algún tiempo, Lorena había visto en Internet un vídeo sobre cómo los robots eran adorables a medida que empezaban a parecerse a un humano, pero de repente se parecían demasiado y empezaban a dar miedo. Así era Camino. Sus frases sonaban casi humanas, pero no del todo.

—¿Qué tal te va?

—Bien, bien. Todo bien.

—A ver... Lorena Ibarra... —Camino rebuscó en una caja con etiquetas ordenadas alfabéticamente—. Disculpa lo de la etiqueta —dijo mientras se la pegaba en el pecho—. Parece una tontería, pero hay gente que ha cambiado mucho. Como en tu caso, por ejemplo, ¿casi no te reconozco!

Lorena no pudo evitar sentirse halagada.

—Gracias.

—¿Qué has hecho? ¿Cetogénica, paleo, crudiveganismo?

De repente, le pareció una buena oportunidad para hablar de Nacho y de su entrenamiento, para mostrarle a Camino que era el tipo de persona que podía permitirse un entrenador personal. Salvo que no lo era, pero nadie tenía por qué saberlo.

—Pues... —comenzó.

—Uy, perdona, Lore. —Camino miró a través de ella, como si no la viera—. Hablamos luego. ¡Almu, ¿qué tal?! ¡Estás estupenda! —Se levantó para dar dos besos a la mujer que esperaba detrás.

Por suerte, Nora acababa de entrar y miraba a su alrededor con cara desnortada, así que Lorena se alejó como si fuera ella la que no quería seguir con la conversación.

En ese momento, una ola de emoción recorrió la sala y todos se giraron hacia la puerta sin disimulo.

Acababa de entrar Berta Berral.

No habría sabido describir lo que tenía Berta. Era el tipo de persona que te crees que es guapa, pero que luego, al mirarla bien, resulta no serlo tanto. Su cara era sosa, con la nariz demasiado respingona. Pero tenía algo: un nosequé, un brillo especial, a lo mejor porque era rubia y tenía los ojos claros, y eso en Málaga siempre llamaba la atención, o por su manera de moverse. O igual simplemente era la fama, que siempre viste.

Esa noche, por ejemplo, Berta era la única en vaqueros, aunque era cierto que los había combinado con una americana y un top de lentejuelas, y cuando pasó junto a Lorena de camino a su mesa, se fijó en que no iba muy maquillada: un poco de rímel y un pintalabios color coral. Aun así, se movía y era como si los objetos fueran fondos de Instagram. Berta convertía el mundo en su decorado.

No tenía derecho a quejarse ni a ir por ahí haciendo preguntas como una pobre víctima, porque estaba claro que le iba de puta madre, pero esta noche iba a llevarse una sorpresa: ¿no quería respuestas? ¿No quería saber lo que había pasado? Pues había llegado su momento.

Nora era la única asistente a la cena a la que Lorena habría descrito como «amiga», así que no conocía demasiado bien al resto de sus compañeros de mesa. De cruzárselos en los pasillos, claro, o coincidir en alguna clase, pero no habría podido mencionar un detalle personal de cada uno aunque le pagaran. Sin embargo, a medida que avanzaba la cena, se sorprendió al descubrir que eran, de hecho, bastante simpáticos. Gente normal.

Se le ocurrió que en la adolescencia el mundo está pintado a brochazos gruesos y solo nos fijamos en los manchurroneos más brillantes de color, como Berta o Camino, pero que, ahora que era adulta, todos parecían haberse convertido en puntitos de individualidad: menos llamativos, pero más interesantes si se miraban de cerca. A lo mejor no hacía falta decir nada de lo de Camino. Quizá aquello de remover el pasado era una tontería.

Pero, en ese momento, la Zorra Implacable golpeó una copa con la cucharilla e hizo saber a todos que la entrega de premios sería media hora después de servir el postre, con su voz de delegada de clase. Lorena lo notó otra vez: la furia contenida, la sensación de injusticia. Seguro que Camino no había subido andando al Parador de Gibralfaro. Ella tendría algún coche caro y femenino, un Volkswagen Escarabajo o un Mercedes Clase A, en el que se montaría a la vuelta, con el maquillaje como si se lo acabara de poner, guiñándose el ojo en el espejito del parasol porque la cena había sido un éxito.

Ni hablar. Se merecía un escarmiento. No solo por Berta, sino también por Fali, porque, de no

ser por Camino, Fali aún seguiría en Málaga, con ella. Se haría justicia por fin, y Lorena iba a disfrutarlo como un gato que juega con un ratón.

La vigiló durante toda la cena con el rabillo del ojo y, por fin, vio que se levantaba de la mesa. Interrumpió la conversación sobre las medusas de La Malagueta que mantenía con el que había sido el empollón de su clase, se levantó y fue detrás.

«Quién lo iba a decir: la Zorra también mea», pensó Lorena, siguiéndola al interior del baño. Cuando entró, sin embargo, Camino se retocaba el maquillaje frente al espejo, con un estuche de terciopelo violeta abierto sobre el lavabo que tendría dentro potingues por valor del sueldo de una familia. Se dio por enterada de su presencia moviendo los ojos bajo las pestañas, que esperaban inmóviles a hacer contacto con el rímel.

—Lore —dijo—. Qué alegría verte. Una pena cómo perdimos el contacto después de que Rafa y yo lo dejáramos.

Lorena ignoró el anzuelo, miró bajo las puertas de los retretes para asegurarse de que no había nadie y habló:

—Se lo voy a contar. —La otra no dijo nada—. A Berta. Lo que pasó.

Notó, con horror, que le temblaba la voz. Camino apenas movió un milímetro una de sus cejas y siguió poniéndose la máscara de pestañas con calma.

—Teníamos que habérselo dicho mucho antes. Lo que hicimos no estuvo bien. Además, ella ha estado investigando por su cuenta.

Hubo un mínimo respingo en los hombros de Camino.

—¿A qué te refieres?

—Estuvo preguntándole al dueño del bar donde apareció. Es amigo mío. Él no le dijo nada, pero Berta sospecha algo.

Podía escucharla respirar a un ritmo lento, como las olas en la playa.

—Al final no me dijiste si habías hecho cetogénica o paleo —dijo mientras enroscaba con fuerza la tapa del rímel—. Quiero decir —siguió ante el silencio de Lorena—, que claramente has perdido mucho peso. Estás muy bien. Una persona nueva.

Lorena se miró en el espejo. Como si actuaran por su cuenta, sus manos alisaron el vestido sobre las caderas.

—Parece que te estás divirtiendo. —Camino sacó una barra de corrector de ojeras y se puso un poco, dándose toquécitos con el meñique—. ¿No sería una pena estropear eso? Podría ser una nueva oportunidad para hacer amigos. Contactos.

Eso era la gente para ella: contactos. Objetos. Su hermano, ella: todos existían solo si eran útiles para sus objetivos.

—Déjate de rollos, Camino. Yo ya tengo mi vida y me dan igual los *catalinos*. Voy a hablar con Berta y espero que te la lée aquí, en público, porque me encantará verlo.

En ese momento, una mujer mayor entró en el baño. Camino se volvió, toda sonrisas.

—Disculpe, estamos manteniendo una conversación privada sobre un tema sensible, ¿podría esperar fuera un momento?

La mujer también sonrió y salió pidiendo disculpas. La capacidad de manipulación de aquella tía era increíble.

—¿Qué tal con Cristina? —preguntó mientras seguía aplicándose el corrector.

A Lorena le costó entender la pregunta.

—¿Qué Cristina?

—Tu jefa. Mi amiga. Cristina, la mamá de Manuel. Simpática, ¿a que sí? Seguro que te tiene con contrato y todo. Y ese niño, ¡ay! —Hizo como que suspiraba encantada—. Un sueño para cualquier madre. Mis hijas podrían aprender de él.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Que no se encuentran trabajos así tan fácilmente.

Lorena sintió unas náuseas tan intensas que se preguntó si no le habría sentado mal un canapé. Miró a Camino, que se ponía colorete como si estuviera dándole las últimas pinceladas a un cuadro.

—Nunca te he perdido la pista, Lorena, y nunca te la perderé. Siento lo de Mila. Tengo que acordarme de darle el pésame a Rafa la próxima vez que hable con él.

Lorena se quedó quieta, incapaz de decir nada, mientras Camino terminaba de retocarse, colocaba los cosméticos en el estuche con orden militar y cerraba la cremallera. El mensaje había quedado más que claro.

—Que disfrutes de la cena —dijo, pasando frente a ella sin mirarla.

Mientras la escuchaba pedir de nuevo disculpas a la mujer que estaba esperando fuera, con aquella dulzura falsa en la voz, Lorena notó cómo se le contraía la cara de pura rabia. Años y años después, seguía saliéndose con la suya.

Esperó a oír cómo se alejaban sus tacones por el pasillo y salió de nuevo en dirección a su mesa. Cogería el bolso y se largaría de allí.

Aunque, pensándolo mejor, igual primero se tomaba el postre.

Capítulo 33

Cuando Camino salió del baño, se dio cuenta de que le temblaban las manos. Se las agarró con fuerza. ¿Quién se había creído esa imbécil pobretona de Lorena, con su vestido barato y sus zapatos anticuados?

No le había hecho ninguna gracia ver su nombre en la lista de invitados. La muy tonta se la tenía jurada por haber salido con su hermanito, su adorado Fali. Camino recordaba a Rafa con cariño: un chico guapo, ambicioso y mucho más culto de lo que habría hecho pensar su origen. Por supuesto, se acabó en cuanto ella empezó la universidad, pero no era nada personal. Lo peor de estar con él era, sin duda, Lorena: la desesperante hermana gorda, siempre llamando a la puerta en el momento menos apropiado, siguiéndoles con sus amigas y avergonzándola en público con sus ordinariieces.

Cuando pasó lo de Berta, Lorena había sido útil, desde luego, pero Camino siempre imaginó que en algún momento confesaría. Era débil y lo había sido siempre. La muerte de su padre fue un golpe de suerte, aunque estuviera feo pensarlo, porque la dejó fuera de combate.

Después, a medida que pasaban los años, le había seguido la pista. No en plan detective, claro, ni que estuviera loca, pero sí que la había tenido siempre en su radar. Últimamente, se había relajado, así que lo de Cristina había sido una afortunada casualidad. Pregonaba a los cuatro vientos lo encantada que estaba con su nueva niñera, Lorena, y el nombre le llamó la atención, así que preguntó hasta identificar a Lorena Ibarra y archivó el dato en la categoría de «información que podría servirme en algún momento».

Después, cuando supo que vendría a la cena, llamó a la puerta de su vecina para preguntar si vendían alguna de las casitas de pescadores de la zona: un pretexto como cualquier otro para entablar conversación. Entonces, mira tú por dónde, supo que Mila se había muerto y que a Rafa no se lo veía por allí desde hacía años. Mencionar a su hermano había surtido efecto. Tendría que averiguar más sobre él.

Rezó para que la amenaza funcionara. Si Berta se enteraba de lo que había pasado, podía despedirse de que colaborara con ella para el calendario, y eso por no hablar de a dónde llegaría la gente si empezaba a tirar del hilo. Confiaba en su capacidad para mitigar los daños, pero prefería no jugársela.

Hablando de Berta, ahí estaba: sentada en la mesa principal. El pretexto del premio había servido para colocarla ahí junto con Camino, los otros miembros del comité y los demás homenajeados. Por desgracia, alguien se había confundido con los carteles y Berta estaba en el lado opuesto al suyo, donde había pasado toda la noche absorta en una conversación muy intensa con Pablo Castillo, el de la ONG de Camboya. Al final, a Pablo había sido imposible quitarle el premio porque ya estaba avisado, así que Camino se las había visto y deseado para convencer al resto de que Berta merecía la creación de un nuevo premio a la «especial contribución artística».

Ocupó de nuevo su asiento y empezó a partir en trocitos el *coulant* de chocolate mientras Mara, la directora del grupo de teatro del colegio, hablaba de recaudar fondos para renovar el escenario, porque el año pasado se había partido una tabla en pleno ensayo y un niño casi se queda sin pie. Por fin, Pablo Castillo se levantó de la silla. Camino murmuró una disculpa apresurada, se incorporó y se sentó junto a Berta, que de cerca parecía cansada, con unas ojeras grisáceas asomando por debajo del maquillaje.

—Qué bien que decidieras venir al final —dijo sonriendo—. ¿Qué tal lo estás pasando?

—Ay, Camino. —Berta tomó un sorbo nervioso de su copa—. Llevo queriendo hablar contigo toda la noche. Perdona por no devolverte la llamada; he estado muy liada estas semanas.

«Sí, venga ya. Si has bloqueado mi número».

—Estamos todos igual, mujer. Me lo he imaginado. Y, de todas formas, nos íbamos a ver aquí, ¿no? Habría sido una tontería quedar antes.

Berta asintió y puso su patentada *cara de atención adorable*, con los ojos muy abiertos y la boca un poco curvada tipo Mona Lisa. Estaba segura de que esa cara había hecho más por sus buenas notas en el colegio que cualquier examen.

Le resumió en pocas frases el tema del calendario.

—Solo será un día de trabajo, o dos, como mucho —dijo—, y podría ayudarte a llegar a una audiencia distinta.

Berta juntó las manos bajo la barbilla, miró al techo y se balanceó suavemente mientras dejaba escapar un «mmm» reflexivo. Camino se indignó: ¿qué tenía que pensar? Un calendario para niños enfermos, por el amor de Dios, ¿quién decía que no a eso?

—La verdad, Camino, en cualquier otro momento te habría dicho que sí, pero me caso en unos meses, estoy tratando de sacar adelante una colección nueva de retratos y..., no me da la vida. Voy a intentar buscarte un hueco, ¿vale? Te llamo en estas semanas.

—Lo siento, Berta, pero no puedo esperar. El calendario tiene que salir antes de Navidades.

—Oh. Vaya. —Por la cara que puso Berta, cualquiera diría que acababan de matar a un gatito frente a ella—. ¿Antes de Navidades? Imposible. Lo siento muchísimo, Camino, es que es muy muy poca antelación.

«Te llamé con antelación, imbécil, pero no te has dignado hablar conmigo hasta ahora». Camino escondió las manos bajo el mantel.

—Me sabe fatal —siguió Berta—. Es que estas semanas no tengo ni un hueco. Y ahora, si me disculpas, voy a ponerme al día con la gente, que, con lo de estar aquí en la mesa presidencial —añadió, soltando una risita—, me estoy perdiendo todos los cotilleos. Te veo luego.

Se metió un trozo de *coulant* en la boca, tan pequeño que era poco más que un par de migas, y se alejó caminando deprisa con sus pasitos de duende.

Camino dejó caer su cuchara en la mesa con demasiada fuerza. Berta siempre había sido escurridiza como un salmón aguas abajo.

No se podía creer que se le hubiera vuelto a escapar. Recordó lo que había dicho Lorena de que estaba haciendo «averiguaciones» por la zona. ¿Sabría lo que había pasado? ¿Era esta su venganza? Repasó en su cabeza la conversación y no encontró señales de hostilidad abierta; solo indiferencia, como si Berta volara un par de metros más arriba que el resto de los mortales.

Trató de ajustarse a la nueva realidad de que Berta no quería hacer el calendario. Le había dicho que no, punto; ni siquiera un «me lo pensaré» de compromiso. Notó la cólera subiéndole desde los dedos de los pies. Tenía dos opciones: investigar un poco a ver si encontraba algo con lo que presionarla o resignarse y buscar a otra persona.

Estrujó una de las servilletas de hilo barato. Berta se podía ir a tomar viento, por lo que a ella respectaba; buscaría a un buen fotógrafo, lo pagaría de su bolsillo sin que Elka lo supiera y sanseacabó. Ya comerían arroz en casa hasta que se resolviera todo. Aun así, no podía sacudirse de encima la rabia de ver sus planes destruidos. Habría salido todo tan bien si Berta hubiera colaborado...

Alzó la cabeza para localizarla. Se sabía de memoria el plano de las mesas e imaginaba que se habría ido con sus amigas las fumadas, que habían pasado el bachillerato en una nube de

marihuana y ambigüedad sexual. Sin embargo, no la vio con ellas. Saltó una alarma en su cerebro que se fue haciendo más intensa a medida que escudriñaba la sala. ¿Dónde se había ido Berta?

Entonces la vio.

Estaba hablando con Lorena Ibarra.

Se levantó deprisa como si se acabara de caer en el tatami de judo, dispuesta a interceptar la conversación. Antes de que pudiera dar un paso, Mara la cogió del brazo.

—Camino, hay que empezar ya a preparar la entrega de premios.

—Tengo que hacer una cosa primero, ¿no te puedes encargar tú?

—Es que hay un follón con los del restaurante, que dicen que no nos pueden despejar el escenario porque no estaba incluido en el precio. Mejor que lo hables tú con ellos.

El mundo entero estaba compuesto de inútiles.

Camino se secó la frente con la servilleta, reparando demasiado tarde en que se había cambiado de sitio y no era la suya. Observó, frustrada, a Berta y Lorena salir por la puerta que daba a la terraza. Luego miró a Mara y resopló de forma audible.

—A ver. Dime con quién tengo que hablar.

Más le valía a Lorena cerrar la boca.

Capítulo 34

En cuanto Lorena cerró la puerta de la terraza frente a sí, Berta empezó a respirar mejor. Había visto a Camino mirar en su dirección y levantarse de la mesa como si la empujaran; menos mal que alguien la había retenido en el último momento. ¿Iba a seguir insistiendo con lo del calendario? Qué mujer. Si no fuera porque sonaba a teoría paranoide, creería que lo del premio era solo para sentarla en su mesa. Había notado sus miradas durante toda la cena, mientras se esforzaba por prestar atención al pesado de Pablo Castillo y su ONG, y al final se distrajo un momento y ¡zas! Ahí estaba, apareciendo a su lado como un fantasma insistente.

Aún no terminaba de encajarle lo del calendario. Seguro que lo hacía para quedar bien, como todo en su vida, porque no era de las que se preocupan por los niñitos enfermos. Se sentía un poco mal por haberse negado, porque los niños no tenían la culpa, pero ni estaba en su mejor momento artístico ni le apetecía pasar más rato de la cuenta con Camino, que una cosa era venir a la cena para hacer las paces con su pasado y otra, revolcarse en él como un cerdo en un charco de barro. No, gracias.

Caminaron hasta una de las estufas que había en la terraza y se miraron durante unos segundos. Lorena iba poco abrigada y tenía la piel de los brazos de gallina.

—¿Y bien? —preguntó Lorena.

Por unos momentos, Berta no supo cómo empezar. Ahora que estaban ahí, frente a frente, se sentía ridícula. No tenía planeado hablar con ella hasta que la vio al entrar en el comedor. Había perdido mucho peso y estaba muy guapa con aquel vestido, aunque le diera frío solo de verla. Quizá fue eso: los brazos desnudos de Lorena y el cuello a la vista debajo del pelo recogido le habían transmitido de repente una sensación de vulnerabilidad que no había visto en ella antes. Igual esta noche sí diría la verdad.

Ahora, sin embargo, no lo tenía tan claro. Debería haber esperado a las copas. Pero ya no tenía vuelta atrás, porque Lorena la estaba mirando con la misma fijeza agresiva que hacía que en el colegio todos le tuvieran miedo.

—¿Qué pasó el 7 de marzo de 2008? —preguntó Berta.

Lorena se cruzó de brazos.

—¡Y yo qué sé! ¿Qué te crees que soy, Alexa?

Berta notó que se ponía colorada. Había sido una forma terrible de empezar la conversación. Miró al suelo y respiró hondo.

—Desaparecí. Te enteraste, seguro, porque se enteró todo el colegio. Fue justo antes de lo de Salva.

—Pues, mira —dijo Lorena, frotándose la piel desnuda con energía—, se me debió de juntar todo: que tú desapareciste, lo de Salva, que mi padre, ¡mira por dónde!, se murió... Perdona que lo tuyo no fuera lo que más destaca en mi memoria.

—Lo siento. —Berta se sujetó las manos como si rezara—. Siento lo de tu padre.

—Además, ¿no resultó que te habías ido de fiesta? Es lo típico. «Desapareces» tú —hizo el gesto de las comillas con los dedos— y se lía la de Dios. Llego a ser yo y no me habrían echado cuentas en un mes.

—Estuve en tu casa. Me acuerdo de tus cortinas. —Lorena puso los ojos en blanco—. No te estoy diciendo que me hicieras nada; solo quiero saber si pasé por tu casa en algún momento de esos dos días. Me ayudaría a reconstruir el resto.

Lorena se quedó ahí quieta, negando con la cabeza con los labios apretados.

—Y fui a la Entropía —añadió Berta—. Tú ibas mucho allí, ¿no te suena haberme visto?

—No. Y no sé qué me estás contando, francamente, aquí interrogándome por unas cortinas. Me voy para dentro.

Era como intentar sacar agua de una piedra. Berta se acercó a la barandilla y miró la ciudad extendida bajo sus pies. Las luces furiosas de la zona de ocio junto al puerto hacían que el barrio de La Malagueta pareciera estar casi en la oscuridad, y entre sus edificios se abría la plaza de toros como un ojo reseco.

Se dio la vuelta esperando ver a Lorena entrar otra vez al comedor. Sin embargo, seguía allí, dando golpecitos en el suelo con los pies y mirándola fijamente.

Capítulo 35

Lorena pensó que Berta debería dejar de morderse los labios, porque se le estaba borrando aquel pintalabios tan mono que llevaba. Se fijó en su colgante: una pieza de plata con pinta de pesada que seguro que costaba un dineral. Pensó en marcharse de allí y punto, pero algo la mantenía pegada al suelo, como el testigo de un juicio que necesita que le den permiso para levantarse.

Entonces los ojos de las dos se encontraron, y Lorena debió de cambiar algo en su expresión sin darse cuenta, porque Berta relajó la cara, soltó un suspiro y empezó a hablar:

—Tengo un novio. Matt, se llama; es americano. Nos vamos a casar en abril y estamos intentando tener hijos, se supone, pero, desde que dejé la píldora, no quiero ni que me toque, porque no me atrevo. Creo que no seré capaz hasta que no averigüe lo que ocurrió.

Lorena volvió a notar el cabreo acumulándose en su cuerpo, tensándole los músculos de los brazos y calentando el frío húmedo de la noche de noviembre. ¿De verdad creía Berta que la iba a convencer con ese culebrón barato? Al contrario. Su novio de Estados Unidos sería rubio y estupendo, como ella, y juntos tendrían hijitos rubios de anuncio, y la madre les enseñaría a hacer fotos y el padre a... tocar la guitarra, o lo que fuera, y su vida era perfecta y lo sería siempre. ¿Tenía un trauma por lo que le habían hecho? Venga ya, por Dios. Si nadie le había tocado un pelo. Que fuera al psiquiatra y lo superara de una vez.

¿Dónde estaban el novio y los hijos de Lorena? Habría dado lo que fuera por tener los problemas de Berta Berral.

—Yo no tuve nada que ver. Ya te lo he dicho. Me voy para dentro, que tengo frío.

Berta dejó caer los hombros hacia delante y suspiró.

—Bueno. —Parecía derrotada. Lorena echó a andar hacia la puerta de la terraza—. Espera un momento. —Berta caminó rápido hasta alcanzarla y le puso una mano en la espalda.

Lorena se volvió hacia ella. Se estaba quitando el colgante de plata.

—Esto te quedaría bien. El vestido es muy bonito, pero falta algo que lo haga lucir un poco más.

Se quedó quieta mientras Berta se ponía de puntillas y le cerraba el broche con delicadeza en torno al cuello. El roce de sus dedos en la nuca le dio escalofríos.

—No me puedes dar el colgante. Seguro que vale una pasta.

—No te preocupes, me lo devuelves al final de la cena. ¿A ver? —La encuadró con las manos—. Estás guapísima. Deja que te saque una foto.

Lorena se quedó ahí paralizada, sin saber qué cara poner, mientras Berta la fotografiaba varias veces con un móvil de aspecto caro.

—Respira. Relaja la cara y piensa en algo agradable —le dijo, y su voz sonaba de repente un poco más grave, como si su *alter ego* profesional la hubiera poseído. Por fin, bajó el teléfono y se acercó a ella para mostrarle el resultado—. Te queda muy bien. —Lorena se miró en la pantalla que le mostraba Berta y tuvo la sensación de estar viendo a una persona que no conocía.

—Sí... Está muy bien. Me... ¿Me la pasarías?

Era surrealista intercambiar números de teléfono como si fueran a quedar para tomar café, pero Berta apuntó el suyo sin rechistar y le envió la imagen. Después se deslizó por la puerta que daba al comedor y desapareció entre la gente.

Lorena se quedó unos momentos ahí de pie, pelándose de frío, mirando su móvil mientras se tocaba el collar con las manos. Pesaba mucho, pero le daba al vestido el toque que le faltaba. La

mujer de aquella foto tenía buen gusto.

Había movimiento dentro del salón: la gente se estaba yendo hacia el pequeño escenario de la esquina donde iban a entregar los premios. Pensó en largarse de allí sin más, con collar y todo, y olvidarse definitivamente de Berta, de Camino, del Santa Catalina y de todos aquellos años absurdos. ¿No era de eso de lo que iba lo de perder peso? De construirse, por fin, una vida, en vez del sucedáneo que había tenido hasta entonces. Podría hacerlo. Ahorrar unos meses, formarse en algo con futuro, hacer entrevistas, crecer de una vez.

Pero no podía irse con aquel colgante. Debía de costar un pastizal.

Entonces entendió el mensaje que le estaba dando Berta cuando se lo puso.

«Vale, sí, lo que tú digas, pero no te marches todavía».

Capítulo 36

Berta no tenía ni idea de por qué le había dado el collar a Lorena, aunque era cierto que quedaba muy bien con el vestido que llevaba. Entró en el salón pensando que, como siempre, lo que hacía no tenía sentido.

Al final, hablar con Lorena no había servido de nada. Recordó a Valle y lo de «hacer la pregunta adecuada a la persona adecuada». Sonaba muy bien, en teoría, pero en la práctica no funcionaba si la persona adecuada se negaba a cooperar. Verla en la terraza, con los brazos cruzados y esa mirada huidiza, solo había servido para confirmar aún más sus sospechas: Lorena sabía algo. Ojalá hubiera podido sacarle la verdad como el que saca una muela.

Encima, ahora tenía que recibir el maldito premio. Observó a Camino subir al escenario, encantada de conocerse, y hablar sobre la labor de la Asociación de Antiguos Alumnos y su importante papel «preservando el legado del colegio». ¿Qué clase de persona se pasa la vida adulta en el colegio al que fue? Nadie medio normal está tan satisfecho con su pasado.

Camino presentó a Pablo Castillo, que soltó una versión un poco más pomposa del discurso que Berta ya había oído durante la cena. Lo miró con envidia mientras daba sorbitos a su Laguna Azul: un cóctel de champán con Blue Tropic que habían repartido tras los postres. Pablo era, sin duda, una persona con una misión en la vida, y recordó que, hasta hacía poco, ella también era así. Solo quería sacar la mejor foto del mundo, y después otra, y luego otra. Ahora, además de eso, estaban Matt, sus niños futuros, sus traumas pasados, las molestas preguntas de Valle, los piques con su hermana Amor y no tener ni idea de cómo limpiar boquerones. La vida se había vuelto demasiado complicada.

Después de los aplausos, mientras Berta fantaseaba con que se olvidaban de ella, Camino subió otra vez al escenario.

—Ahora quiero presentar a alguien que, a su manera, también está haciendo del mundo un lugar mejor. ¿Qué sería de nosotros sin el arte? En este caso, concretamente, hablamos de... ¿Cuál sería la fotografía, Berta? ¿El octavo? Porque el séptimo arte es el cine, ¿verdad? —Soltó una risita y se ahuecó la lustrosa melena castaña.

Berta asintió con la cabeza y compuso una mueca tensa que pretendía ser una sonrisa.

—En fin, que en este mundo moderno, en que muchos hacemos nuestros pinitos con la fotografía y la técnica cada vez te lo pone más fácil, es complicado destacar. Y eso es lo que ha conseguido Berta Berral. ¡Un aplauso para nuestro premio...! —Camino hizo una pausa para leer la placa que sostenía en las manos—. ¡Para nuestro Premio Especial a la Creación Artística!

Berta subió al escenario y recogió la placa mientras una ola de humillación le recorría el cuerpo. Camino tenía razón. Cualquiera podía hacer fotos hoy en día, y ella solo había tenido suerte.

Observó las cabezas vueltas hacia ella y tosió un par de veces. El Laguna Azul estaba más fuerte de lo que pensaba y el suelo parecía moverse bajo sus pies como el de una casa encantada de parque de atracciones. Camino había dejado el micrófono demasiado alto, así que pasó unos segundos incómodos tratando de bajarlo hasta que el encargado de sonido se apiadó de ella y subió a ayudarla.

—Quiero... —comenzó por fin—. Quiero agradecer este premio a Camino, bueno, al colegio en general. El Santa Catalina fue una pieza importante de mi vida, allí aprendí gran parte de lo que sé y se lo deberé siempre.

¿Se suponía que tenía que decir algo más? Miró hacia donde estaban sentados los miembros del comité. Una vez más, el insomnio convertía su cerebro en un lugar confuso y desenfocado.

—¿Por qué no nos cuentas en qué estás trabajando ahora? —preguntó Camino, con una elegante sonrisa y las manos cruzadas sobre el regazo.

—Ajá. Sí, buena pregunta. —Berta dejó escapar una risa nerviosa—. He vuelto a instalarme en Málaga después de un periodo largo de viaje y ahora estoy haciendo... —Por un momento, su mente se quedó en blanco. ¿En qué estaba trabajando? Ah, sí—: Autorretratos. A ver qué sale.

Se encogió de hombros y se quedó ahí de pie unos segundos más hasta que, por fin, Camino subió otra vez al escenario.

—Gracias, Berta —dijo, inclinándose para ponerse frente al micro—. Por favor, no te vayas todavía. El premio que vamos a dar a continuación también tiene mucho que ver contigo, y me gustaría que me ayudaras a presentarlo. ¿Te animas?

Berta asintió mientras trataba de descifrar la expresión de Camino, que la miraba con algo parecido a la benevolencia.

—Nuestra generación sufrió una pérdida importante. Una persona que hoy no está con nosotros y que se marchó en el momento más dulce de su carrera.

«No. No, no, no, no».

—Dejó una huella en el corazón de muchos alumnos, y entre ellos, estoy segura, estabas tú, Berta. Has mencionado lo importante que fue el Santa Catalina en tu aprendizaje y estoy segura de que él tuvo mucho que ver. —Camino tomó aire, como un presentador antes de anunciar al ganador de los Oscar—. Se llamaba Salvador Andrés, pero todos lo conocíamos como Salva.

Dio un paso atrás para permitir que Berta se acercara al micro.

—Salva... —Berta carraspeó y trató de pensar en qué decir. Le ardía la piel de los dedos y le zumbaban los oídos—. Sí, Salva me ayudó mucho. Era... un gran profesor. Una gran persona.

Se alejó del micro, y, por un momento, Camino no se movió. Berta apretó los labios y alguien tosió entre el público. Por fin, Camino habló de nuevo:

—Sí, Salva tenía mucho talento, y creo que muchos de nosotros todavía no nos hacemos a la idea de cuán terrible fue lo que sucedió. Salva —levantó las manos y miró al cielo como una pastorcilla visitada por la Virgen—, ojalá hubiéramos sabido ayudarte mejor. Esto va por ti.

Las luces se apagaron, y Berta reparó por primera vez en la pantalla blanca que había en la pared detrás del escenario. El proyector frente a ellas se encendió, deslumbrándola por un momento. Se apartó para contemplar el montaje que alguien había compuesto y que alternaba fotos en las que salía Salva con otras que había hecho.

Berta reconoció las del último año. En su momento no le habían parecido gran cosa, pero ahora podía reconocer el talento. Aunque aún faltaba mucho por pulir, entendía que lo hubieran hecho famoso.

El zumbido en los oídos casi tapaba la música empalagosa de la presentación. Deseó que hubiera algún sitio para sentarse, o ser como Camino, que parecía haber activado un músculo oculto, como el de los caballos, y reposaba de pie en su esquina del escenario.

Cuando por fin terminó el montaje, Camino tuvo el detalle de no pedirle a Berta que hablara más y llamó a Inés, la viuda de Salva, para que recogiera la placa conmemorativa.

Berta observó a Inés. No la había visto en la cena, estaba segura, aunque era difícil reconocerla después de tanto tiempo, porque los años no se habían portado bien con ella. Recogió la placa con aspecto de querer estar en cualquier otro sitio menos allí.

Por fin, aquella horrible ceremonia acabó, no sin que antes alguien le llevara un ramo de flores

a Camino y esta lo recogiera con fingida sorpresa, abanicándose con la mano como si fuera a desmayarse. Berta se dejó caer en su silla y le dio un trago al Laguna Azul intacto que había frente a un asiento vacío.

En ese momento, alguien le tocó el brazo. Se giró para ver a Lorena, que la miraba con los ojos muy abiertos.

—Tengo que hablar contigo —dijo.

Mientras salían de nuevo a la terraza, Berta interceptó la mirada intensa de Camino. Qué ganas de salir de allí y avisar a toda su familia de que era una loca peligrosa y no quería que se acercara a menos de cien metros de su casa.

Lorena la arrastró a la esquina de la terraza. Berta, que todavía llevaba su bebida en la mano, la apoyó en una de las columnas de la balaustrada.

—Tienes razón —dijo Lorena, por fin, respirando deprisa, como después de una carrera—. Fui yo. Pero todo lo que vamos a hablar ahora queda entre tú y yo, y después lo negaré siempre, siempre. No tienes pruebas y el delito ha prescrito. Lo digo solo para quitármelo de encima.

Berta se quedó muy quieta.

—Tampoco fue nada, ¿eh? Poco más que una fiesta de pijamas —dijo, con una media sonrisa descarada. Esa sí era la Lorena que ella conocía.

Se quedó callada, como si le diera vergüenza continuar, así que Berta se atrevió a hablar de nuevo:

—¿Qué pasó exactamente?

Lorena tomo aire como si saliera de bucear un rato y, por fin, empezó.

Capítulo 37

Lorena había cambiado de idea durante la entrega de premios. Berta y ella estaban juntas en aquello porque ambas eran víctimas de aquella pirada, así que, aunque no quería perder su trabajo, le debía parte de la verdad.

—Yo estaba con la moto cerca de la parada del once, echando la tarde, y te vi llegar —comenzó—. Llevabas un ciego que no veas.

Se llevó la mano al colgante, que se había enfriado con el aire nocturno.

—Entonces te pregunté si querías fumar un poco.

—Pero... ¿por qué? No éramos amigas.

—Tú llevabas todo el curso pillándome chocolate, ¿te acuerdas? —Berta asintió—. Pero en aquel momento habían pasado algunas semanas y no sabía si le estabas comprando a otro o qué. Me hacía falta el dinero. Pensaba darte a probar y después ofrecerte para que compraras.

—Ajá. —Berta caminó un par de pasos hasta la barandilla y se apoyó en ella.

—Tú me dijiste que no, que habías quedado, pero después cambiaste de idea. Te llegó un mensaje al móvil que no te hizo mucha gracia, y me imaginé que alguien te había dado plantón.

Berta tenía la cara de alguien a quien le cuentan una película que no ha visto.

—Entonces te propuse que fuéramos a mi casa, porque era de día y por aquella época había mucha poli en el barrio.

—¿Y fui a tu casa así, sin más?

—Claro, Berta, joder, ni que yo fuera la mafia rusa.

Era un poco hipócrita hacerse la ofendida, pero Lorena continuó:

—Nos fumamos un canuto en mi habitación y tú estabas mirando el móvil cada dos por tres. Después te levantaste para irte, pero seguías cieguísima, te tambaleabas un montón y te diste con el quicio de la puerta.

Berta se había colocado de espaldas a una de las luces de la terraza, así que no podía distinguir la expresión de su cara.

—La cosa es que estabas hecha polvo, borracha y fumada, así que te dije que te tumbaras un poco porque no estabas para ir a ningún lado. Te quedaste frita, te tapé con una manta y fin.

Lorena mostró las palmas de las manos, como un mago al final de un truco.

—Y eso fue lo que hiciste. Dormir como una bendita.

Capítulo 38

En el interior del comedor habían puesto música y la gente bailaba con entusiasmo entre viaje y viaje a la barra libre. Berta miró a Lorena, que parecía tan encantada consigo misma como si acabara de contestar la pregunta ganadora de un concurso de la tele.

Se rascó la cabeza y taconeó un par de veces en el suelo. Hacía más frío que la vez anterior, tenía el estómago revuelto y no podía sacarse de la cabeza las fotos de Salva.

Se esforzó por ordenar sus pensamientos.

—¿Lo único que hice fue dormir?

—Sí. Ya venías muy colocada.

—¿Y por qué has hablado de un delito, entonces? Lo que me has contado no es delito.

—¡Yo qué sé! —Lorena mostró las palmas—. Por si se te ocurría acusarme de... secuestro, o algo. No me fío de ti.

Berta se frotó la cara, confusa.

—Pero... di positivo en drogas después. En benzodicepinas. No recuerdo haber tomado nada.

Lorena bajó la vista.

—¿Me diste algo? —insistió Berta—. Va, Lorena —añadió al ver su expresión pétrea—. No voy a hacer nada. Tengo las manos atadas.

—Tenía unas pastillas por ahí —dijo Lorena por fin—. De mi... madrastra. Tranquilizantes. Los disolví en agua y te los di.

—Pero... ¿por qué?

—¡Pues por el golpe! —parecía exasperada, como si Berta fuera muy muy tonta—. Dormiste por tu cuenta hasta por la noche, y entonces me dijo mi hermano que te estaban buscando. Imagínate el plan. Sales de mi casa, todavía medio ciega y con un golpe en la cara. ¿Crees que no me habrían hecho preguntas? Así que te di las pastillas para que durmieras hasta el día siguiente y se te bajara la inflamación. Pero igual se me fue un poco la mano, porque seguiste frita más de un día entero. Estábamos a punto de llamar a una ambulancia cuando te despertaste.

—¿Y qué dije?

—Que tenías hambre.

Berta no pudo evitar sonreír.

—Así que te dejamos en El Gimnasio, el bar de Juan. Es amigo mío. Sabíamos que estarías bien.

—¿Tú y quién?

—¿Qué?

—Has dicho «te dejamos». ¿Quién más estaba?

—Pues... mi hermano. Ya te lo he dicho.

Berta empezó a caminar de un lado a otro de la terraza. Nada de aquello tenía sentido.

—¿Y el sello de la discoteca? De la Entropía.

Lorena frunció el ceño y luego dio una palmada.

—¡Sí, la Entropía! Me había olvidado. Es fácil: mojas con alcohol la mano de alguien que tenga el sello y lo pegas a la de la otra persona —explicó, como si le contara una receta de cocina—. Luego le dices al de la puerta que se te ha borrado por el sudor. Después dejó de servir porque lo cambiaron y comprobaban si lo tenías al revés, pero entonces todavía funcionaba. Te lo pusimos para que todos creyeran que estabas de fiesta.

A Berta le daba vueltas la cabeza. No era así como había pensado que se sentiría al saber la verdad. Pensaba que encajar las piezas le daría paz, pero solo estaba confusa.

—¿Y cómo sabías que no me acordaría? Porque la policía te podría haber hecho preguntas de todas formas.

—No lo sabía. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Encerrarte para siempre? Saqué el chocolate de mi casa y crucé los dedos.

Desde pequeña, a Berta siempre le habían dicho que era «muy empática». Sus tutores, la psicóloga del colegio: según ellos, se le daba muy bien ponerse en el lugar de los demás. Intentó hacerlo ahora. Ponerse en el lugar de Lorena. ¿Habría hecho ella lo mismo? Quizá sí. No era para tanto.

Se acercó a las plantas de romero que había junto a la barandilla, se frotó las manos y las olió.

—Bueno, pues... gracias por contármelo —dijo—. Supongo.

Enseguida se sintió idiota por haber dicho eso. ¿Gracias por contármelo? ¿Por drogarme y encerrarme y no decirme la verdad en quince años?

—Te lo he dicho: no pasó nada. —Lorena se llevó las manos al cuello para desabrocharse el colgante, pero antes de que tuviera la oportunidad de ofrecérselo, Berta echó a andar hacia el comedor.

Al entrar, vio a lo lejos a Camino y volvió a recordar el calendario. Igual todo esto era su karma. Sí, seguro que era eso: tendría que haber sido más generosa con los niños enfermos y no beber tanto champán, y entonces se sentiría mejor.

Lorena entró detrás de ella y se alejó hacia la barra. Cansada, Berta se sentó en la primera silla libre que encontró y enterró la cabeza entre las manos. Qué ganas tenía de salir de allí.

Capítulo 39

Alguien había creado una lista de Spotify con los éxitos de 2008; en aquel momento sonaba a toda pastilla *Single Ladies*, de Beyoncé, y la pista de baile estaba hasta arriba. Menos mal que en una hora cortaban la fiesta. Camino no estaba dispuesta a dejar que su cena se convirtiera en una caseta de feria.

La entrega de premios la había dejado aturdida. Era consciente de que había quemado todas las naves con Berta y sabía que no tenía que haberla hecho pasar por ese mal rato con el tema de Salva, pero no se había podido contener. Estaba hirviendo de cólera. Berta tenía la llave para salvar su negocio, porque el calendario explotaría si las fotos las hacía ella, una edición limitada de coleccionista valdría un pastón y arderían las redes sociales. No se trataba solo de conseguir más seguidores, sino de que tendría con qué ir a negociar con las marcas para que la patrocinaran de nuevo. Y le decía que no, ¿por qué? No tenía ningún motivo racional. La sacaba de quicio que la gente no fuera racional.

De repente, la vio sentada en una silla con expresión desorientada mientras Lorena entraba por la puerta de la terraza, a pocos metros de distancia. Se sintió muy cansada y estuvo tentada de dejar que cotillearan lo que quisieran y que Lorena le contara a Berta lo que creyera conveniente, pero enseguida saltó la parte sensata de su mente: no podía dejar que la relacionaran con aquello, que alguien empezara a tirar del hilo y se supiera todo. Todavía conservaba su reputación real, la importante, y era lo último que podía permitirse perder.

Se puso de pie y las miró como en un partido de tenis mientras decidía a quién abordar primero. Por fin, se fue detrás de Lorena.

—¿Dónde vas?

—A tomar una copa. No seas histérica.

Camino tamborileó con las uñas sobre la barra mientras Lorena dudaba entre marcas de ginebra como si estuviera comprándose una casa. Por fin, le sirvieron su bebida.

—Salgamos un momento a la terraza.

—Ni hablar. —Lorena dio un trago largo—. Llevo toda la noche en la puta terraza y me estoy congelando. Además, tengo que mear. —Echó a andar hacia el baño con decisión, y a Camino no le quedó más remedio que seguirla.

—Camino, por Dios, que no le he dicho nada —soltó Lorena en cuanto entraron en el baño, apretándose las sienes como si le doliera la cabeza.

Camino señaló la puerta cerrada de uno de los retretes y se puso un dedo frente a los labios. Lorena resopló, le dio la copa para que se la sujetara y se metió en el otro. Cuando acabó, se lavó las manos, cogió su bebida y salió otra vez al comedor. Camino fue detrás.

—¿Pero qué quieres ahora? Ya te he dicho que no le he contado nada. Ahora, ¿me podrías dejar tranquila, por favor?

Se perdió entre la gente murmurando «psicópata», y Camino se dejó caer en una silla. Lorena había cerrado la boca, así que podía tachar en su cabeza todo aquel desagradable asunto. Encontraría a un buen fotógrafo y no tendría que volver a pensar nunca más en su vida ni en ella ni en Berta Berral. Se le cruzó por la cabeza la idea de dejar la Asociación de Antiguos Alumnos. Quizá ya había tenido bastante Santa Catalina para lo que le quedaba de vida.

En ese momento, alguien le tocó el hombro. Se giró: era Berta, que tenía la piel grasienta y cansada de alguien que lleva demasiado tiempo despierta. Contuvo las ganas de ofrecerle su

estuche de maquillaje.

—Que vale —dijo Berta sin sentarse—. A lo del calendario. Que si quieres te ayudo. Llámame esta semana y lo vemos, ¿te parece?

Camino asintió sin decir nada, y Berta se marchó antes de que le diera tiempo a preguntarle qué le había hecho cambiar de opinión. Suspiró, confiando en que se acordara de desbloquearla en el teléfono.

Poco a poco, la tensión acumulada durante la noche empezó a disiparse. Todo había salido bien. Lorena había cerrado su boca, Berta había capitulado, el calendario iba a ser un éxito y Elka se pondría contenta.

Se preguntó otra vez por qué habría aceptado Berta tan súbitamente, pero enseguida se sacudió el pensamiento de encima. Quizá, por fin, se había dado cuenta de todo lo que le debía.

Se levantó y fue a la barra.

—Un Four Roses con zumo de naranja y poco hielo —pidió.

Esto había que celebrarlo.

Llegó a casa en taxi casi a las dos. Tendría que recoger el coche del Parador al día siguiente, porque al final se le había ido la mano con el *bourbon*. Estaba cansada pero eufórica y, sobre todo, se moría de ganas de contárselo a Elka.

Estaba a punto de meter la llave en la puerta cuando se dio cuenta de que había luz en el pequeño estudio de la casa de al lado. Iba a llamar al interfono, pero igual despertaba al niño o a Sole, así que se quitó los tacones, se subió la falda y saltó la valla que separaba las dos casas. No era difícil. A veces la gente la miraba y se olvidaba de que había competido en judo durante años y ahora pasaba la mitad de sus tardes en el gimnasio. *Mens sana in corpore sano*.

Se acercó a la ventana que daba al sótano y vio a Elka sentada en la mesa de dibujo. Estaba pintando con acuarelas, y, por un momento, Camino se quedó hipnotizada, observándola mover el pincel a un lado y a otro, viendo cómo los colores se mezclaban en diminutos ríos de pintura y agua. Esperó a que hiciera una pausa y golpeó suavemente el cristal con los nudillos. Elka levantó la cabeza con un respingo y al verla se echó a reír, mostrando sus dientes blancos de princesa Disney. Abrió la ventana y se acercó a ella.

—¿Qué haces ahí? —siseó—. ¿Cómo has entrado?

—Tenemos a Berta Berral.

—¿Qué?

—La fotógrafa famosa. Ha dicho que sí. El calendario va a ser un éxito y se expondrá en el Thyssen algún día.

Elka frunció el ceño.

—Pero ¿no había confirmado ya?

—Shh... No se lo digas a Elka, que se enfada. —Camino se puso un dedo frente a los labios—. No había dicho que sí-sí. Pero era casi seguro.

Elka meneó la cabeza mientras iba hacia la puerta para abrirla.

—¿En serio acaba de decir que sí? Ya te vale.

—Hay que tener visión de futuro, querida mía. Paciencia, persistencia y p... Ay, no me acuerdo de cuál era la tercera pe.

—¿De qué estás hablando?

—No sé. —Las manos de Camino aletearon frente a ella como si espantara mosquitos

invisibles—. No me hagas caso. La cuestión es que hay que celebrarlo. Va, llévame a bailar.

Miró a Elka con su mejor cara de súplica y comprobó con satisfacción que su ceño se iba alisando hasta que dejó escapar una sonrisa.

—Estás como una cuba. Conduzco yo.

En cinco minutos iban las dos hacia el centro sobre la moto con pegatinas de margaritas. Camino, que se había tenido que remangar la falda del traje para poder subirse detrás, recibió un par de silbidos en los semáforos. No podía parar de reír. Se sentía como si tuviera otra vez quince años y la noche acabara de empezar.

Capítulo 40

La traidora de Nora se había ido sin avisar porque la había llamado su prima, que se quedaba con su hijo, y le había pedido que volviera porque no había quien acostara al niño. A Lorena no le quedó más remedio que bajar andando con los tacones en la mano, porque se negaba a gastarse más dinero en aquella cena.

Al final, en un afán por aprovechar el precio del cubierto, había acabado quedándose hasta que quitaron la música y bebiéndose una copa tras otra. Aun así, se arrepentía de haber ido. Sí, mucha gente le había hecho comentarios sobre el peso que había perdido y lo fantástica que estaba, pero cuando le preguntaban qué estaba haciendo con su vida y contestaba con evasivas, perdían el interés. Quizá había adelgazado por encima de sus posibilidades. Se rio de su propia broma y siguió caminando cuesta abajo. A ver si al menos el entrenamiento le servía para no tener agujetas al día siguiente.

Después estaba todo el tema de Camino. Qué cabrona. Pensaba que podría delatarla por fin, vengarse de ella después de tanto tiempo, y le había salido el tiro por la culata. Notó otra vez la furia llenándola entera y se preguntó qué opciones tenía. ¿Cambiar de trabajo para que no pudiera chantajearla? Incluso si lo conseguía y le decía la verdad a Berta, era su palabra contra la de Camino. Su cabeza rebotaba una y otra vez en el mismo bucle de frustración y cada vez concluía que no merecía la pena y que era mejor seguir con su vida.

Además, ahora que le había contado a Berta una parte de la verdad, igual la muy pava tiraba del hilo y era ella quien desenmascaraba a la Zorra Implacable. O quizá era peor y, si Berta se enteraba, fuera como fuese, la Zorra descargaría su ira contra Lorena. Dejó escapar un bufido y golpeó un muro cercano con los zapatos.

En ese momento, un taxi hizo sonar el claxon y se paró unos metros más adelante. Lorena se acercó y vio dentro a Isabel, una de sus compañeras de mesa.

—¿Vas para El Palo? Podemos compartir, si quieres.

Dudó un momento y finalmente aceptó. Si se bajaba antes, igual Isabel no le dejaba pagar su mitad.

—No conseguía ningún taxi y al final he echado a andar —se excusó mientras se sentaba.

—Bueno, mujer, pues al final has tenido suerte. —Isabel le dio un par de palmaditas en el muslo—. Ha estado bien la cena, ¿no?

«Para ti, sin duda», pensó Lorena, aguantando la risa. Estaba casi segura de haberla visto haciendo manitas en la terraza con Bernardo, otro compañero de mesa, que en bachillerato era un friki y ahora estaba como un tren. Dejó escapar un «ajá» neutro mientras miraba por la ventana.

—Y Camino Atienza, qué mujer. Es una fuerza de la naturaleza, ¿verdad? Qué estilo. ¿Sabías que es *influencer* en Instagram? De decoración, o algo parecido.

Lorena ocultó su sorpresa y contuvo las ganas de sacar el teléfono para buscarla. En su mente, Camino era una abogada exitosa que trabajaba en algún aburrido despacho.

—Es curioso, ¿no? —continuó Isabel, con la lengua un poco trabada por el alcohol—. Hay gente que apunta maneras desde adolescente. Camino era perfecta en el instituto y lo sigue siendo ahora. Da un poco de rabia.

—Seguro que no es tan perfecta.

—Sí, de verdad que lo es. Yo también he intentado buscarle fallos, pero soy muy amiga de Mara, la del comité, y dice que lo que ves es lo que hay. Perfecto negocio, perfecta familia, hasta

su pelo es perfecto, moreno natural sin una cana. En fin.

Dejó escapar un suspiro mientras volvía a pintarse los labios aprovechando un semáforo. ¿Por qué se pintaba los labios para volver a casa? La gente era la mar de rara.

Isabel iba hasta Echeverría, así que Lorena se inventó que vivía a la altura de los Baños del Carmen para poder bajarse antes. Se llevó la mano al bolso.

—Anda ya, mujer, la próxima pagas tú —dijo Isabel, empujándola fuera del taxi. Lorena ocultó una sonrisa. Ahora tendría que andar otro rato, pero al menos era en llano y le sentaría bien un poco de aire fresco.

La moto le llamó la atención porque era de un amarillo la mar de hortera y es taba cubierta de pegatinas de flores. Había parado en un semáforo, y, mientras se acercaba, Lorena escuchaba a sus ocupantes charlando y partiéndose de risa. Estaba casi al lado cuando reconoció una de las voces: o tenía alucinaciones o aquella era Camino.

Se detuvo a unos metros y se alejó de la carretera para tener mejor ángulo. Sí, no había duda: era Camino, con las piernas al aire y pinta de estar pasándose bomba. No reconoció a la otra. Hubiera jurado que no estaba en la fiesta, pero había tanta gente que era imposible saberlo.

Lorena observó, pasmada, cómo se alejaban dando voces en dirección al centro. Vaya con Camino, con lo formal que parecía. Recordó a Isabel alabando su perfección y no pudo evitar una risotada burlona. «La gente es una caja de sorpresas», pensó.

Siguió andando mientras le daba vueltas a aquella idea. La gente era una caja de sorpresas, y Camino Atienza no iba a ser menos. No se creía su pose de mujer perfecta. Engañaría a los demás, pero a Lorena no; Camino tenía secretos, como todo el mundo, y ella los iba a descubrir. Y, cuando lo hiciera, la hundiría en la miseria.

Capítulo 41

Aparcaron en la Merced, cerca de donde habían dejado la moto cuando persiguieron a Nico Zurita.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó Elka mientras se quitaba el casco.

Camino sacó su móvil y miró la hora.

—Los bares están a punto de cerrar. Vayamos a una discoteca. ¿Sigue abierta la Godiva?

Elka, que se había agachado para ponerle el candado a la moto, levantó la cabeza y la miró con la boca abierta.

—¿De qué conoces tú la Godiva?

—Ni que fuera el Área 51. Es una discoteca. Anda, vamos. —Camino extendió la mano para ayudarla a incorporarse.

La Godiva, en efecto, estaba abierta, y, en cuanto entraron, Camino se sorprendió al ver que era como ella la recordaba. Había chicas, arregladísimas con falda y tacones, que te hacían dudar de tu *gaydar* hasta que te clavaban los ojos y esbozaban una sonrisa lenta. Había *boladeras toreras*, con camisas de cuadros y el pelo cortado a cepillo, bailando como si aplastaran cucarachas. Había universitarias *bicuriosas* dándose el lote con la compañera de piso que se reírían al día siguiente mientras hacían café para aliviar la resaca.

Había, en fin, tantos tipos de mujeres atraídas por mujeres como pudieras imaginar.

Bailó un par de canciones con los ojos cerrados mientras Elka iba a la barra a por bebidas. Cuando volvió, la miraba como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿Por qué conoces este sitio? —le dijo, acercándose a su oreja para hacerse oír por encima de la música.

—¿Por qué lo conoces tú?

Elka reflexionó un momento.

—No sabía que eras bi —le dijo, tendiéndole la copa.

—¿Quién ha dicho que sea bi? —Camino le guiñó un ojo—. Soy absoluta e indiscutiblemente lesbiana.

—Pero... ¿Y Jaime? —Elka parecía estar a punto de sufrir un ictus.

—No me apetece hablar de Jaime ahora. Ven. Bailemos. —La cogió de la mano y empezó a moverse al ritmo de Alaska.

Recordó la primera vez que había ido allí, a los dieciséis, con unas chicas de Huelin a las que había conocido en un chat de IRC. Esa misma noche se lio con una en el lavabo y se besaron contra la puerta mientras alguien la aporreaba para que salieran de una vez.

Al principio, no había sabido reconocer lo que las otras chicas provocaban en ella. Lo llamaba «cambiar de color». Empezó en quinto de primaria con una compañera de clase con la que no hablaba demasiado, cuando las pusieron juntas para preparar un teatro en clase de inglés. Sara (así se llamaba) la había tocado en el brazo mientras ensayaban, y se reía con una risa fuerte y un poco ridícula mientras la miraba a los ojos. A partir de ese momento, era como si no pudiera evitar verla cuando estaba en una habitación. Brillaba con un tono distinto al resto en la periferia de su campo visual. Camino, que nunca había sido vergonzosa, se ponía colorada cuando le hablaba, y, por las noches, antes de dormir, se imaginaba complicadas escenas entre las dos. Que iban de excursión con el colegio y Sara y ella se perdían, y tenían que hacer un fuego (cómo iban a hacer un fuego dos niñas de diez años era un detalle que se resolvía solo, mientras la cámara no

grababa) y dormían abrazadas junto a él para darse calor.

Esas fantasías la dejaban a partes iguales desconcertada y anhelando algo que no sabía muy bien qué era. La clase de religión donde le explicaron el pecado de la homosexualidad fue para ella un curso acelerado de educación sexual. No llegó a plantearse si sentir aquello era lo correcto. Habría sido como preguntarse si era correcto que le gustara más el helado de fresa que el de chocolate. Enseguida había tenido la poderosa certeza de que Dios no podía odiar algo que había creado, y a ella la habían creado así, estaba segura.

Más tarde, durante la ESO, le dio una oportunidad a estar con chicos, pero, si las que le gustaban cambiaban de color, ellos eran de una pasta color sepia por la que era incapaz de sentir nada remotamente sexual.

Dios no podía enfadarse por eso.

Elka la miraba ahora de forma distinta. Tenía el aspecto de alguien cuyo cerebro trata de procesar un montón de cosas a la vez. Estaría repasando, uno por uno, los momentos que habían compartido las últimas semanas: las confidencias en el Ambigú, las risas preparando el calendario, comer aperitivos repugnantes sentadas en el sofá mientras se tocaban de vez en cuando con los pies descalzos. Se estaría preguntando, como lo había hecho ella, si estaba surgiendo algo que iba más allá de la simpatía por la vecina nueva.

Camino estaba demasiado borracha como para pensar con claridad. ¿Por qué, si no, había sugerido que fueran a la Godiva? Sabía perfectamente que eso cambiaba las reglas del juego. ¿No era una forma cobarde, casi adolescente, de decirle «me gustas»?

Hacía mucho que no estaba con una mujer. La última había sido la prima de Jaime en aquella boda en la que alguien trajo éxtasis y acabaron colocadísimos. Lucía, la prima, la había arrastrado hacia los servicios de mujeres con la excusa de que le sujetara el bolso y la había sorprendido aplastándola contra la pared de azulejos. Todavía podía recordar el frío de las baldosas en la espalda y el calor que habían generado rápidamente, metiéndose mano por debajo de sus elegantes vestidos de fiesta. Un tiempo después, había visto un vídeo de un vegano que probaba la carne después de veinte años, y sus muecas extasiadas al meterse cada pedazo en la boca le habían recordado a lo que sintió en la boda. Por suerte, Lucía nunca volvió a mencionar el episodio.

Miró de nuevo a Elka, que parecía haber decidido algo en privado y ahora bailaba más cerca de ella. La certeza de que iba a pasar algo aquella noche flotaba entre las dos, densa como el aire de la Godiva cuando todavía dejaban fumar dentro.

Poco a poco, fue entrando en el placentero trance de la noche de fiesta. Bailaron, bebieron, se hicieron amigas de las del grupo de al lado cuando una de ellas le tiró sin querer media copa encima a Camino. A cada rato, se miraban y sonreían, como si compartieran un secreto. Elka no tenía prisa.

—Me muero de hambre —dijo Camino después de lo que podrían ser minutos u horas, no lo tenía claro—. Vamos a comer algo.

—Cuando pensaba que la noche no tenía más sorpresas que ofrecerme, me enteré de que te gustan los *shawarmas* —dijo Elka mientras daba mordisquitos al pan de su falafel.

—¿Por qué no iban a gustarme?

—Yo qué sé. Creí que dirías que eran antihigiénicos, o algo así.

—A ver. —Camino se limpió un poco de salsa que le chorreaba por la barbilla—. Para una

cena de gala no son, pero están ricos.

Estaban sentadas en un banco del paseo marítimo de La Malagueta. A Camino se le había metido en la cabeza que quería ver el mar, con esa fijeza absurda que da a veces el alcohol, y había convencido a Elka para que condujeran hasta allí.

—Bueno. —Elka cerró el envoltorio de papel de su comida y lo puso a un lado—. Desembucha.

—¿Qué quieres que desembuche?

Era divertido ver su cara de exasperación.

—Pues que yo te tenía por la perfecta esposa católica —dijo Elka— y ahora resulta que eres una lesbiana convencida. ¿Por qué no me lo habías contado?

—Soy, en efecto, una esposa católica, y mi orientación sexual nunca ha salido en la conversación. Si me hubieras preguntado, no habría tenido ningún problema en decírtelo.

—¡Venga ya! Te estás quedando conmigo, ¿no? ¿Cómo se me iba a ocurrir preguntarte? ¡Estás casada! ¡Con un hombre!

—El sexo no es la única razón para casarse.

Elka se frotó la cara como si tratara de espabilarse tras un mal sueño.

—Vale. —Parecía más apaciguada—. Cuéntame más, entonces. ¿Te diste cuenta después de casarte y ahora no te atreves a pedir el divorcio?

Camino arrugó el papel de su *shawarma* y lo encestó limpiamente en una papelería. Después, se acercó a Elka hasta que sus cabezas casi se tocaron y aspiró con fuerza el olor a champú de coco mezclado con sudor.

—¿Tú... de verdad... de verdad quieres hablar de eso ahora? —susurró.

Elka abrió la boca como si fuera a decir algo, pero después sonrió de medio lado y empezó a acortar la distancia que las separaba.

—Espera —dijo Camino.

Acababa de oler su propio aliento. Sacó del bolso un cepillo de dientes, pasta y una botella de agua y se cepilló los dientes mientras Elka la miraba con una sonrisa.

—Eres única en tu especie.

—Toma. —Camino le alargó el tubo de pasta.

Terminó de lavarse los dientes y vio cómo Elka frotaba los suyos con el dedo. Era extrañamente erótico, y, sin poder contenerse, la abrazó por detrás mientras terminaba y le rozó el cuello con los labios. Elka ronroneó, y a Camino le dio tiempo a pensar que aquello era una locura, que se iban a ver todos los días, que todavía estaba algo borracha y...

... y ya no tuvo tiempo para pensar más.

Tercera parte

Capítulo 42

—La clave la tiene Camino Atienza —dijo Berta, triunfal, en cuanto se sentó en la consulta.

Valle parecía desorientada. No podía culparla; llevaba semanas sin aparecer. Debía de sentirse como cuando vuelves a ver una serie después de haberla dejado abandonada un montón de tiempo.

—Buenas tardes también para ti —contestó con una media sonrisa.

Berta soltó una risita incómoda.

—Perdón. Es que es importante.

—Comprendo... —Valle se inclinó sobre la mesa—. Sin embargo, ¿no crees que deberíamos empezar por tu otra desaparición?

—¿A qué te refieres?

Valle enarcó las cejas sin decir nada, y Berta notó que le ardían las mejillas.

—Pues... es que me encontraba mucho mejor. Se lo dije a Basilio.

—E imagino que él te comentaría que en estos casos me gusta hablar personalmente con el cliente.

—Um... No sé. No me enteraría bien. Lo siento.

Berta notó las familiares ganas de levantarse de aquella silla y salir por la puerta. A veces se preguntaba cómo conseguía su psicóloga ganarse la vida haciendo sentir a la gente tan incómoda. Se obligó a quedarse quieta como a un caballo rebelde: había ido allí con una misión y se debía a sí misma la oportunidad de completarla.

—Vale. Vamos a dejarlo ahí. —Valle tenía la cara de quien te permite ganar a propósito porque tiene sus propios planes—. Por la razón que sea, aquí estás otra vez. ¿Por qué?

—Porque he averiguado cosas. Quería tu opinión.

A veces Berta miraba a Valle y juraría que podía ver, por un momento, la auténtica reacción que habría tenido de no ser una «profesional». En aquel momento, estaba segura de que se moría de ganas de poner los ojos en blanco.

—Cuéntame —dijo.

Hizo un resumen rápido de lo que le había explicado Lorena en la terraza.

—Como verás, no tiene ningún sentido. ¿Drogarme por un golpe en la cara? Lorena y yo no éramos mejores amigas, pero nos hablábamos. Lo habría entendido.

—Ajá.

—Entonces entramos otra vez al salón. Yo estaba desesperada, así que me senté un momento en una silla y después decidí irme. Pero antes tenía que hacer pis, así que fui al baño, y entonces... va y entra Lorena con alguien más y dice: «Camino, por Dios, que no le he dicho nada».

Recordó la descarga de adrenalina que había sentido al escucharla. Se había quedado muy atenta, a ver si decían algo más, pero esa fue la única frase que pronunció Lorena; al día siguiente, de hecho, temió habérselo imaginado. Pero, cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. Lorena le había contado esa historia absurda porque estaba encubriendo a alguien, y ese alguien no podía ser otra que Camino Atienza.

—¿Y esta Camino quién es? —preguntó Valle. Por una vez, parecía genuinamente interesada en lo que le estaba contando, sentada más recta en la silla y con los ojos un poco más abiertos de lo habitual.

—¿Te acuerdas de lo que te conté el otro día? Las pijas, las merdellonas y las *alternativas*, ¿no? Camino era la reina de las pijas. La reina del colegio entero, de hecho: alta, guapa, matrícula de honor, campeona de judo.

—Y aun así, no parece que te caiga muy simpática.

—Uf, qué va. —Berta medio fingió, medio sintió de verdad un estremecimiento, como si mencionara a un ave de mal agüero—. Es difícil de explicar. Camino tenía... —Se corrigió—: Tiene... algo peligroso.

—¿Tuviste algún problema con ella en el colegio?

—Mmm... Supongo que no. —Eso no era del todo cierto. Camino se había acercado a ella un par de veces en segundo por el asunto de Salva, pero no podía contarle aquello a Valle. Le tiraría de la lengua y saldría todo lo demás.

—Entonces, digamos que esto del peligro de Camino es algo que te cuenta tu mente pero sobre lo que no tienes demasiadas pruebas, ¿no?

—Vale, sí, sé lo que quieres decir. —Berta asintió con aire hastiado—. Que no reaccione antes de tiempo. Pero, ¡Valle!, Camino estaba en el ajo. Lo dijo Lorena.

Valle movió la cabeza varias veces, arriba y abajo, como esos muñecos que se habían puesto de moda hacía mucho para el salpicadero del coche, pero parecía más un reflejo que un asentimiento sincero.

—Entonces, ¿cuál es tu plan? —dijo.

—Acercarme a ella con lo del calendario y sacarle la verdad de alguna manera.

—¿Y en qué puedo ayudarte yo con eso?

—Pues, no sé... Tú eres psicóloga. ¿Cómo puedo..., yo qué sé, manipularla? En el buen sentido, tú me entiendes.

—¿Cuál es el buen sentido de manipular? —Valle parecía estar, en el fondo, divirtiéndose un poco con todo aquello.

—Yo qué sé. ¿No justifica el fin los medios?

En momentos como esos, Berta se imaginaba a Valle como un jugador de cartas que mira las que tiene en la mano y decide cuál va a poner sobre la mesa. Por fin, habló:

—A ver. Veo que averiguar lo que pasó es importante para ti. —Hizo una pausa, y Berta fue por primera vez consciente del suave zumbido de la calefacción de aire—. No puedo ayudarte a, como tú dices, manipular a nadie. No sería ético. Apoyo que sigas investigando, si crees que eso te va a satisfacer...

—«Pero...» —la imitó anticipadamente Berta.

—No, no «pero». «Y». Y además de apoyarte, quiero saber. —Juntó con delicadeza los dedos de las manos y colocó, sin apoyarla, la cabeza encima—. Quiero saber por qué quieres saberlo.

Por un momento, Berta no supo qué decir. Creía que estaba claro. ¿No habían hablado de aquello el primer día? Igual Valle estaba despistada; las psicólogas también podían tener un mal día. Se disponía a explicárselo otra vez desde el principio (secuestro equivalía a miedo, que equivalía a no tener hijos, que equivalía a su prometido largándose y ella sola para toda la eternidad) cuando, para su sorpresa, Valle habló de nuevo:

—No es miedo. No me creo que sea por eso. Tú no tienes miedo, no me lo creo. No es miedo, es otra cosa, y creo que no vas a avanzar hasta que no lo averigües o...

—¿O?

—Hasta que no te lo admitas a ti misma.

La atmósfera de la consulta parecía más cargada que otras veces, como si se hubieran

olvidado de limpiar y minúsculas partículas de polvo flotaran en el aire.

La verdad de lo que Valle acababa de decir golpeó a Berta con fuerza. Ella no tenía miedo, y darse cuenta era extraño, como aquella vez que hizo una prueba de resistencia en Educación Física y quedó de las primeras sin esperarlo. Al principio sí era miedo, pero ya hacía tiempo, desde que recordó que había estado en casa de Lorena, que sabía que aquella tarde nadie le había hecho nada terrible. Malo sí, claro, porque encerrar y drogar a alguien no es como para que te den un premio, pero no traumático.

—Pero... me encuentro fatal. Aunque no sea miedo, cada vez que pienso en ello, se me pone un nudo aquí. —Se llevó una mano al estómago y la apretó en un puño sobre su jersey.

—Vale. Quédate con esa sensación un momento. Respira, imaginándote que diriges el aire ahí. Si quieres, puedes cerrar los ojos.

Berta no quería, pero, aun así, los cerró.

—Imagina que puedes delinearla con un rotulador. Observa qué forma tiene. ¿Es regular, irregular? ¿Se parece a algo?

«Es una bola de alambre con pinchos», pensó Berta, pero no dijo nada.

—¿Qué color tiene? —Valle no parecía esperar respuesta, así que siguió callada. La bola era gris marengo: el 274 de Faber Castell, Warm Grey V, del que abusaba siempre en clase de dibujo —. Imagina que el aire que entra por la nariz es de otro color. ¿Cuál es?

El 108, Dark Cadmium Yellow. Ese amarillo siempre la ponía de buen humor.

—Imagina el aire entrando y mezclándose con la sensación, los colores mezclándose.

Mezclar gris y amarillo era una idea terrible, y Berta perdió la concentración. Apretó los ojos y trató de dirigir otra vez la atención a la voz de Valle, que hablaba cada vez más despacio.

—Y ahora, eso que notas ahí, que no es miedo, ¿qué es? Puedes preguntárselo a tu sensación.

Estaba a punto de abrir los ojos y quejarse de que no tenía sentido hablar con una sensación cuando lo entendió.

Lo sabía, claro que lo sabía.

Lo había sabido en el momento en que la otra Berta le preguntó «¿Qué pasa con Salva?» durante la sesión de hipnosis, y también cuando tuvo que ver aquella presentación de sus fotos en la cena del Santa Catalina.

Respiró hondo y, antes de tener tiempo para dudar, lo soltó:

—Es culpa —dijo, todavía con el puño cerrado a la altura de la barriga.

—Culpa. —Valle había bajado tanto el volumen que ahora casi susurraba—. ¿Y qué hace ahí la culpa? ¿Por qué viene?

Berta sabía que se arrepentiría en cuanto las palabras salieran de su boca, y, aun así, lo dijo:

—Porque el día del secuestro, Salva, mi profesor de Fotografía, se suicidó. Si yo hubiera estado donde tenía que estar, seguiría vivo.

Capítulo 43

Valle parpadeó un par de veces, tan fuerte que Berta pensó que le había entrado algo en un ojo. Pudo ver la sorpresa apareciendo en su cara y siendo inmediatamente cubierta por una capa de contención profesional.

—Ajá. ¿Te gustaría contarme un poco más sobre esto?

—Pues eso. Que era mi profesor de Fotografía en segundo de bachillerato y se suicidó por mi culpa. Habíamos quedado, yo no fui y se suicidó.

Valle desvió un momento la mirada, como si necesitara concentrarse para decidir qué decir a continuación.

—A ver —dijo, por fin, agarrándose a los bordes de la mesa—. ¿Quieres empezar desde el principio? ¿Por qué habíais quedado?

Berta cerró los ojos y pensó, con cierta ironía, que la culpa de todo la tenía el Veiga, porque sus exámenes de Historia del Arte eran exageradamente difíciles y superaban con creces lo que les pedirían después para selectividad. Corría el rumor de que su mujer se había largado con su hijo porque no aguantaba su carácter y ahora él se vengaba con sus alumnos.

Si no fuera por el Veiga y por las dos décimas que le faltaron para aprobar el parcial de noviembre, nunca habría necesitado hablar con Salva.

—El problema fue el examen de Arte —comenzó.

14 de noviembre de 2007

Era la hora del recreo, y Berta estaba de pie frente a la puerta del despacho de Salva, esperando a que apareciera. Le sudaban tanto las manos que temió estropear el sobre que sujetaba entre ellas, así que las sacudió por turnos para que les diera el aire.

Desde su breve intercambio durante la primera clase, Salva le lanzaba indirectas casi cada día acerca de sus «misteriosas fotos».

—Triple Be —insistía—, ¿esas fotos existen o son como el monstruo del lago Ness?

Berta respondía con evasivas. Tenía el talento suficiente como para atisbar el mar inmenso de su desconocimiento y sabía que, pese a los destellos de magia, sus fotos estaban llenas de errores.

Sin embargo, había suspendido el parcial de Historia del Arte hacía tres días y estaba agobiada. Tenía que presentar dos series de fotos como proyecto de trimestre, una de estudio y otra de exteriores, así que decidió ir a ver a Salva para intentar que le pasara la mano y aceptara una de las que ya tenía hechas. La serie de estudio, sobre todo, era un incordio, porque había que reservar hora en el del colegio y perdería la tarde entera.

Vio aparecer a Salva por el extremo del pasillo, dando grandes bocados a una manzana verde.

—Pero bueno, Triple Be, ¡dichosos los ojos!

Abrió la puerta del despacho y la invitó a pasar con un gesto. Berta se quedó de pie mientras él colgaba la chaqueta y se sentaba en su silla.

—¿Y bien? —La miraba con la cara de alguien que sabe que va a pasar algo bueno, aunque no tenga muy claro qué.

—Pues...

Por fin, Salva se fijó en el sobre y se le iluminaron los ojos.

—¡Las fotos! ¡Existen! —Señaló con una mano la silla frente a su escritorio—. Siéntate, Triple Be. Enséñame lo que tienes ahí.

Después de mucho darle vueltas, Berta se había decidido por la colección de los pecados capitales. La idea había surgido una tarde perezosa de finales de verano, después de hacer un test de la *Súper Pop* («¿Cuál es tu pecado favorito?»), cuando Sonia, Paloma y ella estaban tan aburridas que cualquier excusa era buena para probar algo distinto.

Salva sostenía los retratos por los bordes, con cuidado de no dejar huellas. De cerca, sus ojos eran más claros de lo que Berta pensaba: un dorado miel que cambiaba con la luz. No dijo nada mientras contemplaba, una por una, las siete imágenes e iba colocándolas en fila sobre la mesa.

Por fin, levantó la cabeza.

—Técnicamente no son impresionantes —dijo.

A Berta se le cayó el alma a los pies.

—Pero cuentan una historia. —Berta volvió a llenar los pulmones de aire—. ¿Cuál crees tú que es? Ven, pon la silla aquí.

La arrastró hasta colocarse junto a él y repasó las fotos como si fueran de otra persona.

—A ver... —Se mordió la parte interior de la boca—. La idea era que Sonia empiece sola mostrando soberbia y avaricia, y Paloma se acerca a través de la envidia y la ira. Entonces comparten una comida, que es la gula, y de ahí pasan a la lujuria y terminan durmiendo por la pereza. Para mí era una historia de amor, o de pasión, no sé.

Salva negó con la cabeza.

—Esa es la historia obvia, la de la superficie. Pero la relación que de verdad interesa aquí es la del fotógrafo con su arte. Fíjate en las primeras —dijo, señalando con uno de sus dedos huesudos la imagen de la avaricia, en la que Sonia cosía con una aguja enorme el bolsillo lleno de monedas de una chaqueta vieja—. Son planos más alejados, estás más distante. Poco a poco, vas venciendo la timidez, buscando los detalles, hasta que en la gula encuentras lo que había en ellas desde el principio. La atracción. El erotismo. Aquí —golpeó con un dedo la mesa junto a la foto— pierdes el miedo.

Berta recordó cómo había probado distintos encuadres y posiciones para la gula hasta que al final dio con la imagen que buscaba. Sonia y Paloma mordían cada una el extremo de una larga y brillante tira de beicon con los labios relucientes de grasa. Estaban en extremos opuestos del encuadre y se miraban a los ojos mientras la mesa, llena de comida, aparecía desenfocada en un segundo plano. La escena tenía una simetría que era al mismo tiempo agradable e inquietante.

—Como todo en la vida, querida Triple Be, estas fotos van de sexo.

Berta se puso colorada. Tenía la impresión de que todo iba de sexo últimamente: quién lo había hecho, quién no, dónde hacerlo sin que te pillaran, quién compraba los condones. Ella todavía era virgen. Había tenido oportunidades, pero cuando llegaba el momento de la verdad, siempre se sentía como si estuviera sonando la canción equivocada.

—En fin, que, como te decía —dijo Salva, metiendo una por una las fotos en el sobre—, aún tienes mucho que aprender, técnicamente hablando. Pero la madera está ahí. Sigue trabajando.

Le tendió las fotos, y Berta carraspeó.

—Verás —comenzó, e hizo un resumen de su situación con el examen de Historia del Arte y el proyecto de fin de trimestre.

Hasta que terminó de hablar, no reparó en que seguía sentada junto a Salva en su lado del escritorio; avergonzada, se levantó y se alejó unos pasos.

—Ni hablar. —Salva la miraba como si le hubiera propuesto que asesinaran a medias al jefe de estudios—. No puedo permitirte eso. Este talento no es razón para que practiques menos, sino más. ¿A quién le importa la Historia del Arte? Toda esa gente está muerta. —Se levantó de un salto, dio la vuelta al escritorio y agarró a Berta por las solapas de la chaqueta—. Nosotros estamos vivos, Triple Be, ¡vivos!

Berta parpadeó sin saber muy bien qué decir.

—«A quien Dios da un talento también da un deber». —Salva la soltó y se sentó en la mesa—. *Shine*, la película. ¿La has visto? —Berta negó con la cabeza—. Muy buena.

Se notaba empequeñecer sobre la silla. Siempre lo había sospechado: no era una artista. Era cobarde. Quería salir del paso sin esforzarse.

—¿Has pensado qué vas a estudiar el año que viene? —preguntó Salva, balanceando los pies.

—No. —Al ver que no respondía, Berta se obligó a seguir hablando—. No veo claro meterme en Bellas Artes. El dibujo me gusta, pero no se me da bien. Además, en Málaga no hay facultad y mi familia no se puede permitir mandarme fuera.

—¿Conoces la École Dauphine, en París? —Berta negó con la cabeza—. ¿No? Es una de las escuelas de fotografía más famosas de Europa. Estuve dando clase allí unos años.

Berta se enderezó en la silla. Nunca se le había ocurrido que podía haber escuelas solo de fotografía.

—Muy de vez en cuando —continuó Salva—, quizá una vez cada... ¿cinco años?, recomiendo a algún alumno para las becas que dan. ¿Te interesaría? Becas completas: alojamiento, comida, clases. Los franceses son gente generosa.

París. Era una idea tan ajena a ella como si le estuviera proponiendo estudiar en Marte.

—Sí, claro, pero...

—¿Pero qué, Triple Be? Ay, amiga mía, te falta el hambre. Igual que en estas fotos —dijo, señalando el sobre—, esperas demasiado para acercarte. Para atreverte.

Berta no supo qué responder.

—En fin, piénsatelo. Si trabajas duro el resto del año, escribiré esa carta. Imagínate ahí, en los cafés a donde iban Hemingway y Picasso, oliendo las flores de París en primavera. Tú no eres de aquí, Berta. No perteneces a esto. —Arrugó la nariz como si la habitación hubiera empezado a oler mal de repente, y luego extendió los brazos a ambos lados del cuerpo—. ¡Rompe la crisálida! ¡Despliega tus alas!

Se acercó a ella, la agarró de las muñecas y agitó sus brazos como si quisiera que echara a volar. Berta notó sus manos tibias y el olor a tabaco de su aliento.

Salió del despacho aturdida. Hasta ahora no se había imaginado en ningún sitio que no fuera Málaga o, como mucho, Granada. Ahora Salva le hablaba de París. Se moría de miedo solo de pensarlo, y, al mismo tiempo, sería estupendo estar ahí: lejos del diminuto dormitorio que apenas hacía un año que había dejado de compartir con Amor, de su padre tomando el sol desnudo en la terraza, de las lecturas de tarot de su madre y sus amigas. Estaría muy muy bien.

Se alejó por el pasillo apretando el sobre en la mano. De momento, iba a trabajar duro. Salva le había dicho que no se hiciera ilusiones; después de todo, él no tenía la última palabra con lo de las becas. Pero, si no probaban, nunca lo sabrían, ¿verdad?

Ir a verlo había sido una idea fantástica.

Capítulo 44

Lorena miró de reojo el perfil de Nacho recortado contra la ventana del coche. Todavía no podía creerse que lo hubiera convencido.

Había llegado a él por descarte: necesitaba a alguien con coche que estuviera lo bastante alejado de su vida como para no causar problemas si se iba de la lengua. Tenían buen rollo en los entrenamientos y, si le hubieran preguntado, Lorena habría dicho que lo consideraba su colega. Amigo igual no; esas eran palabras mayores, pero sí alguien que te puede hacer un favor en un momento dado.

Así que un día aprovechó las pausas entre series para contarle una versión *light* de su historia con Camino, tuneándola un poco para que se pusiera de su parte. Le explicó que quería montar guardia en coche delante de su casa.

—Lorena, chiquilla, búscala en Google, como todo el mundo.

Sacudió la cabeza. Ya había revisado sus redes sociales, y, sí, Camino había tenido un follón importante por una *story* racista que había publicado hacía un tiempo, pero eso no iba a hacer pestañear a sus amigas fachas del Santa Catalina. Por lo demás, estaba limpia como una patena.

Aun así, cada vez que la recordaba en aquella moto de madrugada, su instinto arácnido se activaba de nuevo. Camino tenía secretos, podía olerlos.

—Va, di que sí, que va a ser divertido.

Nacho tenía la cara de un niño que no quiere hacer una travesura por si le pillan los padres.

—¿Y si nos ve?

—Estamos en la calle y tenemos el mismo derecho que cualquiera. Además, piensa que, si resuelvo esto, me voy a sentir tan, pero tan empoderada que voy a empezar a levantar las pesas con el meñique.

—O sea, que es todo por el entrenamiento —dijo Nacho fingiendo solemnidad.

—Todo por el sagrado arte del *powerlifting* —Lorena juntó las manos y cerró los ojos.

—Entonces no me va a quedar otra que ayudarte.

—No.

Así que allí estaban. En cuanto entró en el Seat del año de la pera de Nacho, la agobió un poco lo pequeño que era. Estaba acostumbrada a que estuvieran cerca, pero siempre con una excusa: rectificar la postura, comprobar que un músculo se activaba, pero ahora los dos estaban quietos, mirando al frente, y ella no sabía qué hacer con las manos.

Decidió sonsacarles cosas. Nunca había pasado tanto tiempo con alguien de quien sabía tan poco, pero cada vez que intentaba averiguar más durante los entrenamientos, él contestaba con monosílabos y le decía que se concentrara.

—¿Y cómo empezaste con las pesas? —preguntó.

—Adivínalo.

Lorena se dio tres golpecitos en la barbilla con el índice.

—Perdiste en una pelea y decidiste ponerte fuerte.

—Qué va. Mucho más triste: a los diecisiete oí decir a una de mi clase que estaba demasiado canijo.

—Venga ya.

—Te lo juro. Empecé a hacer pesas y a tomar batidos de proteína.

—¿Y qué pasó?

—En tres meses estábamos liados. Qué puedo decir. —Nacho se inclinó como si saludara a un público invisible.

Lorena tuvo una visión de Nacho con diecisiete años metiéndose mano con una chica, oliendo a loción para después del afeitado, y tuvo unas ganas irracionales de ser aquella chica. No por Nacho en sí, sino por estar con alguien, porque a veces le dolía lo mucho que echaba de menos besar, abrazar, follar. Cada vez que él le ponía las manos encima en los entrenamientos, se quedaba quieta, sin atreverse a respirar, para ver si el contacto duraba un poco más. Pero no era por Nacho. Le habría pasado con cualquiera.

—Creído —dijo, dándole un puñetazo suave en el hombro.

—¿Pero sabes qué es lo más gracioso?

—¿Qué?

—Que no había subido de peso ni un gramo. Lo que necesitaba era confianza.

—Y que no estás canijo. Esa tía era tonta.

Nacho sonrió. En ese momento, se abrió la verja de la casa contigua a la de Camino.

—¡Es esa!

—¿Qué?

—La moto. La moto en la que iban Camino y la otra el día de la cena.

Era inconfundible, con aquel color amarillo pollo y las pegatinas de margaritas. La mujer que la conducía tenía la cabeza tapada por un casco y gafas de sol, pero Lorena habría jurado que era la misma.

—Entonces, ¿qué? ¿Se fue de juerga con la vecina? Tampoco es tan terrible.

Lorena jugueteó con la manivela de la ventanilla. El elevallunas manual le recordó al coche que tenían antes de morir su madre. El plástico del asiento trasero estaba agrietado y le pellizcaba los muslos en verano.

—No sé, es un presentimiento. Si conocieras a Camino, lo entenderías. No es como tú y como yo: no se va de juerga así porque sí, su vida está perfectamente calculada.

—A lo mejor ha cambiado.

—La gente no cambia. Bueno, igual tú sí —dijo, al ver las cejas alzadas de Nacho—, que hiciste pesas dos semanas y ya te encantabas.

—¿Eso piensas? ¿Que me encanto?

—He dicho que te encantabas, en pasado. Pero sí, yo diría que ahora también te encantas. «Mira, Lorena, esta es la forma correcta de colocarse, hazlo como yo, soy perfecto» —lo imitó con un soniquete burlón.

Nacho soltó una carcajada.

—Anda, mujer, si no te corrijo tanto. Lo haces muy bien. Y yo no soy perfecto.

—Joder. Debes de hartarte de ligar.

—¿Qué?

—Con ese rollo de guapo humilde. Las debes de tener locas.

Nacho puso una expresión divertida que Lorena no supo interpretar. Esperó que no pensara que estaba tonteando con él, porque no lo estaba. Era demasiado joven y se tomaba la vida demasiado en serio. Se cruzó de brazos y miró al frente con tanta determinación que casi se pierde a Camino saliendo por la puerta de su casa.

—¡Y esa es Camino! —exclamó, quitándose las gafas de sol para ver mejor—. ¿Qué hacemos?

—¡Agáchate! Me bajo y la sigo. A mí no me conoce.

Lorena se acurrucó como pudo entre el asiento y el suelo mientras Nacho salía del coche, esperó cinco minutos y volvió a sentarse. Miró a su alrededor. El coche estaba limpio y ordenado como el local de ElPaloFit. Tocó las bolitas del ambientador con la punta de los dedos y olió su aroma a lima, limón o algo así.

Estaba distraída con el teléfono cuando se abrió la puerta.

—Bueno, ¿y?

—Ha ido al supermercado. No parece nada sospechoso.

—Esto es una tontería. En las pelis salen y hacen cosas raras, pero esto es la vida real. Podríamos pasarnos días así.

—Qué rápido te rindes. Vengamos a otras horas. ¿Por la noche?

Le hizo gracia que Nacho se hubiera entusiasmado tanto con la misión. Qué encanto de chico.

—Que no. —Sacudió la cabeza—. Que estoy perdiendo el tiempo. Seguramente no tiene nada que ocultar y lo de la otra vez fue lo que tú dices, que se pasó con las copas y se fue de fiesta.

Nacho arrancó el coche en silencio y condujo de vuelta a El Palo.

—¿Y un detective? —dijo tras un par de minutos.

—Venga ya.

—No, de verdad. Existen. Los puedes contratar para temas legales y eso. Un empleado que dice que está de baja pero no es verdad... Cosas así.

—¿Y con qué dinero pago yo al detective? Seguro que cuesta una pasta.

Nacho se acarició el puente de la nariz mientras pensaba. Tenía una bonita nariz, recta pero no demasiado grande. Nunca se había fijado.

—Tienes un bono de entrenamiento entero sin usar. Si quieres, te lo devuelvo. Ya sabes mucho: puedes seguir yendo tú sola al gimnasio y mandarme vídeos de vez en cuando.

—¿Rollo Tik Tok? —Lorena bailoteó un poco señalando a letreros invisibles.

—No, loca. Para que vea tu técnica.

Sopesó sus opciones. Lo más seguro era que no consiguiese nada con un detective y no quería dejar de entrenar con Nacho: se había convertido en una adicta a la atención absoluta que le prestaba. Nunca nadie la había hecho sentirse tan importante, y era patético, porque le pagaba para eso, pero no estaba preparada para dejarlo.

—Lo pensaré —mintió.

Camino siempre ganaba. Cuanto antes lo aceptara, antes podría seguir con su vida.

Capítulo 45

Berta llegaba tarde y, por una vez en la vida, a Camino le daba igual. La razón era que Elka y ella, apoyadas en la pared junto al portal, estaban haciendo manitas con disimulo, como jugando al pillapilla con sus meñiques. Si alguien hubiera escaneado su cerebro en ese momento, habría visto el área de la mano iluminada como una feria y el resto apagado por completo.

Se le había puesto sonrisa de idiota, seguro, y eso que ya hacía mucho que se le había pasado la borrachera de la noche de la cena y había empezado a pensar, al menos en segundo plano, en las ramificaciones de aquello. El problema era que sus hormonas habían sometido al resto de su cuerpo. Estaba flotando en una burbuja de deseo desde la que el resto de su vida parecía no tener mucha importancia.

Por lo menos lo sabía; ser consciente de la situación siempre ayudaba.

—¿Y Dios? —le había preguntado Elka unos días antes, mientras le acariciaba el hombro.

Estaban las dos tumbadas en el sofá del sótano, que, por cierto, era incomodísimo.

—¿Qué pasa con Dios?

—No sé. ¿No es... pecado?

—A ver. —Camino se rascó el hombro. Elka la estaba acariciando con tanta suavidad que le daba picores—. ¿Qué dice la Biblia? Creced y multiplicaos, ¿no? Eso he hecho yo. Multiplicarme.

—O sea, que, mientras cumplas por un lado, puedes hacer lo que quieras por otro, ¿no? Que tu mano derecha no vea lo que está haciendo la izquierda.

—La Biblia son cuentos. A ver, no me malinterpretes, no es que no me la crea, pero está... simplificada. Para gente simple.

—Y tú no eres simple.

—Lo que quiero decir —Camino recolocó la manta y pensó que igual se la llevaba a su casa para lavarla— es que estoy segura de que Dios prioriza, como todo el mundo, y es capaz de hacer la vista gorda ante según qué cosas. Mientras lo importante esté en su sitio, claro.

—Ajá.

Elka se quedó pensativa, y Camino se preguntó si empezaba a intuir lo que ella ya sabía: que aquello, se llamara como se llamara, tenía fecha de caducidad. Estaba decepcionada consigo misma, porque se tenía por alguien frío, y si fuese fría, sería capaz de mantener aquella relación mientras aguantara, en un compartimento separado de lo demás. Le vendría bien: la satisfacción sexual le mejoraba el carácter.

—Entonces no es tu primera... aventura. —Elka hizo una mueca.

Camino no sabía cuál era la respuesta correcta. Si le decía que hacía aquello todos los meses, se sentiría mal, pero si le contaba la verdad, la cargaría con un peso que no quería ponerle encima.

No, no era la primera vez que hacía algo así, sobre todo porque, después de casarse, descubrió rápido que nada era más fácil que estar con otra mujer cuando todo el mundo se cree que eres hetero. Puedes pasarte la vida en casa de la otra, quedarte a dormir e intercambiar mensajitos a cualquier hora. Sara y ella hasta se iban juntas de viaje.

Sara. Su primer amor, y a veces pensaba que el último: aquella niña intensa de risa ridícula con la que se había reencontrado un día mientras hacía la compra en el súper del barrio. Hubieran podido seguir así años, y la pobre Sara ni siquiera se habría quejado, porque estaba demasiado

colgada, pero al final fue Camino la que terminó la relación. No sería tan fácil cuando empezara a tener hijos y no estaba segura de poder soportar que su vida estuviera tan cerca del abismo de placer al que viajaba con ella. Si estás a dieta, no te vas a vivir encima de la panadería. Lo cortó por lo sano y le dolió como arrancarse un miembro, y desde entonces se había jurado que se acabó y que, si las monjas podían ser célibes, ella también. Se había mantenido firme, a excepción de aquellos cuatro besos con la prima de Jaime, y, de momento, le seguía compensando.

—¿Qué respuesta te haría sentir mejor? —preguntó.

Elka cerró los ojos, pensativa.

—Sí. Supongo que tienes razón.

Después, Camino decidió que ya estaba bien de charla y se encargó de que Elka tuviera la boca ocupada durante un buen rato.

Y ahora estaba ahí, disfrutando de las pequeñas descargas eléctricas cada vez que sus dedos se tocaban y diciéndole a su mente que sí, que se ocuparía de ello en algún momento, pero no ahora.

Berta apareció por la esquina de la calle, y las dos apartaron las manos a la vez. Mientras Berta y Elka se saludaban, pensó que el destino la rodeaba de mujeres bajitas; por otra parte, era una cuestión estadística, porque, a su lado, casi todas lo eran. Estas dos resultaban graciosas juntas, como dos gnomos debajo de una seta. Entraron al estudio, y Berta les ofreció con torpeza un café de cápsula que ambas rechazaron. Camino miró con desagrado el lugar, que apenas tenía luz, y fijó la vista en la ventana mientras se esforzaba por respirar despacio.

—Perdonad el desastre —dijo Berta señalando la pila de maderas de la esquina y los objetos que se acumulaban por todas partes. ¿Tendría síndrome de Diógenes?—. Voy recogiendo por ahí todo lo que me pueda servir como decorado.

Camino había ido una vez al psicólogo por su claustrofobia, arrastrada por su madre durante la adolescencia cuando empezó a negarse a usar el ascensor. La experiencia fue decepcionante e incómoda, como una conversación forzada con un pariente lejano. Al final, el psicólogo le había dicho a su madre que, si solo eran los ascensores y no la limitaba para vivir, no hacía falta que recibiera tratamiento, aunque sospechaba que tenía más que ver con quitársela de en medio que otra cosa.

No eran solo los ascensores. Eran todos los lugares cerrados, pequeños y asfixiantes de los que no podía escapar cuando quisiera, pero se había guardado muchísimo de decírselo a su madre, que, al final, lo dejó pasar. Ahora soportaba estar en casi cualquier sitio si no era mucho tiempo y podía concentrarse en su respiración. Todavía no se acercaba a los ascensores, pero era fácil disfrazarlo de un sano interés por mantenerse en forma.

Al menos, estaban cerca de la puerta. «Puedes salir —se repitió, tomando aire por la nariz y echándolo por la boca—. Puedes salir cuando quieras».

—¿Y qué tenéis en mente, entonces? —preguntó Berta después del obligado resumen sobre la enfermedad.

Había puesto otra vez aquella sonrisa de Mona Lisa. Siempre había sido difícil de leer: tenía la mirada ausente, como de estar con la cabeza en otra parte. Camino no solo se alegraba de que participara en el calendario por las fotos. Ahora que la tenía delante, se dio cuenta de que, durante los últimos años, mientras viajaba por el mundo, a una parte de ella no le hacía ninguna gracia pensar que andaba por ahí sin que pudiera verla o predecir qué haría. Se sentía mejor atándola en corto.

—Habíamos pensado en algo divertido, tipo situaciones cotidianas con los niños —dijo Elka—. Que la gente vea que son normales. Se me ha ocurrido un eslogan: «No son más que niños».

Berta frunció el ceño y cerró los ojos.

—Tengo una idea mejor —dijo después de pensar unos instantes—. Hay un mariposario en Benalmádena con una exhibición nocturna de insectos de luz. Podríamos hacer algo ahí con exposiciones largas para que se vea cómo vuelan. El efecto sería muy bonito. Ya sabéis —aclaró al ver sus caras de confusión—, por lo de la piel de mariposa.

Ah, qué placer. Eso era trabajar con una profesional que sabía de lo suyo y no con un aficionado hortera amigo de los ponis.

—Va a ser demasiado complicado —dijo Elka—. ¿Cómo coordinamos a los famosos con los niños? ¿Nos dejarán hacer las fotos allí? Ya vamos fatal de tiempo.

—Yo me encargo de todo —se apresuró a decir Camino.

—Tu idea también está bien —Berta, para variar, tenía horchata en las venas en lugar de sangre.

—Que no, de verdad, que yo lo soluciono. Escucha. —Se volvió hacia Elka, le cogió las manos y la miró a los ojos. Elka se sonrojó de una forma adorable—. Por esto querías colaborar conmigo, ¿no? Esto es lo que yo hago: coordinar a un montón de gente, hablar con los locales; es lo que se me da bien.

—Sin duda, se te da bien que la gente haga lo que tú quieras. —Elka quitó las manos, pero estaba sonriendo—. Bueno. Pero si te encuentras con el más mínimo problema...

—Entonces fotos en tu cocina de todos comiendo tostadas. Va —añadió al ver que Elka volvía a enfurruñarse—, que es broma.

Cuando salió del estudio, Camino notó sus pulmones expandiéndose, como un buceador al salir a flote. ¿No se suponía que un fotógrafo necesitaba luz? No entendía qué hacía Berta en esa gruta.

—Parece apañada —dijo Elka—. He mirado sus fotos en Instagram. Tiene mucho talento.

—A ver, dilo, que quiero oírlo. —Camino se inclinó hacia ella y se puso la mano en la oreja—. «Tenías...».

—Tenías razón, señora Atienza, y nunca más osaré dudar de tus palabras. Anda, dame un beso. —Se puso de puntillas y empezó a fruncir los labios. Luego pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo y se alejó un par de pasos. —Lo siento.

—No pasa nada.

Se hizo un silencio tenso en el que casi podía leerle la mente a Elka. Estaba pensando que aquello era demasiado complicado, que no estaba dispuesta a volver al armario, que... Vete a saber. Fuera lo que fuese, las nubes de tormenta le estaban haciendo arrugas en la frente. Le habría encantado alisarlas con lo que fuera: besos, promesas o explicaciones, pero no se sentía capaz de darle ninguna de aquellas cosas.

Echaron a andar hacia el aparcamiento.

—¿Tuviste algo con ella en el instituto?

—¿Con Berta? Qué va. No es mi tipo. ¿Por qué lo dices?

—No sé. Había... una vibra rara entre vosotras.

Camino no contestó. Pensó en la pregunta: ¿algo con Berta? Lo que le faltaba. No: podía decir, sin miedo a mentirse a sí misma, que jamás había sentido nada en absoluto por Berta Berral. Físicamente, podría haberle resultado atractiva, pero era demasiado sosita. Prefería a las

mujeres con más sustancia. No la habría mirado dos veces de no ser por aquel día que la oyó hablar con Salva en el aulario de fotografía.

19 de diciembre de 2007

Hacía un par de años, los alumnos de Tecnología habían construido una proa de barco para una obra de teatro y ahora nadie sabía qué hacer con ella. Como había costado tanto trabajo terminarla, les daba pena tirarla, así que la habían dejado apoyada en una esquina del enorme aula de fotografía y dibujo.

Camino iba allí muchos recreos: se quedaba rezagada con la excusa de ir al baño y entraba por una ventana que daba al pasillo y siempre se dejaban abierta. Se acurrucaba en el interior de la maqueta e imaginaba que estaba en medio del mar. No sabía por qué su claustrofobia no se activaba allí, hasta que años después leyó en algún sitio que lo que da miedo no es estar en un lugar cerrado o pequeño, sino no poder salir. En la proa de aquel barco de mentira, ella tenía el control. Sacaba una bolsa de Lays con sabor a receta campesina y una lata de Coca-Cola Light y se entretenía pintándose las uñas, escuchando música o recordando el cuello blanco y obsceno de Eider, la vasca que había llegado nueva aquel septiembre y que no le dejaba prestar atención en clase.

No sabía bien qué le gustaba de estar allí. La sensación de protección, quizá, de que nadie podía verla, o que el olor del aula le recordaba al del estudio de su padre. Cuando era pequeña y su madre iba a buscarla para llevársela a la consulta del tío Luis, se escondía detrás de los enormes lienzos y se quedaba muy quieta, rezando para que no la encontraran. Algunos días, sin embargo, su padre dejaba que se quedara a condición de que no hiciera mucho ruido, y ella se sentaba a dibujar en una esquina, tratando de no respirar muy fuerte los vapores de la trementina y el óleo para que no le diera un ataque de asma.

A medida que crecía, se fue enfadando cada vez más con su padre y con sus cuadros, y ni siquiera que al final hubiera tenido éxito la consolaba. Como decía su profesor de Filosofía, una mala decisión era mala independientemente del resultado, y que no te toque la bala jugando a la ruleta rusa no lo convierte en una buena idea. Si Mauricio hubiera buscado un trabajo normal, su madre no habría tenido que ir a la consulta de su hermano a acatar órdenes y hacer de secretaria.

A pesar de eso, el olor a pintura seguía tranquilizándola, así que aquel día de mediados del segundo trimestre estaba allí tumbada, mirando cómo subía y bajaba su barriga al respirar y pensando en sus cosas, cuando entraron por la puerta Salva, el de Fotografía, y Berta Berral.

Al principio, Camino pensó que eran dos estudiantes. No habría sido la primera vez, porque, si pedían la llave, los de Arte podían aprovechar el recreo para adelantar trabajo. Hasta ahora, nadie la había descubierto, aunque una vez tuvo que aguantar a Carolina García y a Benjamín montándose contra uno de los armarios de material. Menos mal que llevaba el discman.

Se acercó a uno de los ojos de buey falso. Berta y ella compartían clase, pero ese año tenían tantas asignaturas distintas que apenas se veían. Nunca le había caído ni bien ni mal: era mona, pero sin nada interesante que decir, como el amigable personaje secundario de una serie.

Berta sacó algo de su mochila.

—No consigo una foto en condiciones con este —dijo, tendiéndole el objeto a Salva—. Me salen todas borrosas.

—A ver... Claro, es un objetivo de focal fija. Con esto, o trípode o nada. Si quieres, probamos.

Salva sacó una cámara de la bolsa que llevaba colgada, ajustó el objetivo y lo montó en uno de los trípodes de la sala mientras Berta lo observaba con atención a un par de metros de distancia.

—A ver, ponte ahí de modelo, que yo soy muy feo.

Desde donde estaba, Camino veía a Salva de espaldas y, frente a él, la cara pálida de Berta algo desconcertada. Parecía un impala solitario que se ha alejado de la manada y se da cuenta demasiado tarde.

—Acércate más. Más, tonta, que no te voy a morder. Este objetivo es ideal para primeros planos.

No le gustaba el tono que estaba usando. Le recordaba a una película y no sabía a cuál.

Oyó varias veces el clic del disparador. No sabía si Berta sería una buena fotógrafa, pero como modelo no se iba a ganar la vida. Ponía cara de preso recién capturado.

—Ven, que te las enseño.

Berta se colocó junto a Salva y juntos miraron algo: la imagen en la pantalla de la cámara, supuso Camino, aunque no podía verla desde donde estaba.

—Qué ganas de tener una digital —dijo Berta.

—Es una pasada, ¿a que sí? Toma, trastea un poco.

Mientras Salva se sentaba y empezaba a liarse un cigarro, Berta cogió la cámara y empezó a manipularla. Sus movimientos se volvieron más fluidos y sus ojos se concentraron con la fuerza de un láser.

—Vámonos ya —dijo Salva después de unos minutos—, que no me da tiempo a darle al vicio.

Berta quitó con cuidado el objetivo, lo guardó en su mochila y le devolvió la cámara a Salva con reverencia.

—Te ha gustado —dijo él—, ¿a que sí? Pues, si quieres, acércate un día a mi casa y te dejo seguir. Vivo aquí al lado.

Ya sabía a quién le recordaba: a Kaa, la serpiente de *El libro de la selva*.

Se hizo un silencio un poco demasiado largo y Salva añadió:

—Mi mujer estará por allí. Pásate una tarde si te aburres y sigues practicando con el monofocal. Tengo un trípode Manfrotto que es puro sexo. Nunca ahorres en el trípode, Triple Be.

Para cuando Berta respondió, ya habían salido, así que Camino no llegó a entender lo que decía.

Se quedó muy quieta dentro del barco. Salva nunca le había gustado: andaba por los pasillos como si fueran suyos, saludando a los alumnos por sus nombres y quedándose a entablar conversación. Camino confiaba más en los profesores que huían a la sala común a tomar café hasta que no les quedaba otro remedio que volver al aula. Pedirle a una alumna que fuera a su casa era muy turbio hasta para los alternativos estudiantes de arte.

Cuanto más lo pensaba, menos le gustaba todo aquello.

Capítulo 46

Era como si su cuerpo se hubiera olvidado de dormir.

Berta había llevado el moderado insomnio de los últimos meses con paciencia, pensando que tarde o temprano mejoraría. El café y las pocas horas que le arañaba al sueño cada noche la ayudaban a funcionar, más o menos, hasta la hora de la siesta, cuando caía en un sopor inquieto durante un rato. Después, aguantaba como podía hasta que se metía de nuevo en la cama y empezaba otra vez el ciclo.

Tras hablar de Salva con Valle, sin embargo, era como si una compuerta se hubiera abierto en su cabeza. Los recuerdos la inundaban en cuanto trataba de cerrar los ojos.

Al principio era emocionante. Divertido, incluso.

La primera vez que quedaron en su casa, Berta se sentía como si estuviera jugando a ser mayor. Inés, la mujer de Salva, estaba allí, y eso la tranquilizó. Les puso café y galletas y le preguntó por el colegio antes de despedirse para ir a hacer unos recados. Cuando se quedaron solos, Salva convirtió sin preguntarle los cafés en carajillos, se encendió un cigarro y le ofreció a ella el paquete de tabaco de liar, y lo hizo con tanta naturalidad que Berta se permitió pensar que estaban al mismo nivel. Al fin y al cabo, cumpliría dieciocho en breve, y las divisiones profesor-alumno eran anticuadas y convencionales. Hasta sus padres habrían estado de acuerdo.

Por fin, fueron al estudio. Salva lo había montado en lo que debería haber sido el garaje, junto a un enorme jardín trasero lleno de plantas descuidadas y objetos extraños. Berta observó con codicia los focos y la colección de cámaras antiguas del armario, porque esa, y no otra, era la verdadera razón de que estuviera allí: que Salva tenía los medios, conocía los secretos para sacar las imágenes de su cabeza y se los contaría si se portaba bien.

Berta sabía desde hacía mucho tiempo que necesitaba desesperadamente ayuda con la parte técnica de la fotografía. Ni el novio de Amor, que además ya no era su novio, ni su amigo el dependiente de la calle Granada parecían tener mucho más que enseñarle. Cuando preguntaba a uno u otro cómo podía conseguir cierto efecto, la miraban con el ceño fruncido y admitían que no tenían ni idea.

—¿Ese es tu cuarto oscuro? —preguntó, señalando una puerta lateral que daba a una pequeña habitación.

—Ajá —contestó Salva.

—Me encantaría tener uno —dijo, y le explicó que la mayoría de las veces llevaba sus fotos al laboratorio. Cuando usaba el único baño de casa para revelar, su madre decía que con tantos químicos iban a morir todos de cáncer y pasaba días preparando licuados desintoxicantes que sabían a rayos.

—Triple Be —Salva abrió mucho los ojos, fingiendo estar escandalizado—, es una injusticia que tus maravillosas fotos no reciban el mimo que merecen. ¿Quieres probar aquí? Así practicas.

Pasaron el resto de la tarde revelando varios carretes de Salva. Cuando llegó el momento de meterlos en el tanque, y aunque lo había hecho ya muchas veces, Berta estaba nerviosa. Sabía lo que significaba estropear un carrete y conocía la honda sensación de duelo por perder momentos que no se repetirían jamás.

—Tranquila, Triple Be —dijo Salva—. Lo harás bien. Es el momento más delicado, porque los fotógrafos estamos acostumbrados a confiar en nuestros ojos, pero va a salir bien, ya verás.

Se quedó con ella dentro de la habitación a oscuras, guiándola paso a paso. Escuchaba su voz

grave llegando desde detrás mientras intentaba que no le temblaran las manos.

—Eso es —decía—. Engancha la película en la espiral. Muy bien. Ahora ve enrollando poco a poco, poco a poco... Así.

Entró en pánico cuando no lograba encontrar la pieza para fijar las espirales dentro del tanque hasta que, por fin, Salva la localizó encima de la mesa y se la pasó en la oscuridad. Le pareció que apretaba ligeramente su mano cuando se la dio, aunque quizá se lo estaba imaginando.

Berta adoraría toda la vida el proceso de sumergir las imágenes en las bandejas llenas de químicos, de decidir el tiempo de exposición en la ampliadora y el que tenía que pasar después en cada uno de los líquidos. Había tantos elementos ambiguos que hacerlo bien precisaba, como decía Salva, de «un poco de magia y algo de suerte». Incluso con lo que pasó después, seguiría agradeciéndole que la hubiera ayudado con eso.

La siguiente vez que estuvo en su casa, su mujer no estaba y los carajillos se habían convertido en dos vasos de whisky sin hielo, pero Berta se quedó porque Salva le había prometido dejarle probar sus cámaras. Tardó un tiempo en acostumbrarse a que lo que se veía por la ventana de la Leica no era lo que se fotografiaba, así que al principio cortaba siempre los pies y dejaba demasiado espacio arriba.

Aquellas primeras sesiones, cuando todavía cometía errores, fueron las mejores. A Salva le encantaba ayudarla. Se quedaban dentro de la casa, respetando el acuerdo tácito de que nadie se enterara de aquello, y ella estaba inmensamente agradecida por la oportunidad, porque sabía lo que sacaba de aquella relación, pero no tenía muy claro para qué le servía a él.

Después, lenta pero inexorablemente, todo empezó a venirse abajo.

Berta no compartía muchas de sus decisiones. Al revelar, por ejemplo: para averiguar el tiempo que necesitaban las imágenes en la ampliadora, desplazaban un trozo de cartón sobre el papel fotográfico para exponerlo a distintos intervalos de exposición y después elegían el mejor resultado. La primera vez que estuvieron en desacuerdo, a Salva le hizo gracia, como si su perrito hubiera aprendido solo un truco que él no le había enseñado. Acordaron que usarían un tiempo en la mitad del carrete y otro en la otra mitad. «Medio carrete mal revelado es un precio barato a pagar por el aprendizaje», había dicho Salva.

Después se quedaron los dos observando las fotos colgadas a secar, y Berta supo inmediatamente que tenía razón. Los dos segundos extra de exposición dotaban a la serie entera de un dramatismo que los sujetos originales no tenían.

—He de admitir, mi querida pupila, que estabas en lo correcto. —Salva meneó la cabeza con aprobación—. Talento... o suerte. Y las dos cosas son importantes.

Volvió a ocurrir más adelante, cuando Salva le dijo que cambiara de posición para sacar un almendro en flor del jardín porque el contraluz arruinaría la imagen. Berta hizo caso a su instinto y el resultado (el árbol envuelto en un aura de luz fantasmagórica) formaría parte más adelante del primer recopilatorio que publicó.

Salva se daba cuenta, por supuesto. Cuando veían la imagen revelada, se quedaba callado y asentía despacio, con una mezcla de complacencia y enfado, como si no entendiera muy bien qué había pasado.

Fue así como Berta aprendió que lo que distinguía a un buen fotógrafo de uno mediocre no era el equipo ni la habilidad técnica. Un buen fotógrafo tenía que ver en su cabeza las posibilidades de una escena. Podías tener suerte, claro, y captar por casualidad uno de esos momentos en los que todo se alinea, pero la belleza tenía que estar primero en ti: eras tú quien debía ser capaz de saltar el abismo entre lo que era la realidad y lo que podía llegar a ser.

El problema de Salva no eran las habilidades técnicas, sino la visión. No la tenía, igual que puedes no tener ni idea de cómo combinar la ropa o decorar una casa. Berta sí, la había tenido siempre, y solo necesitaba aprender hasta ser capaz de ejecutarla.

Salva nunca podría crear belleza con su cámara porque no era capaz de imaginarla.

Ahora, después de tantos años, Berta empezaba a entender. No era mucho más joven que Salva cuando murió. Se imaginó haber pasado el mismo tiempo haciendo fotos, acumulando equipo y trabajando sin la capacidad de saber de antemano qué funcionaría y qué no. Era como aprender un instrumento siendo sorda de nacimiento. Ver llegar a una alumna, casi una niña, que tenía lo que a él le faltaba debió de ser devastador.

Tanto como para volver a una persona loca.

Pensó en cómo se sentiría durante aquellas tardes de invierno, cuando ella llegaba después de una excursión al centro o a la playa con un carrito lleno en las tripas de la máquina. Salva miraba las imágenes después de revelarlas y fruncía tanto el ceño que al principio Berta creía que eran horribles, pero después le preguntaba por las decisiones que había tomado, señalaba insignificantes errores de composición o de enfoque y asentía en silencio. Pasaban los días y cada vez estaba más huraño, saltando a la mínima de cambio, pero, aunque Berta se preguntó una y otra vez si no sería mejor pararlo todo, no podía dejar pasar esa oportunidad.

Mientras él siguiera aceptándola, ella volvería una y otra vez a aquel garaje.

Así que ahora se tumbaba en la cama por las noches y se quedaba mirando al techo, pensando, tratando de hablar con la Berta del pasado.

¿Lo había hecho a propósito? Siendo sincera, ¿no notaba pequeñas punzadas de placer cada vez que sabía que era mejor que él?

Podría haber sido más discreta, más humilde. Haber fingido que no sabía muy bien si abrir o cerrar más el diafragma, si enfocar en picado o en contrapicado, preguntarle y obedecer. Ambos se habrían ahorrado muchos problemas.

Ahora era demasiado tarde.

Capítulo 47

—¿Por qué fue importante Salva para ti?

Por primera vez desde que había empezado la terapia, Berta sentía algo parecido a la esperanza.

Se encontraba tan mal que debía de estar tocando fondo. Pasaba las noches en vela, dándole vueltas a todo: a Salva, a lo que le había contado Lorena y a qué podía tener que ver Camino en todo aquello. Para colmo, y quizá gracias a que se había comprometido con Camino para el proyecto de las mariposas, la inspiración había atacado de la forma más inesperada posible y ya estaba trabajando en su siguiente libro. El problema era que el tema no tenía nada que ver con lo que le había prometido a su agente.

El pobre Rob estaría ahí, en su atestada oficina de Manhattan Este, pensando que Berta trabajaba en una serie de inofensivos autorretratos en lugares de su infancia, cuando lo cierto es que llevaba unos días investigando los crímenes más oscuros de la provincia de Málaga para recrearlos con modelos. La idea, al menos en su cabeza, era buena: todos llegaban allí esperando luz, calor y *pescaíto* frito, pero hasta en los lugares más paradisíacos ocurren cosas malas.

Ya había empezado a construir un set en el estudio para la primera imagen, la del asesino de prostitutas de Mijas. «Recuerdo haberle clavado el cuchillo en la garganta», había declarado el tipo, y también se había fijado en que «la televisión estaba encendida». Berta quería crear un decorado pequeño y asfixiante, una habitación sórdida que pareciera estar a punto de presenciar una desgracia, y en ella pensaba colocar a la modelo pelirroja de las pecas con una bufanda de seda roja y una tele antigua encendida detrás. Por primera vez en meses, sentía otra vez el fuego de querer hacer realidad una visión, así que, cuando no podía dormir, se escabullía al estudio bajo la luz cruda de la mañana de otoño y se ponía a trabajar.

Estaba contenta de haber recuperado la inspiración, claro, pero hasta ella se daba cuenta de que el insomnio, los recuerdos de Salva y la fascinación morbosa por los detalles de los crímenes más sangrientos de la Costa del Sol no formaban una buena mezcla.

Pero ahora estaba ahí, en el despacho de Valle, que había prometido ayudarla a desenredar la telaraña de su cabeza, observando sus ojos pequeños y oscuros. Tenía la marca de una huella en el cristal izquierdo de las gafas. Contuvo las ganas de quitárselas y limpiarlas con cuidado como si fueran uno de sus objetivos.

—Salva fue el primero en creer que tenía talento —dijo—. Nos juntábamos a veces a practicar en los recreos, e incluso me invitó a su casa para probar su material.

—¿A su casa?

Asintió con la cabeza.

—¿Los dos solos?

Su tono de voz la puso en guardia. Sabía que no era normal ir a casa de un profesor. En su día no se lo había contado a nadie, ni a sus mejores amigas, y la forma en que la había mirado Valle solo confirmaba lo que ya sabía: que tenía que haberse dado cuenta antes de hacia dónde iba todo, que no tendría que haber sido codiciosa y debió alejarse de él en cuanto las cosas empezaron a torcerse.

—¡No, claro que no! —aclaró—. Estaba su mujer.

La verdad era que solo había visto a Inés el primer día; después no había vuelto a aparecer, y Salva le había confesado que no les iba del todo bien y se estaban tomando «un descanso».

—¿Quieres contarme más sobre esas visitas? —Como para compensar el tono de la pregunta anterior, ahora la voz de Valle sonaba exageradamente empática.

—Pues, no sé, iba, hacíamos fotos, tomábamos café, fumábamos en su terraza. Él ya sabía que yo fumaba, era una tontería no hacerlo solo porque fuera profesor. —Se mordió la piel del interior de la boca. El tabaco no era importante, ¿por qué lo había mencionado?

Valle ocupó el silencio rellenando con cuidado los vasos de agua, aunque estaban aún casi hasta arriba. Berta notaba en el ambiente algo distinto a otras sesiones: cierta tensión, como si las dos anduvieran por una frágil capa de hielo.

Sabía que este era el momento de contar lo que le había hecho Salva. Podía notarlo en la punta de la lengua, luchando por salir de su boca, y anticipar el alivio que sentiría cuando lo lograra. Aun así, apretó los labios, porque después del alivio, vendría la vergüenza: litros y litros de ella, cubriéndola despacio como la lava implacable de un volcán.

Esperó a que Valle dijera algo, decidida a ganar, por una vez, al juego de «quién está más tiempo callada». Por fin, la psicóloga habló:

—¿Qué querías decir el otro día con lo de que Salva no se habría suicidado de no haber sido por ti?

—Pues por lo que te expliqué. Porque yo tenía que haber estado allí aquella tarde y no fui.

—Ya, Berta, pero si él tenía en mente suicidarse, tarde o temprano...

—¡No! No es así. Es lo que piensa mucha gente.

Después del suicidio de Salva, Berta había leído lo suficiente sobre el tema como para escribir una tesis. Estudiaba artículos en PubMed y navegaba por foros de familiares que intentaban, desesperados, dar respuesta a una pregunta que solo podía contestar un muerto. Esa pregunta no era «¿por qué?», sino «¿qué podría haber hecho yo para evitarlo?», porque, al final, lo que más nos importa no es lo que les pasa a los demás, sino cómo nos afecta.

—Si consigues alejar al suicida, aunque solo sea un rato —continuó—, recapacita. La gente que sobrevive a tirarse del Golden Gate dice que lo primero que pensaron al caer fue «¿qué he hecho?». O como los hornos.

—¿Qué hornos?

—Los de gas, en Londres. Cuando los sustituyeron por los eléctricos, el índice de suicidios bajó. Como ya no era tan fácil, la gente se lo pensaba.

Esa era la brutal conclusión a la que llegaban todos aquellos familiares de los foros *online*: «Se suicidó porque ese día, a esa hora, yo no estaba allí». A veces era por una discusión; otras, por pura casualidad, pero ni en esos casos podía uno acallar a la voz machacona de la culpa.

Al principio quiso saber qué razones concretas había tenido Salva aquel día para tomarse las pastillas. Ella no había podido asistir al velatorio porque todavía estaba hecha polvo después de su supuesta «pasada de rosca», pero sus amigas le contaron que Inés, la ex, contó a todo el mundo que Salva tenía un trastorno bipolar. Era muy común en los artistas y el responsable de muchos suicidios, porque los deprimidos no tienen la energía suficiente para suicidarse, pero los maníacos sí. El diagnóstico tranquilizó conciencias. No hacían falta razones ni culpables porque era la enfermedad la que había conectado el cable erróneo en su cabeza.

Además, había otras explicaciones, todas plausibles. Su mujer y él se estaban separando. El éxito repentino de sus fotos lo había pillado por sorpresa y no supo aguantar la presión.

Aun así, Berta no lograba quitarse la culpa de encima porque, a diferencia de todos los demás, ella era la única que se había salido del guion aquella tarde, la única que habría tenido de verdad la oportunidad de evitar aquello. Durante meses, se repitió el «lo habría hecho igual, tarde o

temprano», pero cuando se enteró de lo del Golden Gate y los hornos en Inglaterra, supo que no era cierto.

Ella podría haber impedido aquel suicidio y no lo hizo.

Entonces, en aquel momento, mientras se preguntaba si mirar el reloj del móvil sería de mala educación, entendió por qué estaba empeñada en averiguar lo que había pasado el día que desapareció.

—Ya lo sé —dijo abriendo mucho los ojos.

Valle esperó a que siguiera hablando.

—El problema con la historia de Lorena es que sigue siendo culpa mía.

—¿Qué quieres decir?

—Lo de Salva. Si lo que cuenta Lorena es verdad, sigue siendo culpa mía, porque fui yo la que iba borracha, yo la que acepté los porros, yo la que se quedó dormida. Pero, si hay algo más detrás, si Camino Atienza tramó algo, entonces... —se calló un momento, buscando las palabras adecuadas.

—Entonces quedas absuelta.

Asintió con fuerza. Ahora lo entendía. Por eso necesitaba saber lo que había pasado: para declarar, de una vez por todas, que no era culpable, y que podía haber cometido muchos errores en su relación con Salva, pero había hecho lo posible por solucionarlos; que, de hecho, aquel día iba allí para arreglarlo todo, y no lo hizo porque no pudo y no porque no quisiera.

Miró a Valle esperando que por fin comprendiera la importancia que tenía averiguar la verdad. Por un microsegundo, se permitió fantasear con que le decía que trajera allí a Lorena y a Camino para hipnotizarlas.

El pensamiento volvió a su cabeza: ahora era el momento de contar lo que había hecho Salva. Si explicaba todo lo que había pasado, entonces, por fin, Valle se pondría de su parte. Sería capaz de unir todos los puntos.

Estaba a punto de abrir la boca cuando Valle habló:

—La tentación de que la realidad encaje en nuestros moldes es muy fuerte, Berta. —Por fin, se quitó las gafas y empezó a limpiarlas con la esquina de la camiseta. Las iba a dejar peor—. No creo que las cosas sean tan sencillas.

Berta trató de no echarse a llorar.

Era estúpida, ¿cómo no se había dado cuenta antes?

Valle no iba a ayudarla. Nunca había creído que averiguar la verdad solucionara nada porque ella no sabía cómo hacerlo, ni mediante hipnosis, ni hablando, ni de ninguna manera, igual que ahora no tenía ni idea de qué hacer con la información sobre Camino. Había sido sincera con ella desde el principio. «No soy detective», repetía una y otra vez. Era Berta la que se había aferrado a una magia imaginaria que no había existido nunca.

Se frotó los ojos, agotada, porque la terapia ni siquiera la estaba ayudando con el insomnio. Era el momento de reconocer la derrota.

—Me voy —dijo levantándose de la silla—. Esto no funciona.

La habitación pareció moverse un poco. Valle la miraba con expresión indescifrable.

—Entiendo que puede ser decepcionante que el proceso terapéutico no sea lo que tú esperabas.

—No. Tú no entiendes nada, pero da igual. —Berta rebuscó con torpeza en la cartera, sacó el dinero de la consulta y lo puso sobre la mesa. No tenía ganas de discutir.

Valle ahora parecía ligeramente preocupada, como una madre cuando se da cuenta de que su

hijo no está fingiendo la fiebre para no ir al colegio. Ignoró los billetes y, por primera vez desde que se habían conocido, extendió la mano sobre la mesa y tomó la de Berta.

—Es tu decisión y la respeto. —Apretó brevemente—. Recuerda que sigo aquí.

Berta cerró la puerta de la consulta un poco más fuerte de lo habitual. En su escritorio, Basilio, el secretario, pegó un respingo y luego sonrió, como tratando de quitar importancia al portazo. Berta no le devolvió la sonrisa. No quería quitarle importancia. Tenía ganas de pedir que le devolvieran el dinero: ella había llegado allí, por una vez en la vida, con un propósito claro, que era recordar lo que había ocurrido la tarde en que Salva murió, y nadie la estaba ayudando a hacerlo.

Nadie la ayudaba.

No le iba a quedar más remedio que ayudarse ella misma.

Capítulo 48

Mientras caminaba hacia su clase con Nacho, Lorena le daba vueltas al Asunto Camino, como lo había bautizado en su mente. Aunque no hubieran visto nada raro el día del coche, no se la quitaba de la cabeza. En un ataque de desesperación, había escrito a un detective privado, pero el servicio mínimo, cuarenta y ocho horas completas de vigilancia con fotos, salía casi por seiscientos euros. Con lo que ganaba cuidando niños, tendría que ahorrar años para juntar suficiente dinero.

Vale, años no, pero mucho mucho tiempo.

Aunque tampoco tenía prisa ni nada mejor que hacer.

ElPaloFit estaba cerrado, así que esperó en la puerta hasta que vio a Nacho acercarse desde la otra esquina de la calle. Andaba despreocupado, con el paso elástico que había aprendido a reconocer desde lejos, y levantó una mano para saludarla cuando la vio. «Esta es la relación más estable que he tenido en mi vida», pensó Lorena mientras le chocaba los cinco.

—¿Cómo van tus *pesquisas*? —dijo Nacho mientras colgaba la mochila en el perchero.

—Uy, *pesquisas*. Vaya palabra.

—Perdone usted. ¿Cómo va la cosa esa, tía? —Nacho extendió el meñique y el pulgar como si fuera un rapero.

Se le veía más relajado con ella después del rato en el coche. Era agradable, como ser admitida en una discoteca en la que nunca te dejan entrar.

—La cosa no va. Miré lo del detective. Es una ruina, pero, bueno, ahorraré.

—Lo bueno se hace esperar. Venga, ponte con las gomas, que tenemos mucho que hacer.

Mientras calentaba, Lorena se fijó en los discos de colores alineados junto a la barra de peso muerto.

—¿Son de competición? —preguntó.

—Ajá. Son especiales para *powerlifting*. Fíjate. —Nacho se acercó al soporte donde estaban colocados—. Miden lo mismo, solo cambia el peso y el color. Bueno: y el sonido. Escucha.

Hizo chocar suavemente un disco contra otro y un *cling* suave resonó por la sala, parecido al que hacía el gong que tenía su exjefa Sandra en el salón. Repitió el gesto con los platos de distintos colores, que, efectivamente, sonaban en tonos diferentes, y cerró los ojos mientras la inesperada música los envolvía.

Lorena miró su cara embelesada y, de repente, un pensamiento se formó con claridad en su cabeza: «Me encanta este chico». Aturdida, lo examinó como un caramelo que te encuentras por sorpresa en el bolsillo. Le encantaba Nacho, y no solo por sus brazos y sus manos y sus ojos, como habría pensado cualquiera. Le gustaba su puro entusiasmo por lo que hacía, que se reía de sus chistes y que, por alguna razón, la tomaba en serio.

—¿Estás bien? Te has puesto blanca de repente.

—Necesito sentarme.

Se dejó caer en una pelota de pilates y rebotó un par de veces. ¿Desde cuándo le gustaba Nacho? Era patético. Jamás de los jamases se fijaría en ella. «Podría ser mi hijo», pensó, e inmediatamente se corrigió, porque era más joven que ella, pero tampoco había que pasarse. Aun así, estaba segurísima de que a Nacho no le faltaban candidatas mucho mejores que ella.

Empezó a hacer series de hombros con mancuernas, y Nacho le rozó los hombros con la punta del dedo.

—Mira cómo se marca el deltoides ahora. Esto no estaba ahí antes.

Le sonrió a través del espejo, y a Lorena se le encogió el estómago. Madre de Dios. ¿Y qué hacía ella ahora? ¿Ir allí tres veces por semana a suspirar por su entrenador? Lo que le faltaba.

Le observó calcular la carga máxima del día en su enorme pizarra blanca y se sorprendió recorriendo su cuerpo con los ojos, desde los tobillos delgados cubiertos por calcetines bajos hasta el pelo de punta de su coronilla. Que no es que no lo hubiera hecho antes, pero ahora, de repente, miraba a Nacho pensando en cómo sería tocarlo.

—Qué callada estás hoy.

—Bueno, mejor, ¿no? —¿Sonaba rara su voz? Se sentía como si llevara una semana sin usarla—. Que siempre dices que no callo y no me concentro.

—Ya, sí. Pero ahora te callas y me preocupo. No te estarás poniendo mala, ¿no?

Aunque lo decía en broma, su estómago volvió a saltar. Se preocupaba por ella, ¿no? Eso había dicho.

«Para, Lore». ¿Ahora iba a ser así siempre? Embobada como una tonta en las sesiones, dándole vueltas a cada palabra de él para ver si iba con doble sentido.

Lorena nunca había sido de las que tienen amores platónicos. De adolescente, siempre ligaba con tíos más débiles que ella que la veían como una oportunidad de hacerse respetar. Mandaba a una amiga a preguntarle si quería que se liaran y luego ya estaba: a darse el lote en algún sitio como el que termina rápido una tarea de la casa. Con los que le gustaban de verdad, o bien se peleaba a gritos por cualquier tontería, o se hacía la colega del alma y acababa escuchando sus confesiones de amor por otra.

Su última relación, si se podía llamar así, había sido con un amigo de la infancia de toda la vida, el Ferlo, que, entre una novia y otra, la había convertido en una mezcla de amante y cocinera con la que Lorena tendría que haber estado más a disgusto. El Ferlo había acabado con Lydia, otra amiga común, y lo más humillante era que le contaba cada avance a Lorena cuando estaban desnudos en la cama, como si las dos pertenecieran a realidades distintas. Ahora el Ferlo y Lydia tenían dos niños (la mar de feos, por cierto; era como si alguien hubiera elegido a propósito los peores rasgos de cada uno de los padres y los hubiera juntado en su cara), y Lorena se hacía la simpática cuando se cruzaba con ellos por el barrio.

—Vamos. —Nacho señaló la banca con el dedo—. Empezamos con veinte kilos.

Colocó los discos con rapidez y esperó mientras Lorena se deslizaba bajo la barra y arqueaba la espalda.

—Cinco repes, uno-uno-uno.

Lorena contó en silencio: un segundo de bajada, otro con la barra quieta pegada al pecho, otro de subida. De fondo, podía escuchar a su mente burlándose de ella: «Te gusta Nacho, te gusta, tonta, no te hagas ilusiones».

—Vale. Vamos a añadir dos y medio y hacemos una parada a la mitad. Yo te indico.

Puso los discos, se inclinó sobre ella, esperó a que bajara la barra y después colocó la palma a veinte centímetros de su pecho. Lorena subió la pesa hasta que tocó su mano y esperó mientras contaba hasta cinco, mirando sus ojos verdes concentrados en ella. ¿Siempre había tenido los ojos tan verdes? Trató de enfocarse en el ejercicio: omóplatos hacia dentro, codos en línea con las muñecas. Nacho metió los dedos entre la banca y su hombro izquierdo.

—Contrae aquí. Estás sacando la escápula. —Sacó la mano, la ayudó a terminar de encajar la barra en el soporte y sonrió—. Bien, bien. Descansa un minuto.

Lorena se incorporó y sacudió los brazos mientras aprovechaba para alejarse un par de metros.

No podía respirar con él tan cerca. ¿Qué iba a hacer? Intentar algo ni de coña, eso seguro, porque descubriría que Nacho tenía una novia flaca y rubia o, peor aún, que no tenía novia pero a ella no la tocaría ni con un palo. Podía seguir como hasta ahora y esperar a que se le pasara, pero, por otra parte, ¿y si iba a peor? Acabaría desmayándose en mitad de un entrenamiento como una imbécil.

—Listo, que te enfrías.

Continuaron con el *press* de banca. Normalmente le encantaba aquella parte del entrenamiento, cuando se dedicaban al ejercicio del día y Nacho la guiaba serie a serie, poniendo y quitando discos, cambiando el ritmo o modificando el ejercicio para trabajar sus fallos. Era como bailar juntos: él guiaba, ella lo seguía. Se ponía tan serio, además, como si, en vez de trabajar con la Lore de El Palo, estuviera entrenando a una atleta de competición. Hoy, sin embargo, ella no daba pie con bola: se confundía al contar y se olvidaba de lo que tenía que hacer.

—A ver si va a ser verdad que te estás poniendo mala —dijo Nacho con el ceño fruncido—. Anda, estira un poco y ve a echarte la siesta. No te cobro esta sesión.

Lorena murmuró entre dientes algo sobre estirar en casa y salió como una flecha por la puerta del local. Recorrió media calle con la cabeza gacha, enfadada consigo misma por fastidiar lo mejor que tenía en su vida. Estaba claro que ya no podía entrenar con Nacho. Iba a ser una pérdida de tiempo y dinero, por no hablar de que, si seguía así, tarde o temprano él se daría cuenta de lo que pasaba de verdad y le iba a dar un tirón en los abdominales de tanto reírse.

Quizá lo mejor era dejarlo ya y hacer lo que él le había propuesto el día del coche: ir al gimnasio por su cuenta y dar clases un par de veces al mes para revisar. Podía lidiar con dos veces al mes, ¿verdad? No sería tan terrible. Era mejor cortar por lo sano ahora que todavía no había pasado nada grave. Él tendría buen recuerdo de su tiempo juntos, ella estaría a salvo y todos contentos.

Giró sobre sus pies y volvió a ElPaloFit con paso rápido, esquivando a los peatones que hacían los recados de la tarde.

—Oye —le dijo a Nacho, que estaba colocando el material en su sitio—, que he pensado que sí, que mejor me devuelves lo del segundo bono para lo del detective. Así lo pongo en marcha ya. Mientras, me apunto al gimnasio y entreno un tiempo por mi cuenta, y luego podemos hacer sesiones sueltas si veo que no me aclaro.

Nacho, que había empezado a asentir vigorosamente en mitad de su explicación, terminó de colocar la pelota de pilates y se acercó a donde estaba.

—¡Claro, claro! Lo entiendo perfectamente. Si te lo dije yo el otro día. Puedes seguir tú sola sin problema.

Lorena sintió un pinchazo de desilusión. Le habría gustado que dijera que le daba pena, que la echaría de menos, que no se fuera, porque tenían que entrenar juntos para las Olimpiadas, aunque el *powerlifting* no fuera deporte olímpico. Le observó sacar el dinero de la caja registradora y meterlo en un sobre con delicadeza. Había algo en su expresión, sin embargo: un punto rígido en su sonrisa y sus gestos, como si se estuviera esforzando en mostrar que no importaba. Imaginó que a nadie le gustaba perder un cliente.

—Bueno, pues hablamos, ¿vale? No lo dejes. Llámame en un par de semanas y vemos cómo vas. Te envío los entrenamientos esta misma noche.

Le alargó el sobre, y Lorena lo metió en la mochila con dedos torpes.

—Mil gracias —dijo—. No tenías por qué hacerlo.

—Es un placer. Y no te pierdas, ¿eh?

Negó con la cabeza y salió de ElPaloFit tratando de contener las lágrimas. Qué mala suerte haberlo estropeado. Qué mala suerte no ser, en ningún universo, el tipo de chica que podría haber tenido algo con Nacho. Una vez más, sintió que todo lo bueno de la vida estaba al otro lado de una pared de metacrilato que ella no podía atravesar, y que estaba condenada a permanecer allí, observando quieta a los otros humanos, mientras los trenes seguían pasándole de largo.

Ojalá que al menos el detective encontrara algo.

Capítulo 49

Era la quinta imprenta de la mañana que le decía que no. Camino buscó el siguiente número en el ordenador mientras se preguntaba cómo podía ser tan difícil hacer algo tan simple. Marcó y, mientras esperaba a que le pasaran con el encargado, sonó el timbre. Se asomó por la mirilla y vio a Elka dando saltitos en la acera para mitigar el frío. La dejó pasar en el momento preciso en que le cogían el teléfono y extendió una mano para pedirle que no hablara.

Elka fue a la cocina a hacerse un té. Le gustaba que se moviera por la casa como si fuera suya: pese al contraste, o quizá por eso mismo, quedaba bien allí, como una pieza de decoración arriesgada que resulta ser lo que da el último toque. También le gustaba la tranquila domesticidad de sus visitas, porque cuando estaban en el sótano, todo era urgencia y susurros y quitarse la ropa. O, lo que es lo mismo: en el sótano eran amantes, pero en su casa parecían una pareja, y le daba un poco de vergüenza pensar en lo bien que la hacía sentir esa idea.

—Sí, verás, queremos imprimir un calendario para Navidad... Ajá... Estupendo, lo que pasa es que queremos algo un poco distinto... Vale, le explico: tiene que ser cuadrado, con tapa dura y las hojas, con un gramaje superior a trescientos gramos por metro... Sí, espero.

Elka volvió de la cocina y la miró con cara de no entender nada. El de la imprenta se puso de nuevo al teléfono.

—¿Para después de Navidad? —Camino contuvo las ganas de arañarse la cara como una loca de manicomio—. ¿Y para qué quiero yo un calendario para después de Navidad?... Para 2025, vale, muy gracioso.

Colgó y se sentó en una de las sillas del comedor. Elka había servido dos tazas de té y le había puesto el suyo como le gustaba: sin leche, en taza grande y con una cucharada de azúcar. También había añadido una pastilla de chocolate negro en un platito. «Mujer de chocolate negro», recordó Camino, y sonrió un poco al recordar la noche de la persecución de Nico Zurita.

—¿Por qué tiene que ser cuadrado? —preguntó Elka.

—Porque así optimizamos las fotos para que queden bien en Instagram. Ya lo he hablado con Berta y le parece bien el formato.

—¿Y no podemos dejar los bordes en negro y ya está? Se nos está echando el tiempo encima.

Camino lo sabía mejor que nadie. Los comercios ya llevaban semanas con la decoración de Navidad puesta, y, con el dichoso Black Friday, la gente cada vez hacía antes las compras. Si tardaban mucho más en sacar el calendario, perderían la oportunidad antes de que sus futuros clientes se dieran cuenta de que estaban gastando demasiado en cosas que no necesitaban. Aun así, se negaba a ceder en la calidad del producto. Ya había llegado muy lejos; no iba a desinflarse ahora. Se metió la pastilla de chocolate entera en la boca.

—Hay cientos de imprentas en España —dijo, mientras la notaba derretirse sobre la lengua—. Vamos a encontrar alguna, ya verás. No podemos servir comida de Ferran Adrià en platos de plástico.

Elka removió su té en silencio durante unos instantes.

—¿Por qué te estás tomando esto tan a pecho? —dijo por fin—. ¿Es por mí? Porque a mí me da igual, de verdad. Solo es un calendario. No va a salvar el mundo.

La conciencia de Camino le dijo, por enésima vez, que quizá era el momento de explicarle a Elka la verdadera razón para ayudarla, pero, como en todas las ocasiones anteriores, decidió que era mejor que no. Habían pasado demasiadas cosas, demasiado tiempo: como esas veces en que

estás hablando con alguien y no te acuerdas de su nombre, y cuanto más hablas, menos encuentras el momento de preguntárselo.

—Me gusta hacer las cosas bien.

Elka la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué tengo la sensación de que no me cuentas ni la mitad de lo que te pasa por la cabeza? —Se desplazó en el sofá para acercarse más a ella—. Puedes hablar conmigo, ¿sabes?

—¿De qué quieres que hablemos?

Camino supo, por los labios apretados de Elka, que la conversación estaba a punto de irse por derroteros mucho más profundos que la forma del calendario. No la culpaba. Sabía que el tiempo de cortesía que le estaba concediendo para aclararse, o, al menos, aclararle las cosas a ella, ya hacía mucho que debería haberse agotado.

—Pues... no sé. De por qué te casaste. Nunca me lo has contado.

—Sí te lo he contado.

—No, me dijiste lo de Dios. Lo de «creced y multiplicaos». Pero te puedes multiplicar igual con una mujer... A ver, con un poco de ayuda de la ciencia, claro, pero multiplicarte, te multiplicas. Y, no sé, según tú, si a Dios no le importa la infidelidad, ¿por qué le iba a importar lo otro?

En ese momento, se abrió la puerta de la casa. Elka se sentó de un salto en el otro extremo del sofá.

—Hola, chicas. —Jaime no parecía haber oído nada. Se inclinó sobre Camino y le dio un beso en el pelo—. ¿Cómo va ese calendario? ¿Ya lo han nominado para el Pulitzer?

Camino trató de sonreír.

—Sí, ríete, pero el Pulitzer es una posibilidad real.

Miró a Elka, deseando haberle sacado una sonrisa también a ella, pero seguía con la cara de alguien a quien le ha sentado mal la comida.

—Bueno, yo me voy —dijo.

—¿No te quedas a almorzar? —preguntó Jaime.

Elka negó con la cabeza y recogió sus cosas sin mirar a nadie.

—No estoy segura de querer seguir con esto —dijo en voz baja cuando Camino la acompañó a la puerta. Después se marchó sin esperar respuesta.

¿A qué se refería? ¿Al calendario?, ¿a la aventura? Camino miró alejarse su pequeña figura y entró de nuevo en la casa, donde los colores parecían más apagados ahora que ella no estaba. «Necesito un filtro para la vida real», pensó mientras empezaba a poner la mesa. Había tenido que decirle a Amina, la mujer que limpiaba la casa y cocinaba, que viniera menos horas, pero no le molestaba. Cocinar y limpiar para Jaime era la única penitencia que se le ocurría.

—Al final te has hecho amiga de la vecina, ¿eh? —Jaime la miró mientras la ayudaba a poner la mesa, y Camino se sintió como si fuera transparente. Bajó la cabeza.

—Está un poco loca, pero es buena persona.

—Te sienta bien pasar tiempo con ella.

¿Sabía Jaime lo de Elka? ¿Había intuido lo de Sara, o tenía una ligera idea de cómo había sido la vida de Camino en Madrid, durante la carrera? Podía imaginar una realidad en la que a Jaime no le importaba que ella se acostara con otras. No era tan descabellado si tenían en cuenta ciertas cláusulas de su matrimonio. Aun así, prefería no tentar a la suerte.

Pasó todo el almuerzo dándole vueltas a las palabras de Elka, como una adolescente tratando de descifrar un mensaje de texto. «No sé si quiero seguir con esto». ¿Y ella, quería? Estaba

agotada. La promoción del calendario en redes estaba perdiendo fuelle porque no podía seguir hablando de algo que no existía aún. Olga, su asistente, había tenido el detalle de cogerse un par de semanas sin sueldo, pero si no le pagaba pronto lo que le debía, buscaría otra cosa, y con razón.

En cuanto a lo otro, lo que fuera que había entre las dos, ahora era un momento tan bueno como cualquier otro para cortarlo. Iba a pasar tarde o temprano, así que, ¿por qué alargar la agonía?

Toda la sensatez que le quedaba en el cuerpo estaba de acuerdo. Lo mejor sería no hacer nada y quitarse de un plumazo los dos problemas de encima y, de paso, cerrar su empresa y minimizar las pérdidas.

No habían pasado ni dos horas cuando estaba llamando a la puerta de Elka.

Mientras esperaba a que le abriera, se dio cuenta de que su cuerpo ya había tenido tiempo de asociar el pequeño estudio con la satisfacción sexual: además de cansada y preocupada, estaba absurdamente caliente. Elka abrió la puerta. Tenía los ojos rojos.

—Lo he intentado —dijo—. Te lo juro.

—¿Qué has intentado?

—Hacer como si no pasara nada. Olvidarme de lo demás y..., no sé, vivir el presente y darte tu espacio. Pero no puedo. —Se metió en el estudio, se sentó en la silla giratoria que tenía frente al escritorio y enterró la cabeza entre las manos—. Sobre todo, porque no te entiendo. Que, a ver, yo me lo imagino, que en tu entorno no será fácil salir del armario, pero tú no eres cobarde. No me puedo creer que sea por eso.

Camino se quedó quieta un momento en el umbral de la puerta. Por fin, se acercó a Elka, la cogió de las manos y la llevó al sofá.

—¿De verdad quieres saber por qué me casé con Jaime? —dijo, sentándose frente a ella y mirándola a los ojos.

—Ajá.

—Quería... estructura. No solo una familia. Quería ser normal.

—No existe lo normal, Camino. Cada persona tiene sus mierdas.

—Mi vida es normal. Y me gusta.

—¿En serio crees que tu vida es normal? A ver qué dirían tus amigas si pudieran verte con una cámara cuando vienes aquí por las tardes.

—Esto es... temporal.

No se dio cuenta de lo mal que sonaba hasta que ya lo había dicho.

—Ah, vale, claro, ya lo entiendo. —Elka se cruzó de brazos—. Yo soy tu aventurilla del mes. Después vuelves al mundo fabuloso que te has construido. Pero hay un pequeño problema, Camino: que ese mundo es men-ti-ra —silabeó lentamente la palabra—. Porque tú dirás lo que quieras de mí, o del divorcio, o de cómo criamos Sole y yo al niño, pero por lo menos mi vida es verdad, y quiero que lo siga siendo.

Se puso de pie, como si no pudiera soportar compartir el sofá con ella.

—Es mejor que lo dejemos aquí. Esto, lo del calendario... Todo. Así, tú puedes seguir con tu perfecta vida en tu perfecta familia y no tienes que preocuparte más por mí.

Fue hacia la puerta y la abrió. Camino miró el rectángulo de luz que entraba, pero no se levantó.

—¿Sabes por qué compramos nuestra casa? —dijo, en voz baja—. ¿Sabes por qué la compramos, aunque apenas nos la podíamos permitir?

Elka negó con la cabeza.

—Toda la parte alta de la calle era la parcela de los Betancourt. Tenían una casa enorme donde vivían los padres y los cinco hermanos, y si pasabas por la tarde, los oías jugar, poner música, tocar la guitarra. Hacían barbacoa una vez al mes e invitaban a todos los tíos y primos, que eran un montón. —Se recolocó en el sofá porque se le estaba clavando la costura del pantalón en el muslo—. Es una familia de muchísimo dinero: María Aurora, la hija mayor, iba conmigo al colegio. Cuando los niños crecieron, los padres derribaron la casa y construyeron cinco chalets, uno para cada hijo. Todo muy bien y muy idílico hasta que Valentín, el pequeño, dijo que se mudaba a Australia y puso la casa en venta.

—Tu casa.

—Exacto. Cuando vi el anuncio, no me lo podía creer, y acabé pagando más de lo que podíamos permitirnos porque quería vivir en la parcela de los Betancourt. Me imaginaba, no sé, que me iban a acoger en su familia, como si comprar la casa me hiciera una de ellos. La verdad es que ni me hablan... Creo que me guardan rencor por lo de Valentín. —Soltó una risa amarga.

Elka la miraba raro, como dividida entre ofrecer comprensión y preguntar qué narices tenía que ver aquello con ellas.

—Tú te crees que yo he tenido una familia perfecta, pero no. Me pasé la infancia rebotando entre mi casa, el estudio de mi padre y la clínica de mi tío Luis. La familia de mi madre nos veía como una obra de caridad y nunca nos invitaban a nada... A la cena de Nochebuena, poco más. La de mi padre nos odiaba, primero porque nos iba mal y después porque nos iba bien.

Recordó que de pequeña estaba enganchada a todas las series americanas con grandes familias ruidosas: *Cosas de casa*, *Los problemas crecen*, *Padres forzosos*. Envidiaba aquellas escenas hogareñas, con las cenas en familia y los alegres secundarios visitando sin avisar. Su casa siempre estaba a oscuras, y ella siempre estaba sola.

—Así que no, no he tenido una familia perfecta ni una vida perfecta, pero cuando me hice mayor, pensé que me la iba a construir yo. Y lo siento si no me animé a que fuera una familia moderna con dos mamás y un donante.

Elka no lo entendería nunca. No apreciaría el sólido andamio de seguridad que había construido para Adriana y Clara, la satisfacción de verlas entrar por la puerta del Santa Catalina con sus uniformes y sus coletas de color miel y saber que más tarde iban a volver a su casa de película, a su cena hogareña de serie yanqui. Ella no quería rodearse de artistas alternativas con sexualidades fluidas ni pasar en la Godiva las noches que su ex se quedaba con las niñas. Le gustaba su mundo de gente que se casaba, tenía hijos, se reunía para comer en la playa los fines de semana y para el *brunch* los domingos alternos, se invitaban a las comuniones de los niños y se mandaban tarjetas por Navidad.

Su vida estaba construida pieza a pieza, con sumo cuidado, e iba a seguir así mientras dependiera de ella. Moriría junto a los suyos. Se lo había imaginado muchas veces: tumbada en su lecho de muerte, rodeada por sus hijas, sus nietos, quizá su marido, aunque ella planeaba sobrevivirlo porque era lo normal y ellos eran normales. Se despediría de todos, uno a uno, con palabras sabias, contemplaría su legado antes de cerrar los ojos e irse al cielo y la enterrarían (un entierro tradicional; nada de cremación, gracias, que ella sabía que al papa Francisco no le hacía mucha gracia) en el panteón familiar que había comprado, para sorpresa de Jaime, poco después de que se casaran, y que tenía unas losas de mármol veteado preciosas.

Elka se quedó callada mientras recorría con la palma de la mano la puerta, que seguía abierta. Por fin, la cerró y volvió a sentarse en el sofá.

—Todo esto no va a hacer que la niña que fuiste se sienta mejor —dijo muy bajito—. Lo sabes, ¿no?

Camino le sostuvo la mirada unos segundos hasta que notó que se le empezaban a llenar los ojos de lágrimas. Parpadeó con fuerza y se puso de pie. Ya había tenido suficiente terapia por un día.

—En fin —dijo, yendo hacia la puerta—, que si quieres que no nos veamos, no nos vemos más. Pero, por favor, deja que acabemos lo del calendario. Va a quedar precioso, te lo prometo. Dame un poco más de tiempo.

Se fue sin dar tiempo a Elka a que contestara. Estaba exhausta, pero al menos sabía que, pasara lo que pasara, había hecho todo lo posible.

Capítulo 50

El timbre del estudio volvió a sonar mientras Berta intentaba dormir la siesta, pero esta vez le dio igual. Ya no podía conciliar el sueño tampoco a esa hora. Se tendía en el sofá y todo su cuerpo se ponía rígido, como a la espera de un ataque, y al final acababa más cansada que cuando se había tumbado.

Igual no tenía nada que ver con Salva y la culpa la tenía el proyecto de los crímenes. ¿Cuánto tiempo puede estar una persona obsesionada por asesinatos antiguos sin que se le vaya un poquito la cabeza? Berta sabía que lo lógico y normal habría sido dejarlo y fotografiar algo más tranquilizador: el mar, por ejemplo, o a los turistas que se bajaban de los cruceros y paseaban por el Muelle Uno con expresión desorientada.

Sin embargo, su proyecto era literalmente lo único que iba bien en su vida. Al final había reunido el valor para hablar con Rob, su agente, y, para su sorpresa, se había entusiasmado. Le parecía brillante presentar el contraste de Málaga, un lugar de luz y felicidad, con lo más sádico y desagradable de la naturaleza humana. Ella también estaba disfrutando. Los ratos que pasaba investigando, abocetando ideas y seleccionando modelos, no pensaba en Salva, en Camino ni en Lorena. Tocar, aunque fuera de lejos, la auténtica maldad, le hacía sentir que lo que le había pasado no era tan terrible.

Abrió la puerta y le sorprendió ver otra vez a Matt, como si su última visita no hubiera sido lo bastante incómoda.

Matt sacó un ramo de flores de detrás de la espalda.

—¿Y eso?

—Estás trabajando mucho. Te lo mereces.

A Berta no le gustaba que le regalaran flores. La ponía nerviosa ver, día tras día, cómo se iban pudriendo despacio, y nunca sabía cuál era el punto en el que debía tirarlas. Solo una vez había disfrutado sacando fotos de los distintos estados de descomposición, pero como motivo artístico estaba un poco visto y las fotos no habían llegado a nada.

Se esforzó por sonreír mientras sostenía el ramo entre los brazos.

—¿Y a qué se debe el honor? —trató de sonar ligera.

Matt sacó el teléfono del bolsillo y le puso la pantalla delante.

—Estás ovulando.

Berta alejó un poco el móvil para verlo mejor.

—Oh.

Era su gráfico de fertilidad. Todas las mañanas, cuando sonaba el despertador, Matt le metía un termómetro en la boca, le pedía que se quedara quieta hasta que sonara y le hacía preguntas la mar de inapropiadas sobre su fluido cervical («¿Dirías que es más como crema de manos o como clara de huevo?»). Una parte de ella admiraba su dedicación; la otra parte estaba hasta el moño. Sobre todo porque ahora Matt gruñía si no la encontraba en la cama por la mañana, así que, después de dar vueltas toda la noche con los ojos como platos, se obligaba a aguantar tumbada hasta que él se despertaba.

Se quedó quieta con las flores en la mano. ¿Y ahora qué? «Estás ovulando» era la frase menos erótica que había escuchado en su vida, pero ella había accedido a todo aquello de la reproducción, así que más le valía ponerse a ello.

¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Se desnudaba sin más? ¿Esperaba a que Matt la

sedujera como un galán de cine?

Dios. No tenía ningunas ganas. Ahora que se había levantado del sofá, lo echaba de menos, porque, incluso aunque no se durmiera, al menos descansaba un poco de la realidad. Eso era lo peor del insomnio: que no tenía forma de escapar de estar viva ni por unas horas.

—Cielo... Aprecio un montón el detalle, y el interés, pero ¿no podemos dejarlo para esta noche?

Matt se cruzó de brazos.

—Por las noches no eres muy... receptiva, *to be honest*.

Era cierto. Se quedaba despierta leyendo hasta que se le caía la cabeza, pero no servía para nada: era meterse en la cama y, como en el sofá a la hora de la siesta, su cuerpo se despertaba como si alguien la hubiera enchufado a la corriente eléctrica. Entonces se levantaba, vagaba por la casa y, cuando pensaba que tenía sueño suficiente, trataba de meterse otra vez en la cama..., solo para sentir, inmediatamente, aquella especie de chute de café invisible que la despertaba por completo.

Se quedó de pie sin saber qué decir.

—Dame, voy a ponerlas en agua —dijo Matt, alargando los brazos hacia el ramo de flores.

El cerebro de Berta estaba tan acorchado por el sueño que no fue capaz de reaccionar a tiempo.

—¿Qué es esto?

Mierda. Matt estaba en el cuarto de revelado.

Dio despacio unos pasos hacia allá, tratando de retrasar al máximo el momento de las explicaciones.

—¿Y bien?

Matt la miraba, de pie entre fotos y recortes de periódico. Todos sus asesinatos (había empezado a llamarlos así, «sus asesinatos», con aquel posesivo cariñoso que lo volvía todo un poco más preocupante, si cabía) estaban dispuestos con cuidado sobre las paredes. Matt debía de haberlo confundido con la cocina.

—Es... mi nuevo proyecto.

Le explicó brevemente en qué consistía mientras Matt pasaba despacio la mano por las fotografías de Rocío Wanninkhof y Sonia Carabantes. A Tony King, su asesino, lo habían pillado por la coincidencia genética entre una colilla de cigarro y las uñas de las víctimas, así que Berta iba a colocar colillas en las manos de dos modelos como si fueran una manicura postiza.

—Ah.

No parecía muy entusiasmado. Seguramente pensaba que le estaba mintiendo y que era, en realidad, una asesina en serie. Volvió al sofá caminando despacio, todavía con las flores en la mano.

—Estás rara —dijo.

Berta se indignó: pues claro que estaba rara. ¿Cómo no iba a estarlo? No pegaba ojo desde hacía semanas.

—Es por lo del sueño —explicó.

Matt asintió. Él estaba, por supuesto, al tanto de sus problemas de insomnio, y cada noche aparecía con un nuevo suplemento, truco de abuela o *hack* de Internet. Lo último había sido ponerse de pie en una sola pierna hasta que no aguantara más, con ambas piernas, tres veces al día. Berta lo hacía con desgana cuando estaban juntos, pero, como todo lo demás, no servía de nada.

—Ya, pero... Ahora entiendo. Si habría sabido todo esto...

—Hubiera.

—Si hubiera sabido —Matt señaló hacia el cuarto de revelado— que esto es lo que tienes en la cabeza. No me extraña que no puedes dormir.

—Subjuntivo.

—Pued... as. —Matt resopló, y Berta se prometió no corregirle nada más por aquella tarde—. Creo que deberías cambiar de proyecto, o, por lo menos, pararlo un poco.

Berta miró a los enormes ojos castaños de su prometido y recordó, como lo hacía siempre, que Matt era bueno. Se preocupaba por ella. Él era bueno, y ella no era capaz de hacer el amor cuando ovulaba para darle aquella familia que deseaba tanto. Ni siquiera estaba siendo del todo sincera.

—Escucha —dijo—. Tengo que contarte algo.

Matt dejó, por fin, las dichas flores en una mesa, y los dos se sentaron en el sofá. Berta le explicó, sin demasiados detalles, lo que le había contado Lorena en la cena de aniversario y, por primera vez, le habló del suicidio de Salva. Se guardó, como había hecho con Valle, la parte más escabrosa, como si todavía alimentara la esperanza de olvidarlo por completo si no se lo contaba a nadie más.

Matt escuchó en silencio con el ceño fruncido.

—¿Y no te encuentras mejor? —dijo por fin.

—¿Cómo?

—Esa historia de tu amiga Lorena. Al final, la gente tenía razón. Estabas *partying*, de fiesta. No te obligó a ir a su casa. Pensé que eso te haría sentir mejor.

Berta se rascó las manos, frustrada. ¿No había entendido nada? Decidió intentarlo una vez más.

—Creo que lo que hay detrás de todo, en el fondo, es lo del... suicidio.

Notó cómo el cerebro de Matt buscaba en su archivo mental de Comunicación No Violenta.

—Entiendo que fue muy duro para ti. —Que estuviera *validando sus sentimientos* la puso todavía de peor humor.

—Pues sí. Fue muy duro.

Todos se lo decían, pero nadie parecía entenderlo de verdad. No comprendían cómo era llevar a tus espaldas la muerte de otra persona durante años sin poder hablar de ello. Nunca le había contado a nadie la verdad sobre la relación que mantenía con Salva porque tenía demasiado que perder, así que el secreto se había ido pudriendo dentro de ella como se pudrirían en breve aquellas flores.

—Pero... tienes que salir ya de ahí, Berta. Tienes que dejar el pasado tranquilo. Creo que ya he tenido mucha paciencia con esto, pero no puedo soportar que una tontería del instituto nos está robando nuestra vida.

Matt no se enfadaba a menudo, así que, cuando lo hacía, Berta se acobardaba. No tenía energía para rebatirle, y Matt tenía razón: iba a echarlo todo a perder por algo que había pasado hacía un montón de años.

Solo se equivocaba en una cosa: no era ella la que tenía la culpa de no poder seguir adelante. Las verdaderas culpables eran Lorena y Camino, porque, si todo era tan inofensivo, si no había pasado nada, ¿por qué no le contaban la verdad de una vez? Eran ellas, con su testarudez, las que se estaban interponiendo entre Berta y el resto de su vida. Eran ellas las que no la dejaban avanzar.

Fue en ese momento cuando la idea se abrió paso a través de su agotado cerebro. Más adelante, pensaría que el insomnio había activado las neuronas equivocadas, porque, sin duda, ella no era el tipo de persona a la que se le ocurría algo así. Todo el mundo se sorprendería cuando lo supiera, pero nadie tanto como ella cuando, bien descansada y por fin tranquila, observara lo que había hecho.

En aquel instante, sin embargo, le pareció una buena idea. Un poco extrema, sin duda, pero buena, así que la puso a un lado para examinarla más adelante.

—Escucha —le dijo a Matt—, estoy agotada. Voy a tratar de dormir un poco, ¿vale? Siento lo de la... ovulación. Si descanso ahora, igual podemos intentarlo esta noche, ¿te parece?

Lo empujó con suavidad hacia la puerta. Él seguía enfadado, podía notarlo cualquiera, pero había dejado de importarle. Tenía que contemplar aquella idea, que a cualquier otro le habría parecido estúpida, pero que podía ser su única forma de salir del embrollo.

En cuanto cerró la puerta, sin embargo, sus esperanzas se derrumbaron. No podía hacerlo. Era demasiado y no saldría bien. Además, todavía le quedaban algunos cartuchos que quemar. No podía irse a una solución tan radical sin saber que lo había probado todo.

Sacó el teléfono y le envió un mensaje a Camino.

Capítulo 51

El detective había ido al baño. No parecía el tipo de cosa que hacía un detective privado, pero la experiencia, hasta ahora, había sido muy normal. El hombre se llamaba Gregorio Yáñez Lupiáñez, un nombre que se daba un aire a personaje de Mortadelo y Filemón y que, ya de por sí, le quitaba bastante rollo al tema. El despacho estaba limpio y bien iluminado, decorado con muebles de IKEA y con aroma a ambientador de frutos del bosque de Zara Home; nada de una secretaria rubia platino, ventanas sucias y humo de puro. Menudo bajón.

Todavía no terminaba de creerse que ella, la Lore de El Palo, hubiera llegado a la consulta la semana anterior con un sobre lleno de billetes para contratar a un detective. Recordó con nostalgia que su primera visita a ElPaloFit había sido igual, solo que ahora lo del sobre con efectivo pegaba más.

Por otra parte, reflexionó mientras pasaba distraída la vista por los libros de la estantería (una mezcla curiosa entre derecho, psicología y novela negra), últimamente se estaba saliendo del guion de su vida cuando menos lo esperaba. Con las pesas; con el vestido negro en la cena del colegio, que, pese a todo, había atraído más de una mirada; con el detective. Podría cogerle el gusto a esa sensación.

Como siempre, las pesas le recordaron a Nacho y se le revolvió el estómago. Lo echaba tanto de menos que estaba segurísima de que había hecho bien dejando los entrenamientos. Arrugó los dedos de los pies solo de pensar en el ridículo que había estado a punto de hacer.

—En efecto, usted tenía razón. —Gregorio Yáñez Lupiáñez salió del baño y se sentó al otro lado de la mesa, pasándose las manos por un cráneo redondo y bien afeitado—. El *objetivo* ocultaba algo.

Lorena se frotó mentalmente las manos, como a punto de enterarse del giro de guion de una buena serie.

—Y, por supuesto, como sucede con la mitad de mis clientes, ese algo es una relación extramatrimonial.

Vaya con la perfecta esposa. Lorena no podía negar que esperaba algo más original: un plan para dominar el mundo; un alter ego malévolo tipo Joker... No una aventurilla de ama de casa aburrida. Resopló, frustrada. Con aquello no iba a conseguir mucho. Seguro que la mitad de las madres de Pedregalejo tenían un lío con el jardinero.

Gregorio sacó varias fotos de un gran sobre de papel y se las pasó a Lorena. Parecían tomadas con teleobjetivo, como las de los *paparazzi*, y mostraban a Camino besándose con una mujer a la que enseguida reconoció como la vecina de la moto.

Abrió la boca de par en par. ¿Una tía? Esto sí que no se lo esperaba.

Entonces se acordó. Había surgido un rumor en bachillerato, pero nadie le había hecho demasiado caso, y menos que nadie Lorena, que había visto suficientes veces a Camino dándose besitos con Fali como para no poner en duda su heterosexualidad. ¿Estaba fingiendo? O igual le iban la carne y el pescado. Hubiera sido muy práctico, y Camino era una persona práctica.

Miró las fotos con más atención. Las dos mujeres se metían mano en el umbral de la puerta, como si no pudieran aguantarse hasta cerrarla, y se les escapaba una sonrisa entre los labios pegados. Nunca habría imaginado a Camino tan... cachonda.

Era muy raro.

En cualquier caso, las fotos lo dejaban clarísimo. Miró a Gregorio y sonrió.

—Esto es justo lo que buscaba —dijo, guardando el sobre en la mochila. Sin poder contenerse, preguntó—: ¿Y la otra mitad? De tus clientes, quiero decir. ¿Qué ocultan?

—Deudas. —Gregorio se encogió de hombros—. Este trabajo es más aburrido de lo que parece.

Mientras contaba los billetes de la segunda parte del pago y los dejaba encima de la mesa, Lorena pensó que aquel podía ser el dinero que más se había alegrado de gastar en toda su vida.

Capítulo 52

Al principio, a Camino le sorprendió que Berta le pidiera que quedaran a solas en una cafetería del centro, pero después pensó que igual querría hablar del calendario sin tener a Elka protestando.

Le habría encantado tener una excusa para ver a Elka. No había sabido nada de ella desde la tarde de la ¿pelea?, ¿ruptura? No sabía muy bien cómo llamarlo. El caso es que no se hablaban y se estaba volviendo loca, y mientras vestía a las niñas o hacía la cena, se le pasaban por la cabeza ridículas escenas de conquista romántica que tenía que ahuyentar. No, no iba a ir a su casa con flores, a suplicar bajo la lluvia ni a perseguirla al aeropuerto.

Pidió churros con chocolate. Normalmente, sentía hacia los dulces la indiferencia de quien nunca ha tenido problemas con su peso, pero estos días se sorprendía llevándose galletas a la boca y no dándose cuenta hasta que se había terminado medio paquete. Al menos, había encontrado una imprenta que podría tener listos los calendarios antes de Navidad y programado la visita al mariposario para el sábado siguiente. ¿Se habrían reconciliado Elka y ella para entonces?

Berta estaba comentándole el tipo de cámara y la exposición que pensaba utilizar, y hablaba tan bajo que le costaba oírle entre el ruido blanco de la cafetera industrial y los platos chocando entre sí. Camino se preguntó si estaría enferma, porque tenía la piel amarillenta y ojeras oscuras alrededor de los ojos. Hablaba arrastrando un poco las palabras, como borracha, y se le ocurrió que quizá estaba tomando medicación. Parecía el tipo de persona con una salud mental precaria.

De repente, Berta cambió de tema con brusquedad:

—Enhorabuena por la cena de aniversario —dijo—. Todo salió muy bien.

—Gracias.

—Además... —Removió otra vez su poleo menta, aunque ya hacía un buen rato que se lo habían servido—. Fue importante para mí, personalmente.

—¿A qué te refieres?

—Averigüé algo. Lo que pasó en bachillerato, cuando desaparecí.

—¿Desapareciste? No tenía ni idea. —Camino mojó despacio un churro en un plato con azúcar, haciéndolo rodar para que hubiera la misma cantidad en todos los lados.

Berta le contó lo que ya sabía: que Lorena Ibarra había hablado con ella en la terraza. Casi se echa a reír cuando se enteró de la versión que había contado. Lorena ni siquiera sabía mentir.

No podía creerse que también tuviera que lidiar con esto. Como si no fuera suficiente con Elka, el calendario, su empresa y su vida entera, ahora venía Berta a hacer una excavación arqueológica en su pasado común, oportuna como una mosca en la sopa.

—Qué barbaridad. —Se llevó una mano a la boca y luego la quitó por si el gesto era demasiado exagerado—. Es lo que se puede esperar de alguien como ella. La mezcla de... gente siempre ha sido lo peor del Santa Catalina. ¿Qué vas a hacer? Imagino que lo perseguirás por la vía legal, ¿no?

—Los delitos han... ¿Cómo se dice? ¿Caducado?

—Prescrito.

—Eso, prescrito. Además, es su palabra contra la mía.

—Todo es mirarlo. Te puedo echar un cable, si quieres. Ya sabes que estudié Derecho. —Por un momento, se creyó a sí misma y estuvo a punto de felicitarse por lo generosa y amable que

estaba siendo—. Igual puedes reclamar daños psicológicos o conseguir una grabación incriminatoria.

Estaba diciendo cosas sin sentido, porque, en efecto, el delito había prescrito y no podían hacer nada, pero Berta no tenía por qué saberlo.

—Da igual, no te preocupes. Eso no me importa. —Berta sacó una servilleta del servilletero y se puso a destruirla entre las manos, haciendo pequeñas bolitas—. Yo solo quiero averiguar lo que pasó. La versión de Lorena no me encaja.

«Pues claro que no te encaja, porque no fue eso lo que ocurrió, y además es una estupidez».

—Francamente, Berta... Lorena era y es una persona muy simple. Parecería más torpeza que otra cosa.

Le cogió las manos.

—Lamento que la cena fuera difícil para ti. Creo que lo fue para todos. Mucha carga emocional.

Meditó unos segundos. ¿Debía hacerlo? Sí: sería una buena forma de probar la temperatura del agua.

—Quizá no deberíamos haber sacado el tema de Salva —dijo. De hecho, malditas las ganas que había tenido en su momento de dar aquel discurso y componer la dichosa presentación. Ella tampoco quería hablar de Salva. Lo que pasa es que a alguien del comité le había parecido una buena idea aquel homenaje porque, al parecer, necesitaban sanar colectivamente el impacto emocional de que un profesor se hubiera suicidado. Lo más sensato había sido colaborar.

La cara de Berta se desenchajó. Retiró las manos y siguió destrozando su servilleta con expresión concentrada.

—¿Lo conocías mucho? —preguntó Camino.

—¿Mucho? —Berta abrió sus ojos azules, como un pez asombrado—. No... A ver, quiero decir, lo normal, yo qué sé. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé. Curiosidad.

No sabía mentir. «Lo normal», claro, como si fuera normal irse por las tardes a casa de un profesor. Miró fijamente a Berta, que se frotaba los ojos con violencia, y se preguntó si se habría olvidado de todo. A la gente le pasaba, ¿no? Reprimían las experiencias traumáticas y las guardaban en lo profundo de su inconsciente. Sonaba todo a excusa barata de persona mentalmente frágil, pero quizá era cierto. No se le ocurría otra forma de explicarlo.

Le dio un bocado a su churro y lo masticó despacio. Diez minutos más y se largaba de allí.

—Camino, por curiosidad..., ¿tú sabes algo de lo que pasó?

—¿De qué? —La pregunta la pilló desprevenida.

—Lo de Lorena. El secuestro. ¿Sabes algo?

Toda la servilleta estaba ya convertida en bolitas y ahora las estaba colocando en forma de círculo alrededor de su taza.

—¿Yo? ¿Por qué iba a saber yo algo?

—Bueno... —Berta alzó la cabeza y le clavó los ojos, y, de repente, todo el cansancio pareció desaparecer de su cara para dar paso a una extraña intensidad—. Nada se movía en el Santa Catalina sin que lo supiera Camino Atienza.

—Anda, mujer. —Camino se limpió con cuidado el aceite de los dedos, presionando despacio la servilleta contra las yemas—. Eso es una exageración. Éramos cientos de alumnos. Escucha. —Extendió las dos manos sobre la mesa con las palmas hacia arriba—. Si supiera algo, te lo diría. Veo que esto es importante para ti.

La expresión de cansancio infinito volvió otra vez a la cara de Berta, y Camino respiró hondo y se dijo que estaba todo controlado.

Acabó rápidamente su chocolate y se despidió hasta el sábado siguiente, en el mariposario. Después, caminó hasta el aparcamiento privado que usaba cuando iba al centro, que era el mismo que utilizaba su tío Luis, el ginecólogo, mientras trabajaba en la consulta. Unos años después de que muriese, se lo había comprado a su prima Paulita, que vivía en Alemania: no solo por comodidad, sino para dar a la situación cierta justicia poética. Cuando era pequeña y acompañaba a su madre al trabajo, cogían el autobús para no tener que aparcar, y, al llegar, veían al tío Luis, satisfecho y encantado de haberse conocido, salir del *parking* haciendo tintinear las llaves de su Audi. Nunca se ofreció a llevarlas, aunque vivían a pocas calles de distancia.

Se metió en el coche, arrancó y, como siempre que salía del aparcamiento, le dedicó un saludo mental a su difunto tío Luis:

«Que te jodan, capullo —pensó, mirando al suelo, aunque sabía que el infierno no estaba ahí—. Tú estás muerto y yo no».

Luego encendió el calentador de asientos, porque se había quedado helada en el breve trayecto desde la cafetería, y pensó en Berta.

Qué pereza le daban sus preguntas. No iba a contarle la verdad como había hecho Lorena porque ella no necesitaba esas redenciones melodramáticas. En su día, hizo lo que tenía que hacer, y si algo tenía claro era que nadie entendería jamás sus razones. Menos que nadie Berta, que desde el principio había demostrado que tenía la cabeza como una piedra y ni una pizca de sentido común.

Aunque, en retrospectiva, Camino tenía que haberse quedado quietecita.

10 de enero de 2008

Berta estaba metiendo los bolígrafos en el estuche antes de salir al recreo cuando Camino se plantó frente a ella y apoyó las manos sobre el pupitre.

—Tenemos que hablar.

La clase se vació rápido. En bachillerato, los alumnos podían salir a la calle, así que procuraban darse prisa para poder comprar una napolitana en la panadería de Antonia antes de que se acabaran. Camino le dio la vuelta a una silla y se sentó frente a Berta.

—¿Está pasando algo con Salva?

—¿A qué te refieres? —preguntó Berta, y carraspeó un poco, como si tuviera algo atascado en la garganta.

—Os oí antes de las vacaciones en la sala de dibujo. No me gustó cómo te trataba.

Berta cerró el estuche con manos torpes y lo metió en el hueco bajo el pupitre.

—No sé de qué estás hablando, y me tengo que ir porque he reservado el estudio de fotografía y no puedo perder más tiempo. Así que, si me disculpas...

Se levantó para irse, pero Camino le puso las manos sobre los hombros y le impidió levantarse.

—Puedes confiar en mí —dijo.

«Tienes demasiado sentido de la justicia», insistía siempre su padre, y sabía que en parte tenía razón, pero la injusticia era una modalidad de desorden y a ella el desorden la ponía muy nerviosa.

—De verdad, es que no sé a qué te refieres. Salva es mi profesor y ya está.

—Los profesores no invitan a las alumnas a sus casas. ¿Qué pasó ese día? ¿Fuiste a verlo? ¿Hizo o dijo algo... inapropiado?

Habría apostado su mano derecha a que el tipo aquel había intentado algo raro con Berta. Tenía toda la pinta. Se creería joven y enrollado y se defendería diciendo que el problema eran las anticuadas ideas burguesas y que era normal que los profesores tuvieran aventuras con alumnas.

En las peleas, su profesor de judo le decía a menudo: «Dios te hizo alta y fuerte para algo», animándola a que usara toda la potencia que tenía. Dar el estirón en la pubertad le había servido para muchas cosas: entre ellas, para no ceder jamás a las amenazas de un abusón. Solo lo había hecho una vez en su vida y se arrepentiría siempre.

—Su mujer estaba allí —dijo Berta—. Nos hizo café. Sacamos algunas fotos y ya está.

¿Estaba mintiendo? Era difícil saberlo. Parecía igual de incómoda cuando decía la verdad.

—¿Has ido más veces?

Tardó un segundo más de la cuenta en negar con la cabeza. Pues claro que había ido más veces, a saber con qué excusa. Camino notó una ira desmesurada que sabía perfectamente que solo tenía que ver con Berta en parte. Aun así, alguien tenía que arreglar aquello, y, puesto que nadie más se estaba dando cuenta, no le iba a quedar más remedio que hacerlo ella.

—Voy a hablar con Salva.

—¡No! —Ahora estaba segura de que había tocado donde dolía—. Por favor, no digas nada. Necesito buenas notas este año. Salva me está ayudando mucho con la fotografía.

Camino dio un puñetazo en la mesa.

—¿Eso es lo que está haciendo? ¡Te está chantajeando con las notas de la asignatura!

Escucha. —Se sentó y acercó su cara a la de Berta—. Podemos hablar con la directora. Lo echarán y a tus notas no les pasará nada.

En ese momento, algo cambió en la cara de Berta, como si se hubiera puesto una máscara de piedra encima de su expresión habitualmente plácida.

—Mira, Camino —dijo, acercando la cara todavía más a la suya—, déjalo de una vez. Voy a negarlo todo, ¿me oyes? Si le vas a la directora con la historia que te has montado en tu cabeza, quedarás en ridículo. No te metas donde no te llaman.

Camino notó la expresión de sorpresa saltando a su rostro y se apresuró a cambiarla. Observó a Berta, que le sostenía la mirada con un tic casi imperceptible en el labio superior. «Eres tonta —tuvo ganas de decirle—. No tienes por qué aguantar esto. No es culpa tuya». Pero no iba a servir para nada, porque Berta se había hundido demasiado profundo y ella iría detrás si trataba de sacarla.

Dio un par de golpecitos en la mesa con los nudillos, como un juez cerrando la sesión, y se marchó por donde había venido.

Berta observó la alta figura de Camino desaparecer por la puerta de la clase mientras notaba la sangre retumbar en sus oídos. Al final, en aquel maldito colegio se sabía todo, y por más que se repetía a sí misma que no había ningún problema, que no estaban haciendo nada malo, Camino no iba a ser la única que lo pensara.

Además, no era verdad. Sí que estaban haciendo cosas malas. Cosas que no estaban nada bien, pero de las que ella ya no sabía cómo escabullirse.

Se masajeó las sienes con las manos. Le dolía la cabeza y tenía la boca seca. Había vuelto a pasarse con la cerveza la noche anterior mientras bajaba canciones y chateaba con Paloma por el Messenger. El alijo que escondía en el altillo de su armario estaba disminuyendo a toda velocidad. A veces le entraban ganas de quejarse a alguien, ¿al alcalde, quizá?, de lo fácil que era conseguir alcohol para una chica de diecisiete años. Bastaba con bajar al súper de al lado de casa y comprar otras cosas: un par de cebollas, azúcar, un cartón de leche solitario y después un par de paquetes de cerveza de los de seis, de la marca que bebía su padre. La simpática y regordeta cajera, que la conocía desde que llevaba pañales, las pasaba por el lector sin pestañear y mandaba saludos a su familia.

«Tengo que parar esto», se repitió, como había hecho a diario en las últimas semanas. El problema era que no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Capítulo 53

En cuanto Camino se despidió y se levantó de la mesa, el cansancio cubrió a Berta como una manta. ¿Cuánto tiempo habían pasado tomando café, media hora? Y, aun así, Camino había extraído como un vampiro sediento la poca energía que le quedaba.

Era increíble. Se había sentado ahí, con esa cara de falsa empatía, a mentirle sin que se le moviera un músculo.

A Berta siempre le había costado entender por qué la gente se comportaba mal. Ella no era perfecta, pero trataba de hacer las cosas con buena intención.

Sin embargo, mientras se terminaba los restos fríos de su poleo, supo que podía ser mala, y podía serlo porque ahora, después de haber agotado todas las formas de resolver aquello por las buenas, veía por fin una solución y estaba convencida de que el fin justificaba los medios.

Se dio cuenta, casi asombrada, de que lo único que necesitaba para cometer una maldad era el grado suficiente de desesperación.

Lo repasó todo como si estuviera delante de un juez. Lorena le había mentido. Camino le había mentido. Valle le había fallado. Matt no se enteraba de la misa la mitad y lo único que quería era inseminarla a toda costa como a una yegua de concurso.

Estaba harta de que nadie la tomara en serio.

Se levantó de la mesa y fue al baño a echarse agua en la cara. Se miró en el espejo: tenía los ojos enrojecidos y cara de asesina, pero igual eso era lo que necesitaba ahora mismo.

Fue a pedir la cuenta y, por supuesto, Camino había pagado también su poleo, porque aquella pija condescendiente creía que con invitarla a una infusión de dos euros estaba todo perdonado y olvidado. Apretó los dientes y enfiló el camino hacia su estudio. Por primera vez desde que había empezado aquello, tenía perfectamente claro lo que debía hacer.

Capítulo 54

La auténtica cara de Camino Atienza.

Lorena observó, orgullosa, el título de su nueva web. No iba a ganar ningún premio al diseño, ya que, por alguna razón, los colores no pegaban por mucho que los cambiara. Lo importante, sin embargo, estaba ahí, y eran las imágenes de Camino comiéndose la boca con la vecina como si no hubiera un mañana.

Sentía una pizca de remordimiento, pero no demasiado. Si algo había aprendido en la cena era que a Camino las consecuencias de sus actos se la sudaban. No le importaba Berta, que seguía hecha polvo quince años después, igual que no le importó que Lorena perdiera a Fali y a su padre por culpa de sus ideas de bombero. Ahora, Berta y ella eran dos mujeres en la treintena perdidas, sin rumbo y en el lodo, como la canción, mientras que Camino tenía la vida perfecta. Tenía que hacerse justicia.

El plan era simple, y lo mejor era que nadie sabría que había sido Lorena. Seguro que mucha gente le guardaba rencor a Camino, porque no se puede ser tan perfecta sin ganarse unos cuantos enemigos. Le mandaría al marido la dirección de la web y la naturaleza haría el resto.

Le vibró el móvil. Era Nacho preguntándole cómo le iba con el plan de entrenamiento que le había mandado hacía unos días. Archivó el chat sin contestar: no le apetecía ver a Nacho ni volver al gimnasio, aunque había ganado peso y le dolía otra vez la espalda. La Lorena que levantaba pesas le parecía una desconocida, como un sueño que había tenido durante un tiempo y que ahora se había ido.

En ese momento, llamaron a la puerta. Lorena dio un respingo y cerró la web tratando de recordar si había quedado con alguien.

—Buenas. —Era Vicente, el hermano de Mila—. ¿Puedo pasar?

Mientras preparaba café en la cocina, Lorena se preguntó si vendría a por el dinero. Igual Mila le había contado que lo tenía. Se quitó la idea de la cabeza; ya habían pasado casi tres meses desde su muerte, no tenía sentido esperar tanto. Sacó unas galletas que había conseguido no tocar desde que empezó el entrenamiento con Nacho y miró con orgullo el paquete cerrado.

—Te he traído un detalle —dijo Vicente—. De agradecimiento.

Puso en la mesa una caja de bombones con una de las esquinas un poco abollada; Lorena se habría jugado algo a que se la habían regalado a él. Se encogió mentalmente de hombros. Lo importante era la intención.

—Yo habría sido incapaz de cuidar de mi hermana como tú. Ya sabes que echo un montón de horas en la tienda. Y tampoco quería cargárselo todo a mi mujer.

Podría haber ido a verla más cuando Mila todavía preguntaba por él, o, al menos, haber puesto algo de pasta, pero bueno. «Lo pasado pasado está». Le dio la vuelta a la caja y se puso a mirar de qué era cada bombón.

—Hay un problema, Lore —dijo Vicente.

¿Desde cuándo la llamaba Lore?

—Verás: la casa es mía.

—¿La casa? ¿Qué casa?

—Esta.

—Qué va a ser tuya. —Lorena dejó los bombones sobre la mesa—. Esta casa era de mis

padres.

—La hipotecaron otra vez cuando lo de tu madre para contratar a la cuidadora. Cuando mi hermana se casó con tu padre, liquidó la hipoteca con sus ahorros a condición de que estuviera a su nombre, porque su primer marido se lo quitó todo y estaba escarmentada. Y ahora va para sus parientes biológicos más cercanos, es decir: yo.

Lorena miró a su alrededor. Pensar en no tener esa casa era como imaginarse sin pies. Incrédula, vio pasar frente a sus ojos los últimos quince años.

—Estoy flipando, Vicente. ¿Me vas a echar de mi casa? ¿De la casa de mi madre y de mi padre? ¿Después de lo que he hecho por tu hermana?

—Las cosas en la tienda no me van bien, Lore.

—¡No me llames Lore!

—Bueno, Lorena. Necesitamos el dinero. Vamos a alquilarla con el *airbenebé* ese.

—¿Y yo? ¿Qué hago yo?

—Tú tranquila, que no hay prisa. Tómate un par de semanas para recoger y eso.

—¿Un par de semanas?

Dio unos pasos hasta ponerse delante de él, que seguía sentado y, para mayor ofensa, había cogido otra galleta.

—Fuera de mi casa.

Cerró la puerta cuando salió e, inmediatamente, volvió a abrirla y le tiró los bombones.

—¡Que no son ni Caja Roja, rata de mierda! —gritó.

Se sentó en el sofá y se tapó la cara con las manos. ¿Qué iba a hacer? ¿Dónde viviría? Se podía acoplar en casa de alguno de sus tíos una temporada, pero no eternamente. Si no se hubiera gastado el dinero de Mila en aquella imbecilidad de las pesas, al menos tendría para alquilar una habitación algunos meses y salir del paso. Ni siquiera le quedaba lo del detective. ¿Cómo se apañaba Camino para amargarle la vida incluso sin saber que lo estaba haciendo?

De repente, se le ocurrió una idea. Camino. Quizá ella era, precisamente, la llave para salir de aquella situación.

Cerró de un golpe el ordenador y cogió el teléfono.

Capítulo 55

Se encontraron por casualidad la mañana del domingo en el parque de El Morlaco. A Camino, aquel trocito de campo en medio de la ciudad siempre le había parecido una joya desaprovechada y le sorprendió que Elka lo conociera.

La observó desde lejos un par de minutos, aprovechando que Elka todavía no la había visto a ella. Iba caminando detrás de Marco con sus pasitos cortos, siguiendo al niño en su recorrido errático entre los árboles, y la luz la iluminaba desde detrás y la hacía parecer la protagonista de un anuncio de perfume, con el pelo revuelto y las mejillas sonrosadas. Camino se quedó quieta, pensando en dar la vuelta y marcharse de allí, cuando Adriana echó a correr hacia Marco.

—¡Vecino! ¡Vecino! ¡Hola! ¡Hola!

—Adriana, no se llama «vecino», tiene un nombre. —Camino salió detrás de su hija para impedir que se tirara encima de Marco y le hiciera daño. Elka lo había traído un par de veces a casa, y las niñas lo adoraban. A Adriana le despertaba una especie de instinto protector de hermana mayor que no mostraba con Clara (seguramente, porque sabía que Marco en realidad no le hacía la competencia), y Clara, que estaba pasando por una fase morbosa de obsesión por las heridas y las vendas, miraba fascinada la piel en carne viva de Marco y le pedía que le dejara curarle con el maletín de médico que le habían regalado por Reyes.

Elka se detuvo bruscamente y se las quedó mirando como si encontrárselas allí fuera algo extrañísimo.

—Hola —saludó Camino.

—Hola.

—¿Dando un paseo? —preguntó, y se sintió imbécil, porque por supuesto que estaban dando un paseo.

—Sí... Este tenía el día un poquito intenso. —Elka señaló al niño con la cabeza.

Adriana, Clara y Marco ya estaban inmersos en un juego que involucraba golpear árboles con palos, así que Camino se acercó un poco más a Elka y empezaron a andar juntas, siguiendo a los niños a unos metros de distancia.

—Bonito día —dijo Camino.

—Ajá.

Elka iba despacio, parando de vez en cuando para coger una piña del suelo y examinarla con atención.

—Por fin. —Se acuclilló junto a una piedra grande mientras sostenía otra en la mano, sacó un piñón escondido entre las escamas y se dedicó a romper la cáscara con entusiasmo. Camino la miraba de pie, con las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Toma, anda —dijo Elka, ofreciéndole el piñón.

Camino observó el fruto ennegrecido y se lo acercó a la nariz. Olía a savia fresca y le recordó a cuando ella misma hacía aquello las escasas veces que sus padres la llevaban al campo. Se lo metió en la boca y se preguntó qué significaba aquello.

Masticó unos segundos y se atrevió a preguntar:

—¿Estamos bien, entonces?

Elka se tomó su tiempo para terminar de pelar un piñón para ella y empezar también a comérselo. Luego le clavó los ojos.

—¿Cómo vamos a estar bien? —dijo—. Me has partido el corazón. ¿Tú te crees que eso se

arregla con frutos secos?

Sonreía con tristeza. Camino sintió su propio corazón caerse al suelo y no supo qué responder.

—Lo siento —dijo.

—Es lo que es. —Elka se encogió de hombros—. Vamos, anda.

Siguieron caminando detrás de los niños y, después de unos pasos, Elka le cogió la mano y la apretó con suavidad. Camino la miró, sorprendida, y Elka le devolvió una sonrisa y un encogimiento de hombros, como si se disculpara. Sin poder evitarlo, Camino tiró de su brazo y la estrechó contra sí, y, para su sorpresa, Elka se dejó. Aspiró el olor a champú de coco de su pelo, notó el calor de su cuerpo diminuto junto al suyo y se dio cuenta, anonadada, de que estaba llorando.

—Va, tonta, tranquila. —Elka le acariciaba el pelo y le daba palmaditas en la espalda—. Estoy aquí. No pasa nada.

Camino era incapaz de expresar con palabras lo que le pasaba por la cabeza en ese momento. Sabía que no era solo que había echado de menos a Elka. Eran el estrés del calendario y las preguntas intempestivas de Berta. Era la cuota de la hipoteca, que acababan de pasar a su cuenta y que la había dejado tiritando. Pero, sobre todo, eran ellas dos paseando de la mano en aquella mañana dorada de otoño, con los niños jugando delante y la sensación de estar dentro de un sueño del que se iba a despertar pronto.

Sacó un pañuelo de papel del bolso y se secó las lágrimas.

—Me están llegando un montón de mensajes sobre el calendario —dijo entre sorbos.

—¿Sí?

—Todo el mundo quiere que los fotografíe Berta Berral. No paran de preguntarme si hay meses libres. —Era inútil. No podía parar de llorar.

—Y eso es... ¿bueno? —Elka parecía desorientada.

Camino asintió con la cabeza mientras se sonaba la nariz.

—Sí, pero... si tú no quieres, no lo hacemos. Siento haberte presionado tanto. Tú querías algo sencillo, con un par de ponis, como mucho. —Elka sonrió—. Y yo te he liado. Lo siento.

Si al final no se hacía, con la de bombo que le había dado desde su cuenta, sería malo para ella, pero no catastrófico. La cuestión es que ya le daba todo igual. Estaba cansada de remar a contracorriente y solo quería echarse una siesta muy larga en algún sitio, a ser posible con Elka tumbada al lado.

—¿Estás loca? —Elka seguía sonriendo—. ¿Cómo vamos a dejarlo ahora? Va a ser la bomba y me muero de ganas de ver el resultado. Venga, mujer, no llores más, anda.

Algo en sus palabras hizo que Camino se tranquilizara un poco. Por suerte, los niños seguían a lo suyo, subiendo y bajando por turnos de un banco junto al camino.

Elka se detuvo y se colocó frente a ella, cogiéndole ambas manos con las suyas.

—Nadie había hecho nunca nada así por mí. Nadie me había... cuidado de esa forma. —Le recorrió la mejilla con la punta de los dedos—. Gracias.

Este era el momento del beso apasionado, pero las dos sabían que no iba a suceder, así que se quedaron ahí quietas, mirándose agarradas de las manos como si estuvieran esperando a que alguien las casara.

Adriana llegó corriendo y le tiró a su madre de la chaqueta.

—Tengo hambre.

Camino rebuscó en su bolso y sacó un sándwich de jamón y queso.

—¿No tienes galletas? Sándwich no quiero.

—Entonces no tienes hambre.

—¿Qué te pasa, mamá?

Camino se pasó los dedos por debajo de los ojos para quitarse las manchas de máscara de pestañas que estaba segura de que tenía.

—Nada, cariño.

—¿Puede venirse Marco luego a casa?

—Pues... —Camino miró a Elka esperando que entendiera que le estaba preguntando otras muchas cosas. Sus ojos eran como dos piscinas de chocolate líquido. Sonrió despacio y asintió con la cabeza.

Camino no sabía qué había hecho para merecerlo, pero, por alguna razón, se sintió perdonada. Seguramente era solo cuestión de tiempo que volvieran a pelearse, pero no iba a rechazar aquello. El condenado a muerte a quien le aceptan una apelación sabe que lo más probable es que solo esté aplazando lo inevitable, pero ¿qué va a hacer? No va a ir a la silla eléctrica por voluntad propia.

Le llegó un mensaje al teléfono. Más tarde, estaría segura de haber sentido una premonición de fatalidad cuando metió la mano en el bolso para mirarlo, pero en el momento fue algo automático, como rascarse la nariz porque le picaba.

Miró la imagen de la pantalla, incrédula. Era ella con Elka en la puerta del pequeño estudio. Recordaba perfectamente aquel día: Elka le había abierto la puerta y había dado un saltito al verla, juntando las manos con una sonrisa enorme, y su genuina alegría la había conmovido tanto que le agarró la cara con las manos y le plantó un beso de cine. Había pensado que nadie las vería porque, después de todo, la entrada estaba un poco por debajo del nivel de la calle y había que asomarse para verla. Solo podía significar que alguien había estado esperando para hacerle aquella foto.

—¿Qué pasa? —Elka se inclinó hacia ella para mirar el móvil, y Camino la apartó con brusquedad. Toda la emoción de los minutos anteriores se había evaporado de golpe y ahora ella solo quería matar a quien le hubiera enviado esa imagen.

—Vigila a los niños.

Se movió hasta encontrar cobertura y llamó al número desde el que le habían mandado las fotos.

—¿Qué coño es esto?

—Hombre, Camino, qué alegría oírte. Estás estupenda.

Miró a su alrededor, sintiéndose observada. La voz le resultaba familiar.

—¿Quién eres?

—¿No te acuerdas de mí? Qué raro. Con la conversación tan interesante que tuvimos hace poco en los baños del Parador.

Lorena. Claro.

—¿Te ves favorecida en la foto? Perdona que no haya sacado tu mejor perfil.

Camino trató de pensar deprisa. La conversación del Parador, claro: tenía que haber imaginado que Lorena no se quedaría tan tranquila. ¿Qué le pasaba últimamente a la gente con aquella obsesión por el pasado? ¿No se daban cuenta de que ya no tenía remedio?

Respiró.

—¿Todavía estás dándole vueltas a lo de Berta, Lore?

—No me llames Lore.

—Berta siempre ha sido así. Pone a todo el mundo de su parte con esa cara inocente, pero no

daría ni un duro por ti, y lo sabes. El otro día, por cierto, sacó el tema.

El silencio al otro lado le indicó que iba por buen camino.

—¿Sabías que está pensando en denunciarte? Quiere reclamar daños psicológicos.

Iba ganando. Lo percibía como cuando empiezas a doblegar el brazo del otro en un pulso.

—Berta no tiene nada que ver con esto —dijo Lorena—. Lo que quiero es dinero.

Por un momento, Camino no supo qué responder.

—¿Qué te parece cinco mil? Eso es calderilla para ti, ¿a que sí?

En otras circunstancias, se habría echado a reír. Cinco mil euros, ja. Podría haberle pedido la luna y le quedaría igual de lejos.

Como seguía sin decir nada, Lorena continuó:

—Me das cinco mil euros, yo te doy los originales y todos contentos.

—¿Y cómo sé que no tienes copias? —Camino trató de ganar tiempo.

—Por favor... Soy una mujer de palabra.

Se apoyó en un árbol y se dejó caer hasta el suelo mientras por su cabeza pasaban, como a cámara rápida, imágenes de lo que ocurriría si esas fotos salían a la luz. No creía que Jaime la dejara, pero, durante el resto de su vida, eso sería lo que todos verían cuando la mirasen, lo que le contarían sus amigas a cualquiera que la acabara de conocer. Sería cuestión de tiempo que lo supieran también en Internet y se destrozara la imagen de tradicional familia feliz que trataba de transmitir, y, si eso pasaba, lo poco que quedaba de su marca se vendría abajo.

Entonces notó algo: al otro lado del teléfono, Lorena respiraba deprisa. Era un sonido rítmico, como el latir de un corazón. Recordó el aspecto que tenía en la cena de aniversario, con sus zapatos viejos y aquel vestido simplón, con esa cara de pan que nunca parecería otra cosa que lo que era por mucho que adelgazase: basura de barrio.

—Escúchame bien, porque solo voy a decir esto una vez —pronunció las palabras con cuidado—: si la más mínima parte de una de las fotos sale a la luz, te destrozaré la vida. Hasta en el peor de los casos, estoy en mejor situación que tú, Lorena. Cuando acabe contigo, no conseguirás un trabajo jamás porque cualquiera que busque tu nombre en Internet verá la clase de persona que eres.

Colgó sin esperar respuesta y cerró los ojos mientras esperaba a que su corazón bajara el ritmo. Miró de nuevo las fotos. ¿Cuándo la había hecho Lorena? Si hubiera estado tan cerca de su casa, la habría visto.

Volvió a donde estaban Elka y los niños mientras seguía examinando las imágenes. No conseguía quitarse de encima la desagradable sensación de que algo iba muy mal.

—Tienes mala cara. ¿Todo bien? —Elka le tocó la mejilla con la mano, como comprobando si tenía fiebre.

—No es nada. Cosas de trabajo.

No podía enterarse de esto. A saber cómo reaccionaría. Iría a ver a Lorena, o se enfadaría porque su relación fuera motivo de chantaje, o se aliaría con Lorena para que el mundo supiera la verdad y Camino saliera públicamente del armario. Le gustaba Elka como no le había gustado nadie en mucho tiempo, pero era demasiado impredecible.

—Chicas, nos vamos.

Adriana se puso a protestar, y Clara echó a correr entre risas. Camino calmó a una, persiguió a la otra y, por fin, se marchó, ignorando la cara interrogante de Elka y pensando en cuál podía ser su siguiente movimiento.

Cuando llegó a casa con las niñas, el pollo asado que había dejado preparado para la comida se calentaba en el horno, y Jaime canturreaba mientras cortaba verduras para la ensalada. Adriana y Clara corrieron hacia él, que se agachó con los brazos abiertos para recibirlas.

—¡Elsa! ¡Anna! El castillo estaba muy solitario sin vosotras.

Camino no aprobaba la obsesión de sus hijas con *Frozen*, pero se esforzó por sonreír. Le dio a Jaime un beso rápido.

—Voy a cambiarme.

—Tranquila, tumbate un rato, si quieres. Te aviso cuando esté listo el almuerzo. ¡Chicas, delantales! Necesito a mis pinches. —Las dos niñas corrieron entre risitas hacia el extremo de la cocina donde estaban colgados.

Mientras se ponía ropa cómoda, Camino pensó que ni en sus mejores fantasías habría soñado con conseguir un padre tan bueno para sus hijas. Tenía una paciencia infinita, un buen humor de santo y jugaba con las niñas hasta límites humillantes, como aquella vez que había dejado que lo disfrazaran de unicornio. No era tan fácil dar con alguien así.

Pensar que Lorena podía poner aquello en peligro la llenó de furia. Nadie iba a amenazar su pequeña familia si ella podía hacer algo por evitarlo. «Entonces deja a Elka», dijo de inmediato la parte sensata de su mente. Era lo lógico, y, aun así, todavía sentía el alivio infinito del momento en que se habían cogido de las manos en el parque y no soportaba la idea de perderla otra vez. Era consciente de que estaba en un equilibrio precario y de que Lorena solo era una de las decenas de maneras en que aquello acabaría explotando tarde o temprano, pero casi pudo sentir cómo su cerebro guardaba el pensamiento en un armario bajo llave.

Se ocuparía de ello cuando llegara el momento.

Después de comer, Jaime llevó a Clara y a Adriana a casa de su hermana para que pasaran la tarde con su primo. Camino, que nunca dormía siesta, se tumbó en la cama con las persianas bajadas mientras repasaba otra vez las fotos del teléfono. No solo hundirían su nombre: también humillarían a Jaime. No podía permitirlo.

La puerta se abrió y apagó el teléfono deprisa.

—Voy a echarme un rato. ¿Te molesta? —preguntó Jaime.

—Qué tontería. La cama es de los dos.

Jaime se quitó los zapatos y se quedó dormido de inmediato encima de la colcha, sin taparse. Le dio frío verlo, así que se levantó y le puso una manta por encima. Estaba a punto de salir a terminar de recoger la cocina cuando cambió de idea y se tumbó detrás de su marido.

Le pasó el brazo por encima mientras acompañaba la respiración a la suya. Jaime siempre había tenido una cualidad sólida que solo podías notar cuando lo tocabas, porque desde fuera parecía más delgado de lo que estaba.

Notó su olor familiar y recordó la primera vez que habían dormido así, en su primera noche como marido y mujer. Había sido entonces cuando lo descubrió todo. La religión era la coartada perfecta para aplazar acostarse juntos, y Camino confiaba en que Jaime resultara ser tan poco sexual como parecía. Pero la noche de bodas detectó algo extraño: su nuevo y flamante marido se dirigía a la cama, donde ella esperaba con el camisón cursi que le había regalado su madre, como los cerdos al matadero.

—¿Estás bien? —preguntó, y entonces Jaime se echó a llorar.

Años después, buscando información sobre el tema, los dos habían aprendido que era asexual y que no había nada por lo que preocuparse, por lo menos desde un punto de vista médico. Aquella noche, sin embargo, él no tenía palabras para describir lo que le ocurría ni sabía de nadie que hubiera pasado por lo mismo.

—Es como si te obligaran a comer cuando estás lleno del todo —dijo entre sollozos.

Camino lo tranquilizó como pudo y le dijo que a ella tampoco le apetecía y que no era por eso por lo que se había casado con él. Aunque Jaime dejó de llorar por fin y se durmió, le costó años relajarse y asumir que su mujer no iba a dejarlo por alguien que «cumpliera».

Las niñas llegaron por inseminación artificial. Habían intentado acostarse un par de veces, pero el proceso resultaba desagradable para los dos y decidieron cambiar de estrategia. Cuando, incómoda como nunca en su vida, Camino sacó el tema de la masturbación, le sorprendió enterarse de que Jaime lo hacía con relativa frecuencia. «Hay que limpiar las cañerías», explicó, encogiéndose de hombros, y gracias a eso y a un par de búsquedas desde una pestaña de incógnito de Google, Camino descubrió que no era tan raro, porque una cosa era la atracción y otra la fisiología.

A veces se preguntaba por qué no le contaba lo suyo, y otras, estaba convencida de que lo sabía y la había elegido a ella con la misma intención que a la inversa. Al final, siempre pensaba que no merecía la pena tocar algo que funcionaba.

La noche de bodas, después de que Jaime se durmiera, ella lo había abrazado como ahora: desde detrás, detectando por primera vez aquella cualidad robusta y confiable de su nuevo marido. Se quedó dormida con la agradable sensación de que encajaban.

Aquella tarde, nueve años después, fue consciente por primera vez de lo frágil que era todo, como en aquella escena de *Titanic* donde la pareja anciana se abraza en su camarote mientras el agua inunda el barco. Cerró los ojos y se pegó un poco más a Jaime, rezando para que todo se arreglara y sabiendo, en lo más profundo de su corazón, que era imposible.

Cuarta parte

Capítulo 56

Camino estaba llegando al estudio de Berta cuando le sonó el teléfono, y se sobresaltó. Últimamente, cada notificación la ponía en alerta. Miró la pantalla: solo era Jaime avisándola de que había quedado de nuevo para jugar al pádel y llegaría tarde.

No podía quitarse de la cabeza la idea de que Lorena no había actuado sola. Había algo más ahí, alguien quería hacerle daño, y ella estaba indefensa como una víctima de película de terror escondida tras un árbol.

Intentó concentrarse en lo que tenía delante: Berta, que la había llamado para discutir nosequé apenas tres días antes de la sesión de fotos. «Ven tú sola», especificó, y a Camino no le extrañaba ni un poco porque Elka, adorable como era, tenía la manía de encontrarle un pero a cada propuesta que se salía de lo normal.

A saber con qué le venía Berta ahora. Tenía ganas de matar a alguien y se prometió a sí misma que nunca jamás volvería a hacer nada benéfico. La gente no se tomaba las cosas en serio cuando no había dinero de por medio.

Cuando Berta abrió, tenía todavía peor aspecto que la vez anterior. Entre la cena y aquel día, parecía haber envejecido diez años. La condujo a una habitacioncita interior que Camino no había visto antes y que tenía un sofá y una mesa de centro.

—El otro día necesitaba el espacio de fuera y moví el sofá aquí. —Por momentos, se le trababa la lengua, y Camino volvió a preguntarse si tomaría algún tipo de medicación—. Está un poco oscuro. Espero que no te importe. Aunque, ahora que lo pienso... A ti la oscuridad te daba mal rollo, ¿no?

—¿Qué?

—Claustrofobia. ¿No eras tú la que la tenía? Te pusiste fatal en la excursión a la cueva aquella que hicimos en la ESO. ¿No te acuerdas?

Cómo no se iba a acordar. La excursión a la cueva había sido una emboscada: una actividad sorpresa en el viaje de final de secundaria a un centro de multiaventura en los Pirineos. Cuando se vio en la entrada, era demasiado tarde para inventarse una excusa. Aguantó como pudo hasta que, cuando llevaban un buen rato andando, el guía les dijo que apagaran todas las luces y les contó una historia sobre un padre y un hijo que habían muerto en aquel lugar porque se les acabaron las pilas de la linterna. La moraleja era no visitar jamás una cueva sin avisar a alguien, pero para cuando el guía la soltó con voz de catequista y dio permiso para que encendieran otra vez las luces, Camino hiperventilaba en el suelo con la cabeza enterrada en las rodillas. Se la tuvieron que llevar a toda prisa al centro de salud de un pueblo perdido, donde los jubilados la dejaron pasar con curiosidad y una médico amable le dio un lorazepam de cinco miligramos y le recomendó que fuera a un psicólogo.

—¡Ah, sí! Nada, cosas de críos. Tranquila, me siento aquí dentro.

Se colocó en el borde del sofá con la mirada fija en la puerta. Si se centraba en el mundo exterior y recordaba que podía salir cuando quisiera, no habría problema.

Recorrió con la vista las paredes, que estaban cubiertas de unos gruesos paneles de poliestireno.

—Los anteriores inquilinos lo usaban como estudio de grabación —aclaró Berta—. Debería quitar eso en algún momento; estoy casi segura de que hay una ventana debajo.

Salió a buscar café, y Camino trató de imaginar que, en efecto, había una ventana detrás de

ella. Estaba ahí, grande y luminosa; si se giraba, la vería. Respiró hondo.

—¿Has estado pensando en lo que hablamos el otro día? —la voz de Berta llegó desde la otra habitación, y Camino aprovechó la excusa para levantarse y acercarse a la puerta—. Lo de mi desaparición. El secuestro. ¿Te has acordado de algo?

La pregunta la pilló desprevenida.

—No, la verdad. Ni siquiera he pensado en ello.

Igual no había sido buena idea decir eso. Sonaba demasiado a «no me importa tu vida». Sin embargo, Berta sonreía cuando volvió con la taza de café en la mano, aunque las ojeras bajo los ojos le daban a la sonrisa un punto desconcertante.

—Nada, tranquila, no me hagas ni caso. Yo misma debería pasar ya del tema. Pero, no sé, me he acordado al verte, por alguna razón. Siéntate, mujer.

Sonó el timbre y Berta dio un respingo.

—¿Quién será? —Consultó rápidamente su teléfono—. Mierda. No me acordaba de... Bueno, será un momento solo.

Fue a abrir mientras Camino soplaba sobre su café y trataba de contener la irritación. Como si no tuviera suficientes cosas que hacer, ahora tenía que lidiar con las deficiencias organizativas de Berta.

Reconoció la voz apenas un segundo antes de que la recién llegada apareciera en el hueco de la puerta y contuvo un gemido de desesperación cuando la vio.

Era Lorena.

—¿Quieres café? —preguntó Berta, como si nada, y desapareció antes de oír la respuesta.

Camino cruzó en dos zancadas la habitación. No creía en las coincidencias. Aquellas dos habían hablado y ahora querían chantajearla juntas, seguramente amenazándola con cancelar el calendario.

—¿Tú qué coño haces aquí? ¿Qué estás tramando?

—No estoy tramando nada. —Lorena tenía muy abiertos aquellos ojos oscuros y bovinos—. Me ha llamado Berta y no tengo ni idea de para qué.

En ese momento, la puerta se cerró de un golpe y las dos volvieron la cabeza sincronizada y ostentosamente, como actrices de teatro.

—Habrás sido el viento —dijo Lorena, y se acercó a abrirla—. Qué raro. Está atascada.

Forcejeó unos segundos. Camino la apartó de un empujón.

—A ver. —En efecto, la puerta no se abría.

Entonces sonó una voz que parecía venir de todos los rincones a la vez.

—¿A que no es tan divertido cuando te lo hacen a ti? —dijo.

Era Berta.

Una parte de Camino le reconoció cierto mérito. Hasta el momento en que sonó su voz, habría dicho que no se lo esperaba, y, sin embargo, cuando la escuchó hablar, pensó que claro, que no había otra opción posible.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Te he dado una última oportunidad hoy, Camino, y la has desaprovechado. Ya vale de jueguecitos. Quiero que me cuentes lo que pasó aquel día. O que me lo cuente Lorena, me da igual, pero quiero saber la verdad de una vez.

El pánico estaba extendiéndose por su cerebro lenta pero inexorablemente, como una oscura

marea de petróleo, y apenas podía pensar otra cosa que «todo esto me pasa por meterme donde no me llaman». Deseó volver atrás, avisar a la Camino de hacía tantos años y decirle que por muy buenas que fueran sus intenciones, aquello no acabaría bien.

Por otra parte, estaba casi segura de que la Camino adolescente no le habría hecho ningún caso.

7 de marzo de 2008

12:15 p. m.

—... y por eso la fotografía analógica nunca pasará de moda: por el grano. Es el grano inimitable del papel lo que la hace especial.

Camino asintió con fingido interés y tomó algunas notas en su libreta. Había quedado con Salva en su despacho con la excusa de hacerle una entrevista para la optativa de Periodismo. El tipo había montado una exposición con bastante éxito en el Museo Picasso y era la excusa perfecta para averiguar algo más.

Después de la conversación con Berta, pasaron semanas sin que pensara en ella y Salva. Estaba enfadada después de la conversación que habían tenido en clase porque Berta era una desagradecida y ella tenía cosas mejores que hacer que jugar a las superheroínas. De vez en cuando, se acordaba, claro, pero siempre había sido una persona saludablemente ocupada y el pensamiento no duraba demasiado.

Había cambiado de idea una semana antes por lo de la flor.

Salía de clase a la hora del recreo cuando los vio, apoyados en una de las enormes ventanas antiguas del pasillo del Santa Catalina. Berta se había cortado aquellas rastas antihigiénicas y ahora parecía un niño de doce años. Camino se detuvo y fingió buscar en su mochila mientras los observaba a distancia, porque había algo raro y no tenía claro qué.

Captó la conversación a medias: Salva le daba consejos sobre iluminación, y Berta asentía. Estaba de espaldas a Camino, así que no podía ver la expresión de su cara. Mientras hablaba, Salva construía una figura de papiroflexia presionando con cuidado los dobleces del papel.

Camino estaba a punto de seguir andando cuando Salva pareció terminar lo que tenía en las manos y pudo ver lo que era: una flor de cuatro pétalos, parecida a un lirio. La colocó detrás de la oreja de Berta con un movimiento fluido. No hubo titubeo, no le pidió permiso: como un soldado que planta una bandera, Salva la estaba marcando como suya.

Ella dio un respingo tan ligero que podría haber sido imaginario y siguió hablando como si nada, aceptando la conquista. Un acuerdo tácito entre los dos le daba permiso para colocarle cosas en el cuerpo.

Entonces, con la claridad de un relámpago en una noche oscura, Camino se acordó de las manos del tío Luis. De cómo, en cuanto su madre salía por la puerta a hacer algún recado, y mientras los pacientes leían el *¡Hola!* en la sala de espera, esas manos echaban el cerrojo y viajaban veloces bajo la falda de su uniforme, explicándole que ya tenía edad de que un médico revisara «sus partes femeninas», y quién mejor que él, que era de la familia, de confianza, y que no le iba a dar vergüenza, ¿verdad? «No seas tonta, Camino, tú ya eres una mujer. Y, por cierto, no se lo digas a tu madre, porque ella cree que todavía eres demasiado pequeña, pero yo soy médico y sé lo que hago, y mira que si se enfada y ya no puede seguir trabajando aquí... ¿Qué vais a hacer entonces? ¿Vender los cuadros de tu padre?». Y se reía, y Camino trataba de decirse que no pasaba nada, porque eso era lo que hacía su tío, ¿no? Tocar a mujeres, mujeres jóvenes, mayores, ancianas, y las que se alineaban todos los días en la sala de espera no tenían ningún problema, así que no iba a ser ella la que diera la nota.

Las manos de Salva, como las del tío Luis, eran manos que no pedían permiso cuando había que pedirlo, y los ojos azules de Berta le recordaban demasiado a los de su prima Paulita, que

cada diciembre la miraba parpadeando en la mesa de Navidad, como si tratara de enviarle un mensaje en morse. Camino nunca se dio por enterada, y después, cuando el tío Luis murió de golpe, poco antes de que Mauricio se hiciera famoso, no pensó que mereciera la pena montar un escándalo.

Sin embargo, la rabia estaba ahí, dormida pese a que creyó que la había enterrado tan profundo como al ataúd del imbécil de su tío. La rabia era brutal y desproporcionada, se había revuelto en su inconsciente como una bestia mitológica el día del aula de dibujo y ahora estaba despierta, alerta y lista para cualquier cosa.

Cuando estaba en la camilla del tío Luis, siempre había deseado que, al otro lado de la puerta, una de esas mujeres de la sala de espera se levantara e hiciera algo, lo que fuera. Sabía que no tenían ni idea, pero, aun así, ¿cómo es que nadie se daba cuenta? ¿Por qué no había notado nada su madre cuando volvía y la encontraba callada, con los ojos enterrados en un libro del colegio? ¿Cómo podía el mundo seguir girando como si nada?

Así que ella no seguiría como si nada. No pasaría con indiferencia las páginas de su revista metafórica. Iba a rescatar a Berta de Salva, pero, sobre todo, iba a rescatarla de la propia Berta, porque, al final, a quien más odiaba Camino no era al tío Luis, ni a su madre, ni a las mujeres de la sala de espera.

A quien más odiaba era a Camino.

La odiaba por débil, por tonta, por no haberse dado cuenta de lo que estaba pasando. Por callarse y porque le importaba más mantener la paz de los demás que defenderse. No iba a dejar que Berta pasara la vida odiándose a sí misma con esa intensidad.

Hoy, en el despacho de aquel individuo indigno de llamarse persona, estaba lista para el combate.

Se había puesto escote a propósito y veía cómo, a cada rato, a Salva se le iban los ojos hacia él. Siempre que pillaba a un tío haciendo eso, le sorprendía su simpleza: ¿pensaban que no te dabas cuenta? ¿Creían que un movimiento de ojos de treinta centímetros respecto al objetivo inicial pasaba desapercibido?

Ella también coqueteaba, claro. Flirtear con un hombre era como echar monedas en una hucha: en el momento no te cuesta nada y no sabes cuándo pueden sacarte de un apuro.

Por fin, Salva hizo una pausa y Camino carraspeó.

—Qué sed. ¿Tienes agua por aquí? —Presionó los brazos contra el costado de sus pechos mientras esbozaba una sonrisa de disculpa.

Al pobre diablo le faltó tiempo para saltar de su silla y ofrecerse a llenar un vaso en la sala de profesores, al otro extremo del pasillo. En cuanto calculó que estaba lo bastante lejos, Camino se levantó y empezó a registrar su escritorio.

Años después, en la época de llevar los móviles en el bolsillo hasta para ir al baño, no habría conseguido nada, pero aquello aún era 2008 y los teléfonos resultaban mucho menos interesantes. Encontró el de Salva resguardado en el bolsillo de su chaqueta, como un animalito dormido. Lo metió en la mochila y se sentó a esperar.

—Por cierto —dijo en cuanto Salva volvió con el agua—, le tienes que agradecer esta entrevista a Berta Berral. Yo ni me habría enterado, porque la fotografía no es lo mío, pero ella no para de hablar de ti.

El cambio de expresión fue casi imperceptible, pero estaba ahí: si Salva hubiera sido un perro, ahora tendría las orejas vueltas hacia ella.

—¿Sois amigas?

—¡Claro! A ver, no íntimas, pero llevamos juntas en el colegio desde pequeñas. Es un encanto, ¿no?

Salva miró el reloj.

—Bueno, ¿tienes más preguntas? Deberíamos ir acabando ya. Es casi la hora.

«Quedan cinco minutos y tú quieres ir a fumarte tu apestoso cigarro de liar», pensó Camino. Sonrió todo lo que le daban sus ya doloridas comisuras.

—Me dijo Berta que había estado en tu casa un par de veces. Que la estás ayudando mucho.

—Pasó un día a recoger un objetivo. —Ahí estaba: el miedo. Salva tenía miedo y trató de esconderlo con una risa forzada—. Estas adolescentes, ¿verdad? Enseguida se sienten importantes.

Le guiñó un ojo como si quisiera excluirla de ese grupo tonto y voluble. Ella compuso otra risa y, como de pasada, le tocó una rodilla. Pareció relajarse. Pensaba que ya la tenía.

Por fin, Camino se despidió y salió pitando hacia el baño más próximo. De haber podido, se habría dado una ducha.

De nuevo, si hubiera hecho esto unos años más tarde, cuando todos los teléfonos bloqueaban la pantalla automáticamente y estaban protegidos por un código, se habría llevado un chasco. Pero en el inocente 2008, fue capaz de leer los mensajes de Salva enseguida. Había algunos de una tal Inés y otros de nombres que no reconocía, pero ni siquiera los abrió. No le interesaba su patética vida privada. Solo quería ver si se escribía con Berta.

Un solo mensaje era distinto a los demás, marcado con las letras BBB. Camino recordó fugazmente haber oído algo de una be cuando los escuchó hablar en el aula de dibujo. Sería alguna de las bromas privadas que aquel ser lamentable intercambiaba con una menor. Depravado de mierda.

«Esta tarde a las cinco. Es la última vez».

Habría imaginado los mensajes de Berta como un batiburrillo de símbolos y abreviaturas, y la corrección espartana de aquel le partió un poco el corazón. Miró la fecha: el mensaje era de esa misma mañana. La asombró lo oportuna que había sido su intervención y miró sin querer hacia arriba, acordándose de una monja de su infancia que llamaba a las casualidades «empujoncitos de Dios».

¿Creía Berta de verdad que aquella iba a ser la última vez? Porque nunca lo sería; no si sus instintos respecto a Salva eran correctos, y estaba segura de que lo eran.

Tendría que tomar cartas en el asunto.

Capítulo 57

Lorena estaba flipando.

La había secuestrado ni más ni menos que la insulsa de Berta Berral.

El día anterior, la había llamado para citarla en su estudio, diciéndole que tenían que hablar sobre Camino. Ella estaba tirada en el sofá viendo *Élite* y lamiéndose las heridas después de su desastroso intento de chantaje. ¿Cómo podía haber perdido también aquella partida? Estaba tan segura de que la tenía en la palma de su mano con las fotos, y al final casi acaba pidiéndole disculpas. Cuando habló con Berta, su corazón dio un salto esperanzado. Igual ya sabía lo que ocurría y quería pactar una alianza secreta para aplastar de una vez a la Zorra Implacable.

Sin embargo, había llegado al estudio y ahí estaba Camino, y, por un momento, pensó que le había tendido una trampa. Entonces todo dio un giro surrealista, con la puerta cerrada y Berta hablando a través de los altavoces, y ahora no sabía qué pensar.

No tenía miedo. Por Dios, estábamos hablando de Berta, con su metro cincuenta y su angelical rostro de hada, incapaz de hacer daño ni a una mosca. En unos minutos se daría cuenta de lo que estaba haciendo y dejaría que se fueran. Más que nada, todo aquello le daba un poco de pereza. Después de la horrible conversación con Camino, se había dado cuenta, una vez más, de que ella no era nada, de que no podía mover un dedo para defenderse, y ahora solo quería que todos la dejaran tranquila, fuera de sus dramas de clase alta, y seguir con su triste vida lo más dignamente posible.

Además, aunque quisiera, tampoco tenía mucho que contar. Sabía que Camino lo organizó todo, pero no se le ocurría qué podía estar pasando por aquella retorcida cabeza de pelo brillante para hacer algo así. La única que podía sacarlas de allí era la Zorra Implacable y no parecía dispuesta a abrir la boca. Se había sentado en el sofá con los ojos cerrados e ignoraba a Berta, que seguía acosándola por los altavoces.

Sacó su teléfono. Quizá a la pirada de Berta no se le había ocurrido que cualquiera de las dos podía llamar a la policía. Sin embargo, no había cobertura. Se fijó por primera vez en que las paredes estaban recubiertas de aislamiento acústico; lo reconoció porque unos amigos habían montado un estudio casero de hiphop y habían usado aquello. Probablemente bloqueaba también la señal del móvil.

Entonces se dio cuenta: Berta llevaba un tiempo planeando aquello, el suficiente como para instalar los paneles y el sistema de audio. No era un impulso que le había dado al verlas a las dos juntas aquella mañana, sino que las había citado ahí a propósito para encerrarlas. Las manos empezaron a sudarle: ¿y si estaba loca, pero loca de verdad? ¿Y si sus vidas estaban en peligro?

Se sentó junto a Camino en el sofá.

—No seas tonta y cuenta lo que sepas —susurró—. Ya no tiene importancia. Ha pasado mucho tiempo, y, mira, yo hablé con ella hace semanas y no ha hecho nada. ¡Berta! —dijo levantando la cabeza como si estuviera hablando con Dios—. Dile a Camino que puede hablar. Que no le vas a hacer daño.

—No soy la rehén de nadie —siseó Camino—. Si piensa que puede conseguir las cosas así, está muy equivocada.

—Es bueno saberlo —sonó la voz de Berta a través de los altavoces—. Pues, nada, poneos cómodas, porque tenéis para un rato. Yo voy a darme una vuelta mientras pensáis. En la esquina hay agua y un cubo, que no soy ninguna sádica.

Se oyó un clic cuando desconectó la línea, y Camino empezó a murmurar algo sobre arruinarle la vida a Berta mientras mantenía los ojos cerrados. Lorena se dio cuenta de que estaba muy pálida y eso la asustó más todavía. Había esperado que se viniera arriba, que tuviera información con la que poder chantajear a Berta, pero no. Camino estaba asustada, y eso era lo más aterrador de todo.

Luego estaba aquel tono calmado y distante de Berta. No tenía pinta de querer razonar.

—Escúchame —susurró—, ¿por qué no le cuentas cualquier cosa? Invéntate algo.

—No negocio con terroristas. Es una cuestión de honor.

Por el amor de Dios.

—Y cállate, porque seguro que nos está grabando. Si abres tu estúpida boca...

—Sí, sí, ya sé, me vas a arruinar la vida. Madre del amor hermoso, Camino, deberías hacerte una camiseta con esa frase.

Se alejó y trató de despegar los paneles de la pared, pero eran gruesos y parecía haber al menos dos capas. De todas formas, no tenía nada que hacer, así que se sentó en una esquina y empezó a arrancar trocitos con las uñas.

¿Cómo había acabado en esa situación? Para variar, todo volvía a Fali. Si no fuera por su hermano, ella se habría librado de aquella mierda antes siquiera de que comenzase.

7 de marzo de 2008

2:30 p. m.

El crujido de una pipa estallando entre los dientes delanteros debía de ser una de las mejores cosas de la vida. En eso pensaba Lorena, sentada en su banco habitual a la salida del colegio, cuando Camino se le puso delante.

—Me tapas el sol.

—Dijo Diógenes. —Dios, cómo odiaba aquella voz.

—¿Qué?

—Nada. Escúchame. —Camino se sentó a su lado—. Necesito un favor. No es muy difícil, pero es importante.

Lorena procuró que no se le notara la curiosidad.

—Es posible incluso que no haga ni falta, pero igual sí. Necesito que hoy, más o menos a las cinco menos cuarto, entretengas a Berta Berral. Yo te diré dónde está. Tú espera cerca de su casa.

—¿Para qué?

—Eso no es problema tuyo. Entretenla, punto.

La Zorra Implacable llevaba ya meses con Fali, y la tensión entre las dos estaba en un equilibrio precario, como en la Guerra Fría. Lorena había asumido que su hermano, por alguna razón, estaba bien con ella, pero seguía sin fiarse un pelo.

—¿Quién te has creído que soy? ¿Tu sirvienta?

—Lorena...

—Lo siento, pero no. Entretenla tú. Háblale de Diógenes.

Miró al frente y empezó otra vez a comer pipas con violencia.

—Yo pensaba que querías que nos lleváramos bien. Por Fali. —No se le escapó que intentaba ponerse de su parte llamándolo *Fali* y no *Rafa*, y aquel intento tan descarado de manipularla la mosqueó todavía más.

—¿Qué te ha hecho pensar que me importa lo más mínimo que tú y yo nos llevemos bien? Fali ya sabe que no te aguanto.

A su hermano le daba pena que no tragara a Camino y, cada dos o tres semanas, le pedía con cara de perro apaleado que hiciera un esfuerzo, pero ella seguía en sus trece. Era mucho pedir que la dejara porque a ella no le gustaba, cuando ni siquiera tenía una razón de peso, pero no podía obligarla a que fuera su amiga. Al final, se enfurruñaba como una niña pequeña, y después se enfadaba consigo misma por enfurruñarse, y al final acababa dirigiendo toda aquella bola de cabreo y frustración hacia la Zorra Implacable.

Camino pareció pensar unos segundos y arrancó de nuevo:

—¿Sabes? En realidad, tengo una buena noticia: voy a dejar a Rafa.

Lorena siguió mirando al frente mientras una lucecita de felicidad empezaba a alumbrar en algún sitio, como el faro en la costa para un marinero perdido.

—Creo que es mejor que en Madrid tomemos caminos separados. Que no nos condicionemos el uno al otro para hacer amigos y desarrollar nuestro potencial.

Era una buena noticia, y, sin embargo, el peligro estaba ahí, acechando detrás de cada palabra.

—Así que ya no me importa mucho lo que pase con él.

—¿A qué te refieres?

—Sería muy fácil convencer a la gente de que alguien como tu hermano le ha hecho daño a alguien como yo.

Se quedó callada mientras la imaginación de Lorena se ponía en marcha. Fali, su hermano brillante, que llevaba un año trabajando y ahorrando para irse a Madrid y que había recibido la semana anterior la noticia de que le daban la beca, que era más bueno que el pan..., metido en el calabozo por vete a saber qué ocurrencia de Camino. A pesar de que la idea le daba ganas de vomitar, una parte de ella estaba satisfecha de tener razón en que aquella tía era peligrosa para su hermano. La miró a los ojos, que estaban tan plácidos y seguros de sí como el resto de ella. «Soy perfectamente capaz», parecían decir.

—¿Solo entretener a Berta?

—Solo eso.

Ojalá pudiera partirle aquella cara de satisfacción. Le dolían los puños de tanto apretarlos cuando, por fin, Camino se dio la vuelta y se marchó con su larga melena castaña meciéndose sobre sus hombros.

Capítulo 58

A Berta le temblaba todo el cuerpo, pero no eran nervios, sino un agradable zumbido de euforia. Pedirle a Camino que le contara la verdad no era, a aquellas alturas, más que un pretexto, porque estaba casi segura de que ya sabía lo que había pasado.

Al final, Valle le había dado la clave. No fue nada que hubiera dicho o hecho en concreto, porque como psicóloga era bastante mediocre, pero sí sus insinuaciones de que Salva había abusado de ella. Le había recordado a Camino y a su extraña preocupación por lo que ocurría entre los dos. Estaba tan claro como una limpia y sencilla operación matemática. Solo necesitaba averiguar los detalles.

Podría haberlo resuelto todo mucho antes si se hubiera parado a pensar, pero todo lo que tenía que ver con Salva en segundo de bachillerato le daba tanta vergüenza, le hacía sentir tanto asco de sí misma, que habría preferido no hablar de ello.

Tomó otro sorbo de café, a pesar de que hacía ya mucho rato que había sobrepasado una dosis razonable. Miró la imagen de la cámara en la pantalla de su ordenador y, por un segundo, una parte de su mente le dijo que aquello era una idea horrible, que no se encierra a la gente contra su voluntad. La acalló rápido: llevaba meses intentando hacer las cosas bien, ser amable, ser buena y hacer caso a los que sabían más, y ¿qué tal le había ido? No muy bien. «A grandes males, grandes remedios», pensó.

Aquello terminaría pronto. Camino no iba a aguantar demasiado y, por fin, ella sabría la verdad y podría cerrar aquel capítulo de su vida para siempre. Iría a ver a Salva al cementerio. Sí, eso iba a hacer. Le llevaría unas flores bien feas a aquel idiota y le diría que ya estaba bien, que quince años eran tiempo más que suficiente para sentirse culpable.

Observó cómo Lorena intentaba arrancar el aislamiento acústico. Además del que ya tenía la habitación cuando llegó, había colocado una segunda capa de gruesos paneles grises con la cola más potente que pudo encontrar. Tenía experiencia montando decorados para sus sesiones y lo tuvo listo en un par de días. Deshabilitar la cobertura de móvil fue fácil: un aparatito comprado por Internet que utilizaban los padres para que sus hijos no se conectaran sin su permiso y *voilà*.

No era tan difícil ser mala. Debería hacerlo más a menudo.

La parte sensata de su cerebro le recordó que podía acabar en la cárcel por aquello. Trató de tranquilizarse recordando que Camino no iba a decir nada porque la necesitaba para el calendario. Llevaba un tiempo espiándola en las redes sociales. La tía no hacía más que hablar del tema, como si fuera ella la que iba a hacer las fotos, exprimiéndolo hasta donde podía para su propio beneficio.

¿Y Lorena? Se había planteado dejarla fuera de todo aquello, pero igual sabía más de lo que decía y se lo contaba bajo presión. Además, no había podido resistirse a la justicia poética del asunto. «Vosotras me secuestrasteis a mí; ahora yo os secuestro a vosotras». *Karma is a bitch*. Cuando las soltara, Camino se encargaría de que Lorena no hablara.

Volvió a inundarla un fogonazo de extrañeza frente a lo que estaba haciendo. «Es una locura —decía la Berta sensata—. Déjalas salir ahora y no te pasará nada». Bebió más café. Estaba cabreada con todo el mundo, con toda aquella gente (Camino, Lorena, Valle, Matt, sus hermanas) que la trataba como si fuera una delicada y estúpida flor, cuando, en realidad, ellos habían llevado vidas aburridas y diminutas mientras Berta recorría el mundo. Había fotografiado a estrellas de Hollywood, salido de fiesta con millonarios, casi la secuestran en Kazajistán y

había pasado una semana comiendo sesos de mono con los Hadza en Tanzania. Ya no era la niña tímida de segundo de bachillerato.

Por desgracia, aquellas dos seguían calladas. Tenía la esperanza de que dejarlas solas un rato las hiciera sentir confiadas y hablaran entre ellas, pero Camino era un muro de cemento. ¿Igual estaba abrumada por su claustrofobia? Pero Berta había leído sobre el tema y sabía que la ansiedad se agotaría. Era cuestión de tiempo.

Harta de esperar a que alguien hiciera algo, conectó otra vez el micrófono. Notó cómo se apoderaba de ella aquel *alter ego* malvado que parecía acompañarla últimamente. Pese al insomnio, se sentía despejada, poseída por esa otra Berta que sabía qué hacer y qué decir, que era irónica y un pelín cruel.

Bebió otro sorbo de café y se preparó para hablar.

Capítulo 59

Las paredes se estaban acercando. Camino las veía moverse, centímetro a centímetro, reduciendo poco a poco la cantidad de oxígeno en la habitación y preparándose para partirle los huesos. Cerró los ojos, pero era peor, así que los abrió otra vez y miró a Lorena, que estaba en la esquina de la habitación, quitándole el tapón a la botella.

—Psst, Einstein, ¿qué haces?

—Tengo sed.

—Muy buena idea. Una idea fabulosa beberte lo que ha preparado la loca que nos ha secuestrado, cuando tú le confesaste hace unos días que le metiste tranquilizantes en el agua.

Lorena soltó la botella y puso cara de colegiala pillada en plena travesura.

—No seas paranoica, Camino —dijo Berta a través de los altavoces—. ¿Por qué os iba a dar tranquilizantes? Punto uno, no quiero haceros daño. Punto dos, necesito que tengáis la mente despejada, a ver si así os acordáis de una vez de lo que pasó.

Encogiéndose de hombros, Lorena abrió otra vez la botella y tomó un trago.

—Está sin abrir —explicó—. El tapón ha hecho clic.

Berta intervino de nuevo:

—¿Tienes ya ganas de hablar? —Silencio—. ¿No? —Más silencio—. No hace falta. En realidad, yo ya sé lo que pasó.

«Cállate, cállate, cállate», pensó Camino. No le gustaba la forma en que llegaba su voz a través de los altavoces: envolvente, sin que pudiera ubicar una fuente concreta.

—Hasta que no os oí en la cena, no habría imaginado en la vida que Camino tuviera algo que ver con esto. Pero luego, por fin, empecé a acordarme de cosas —Berta hablaba con el tono presuntuoso de un detective que atrapa al malo—. Estabas obsesionada con que tenía un lío con Salva, vete a saber por qué. ¿Lo querías para ti?

—Dios, no —murmuró Camino, sin poder contenerse.

—Total, que, como eres fina para unas cosas pero muy bruta para otras, siento ser yo quien te lo diga, no se te ocurrió nada mejor que secuestrarme ese día para que no me viese con Salva. Lorena fue tu... brazo ejecutor, por decirlo de alguna manera. ¿Voy bien?

Igual si le seguía la corriente la sacaba.

—Sí, es cierto. ¡Pero yo no le dije a Lorena que te secuestrara! Le dije que te entretuviera un rato. No me imaginaba que os ibais a poner a fumar porros hasta perder el conocimiento. Y luego ya lo de las pastillas fue idea suya. Me parece a mí que la bruta no soy yo.

Clavó los ojos en Lorena, que tenía pinta de estar al borde del ictus por el esfuerzo que estaba haciendo para no largarlo todo.

—¿Está diciendo la verdad?

«Síguele la corriente», trató de transmitirle. Lorena pareció dudar un momento y luego dijo que sí con la cabeza.

—Ajá. Y lo de las pastillas... Pues lo siento, Berta, es que estabas muy nerviosa. Te di algo para que te calmaras y se me fue la mano.

Se hizo un silencio. Algo no iba bien.

—Eso no fue lo que me dijiste.

—¿Qué? Claro que sí.

—Me dijiste que me había dado un golpe y querías esperar a que se me quitara la inflamación.

Lorena volvió a poner cara de niño pillado con las manos en la masa. Camino quería matarla con sus propias manos. ¿Cómo era posible que su inteligencia no le diera para inventarse una mentira y recordarla después?

Entonces se encendió un televisor en una de las paredes. Las dos se sobresaltaron. Camino ni siquiera se había fijado en que estaba ahí.

La pantalla mostró a una Berta irreconocible. Tenía el maquillaje corrido, como si hubiera estado llorando o frotándose los ojos con fuerza, y estaba muy pálida. No quedaba nada de su inocencia de elfo, y ahora solo parecía la paciente guapa y trágica de un manicomio.

—Para vosotras esto sigue siendo un juego, ¿no? Me secuestráis, me drogáis, me jodéis la vida y ahora estáis aquí intentando engañarme para que os saque. Pues si os creéis que voy a dejar que me paséis por encima como a los diecisiete, estáis muy equivocadas.

Y Berta apagó la luz.

Capítulo 60

Lorena no veía nada. Sus ojos intentaban, inútilmente, adaptarse, buscar una mínima fuente de luz con la que trabajar, pero aquello estaba oscuro como la boca del lobo. Miró hacia donde se suponía que estaba la puerta. Berta debía de haber tapado con algo las ranuras.

Estaba cansada. Igual lo mejor que podía hacer era dormirse un ratito hasta que aquellas dos solucionaran sus historias, o hasta que su vida estuviera de verdad en peligro, lo que ocurriese primero.

Ya hacía rato que había decidido que, si tenía que elegir entre no morir y perder su trabajo, elegiría seguir viva: se lo contaría todo a Berta, hiciera lo que hiciera Camino después. Su vida no era gran cosa, pero le tenía cariño. El problema era que no había mucho más que confesar. Decía la verdad: no sabía para qué había tenido que entretener a Berta aquel día de marzo. Había sido... ¿Cómo la había llamado? El brazo ejecutor. Claro que sí. El matón tontito de una peli de mafiosos.

—Berta, yo ya no tengo nada más que contarte. ¿Me dejas salir a mí? —preguntó.

—Te acabo de pillar mintiendo. No me creo que no sepas nada más.

Vale. De perdidos, al río.

—Te di las pastillas porque Camino me obligó. Volvió de no sé dónde, tú estabas frita y me dijo que no podías salir de mi casa en un par de días. ¡Amenazó a mi hermano!

—Pero... —Berta sonaba dudosa—. ¿Y no había nadie en tu casa? ¿Tu hermano? ¿Tus padres?

—Mi padre y Mila salían mucho. Lo único que vieron fue a una amiga que se quedaba a dormir dos noches seguidas. Y a mi hermano lo entretuvo esta, ¿verdad, Camino?

Solo se la escuchaba respirar deprisa. Lorena se acercó a ella palpando a tientas la pared y se sentó a su lado. Notó cómo se balanceaba rítmicamente: adelante, atrás, adelante, atrás, como una vieja en una mecedora.

—Tranquila —susurró—, no pasa nada. Solo es oscuridad. No pasa nada.

Por una vez en la vida, no le hubiera molestado que la voz borde y segura de sí misma de la Zorra Implacable dijera que no necesitaba que nadie la consolara. Le cogió la mano, y Camino no la apartó. Estaba fría y húmeda, y en otro momento se habría alegrado de saber que, después de todo, sudaba, pero ahora solo quería que volviera a ser la de siempre.

—No seas absurda, Berta —dijo en voz alta—, así no vas a conseguir nada. Está entrando en pánico. Le va a dar un ataque al corazón.

Silencio.

La respiración de Camino se aceleraba cada vez más. Lorena había dicho lo del ataque al corazón por decir, pero en realidad no tenía ni idea. Igual era verdad. Quizá la Zorra iba a palmar ahí dentro de una parada cardíaca y después Berta se la cargaba a ella para no tener testigos.

—Necesito... —Lorena no fue capaz de entender el final de la frase.

—¿Qué?

—Necesito mi inhalador. En mi bolso. Soy asmática.

—¿Está aquí?

—En el sofá.

Lorena trató de levantarse.

—¡No te vayas!

—Tengo que encontrar tu inhalador.

No hubo respuesta. Cada vez que Camino respiraba, dejaba escapar un silbido como el de un juguete de mascotas.

—¡Berta! Le va a dar algo.

—Lorena, por favor, parece que no la conoces. Está fingiendo para manipularnos a las dos.

Lorena no supo que responder a eso.

—¡Si estás aquí por ella! —Berta parecía frustrada—. Mentiste para encubrirla porque sabe algo sobre ti, y no te puedes ir porque ella no quiere hablar. Así que estás metida en este follón por su culpa, y ahora te va a humillar más todavía haciéndote buscar un inhalador que no existe. Y si es verdad, pues mejor. Igual así recapacita.

Camino no decía nada, y eso fue lo que hizo que Lorena se decidiera.

—Venga, vamos a buscarlo juntas. Ponte de pie —dijo, aunque no estaba muy segura de que las piernas fueran a sostenerla.

—No puedo.

—Pues gateamos. Va, yo voy delante, apóyame la mano en la espalda.

Se movían muy despacio: a Camino le costaba avanzar, y Lorena no se orientaba bien. El sofá debería estar justo delante, pero, por más que tocaba, no encontraba nada. Se chocó con la mesa de centro y soltó una palabrota. Al menos, si rodeaba la mesa, daría con el sofá. Por fin, tocó el bulto suave del bolso de Camino y se lo pasó. La sintió trastear en él y, después, oyó el golpe sordo de un objeto cayendo al suelo.

—Mierda.

—¡Joder! Voy a buscarlo.

Camino gimió. De pronto, Lorena se acordó de algo.

—Soy imbécil.

Sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón y encendió la linterna. La luz lechosa inundó la habitación, y los ojos de Lorena se relajaron, agradecidos. Localizó enseguida el inhalador y se lo tendió a Camino, que se lo llevó a la boca con rapidez e hizo dos aspiraciones profundas.

—Suerte con la batería —dijo Berta—. Yo creo que me voy a ir un rato. ¿Cuánto tiempo me tuvisteis secuestrada? ¿Treinta y seis horas? Es un bonito número. ¿La batería de tu móvil dura treinta y seis horas con la linterna encendida, Lorena?

—Yo también tengo el mío —murmuró Camino, que había recuperado parte del color en la cara.

—Qué bonito. Podéis jugar al *Apalabrados*. Hala, adiós.

El sonido volvió a cortarse.

Capítulo 61

Había estado a punto de morir.

Era en lo único que Camino podía pensar mientras trataba de recuperar el aliento apoyada contra la pared.

Bueno, en eso y en que no entendía cómo Lorena no se había acordado antes de que llevaba el móvil encima. Vale, ella tampoco había cogido el suyo del bolso, pero no le estaba llegando el oxígeno al cerebro. Igual el de Lorena, en condiciones normales, era como el suyo en hipoxia. Eso explicaría muchas cosas.

La cuestión es que casi se muere porque Berta la consideraba el tipo de persona capaz de fingir un ataque asmático.

Nunca le había importado demasiado que la gente creyera que era mala. Era consciente de que en su interior no había una de esas bondades blandas e idiotas que otros identificaban como «ser una buena persona». Creía que uno no puede ser cien por cien bueno si es un poco listo, porque cuando eres listo, te das cuenta de todas las cosas terribles que hay en el mundo: algunas, pura maldad; otras, simple estupidez. Entonces no puedes ser bueno. Sería poco sensato.

Lo que le molestaba de aquella situación es que ella había sido buena con Berta. Se había portado todo lo bien que había sabido, y, aun así, aquí estaba, siendo tratada como la mala de la película.

Hasta ese momento, se había negado a hablar por principios. Nadie iba a decirle lo que tenía que hacer. Pero ahora había algo más fuerte que su orgullo, incluso que su instinto de supervivencia. Ahora tenía que hacerse justicia.

—¡Berta! —gritó—. Sé que estás ahí. ¿En serio quieres saber la verdad?

La línea se conectó de nuevo, pero Berta tardó unos segundos en hablar.

—Si vuelves a mentirme...

—No te voy a mentir. Escucha, tienes razón. Date una palmadita en la espalda de mi parte. Fui yo la que lo organizó todo, y, de hecho, estuve en tu casa esa tarde. Y si no te acuerdas es porque eran las cuatro y tú ya estabas borracha como una cuba.

7 de marzo de 2008

4:15 p. m.

«Que no haya salido todavía», rezó Camino, apretando con fuerza el botón del portero electrónico. Su cabeza era un torbellino: Berta, Salva, la flor, el tío Luis. El mensaje: «Es la última vez», y el nombre de Berta en clave con aquellas tres bes, una junto a otra como las tres advertencias de un cuento. La sospecha de que lo más lógico era pasar de todo aquello porque no tenía nada que ver con ella, arrollada bajo la rabia inmensa y mareante que no le dejaba otro remedio que hacer algo.

Por fin, Berta contestó:

—¿Sí?

—Soy Camino.

Se hizo una pausa un poco más larga de lo normal antes de que sonara el zumbido que abría la puerta. Subió por las escaleras mientras recordaba la última vez que había estado allí, en algún cumpleaños de esa fase de la infancia en que invitas a todas las niñas de la clase. Era uno de los edificios que se habían construido en Echeverría en los años sesenta: sin pretensiones, con pisos que en su momento eran modestos pero que ahora, con los precios de la vivienda por las nubes, tenían un tamaño con el que casi ninguna familia soñaba ya. Se notaban los años en el estilo anticuado de las puertas y el espantoso diseño a manchas psicodélicas del suelo.

Berta olía a alcohol cuando abrió la puerta de la casa. Camino miró el reloj. Apenas hacía un par de horas que habían salido del colegio. ¿Cómo le había dado tiempo a ponerse así?

—Vengo en son de paz —dijo, levantando una bolsa con varias latas de cerveza y un paquete de patatas fritas—. Tienes razón: no soy quién para meterme en tu vida.

Berta parecía desorientada.

—Por la discusión —aclaró Camino.

—Pero... eso fue hace meses.

—Ya. ¿Qué puedo decir?: mi Pepito Grillo interior es así de insistente. —Se golpeó la cabeza con los nudillos—. Bueno, ¿qué? ¿Nos bebemos una a nuestra salud? Uy, perdona —bajó la voz—, no sé si estás sola en casa.

—Sí. Mis padres no están.

—Pues mejor. —Camino cruzó el umbral y se adentró en el pasillo—. ¿Cuál es tu cuarto?

Berta la siguió arrastrando los pies y señaló a una de las puertas. Su cuarto podía haber sido el de cualquier adolescente, con sus pilas de CD con las carátulas medio rotas, la colección de pintaúñas ordenada por colores, las fotos de amigos en el corcho sobre el pupitre y un olor dulzón al último perfume barato que se había puesto de moda. La montaña de ropa sobre una de las camas gemelas dejaba claro que hacía tiempo que Berta no compartía el cuarto con nadie, y Camino se preguntó cómo habrían sido los años de vivir junto a una hermana, de respirar juntas noche tras noche sabiendo que serían lo primero que la otra viera por las mañanas.

Se sentó en la cama más despejada y sacó las cervezas. Mientras Berta abría una y le daba un par de tragos muy largos para alguien de su tamaño, Camino trató de pensar. Su primer plan no era factible. Había contado con que los padres de Berta andarían por allí: sería la excusa perfecta para echar la cerveza en las dos latas de coca-cola vacías que había traído. En el fondo de una de ellas, disueltas en un poco de agua, había un par de pastillas para dormir; lo suficiente como para

que Berta no pudiera moverse de la casa en toda la tarde. Ahora tendría que pensar algo distinto.

Berta se había sentado con las piernas cruzadas en la silla giratoria y daba vueltas despacio, impulsándose con el escritorio. Después de cada vuelta, como si siguiera una coreografía, le daba un trago a la cerveza.

—Nunca me ha tocado un pelo —dijo de pronto—. Salva. No es de esos.

El poder de la negación era impresionante.

—Tranquila. Lo sé. Es culpa mía por meterme en tu vida. Tú ya eres mayorcita para defenderte.

Temió que se le escapara la risa: cualquiera podía darse cuenta de que no era así. Desde que se había cortado el pelo, Berta parecía ocupar menos del mínimo espacio necesario para una persona casi adulta. Era como una de esas siamesas que solo disponían de media caja torácica para sus órganos.

Hablaron un rato del colegio y de los profesores, aunque ni siquiera ahí tenían mucho en común porque apenas compartían asignaturas. Berta había terminado la lata de cerveza antes de que Camino llegara a la mitad de la suya.

—¿Puedo ir al baño?

Por suerte, se había traído un frasquito con más pastillas disueltas. Se aseguró de coger el bolso antes de salir. Cuando volvió, Berta estaba mirando su reloj.

—Siento tener que echarte —dijo con una risita apurada—, pero he quedado con mi hermana en quince minutos.

Camino se tomó unos segundos para admirar el aplomo de la mentira y luego miró a su lata con cara de preocupación.

—Dios. Yo no puedo más. ¿La quieres?

Berta dudó unos segundos.

—No tengo herpes, ni nada.

Berta aceptó rápido, como ansiosa por demostrar que no pensaba que Camino tuviera un herpes, pero dio solo un par de tragos.

—Tengo que salir ya o no llego al autobús.

Mierda. Había contado con que se la terminaría. Habría sido mucho más fácil con Berta frita allí en su propia cama, pero ahora tendría que usar el plan B.

Se despidió y bajó corriendo las escaleras mientras tecleaba deprisa en el móvil.

«Va para la parada del 11».

Ahora todo dependía de Lorena.

Capítulo 62

Hacía muchos años, después de unos meses viviendo en Nueva York, Berta había salido del metro por una boca distinta a la habitual. Fue una experiencia extraña no reconocer nada de lo que tenía a su alrededor. Todo era familiar y distinto al mismo tiempo. Anduvo unos metros en una dirección cualquiera y, de repente, identificó una tienda de ropa de segunda mano del Ejército de Salvación y fue como si todas las calles se pusieran en su sitio de repente.

Ahora acababa de pasarle lo mismo. Porque ella se acordaba vagamente de aquella visita de Camino, claro, pero hasta ahora no la había ubicado en ese día.

Había bebido. Claro que había bebido. Era muy fácil juzgarla sin saber por lo que estaba pasando. A partir de cierto momento, más o menos después de Navidad, todo empezó a ser demasiado. Empezó a esperar con ansia el whisky que Salva se había acostumbrado a servirle nada más llegar a su casa, que los primeros días se bebía porque le hacía sentir adulta y luego para calmar el nudo en el estómago. Cuando estaba en casa, tomarse un par de cervezas ayudaba, y despistar a sus padres era fácil. Aquel era su primer año con una sola hija en casa, que, además, estaba a punto de cumplir los dieciocho, y parecían haberse jubilado anticipadamente de la paternidad. Se pasaban el día en conferencias sobre física cuántica, presentaciones de libros y obras de teatro, y, la mayoría de las tardes, Berta estaba sola.

Conectó otra vez su micrófono y se aclaró la garganta. Estaba disfrutando un poco de aquel momento. Seguro que no mucha gente tenía la oportunidad de explicarle a Camino Atienza lo equivocada que estaba.

—En realidad, lo estropeaste todo —dijo.

7 de marzo de 2008

4:45 p. m.

Aquella cerveza con Camino acababa de entrar en el top diez de los momentos surrealistas de la vida de Berta. ¿Qué pretendía? ¿Intentaba ser su amiga? No le habría extrañado, porque las suyas eran una pandilla de arpías.

Era una buena noticia que ya no fuera a darle más la brasa con lo de que Salva abusaba de ella. Sobre todo porque hoy, por fin, se acababa todo. Hoy empezaba el resto de su vida.

Abrió la mochila con dedos temblorosos para asegurarse de que tenía las fotos y los negativos. Estupendo. Se las daría a Salva, recibiría su carta de recomendación y podrían seguir los dos cada uno por su lado.

Todo había sido tan lento que no se había dado cuenta hasta que ya no tenía remedio.

Empezó en enero, cuando le enseñó una de sus fotos a Salva para pedirle su opinión y él se quedó mirándola más rato de la cuenta. Era un primer plano de un pescador que vivía cerca de su barrio, y podían verse cada una de las arrugas y manchas de su piel y unos ojos azules que, por casualidad, parecían recortados en el cielo que tenía detrás.

Era una buena foto, y ella lo sabía. Tenía esa cualidad magnética que hacía que no pudieras simplemente mirarla y pasar a otra cosa, sino que te pegaba los ojos a la imagen, como si tuviera secretos que no quería contarte nada más conocerte.

Entonces Salva le dijo que exponerla en público sería una forma estupenda de comprobar su talento. Cuando oyó aquello, se puso muy contenta: su primera exposición a los diecisiete años. Pero entonces él le dijo que esa era una idea absurda, que hacerse un nombre llevaba su tiempo y nadie la tomaría en serio siendo una desconocida, pero que él justo participaba en una muestra de fotógrafos malagueños en un par de semanas, ¿qué le parecería prestarle la foto?

Berta sabía que no se la estaba prestando. Si él la mostraba bajo su nombre, sería suya para siempre porque no podría confesar jamás que había hecho pasar por propia una obra que no lo era. Salva insistió: era joven y tenía muchísimo tiempo por delante. Haría muchas fotos buenas después de esa. «No seas avariciosa, Triple Be», insistió. Juntos comprobarían si valía para esto.

Podría haberle dicho que sí por la carta de recomendación o porque le daba miedo que tomara represalias, pero lo hizo para pedirle disculpas: por ser mejor, por tener más talento; porque, últimamente, cada vez que le enseñaba su trabajo, él se ponía de mal humor y se echaba a la boca una de aquellas pastillitas blancas y ovaladas que llevaba siempre encima.

Le dio la foto porque quería que la perdonara.

Fue a aquella exposición una tarde sin decirle nada a Salva. En cuanto entró, vio a varios asistentes agrupados en un extremo de la sala, y mucho antes de acercarse para ver qué miraban, ya sabía que era por su foto. No tenía nada que ver con el resto. Berta no sabía definir exactamente qué tenían los retratos de Salva que la repelían, pero le venía una palabra a la cabeza: *baratos*. Abarataban a la gente que salía en ellos.

Sin embargo, cuando le preguntó qué tal había ido, él le dijo que no había estado mal, pero no había sido nada del otro mundo. Berta dudó: igual lo de aquella tarde había sido casualidad. Salva continuó diciendo que estaba pensándose lo de la carta para París porque no quería gastar una bala inútilmente. Por otra parte, tenía otra exposición un mes después; quizá, si Berta hacía algunas fotos más, podrían ver, esta vez sí, de qué madera estaba hecha. Mentía como un bellaco,

y, cuando se dio cuenta, Berta sintió el suelo desaparecer bajo sus pies. Supo, con una claridad apabullante, que aquello podía continuar para siempre.

Sacó más retratos de la gente del barrio. Los sorprendía por la calle saliendo de las esquinas y atrapaba los fragmentos de belleza escondidos detrás del castigo del sol y de la mala vida. Le dio diez a Salva, que le contó que la exposición era en Madrid, pero no le propuso llevarla. Ella no se atrevió a pedirlo.

A su vuelta, Salva tenía buenas noticias: los retratos habían tenido éxito y querían incluirlo en una antología de nuevas promesas, así que, por supuesto, ahora no podían destapar el pastel. Aquello era demasiado y le dijo que no. Él volvió a la carga con lo de que no fuera avariciosa con su talento, pero Berta ya no se lo tragó. Su talento, si es que existía, era suyo, y se había agarrado a él como se agarraban las lapas a las rocas de los espigones, alimentándolo y nutriéndolo todo lo que había podido. Salva no podía quedarse con una parte solo porque él no lo tuviera.

Entonces la cosa se puso fea.

No se trataba solo de lo de París. Iba a ponerle un cero en la asignatura. Diría que no había entregado el proyecto final: era su palabra contra la de ella. Escribiría a la École Dauphine para advertirles de su pésima ética de trabajo y, además, se aseguraría de que nadie le prestara atención en un futuro, y como tenía también contactos en Madrid y Barcelona eso significaría que su carrera acabaría antes de haber comenzado.

Todavía podía recordar aquella tarde. Salva gritándole a diez centímetros de su cara, las náuseas que le daba el olor a alcohol de su aliento, las gotitas de saliva salpicándole la cara. Darse cuenta, por primera vez desde que lo conocía, de que lo único que la separaba del abismo era que, hasta ahora, Salva había decidido que fuera así.

Si hubiera tenido cinco años más, Berta habría visto con claridad debajo de aquella fachada: un hombrecito asustado y mediocre al que nadie hacía caso y que apenas tenía influencia en el claustro del Santa Catalina. Con solo dos años más, habría encontrado la forma de reclamar sus notas en el colegio y hacer que lo echaran. Pero incluso a los diecisiete, muerta de miedo y creyéndose cada palabra, fue capaz de decir que no.

Entonces, Salva abrió mucho los ojos inyectados en sangre y, para horror de Berta, empezó a llorar.

—Si no entrego las fotos, hundiré mi reputación. Nunca volveré a exponer ni a publicar. Por favor, Triple Be. —Salva se limpió la cara con el dorso de la mano, sorbió ruidosamente y la miró con ojos suplicantes—. Tú eres lo único que me queda.

Así que aceptó con una condición: sería la última vez. Él tendría suficiente para un tiempo y, a partir de ahí, se buscaría la vida. Por supuesto, le escribiría aquella carta de recomendación. Salva aceptó, se lo juró por lo más sagrado y la cubrió de elogios, alabando lo buena y generosa que era y lo en deuda que estaría para siempre con ella.

Aquel era el día de las últimas fotos. Iba a casa de Salva para dárselas, recibir su carta y olvidarse de todo aquel asunto para siempre. No tenía motivos para confiar en él, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Tenía sueño y estaba muy cansada. Quizá tomarse aquella cerveza con Camino no había sido buena idea. Se le pasó por la cabeza avisar a Salva y decirle que iría al día siguiente, pero quería dejar aquello resuelto de una vez.

Entonces vio a Lorena Ibarra sentada en la moto de su hermano junto a la parada del autobús. Aunque aún hacía fresco, iba sin chaqueta, y Berta envidió la solidez de sus brazos morenos bajo

las mangas ajustadas de una camiseta de licra. Estaba encendiéndose un cigarro y miraba en otra dirección. Cuando la vio acercarse, la saludó con un entusiasmo incongruente.

—¿Vas al centro?

Berta asintió.

—¿Quieres fumar?

Miró la hora. No pasaría nada por llegar quince minutos tarde; Salva esperaría. Y un canuto le sentaría tan bien.

Sonó un mensaje en su teléfono.

«Ven 1poco + tarde. 6 sta bn».

Al menos, eso resolvía sus dudas.

—¿En tu casa o en la mía? —preguntó.

Capítulo 63

Camino no dijo nada durante un par de minutos. Berta había conectado la pantalla del televisor y la miraba fijamente con los ojos azules inyectados en sangre.

Escuchar la historia, por extraño que pareciera, la había tranquilizado. Entre eso y el pálido círculo de luz que proyectaban los teléfonos, bocabajo sobre la mesa de centro, se encontraba casi bien.

Masticó lo que acababa de oír. Salva le había robado a Berta sus fotografías. A eso se refería aquel mensaje con «es la última vez».

—Te creías que me ibas a salvar, cuando estaba todo controlado —dijo Berta, sorbiendo por la nariz—. No habría dejado que me tocara. Solo empeoraste las cosas.

Camino siguió callada. Berta estaba a punto de resolver el misterio. Era fascinante verlo, como leer una novela policíaca.

—Y entonces, claro —dijo Berta—, fuiste a ver a Salva. Por eso me pidió que llegara más tarde.

Tuvo ganas de aplaudir.

—Al principio no lo entendía —siguió Berta—. No tenía sentido que te esforzaras tanto por mantenerme alejada un día concreto. Yo podría haber ido allí al siguiente. Pero fuiste tú y hablaste con él. ¿No?

Había algo desesperado y suplicante en su pregunta.

—¡Claro que fui a ver a Salva! —estalló Camino—. Le dije a ese capullo pedófilo que, si seguía viéndote, lo iba a denunciar. Porque era un pedófilo, Berta. Lo habría hecho tarde o temprano. Vi cómo te miraba. Y él no pudo soportarlo y se pasó con las pastillas.

Hala, ahí estaba. Si lo que buscaba Berta era justicia, ahí la tenía. Daba igual cuál de los deleznales recovecos del alma de Salva hubiera sido revelado: se tenía bien merecido su castigo y nadie podría convencerla de lo contrario.

Había algo distinto en la imagen de Berta, como si la hubieran desinflado. Empezó a llorar y murmuró algo incomprensible.

—¿Qué? —preguntó Camino.

—¡Que fue culpa mía!

—Berta. —Camino habló despacio, como si le explicara algo a un niño—. No fue culpa tuya. Él tomó la decisión. Él se tomó las pastillas.

—Fue culpa mía. Yo lo volví loco. Quería demostrarle que era buena, y... él no pudo soportarlo. —Costaba entender lo que decía por debajo de los sollozos—. Me aproveché de él, de su material, de sus contactos, y luego no fui a nuestra cita por borracha y por drogadicta, y él pensó que su carrera estaba arruinada y se suicidó. Salva no era una buena persona, pero no se merecía morir.

Entonces Lorena, que llevaba un rato sentada en una esquina sin decir nada, se levantó y se acercó a la pantalla. Camino se preguntó fugazmente si la cámara que las grababa a ellas estaría allí.

—Esta tía sigue mintiendo, Berta. No es capaz de no mentir, haga lo que haga. —Inhaló profundamente, echó el aire y habló—: A Salva se lo cargó ella.

Capítulo 64

Nada tenía ningún sentido.

Lorena llevaba un rato escuchando sin hablar y, cuanto más las oía, más le parecía que lo más importante se le estaba escapando, pero cuando oyó el veneno en la voz de Camino al hablar de Salva, se espabiló.

—Camino no es tonta —dijo—. No tenía sentido llegar a esos extremos para amenazar a Salva con una suposición. No tenía pruebas y no podía soportarlo. Así que le echó los tranquilizantes que le quedaban en algún sitio y se lo cargó. Está clarísimo, Berta. —De no haber sido porque sabía que no serviría de nada, habría sacudido la pantalla para hacerla entrar en razón—. Es una desequilibrada.

—Por el amor de Dios. —Camino soltó un suspiro largo y condescendiente—. Estáis sacando las cosas de quicio. Lorena, por favor, que estuve saliendo con tu hermano, pero no asesiné a ningún gatito en un rito satánico. ¿Por quién me tomas?

—¿Es verdad, Camino? ¿Lo mataste?

Berta se había acercado más a la cámara y ahora su cara se veía deformada, con la nariz mucho más grande que el resto de sus rasgos.

—¿Cómo lo voy a matar? —Camino empezó a reírse a carcajadas—. De verdad, señoras, están ustedes fatal. ¡Luego soy yo la loca! Alucino. Berta, tú sabías la de tranquilizantes que tomaba Salva. Debiste de verlo más de una vez. ¡Si mientras yo estaba allí se tragó como tres! Se los echaba a la boca como si fueran Juanolas. Si te soy sincera, ni siquiera creo que fuera un suicidio. Creo que se le fue de las manos, ya está.

Berta estaba dudando, Lorena lo notaba. No podía permitir que eso sucediera. Esta vez, Camino Atienza no se iba a ir de rositas.

Se movió todo lo deprisa que pudo. Primero, desenchufó la televisión y la imagen de Berta desapareció, y, antes de que Camino pudiera reaccionar, cogió los teléfonos, que estaban con la linterna encendida sobre la mesa de centro, y los apagó. Después se alejó como pudo para quedar fuera de su alcance. La habitación volvió a quedarse a oscuras.

—¡Lorena! Lorena, no seas tonta. Dame mi teléfono. ¿Por qué estás de su parte? ¡Nos ha secuestrado, joder! —la voz de Camino iba haciéndose cada vez más chillona, pero no se movía de donde estaba. Lorena no habló—. Lorena. ¿Dónde estás?

Tenía otra vez la respiración acelerada. No iba a dejar que se asfixiara, claro, pero no le importaría que lo pasara un poquito mal.

—¡Está bien! ¡Encended una puta luz! —Nadie hizo nada, y Camino gimió—. ¡Claro que no lo habría acusado sin pruebas! Conseguí las pruebas, imbéciles. Y no me lo cargué, pero él casi me mata a mí. Se lo tenía merecido todo, Berta. Todo.

Se encendió la luz de arriba, pero Berta no apareció por la pantalla.

—Habla o apaga otra vez —dijo desde los altavoces.

Y Camino habló.

7 de marzo de 2008

4:50 p. m.

Cuando Salva abrió la puerta de casa, Camino tuvo que hacer un esfuerzo para no poner cara de asco. Ahí estaba: descalzo, con unos pantalones de algodón y el pelo un poco despeinado, encantado de haberse conocido. Podía entender que otras lo consideraran guapo, pero a ella cada vez le daba más repelús.

Se quedó cortada. En su mente, era fácil: llegar allí, echarle la bronca, amenazarlo y asegurarse de que nunca volvía a hacerle nada parecido a nadie. Pero ahora no sabía cómo empezar.

—He venido porque me faltaban preguntas para lo del reportaje y lo tengo que entregar mañana. Espero que no te importe.

Salva la repasó con los ojos y esbozó una sonrisa depredadora. En cuanto lo hizo, la rabia se encendió dentro de ella como una luz. Ahí estaba lo que buscaba.

—¿Qué quieres beber? —preguntó él mientras la hacía pasar a un salón con olor a bolso de jipi.

—Lo que tomes tú —sonó un poco forzado, pero él no se inmutó y le sirvió dos dedos de whisky solo.

—No creo que sea la primera vez, ¿a que no?

Camino imaginó a Berta en aquel entorno. A ella le fascinarían las fotos de las paredes. Le preguntaría a Salva por una en la que aparecía junto al jefe de vete a saber qué tribu y caería en su embrujo. Era una presa tan fácil.

No llevaba nada para escribir, así que se hizo la tonta y contempló cómo Salva salía corriendo a buscar una libreta y un bolígrafo. Cuando volvió, empezó a improvisar algunas preguntas. Por suerte, él no tenía ningún problema para hablar sin parar sobre sí mismo.

Apuntaba frases sueltas mientras trataba de pensar. Ese engreído no iba a dejarse convencer así como así, y ella no tenía más pruebas que su instinto.

Entonces se dio cuenta de que Salva, igual que aquella mañana en su despacho, le miraba el escote cada dos por tres. Hacía otras cosas: pasarse la lengua por los labios, tocarse la nuca, atusarse el pelo. Estaba flirteando. A veces le costaba darse cuenta cuando se trataba de un hombre, pero no había duda.

La idea apareció en su mente clara y redonda como una pompa de jabón.

Al principio la rechazó. Hasta ella lo veía un poquito exagerado. Pero en realidad no era para tanto. No para ella, al menos, que hacía mucho tiempo que había renunciado a la idea de su propia pureza, y, si funcionaba (y Camino sabía que funcionaría porque sus planes siempre lo hacían), aplastaría a aquel insecto lamentable como a una colilla de cigarro.

En menos de treinta segundos, había tomado la decisión.

Salva dijo una estupidez, y ella soltó una carcajada.

—Oye, qué bien te veo en el sofá —dijo—. Y esta silla está dura como una piedra.

—Aquí hay sitio para dos. —Salva dio unas palmaditas en el cuero falso, y Camino procuró sonreír, encantada, mientras se colocaba junto a él.

Empezaron a besarse mucho antes de lo que esperaba. Él soltaba chorradas de peli porno tipo «qué chica tan mala», a las que ella se apresuraba a responder con gemidos entusiastas. Por un

momento, la familiaridad de la sensación amenazó con aplastarla y empezó a verlo todo negro. Era demasiado y estuvo a punto de sacudírselo de encima, hasta que pudo activar en su cabeza el interruptor que llevaba dormido tanto tiempo, con la facilidad del que vuelve a montar en bicicleta después de años. El interruptor la trasladó a un lugar tranquilo, fuera del tiempo, la envolvió en un inofensivo zumbido de ruido blanco y se quedó ahí quieta sin pensar en nada hasta que Salva se desplomó sobre ella con un resoplido.

—Te voy a decir una cosa, niña —murmuró—: Vas a hacer felices a muchos hombres.

Camino se tomó unos momentos para recuperar el aliento y dejar que la adrenalina de sus venas se disipara. Poco a poco, un pensamiento fue tomando forma: tenía razón, ella tenía razón, y ahora también tenía pruebas, y las náuseas dejaron paso a algo muy parecido a la euforia de sostener un trofeo entre las manos.

Su error fue subestimarle. Tenía que haber hablado con él mirándolo cara a cara. Pero estaba tan orgullosa de sí misma que se despistó y le contó todo lo que le pensaba hacer mientras se ponía los vaqueros de espaldas a él. Le explicó cómo iba a ir ahora mismo a que le hicieran un parte de lesiones en el hospital y le tomaran muestras de semen. Que podía despedirse de su carrera, su trabajo y su familia; por ponerle la guinda al pastel, hizo alguna mención a su divorcio y a lo feliz que le haría que su ex le quitara aquella casa tan bonita.

Camino aprendería de aquella a ponerse a salvo antes de presumir, pero todavía era joven y no solo quería salirse con la suya a toda costa, sino que los demás lo supieran.

No lo vio venir. Se inclinó para atarse los zapatos y no lo vio venir.

Cuando se quiso dar cuenta, lo tenía encima, apretándole el cuello con las manos.

Capítulo 65

—Estaba a punto de desmayarme cuando pareció darse cuenta de lo que hacía y paró.

Berta miró a Camino en su pantalla. Se había colocado tan lejos de la cámara que se preguntó si no habría descubierto dónde estaba. Parecía avergonzada, pero estaba segura de que no era por haberse acostado con Salva, sino por haber bajado la guardia al terminar.

La creyó de inmediato. Todo lo que había contado: el órdago, la exageración y los acontecimientos girando a toda velocidad hasta alejarse de cualquier sensatez eran tan puramente Camino que en su mente no quedó ninguna duda. Era absurdo y terrible, pero era cierto.

—Me dijo que seguro que lo podíamos arreglar. Que me echaría un cable en las reuniones de evaluación. ¡Ja! Como si lo necesitara.

Envidió la apabullante seguridad en sí misma que seguía teniendo Camino en cualquier situación.

—Entonces, ¿qué hiciste? Te lo cargaste, ¿a que sí? —preguntó Lorena. Berta se sobresaltó. Se había olvidado de que estaba allí.

Incluso a través de la cámara, se podía ver el desprecio de Camino cuando volvió la cabeza para mirarla.

—Si me lo hubiera cargado, ¿qué interés iba a tener en que retuvieras a Berta más de la cuenta? Él no habría podido hacerle daño. —Se acercó a la cámara y la miró directamente. Definitivamente, había averiguado dónde estaba—. A ver, Berta, te lo digo despacito como en Barrio Sésamo: me soltó, me fui, se sintió culpable, se suicidó. Yo no me fiaba un pelo de él, fui a ver a Lorena y me aseguré de que no te ponías al alcance de su mano hasta que no me encargara de que lo llevaran al calabozo. ¿Hubieras preferido que te dejara salir? ¿Ir a casa de Salva como un corderito al matadero? Estaba muy alterado. A saber lo que podría haberte hecho.

Berta se quedó asombrada por la lógica que tenía toda la situación. Si uno asumía que drogar, manipular y encerrar a gente era lo normal (y, teniendo en cuenta su situación actual, ella no estaba para darle lecciones de moral a nadie), el relato de Camino no tenía fisuras.

—Cuéntame lo que pasó cuando llegaste a casa de Lorena.

—Mira —dijo Lorena—, eso sí que te lo puedo contar yo.

7 de marzo de 2008

6:15 p. m.

—Tengo que irme, Lorena, de verdad.

—Va, mujer, el último.

Berta ya se había puesto la chaqueta y, aunque estaba colocadísima, parecía tener muy claro que se largaba. Lorena retorció el borde de su camiseta. Acababa de recibir un mensaje de Camino en el que le pedía, todo en mayúsculas, que NI SE LE OCURRIERA dejar salir a Berta. «VOY PARA ALLÁ», terminaba el mensaje. Le había llegado hacía diez minutos; a ver si la Zorra Implacable se daba un poquito de prisa.

Por suerte, su padre estaba en el bar de Juan y Mila veía la tele a todo volumen. Se estaba quedando medio sorda y no lo admitía. Tampoco creía que le importara. La política de Mila en casa era «haced lo que queráis mientras me dejéis tranquila».

Al principio le había sido fácil retener a Berta. Sacó un par de cervezas, lio un canuto y se tiraron las dos en su dormitorio a escuchar música. Berta parecía perdida en sus pensamientos. Fumaba y bebía con ansia mientras comprobaba una y otra vez los mensajes de su teléfono.

Después empezó a ponerse cada vez más nerviosa y, por fin, se levantó y empezó a recoger sus cosas para irse. Las súplicas de Lorena no habían servido de mucho. Estaba a punto de ceder y dejar que fuera lo que Dios quisiera cuando sonó el timbre.

Abrió la puerta. Menos mal: era Camino con aquel brillo en la mirada de «aquí se hace lo que yo diga».

Berta pareció sorprendida.

—¿Qué haces aquí?

—¿No lo sabes? Lorena y yo somos cuñadas. ¿Verdad, Lore? —Le echó a Lorena uno de sus brazos larguísimos sobre el hombro. Olía a colonia cara y también, cosa rara en ella, a un sudor que no le pegaba nada.

—No me llames Lore.

—¿Está mi churri por aquí?

Lo hacía por fastidiar; salvo aquel *Fali* que había usado días atrás para congraciarse, Lorena nunca le había oído llamar a su hermano otra cosa que *Rafa* o, a veces, *Rafael*, con todas las letras.

—Fali trabaja a esta hora. Pensaba que lo sabías.

—¡Uy, cierto! Qué despiste que llevo.

La ofendió un poco que Camino se olvidara del trabajo de su hermano; ya que se empeñaba en salir con él, podría mostrar un poquito de interés.

—Pero, ya que estoy aquí, nos podemos tomar algo, ¿no, cuñada? ¿Te quedas, Berta?

Lorena se preparó para escuchar otra excusa de Berta, pero, para su sorpresa, esta asintió como un corderito y volvió a la habitación. Eran aquellos ojos de loca de Camino: te hipnotizaban.

—Lore, haznos un café, porfa.

Ni siquiera se molestó en corregirla o en decirle que el café se lo hiciera ella. Resignada, fue a la cocina y empezó a sacar las tazas; quizá si les seguía la corriente a aquellas dos, todo acababa de una vez y la dejaban tranquila.

A los cinco minutos, Camino asomó la cabeza por la puerta.

—Descafeinado para Berta, ¿eh?

—¿Descafeinado? Pero si lleva un ciego encima que no se aguanta.

—Hazme caso. Descafeinado y con un poco de esto.

Sacó un botecito del bolsillo, parecido a las gotas de morfina que le daban a su madre al final de la enfermedad.

—Tranquila —aclaró—. Son benzodiacepinas. Pastillas para la ansiedad de las que toma todo el mundo.

—Pero a ti se te ha ido la olla. ¿Cómo vas a darle eso? ¿Y si te la cargas?

—No me la voy a cargar. Sé perfectamente la dosis que le corresponde. Berta va a dormir unas horitas, luego la mandamos a casa y se acabó.

—Vale, pues todo eso lo haces en tu casa, y así, si alguien va a la cárcel por esto, que seas tú, que te puedes pagar un abogado mejor.

—Jesús. —Camino irrumpió en la cocina y se puso a preparar el café. Era desquiciante que supiera dónde estaban todos los cacharos—. A mi casa no me la puedo llevar porque mis padres preguntarían. Lorena, no seas pusilánime. No va a pasar nada. No me obligues a hacer algo de lo que puedas arrepentirte.

Lorena se apoyó en la encimera y observó impotente cómo Camino preparaba una cafetera hasta arriba y ponía tres tazas en una bandeja. Si hasta colocó una galletita en cada plato, como si aquello fuera un puñetero té inglés.

Cuando volvieron a la habitación, Berta estaba tumbada en la cama, mirando las cortinas con cara de estar en otro planeta. Alguien tendría que admitir que el chocolate de Lorena era una maravilla. Berta empezó a sorber su café sin decir ni pío, y no llevaba ni media taza cuando ya estaba bostezando.

—Anda, mujer, échate un rato. —Camino abrió la cama de Lorena, por supuesto sin pedir permiso—. No estás para ir a ninguna parte.

Berta protestó débilmente, pero se metió entre las mantas y cayó rendida. Camino la miró unos segundos, como el doctor que comprueba la anestesia antes de operar.

—Vigíla. Vuelvo en un rato.

A Lorena no le dio tiempo a protestar antes de que se largara. Se tumbó en la otra cama; por suerte, Berta roncaba con suavidad a cada rato y era fácil comprobar que respiraba. De vez en cuando, se repetía: «No va a pasar nada. Solo está durmiendo. Yo no he hecho nada malo», pero no lo tenía tan claro. A Camino seguro que no le ocurriría nada, pero a ella sí, porque así es como funcionaban las cosas. Berta se despertaría, sabría que algo iba mal y se iría derecha a comisaría a denunciarla.

Al menos, pensó mientras se quedaba dormida, aún no tenía dieciocho. Con un poco de suerte, la mandarían a un reformatorio y no a una cárcel normal.

La despertaron Fali y Camino entrando sin llamar.

—Joder, Lore. Vaya fiesta que os habéis pegado, ¿no? —dijo Fali.

Aturdida, Lorena ni siquiera contestó. No se había tapado y estaba helada. Miró a Camino, esperando que lo explicara todo.

—¿Esa es Berta Berral? ¿Está bien? —Camino abrió mucho los ojos. Qué falsa que era.

Lorena miró el reloj: eran casi las once de la noche. Se levantó de la cama y se acercó a la de Berta.

—Despierta. —La sacudió con energía—. Es hora de irse a casa.

Aunque Berta estaba claramente viva, no se movía ni parecía tener ninguna intención de despertarse. Lorena miró a Camino e intentó transmitirle telepáticamente que, o arreglaba aquello, o le daba igual lo que hiciera, porque ella lo largaba todo.

—Rafael, ¿me traes un poquito de agua?

Fali fue a la cocina con aquel aire odioso de perrito faldero, y Camino se acercó a Lorena.

—Hazme el favor de mantener la calma. Me voy a llevar a tu hermano, y que Berta duerma. No pasa nada. Si no se despierta ahora, se levantará mañana. Le pones unos chococrispis, le dices que habéis estado de fiesta de pijamas y se acabó.

Lorena sacudió otra vez a Berta sin resultado. Por fin, claudicó: como siempre, la mejor opción era la que proponía Camino.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, la cama en la que había dormido Berta estaba vacía. Por un momento, se atrevió a soñar con que todo había ido bien y Berta iba ya hacia su casa para no volver jamás.

Luego fue a la cocina y la vio allí, tomándose los últimos sorbos de la misma taza de café que le había preparado Camino el día anterior.

Tuvo ganas de estrangularla.

—He visto esto en la mesilla de noche y me lo he recalentado para no hacer ruido —dijo Berta, con expresión aturdida—. Espero que no te importe.

A los dos minutos, bostezaba de nuevo abriendo tanto la boca que por poco no se desencaja la mandíbula.

—No me encuentro muy bien. ¿Te importa que me eche otro rato?

Y otra vez de vuelta a la cama. Si al menos no roncara.

Camino volvió por la noche, mientras Fali hacía su turno en el bar. Cuando vio que Berta seguía durmiendo, al menos tuvo el detalle de preocuparse un poco. Luego Lorena le explicó lo del café y entonces, obviamente, le echó la culpa a ella.

—Cielo, recoge las tazas después de que se usen.

—Perdone usted si no tengo el protocolo de la reina Isabel.

—No es protocolo, Lorena, es higiene.

—Haberte quedado a recogerlas tú.

Camino soltó todo el aire por la nariz, como un toro de dibujos animados, y frunció el ceño. En ese momento, a Lorena le llegó un mensaje:

«T as nterado de lo d Berta?». Era Rocío.

Lorena tecleó a toda velocidad y, un par de mensajes después, ya tenía una idea de la situación: los padres de Berta habían llamado a la policía y nadie tenía ni idea de dónde estaba. Le enseñó la conversación a Camino.

—Se me va a caer el pelo.

—No se te va a caer nada. Déjame pensar.

Como en tantos otros momentos importantes de su vida, Lorena tenía ganas de hacer pis. Cuando volvió del baño, vio horrorizada cómo Camino hacía beber algo a Berta, que seguía adormilada, pero parecía estar recuperando la conciencia.

—Espero, por tu bien, que eso lleve anfetetas.

—Son más tranquilizantes.

—Pero tú estás como una puta cabra, de verdad. Estoy empezando a pensar que quieres

cargártela en serio.

Camino volvió a colocar a Berta en la cama como una madre atenta. Le remitió la manta alrededor de los hombros, le acarició la frente con gesto distraído y se volvió hacia Lorena.

—Te cuento lo que vas a hacer: te vas a la Entropía y que te sellen la mano. Le pones el sello a Berta con alcohol, y mañana, cuando se despierte, la dejas en algún sitio donde puedan encontrarla. Todos se creerán que ha estado de fiesta, punto.

—¿Y Fali?

—Fali y yo nos vamos por ahí de farra, que es sábado. No vamos a aparecer hasta que amanezca.

—Pero la policía...

—Lorena, por favor, mantén la calma. Tiene diecisiete años y no lleva ni un día por ahí, así que en cuanto aparezca, todos tan contentos. Y no se acordará de la mitad porque estas pastillas afectan a la memoria anterógrada.

—¿Ante-qué?

—Da igual. —Camino sacudió la cabeza—. No se va a acordar, y si se acuerda, tú dices que estuvo en tu casa un rato y luego se fue.

Por supuesto, Lorena tuvo que pagar ella la entrada a la Entropía, como si le sobrara el dinero. Era tan temprano que la pista estaba vacía, pero, al menos, le sirvió como excusa para largarse y decir que volvía luego. La mano lacia de Berta al ponerle el sello le dio escalofríos. No era normal dormir tanto tiempo seguido. Le bajaría la tensión y se moriría, o dejaría de respirar como los bebés que palmaban de muerte súbita. Su cuerpo parecía demasiado débil para resistir todo aquello.

Recibió un mensaje de su hermano diciéndole que no lo esperaran despiertos. Mila y su padre se habían cruzado con Berta tomando café la mañana anterior y luego habían pasado el día fuera, viendo una panda de Verdiales en Almogía, así que volverían a las tantas y hasta arriba de moscatel.

Para su vergüenza, Lorena volvió a dormir del tirón como si no pasara nada. Esta vez, eso sí, se puso el despertador temprano, y a las siete estaba arrastrando a una Berta atontada, pero consciente, en dirección al bar de Juan, que abría temprano para servir chocolate con churros a fiesteros con resaca. Por suerte, cuando llegó, todavía no había nadie.

—Tú no me has visto —le dijo a Juan mientras la dejaba en una mesa. Berta enterró la cabeza entre los brazos y volvió a quedarse dormida.

Después fue a casa, sacó el hachís que guardaba pegado con cinta aislante debajo del fregadero y lo llevó a casa de Nora, con la promesa de que solo serían unos días.

Pasó todo el domingo con los nervios de punta, esperando que en cualquier momento Berta apareciera por la puerta acompañada de dos agentes de policía, señalándola con el dedo y exclamando: «Es ella. Ella me secuestró». Sin embargo, las horas pasaban lentas, pero sin novedad, y por fin, a eso de las seis, Camino tuvo el detalle de mandarle un mensaje:

«Todo bien. La familia está tranquila. El plan ha funcionado. C. A.».

«El plan». Por Dios bendito. A veces le habría gustado pasar unos días en la mente de Camino, como el que visita un parque de atracciones, y ver el mundo con aquella confianza en que, pasara lo que pasara, ella sería capaz de resolverlo.

Pensó que aquella noche seguro que la angustia la mantenía despierta, pero qué va. Cayó

rendida en cuanto su cabeza tocó la almohada, mucho antes de que Fali volviera de trabajar.

Al día siguiente, en el colegio, nadie hablaba de la desaparición de Berta porque Salva estaba muerto.

Capítulo 66

Berta se quedó en silencio unos minutos, masticando lo que acababa de oír. El relato de Lorena parecía una comedia absurda. Ella tragando pastillas sin parar, roncando durante horas y más horas en la cama de Lorena. Los padres y el hermano sin darse cuenta de nada. Y lo más vergonzoso: su propio cerebro incapaz de retener nada de aquello en la memoria, condenándola a años de preguntarse qué había ocurrido.

—¿Ves? No te pasó nada. Nadie te hizo daño. —Ahora Lorena también se había acercado a la cámara y la miraba. No le gustaba tenerlas ahí, frente a ella.

—Podíais haberme matado con tanta pastilla.

—Era una dosis de niño pequeño —dijo Camino.

—¡Dormí treinta y seis horas!

—Vale, de un niño grande para su edad. Pero no te pasó nada. La prueba es que estás aquí, vivita y coleando, restringiendo nuestras libertades fundamentales.

Berta desconectó su cámara y se masajeó las sienes, desesperada. No podía pensar. No sabía qué sacar en claro de todo aquello. Ahora Lorena y Camino eran unas santas que habían apartado de su vida a Salva, pero algo dentro de ella seguía insistiendo: estaba mal, había tenido consecuencias y alguien tenía que pagar por ellas.

—¡De todas formas, esto no cambia nada! —dijo Lorena, gritando, como si el hecho de que Berta no apareciera en la pantalla la hubiera vuelto sorda—. Camino se cargó a Salva. Ahora que lo pienso: igual te siguió drogando para que no fueras a buscarlo y tener tiempo para destruir las pruebas.

—Pero si el segundo café se lo tomó ella —dijo Camino con voz de profesora enseñando a niños muy tontos.

Berta alargó la mano hasta la botella de agua que tenía junto a ella y dio varios tragos largos. Estaba agotada. Qué ganas de que todo aquello acabara de una vez.

—Camino —dijo, por fin, conectando de nuevo el micrófono—, dime la verdad. ¿Lo mataste?

Camino, que se había sentado en el sofá, se levantó de nuevo, volvió a donde estaba la cámara y la miró fijamente con aquellos ojos negros y, pese a todo, perfectamente maquillados.

—Te voy a contar el resto, Berta —dijo—. Te lo mereces. Pero tienes que dejarme salir primero.

—No te voy a dejar salir hasta que no me lo cuentes.

—Y yo no voy a decirte algo incriminatorio delante de una puta cámara. Déjame salir.

—No te estoy grabando.

—Comprenderás, querida, que a estas alturas mi confianza en ti esté un poco maltrecha.

Berta repasó sus opciones y se dio cuenta de que aquello era jaque. De todas formas, estaba ya cansada de aquel secuestro. Ser mala era agotador. Ahora Camino parecía más tranquila, como si el pozo de su ansiedad se hubiera quedado vacío, e igual no estaba tan enfadada. A lo mejor hasta podían tomarse un café las tres y resolver aquello como personas civilizadas.

—Os voy a abrir —dijo—. Pero, Camino: si no me lo cuentas, te quedas sin calendario. Lo sabes, ¿no?

Camino asintió como una niña aplicada.

Berta se acercó a la puerta, retiró la gomaespuma que había puesto en las rendijas para que no entrara la luz y la abrió.

—Estás como una regadera. —Camino salió como una flecha y la apartó de un manotazo—. Estás loca si te crees que te voy a contar nada más.

—Pero el calendario...

—Sí, claro, el calendario. Nos vemos este sábado a las siete, como habíamos quedado, porque te voy a explicar una cosa, genio del mal: puedes quitar la cobertura a los teléfonos, pero la cámara todavía funciona. Te tengo grabada en modo *Saw* y no te voy a denunciar porque más te vale que mis fotos sean una maravilla.

Berta se maldijo. ¿Cómo había sido tan estúpida? Tenía que haberles pedido los teléfonos, como pensó en un principio, pero no se le había ocurrido ninguna forma de obligarlas.

—Sí, nos ha secuestrado. Sí, contra nuestra voluntad. Eso es lo que significa secuestro, que yo sepa, ¿no? Bueno, ¿van a mandar a alguien o qué?

Se giraron para mirar a Lorena, que estaba hablando por teléfono y recitaba la dirección del estudio.

—¿Pero se puede saber qué haces? —Camino le arrancó el teléfono de la mano y se lo puso en la oreja, pero ya habían colgado. Berta supuso que la policía llegaría en breve, y, por alguna razón, no le importó. Sus emociones parecían estar tan cubiertas de gomaespuma como la habitación donde las había encerrado.

—¿Qué hago? Pues llamar a la policía, pandilla de psicópatas, porque Berta es una delincuente y yo estoy hasta el moño ya de que aquí todo el mundo se vaya de rositas.

—Pero mi calendario...

—Exacto: tu calendario, Camino, no el mío. A mí me da igual. Berta no tiene nada contra mí, yo no te debo nada a ti y me la suda, ¿me oyes?, me la suda que hables con Cristina. —Lorena parecía de nuevo la merdellona adolescente que gritaba por los pasillos—. Te quedas sin calendario y la loca esta va a la cárcel, como tiene que ser.

—Lorena... —Camino parecía estar haciendo un esfuerzo inhumano por cambiar de registro e intentarlo por las buenas—. ¿En qué te beneficia a ti esto?

—Pues en nada, pero dicen que mal de muchos, consuelo de tontos, y, mira, yo es que soy un poco tonta y a mí joderos a vosotras me consuela.

Berta miró la puerta de la calle. ¿Y si se escapaba? La encontrarían, tarde o temprano, y no podía vivir como fugitiva de la Justicia para siempre. Al final, se sentó en el suelo con la cabeza enterrada entre los brazos. Aunque su vida estaba a punto de venirse abajo, se encontraba sorprendentemente tranquila y hasta tenía un poco de sueño.

Al menos había averiguado la verdad, pero en aquel momento estaba demasiado confusa como para hacer algo con esa información. Levantó la cabeza, miró a Camino, que, por una vez, parecía no tener ni idea de qué hacer, y le entraron ganas de reírse.

Después, la policía llamó a la puerta.

Capítulo 67

Estaban llamando al interfono. Las tres se miraron durante un momento ridículo hasta que Lorena pareció reaccionar y fue a abrir.

Camino trató de pensar deprisa y, de repente, dio con la tecla.

—Lo que me habías pedido —dijo, cogiéndola por el brazo y apartándola un poco de Berta, que se había sentado en el suelo y parecía estar en *shock*—. Es tuyo. Cinco mil es mucho, pero puedo darte tres mil. Solo necesito un par de días para mover el dinero.

—Pero...

—Ni pero ni manzana, Lorena. Si la denunciarnos, va a haber un juicio, y ¿te crees que no va a largar todo lo que pasó?

—El delito ha prescrito.

—¿Tú quieres que te investiguen? ¿Que lo sepa tu familia? ¿La gente del barrio?

Lorena abrió la boca para responder, pero no le dio tiempo porque dos policías habían entrado en el estudio y miraban alrededor, tratando de orientarse entre los trastos de Berta y exclamando algo sobre un aviso por retención ilegal.

—En realidad, agente, creo que ha habido un error. —Camino se acercó y extendió la mano—. Soy Camino Atienza, un placer.

—¿Ha sido usted quien ha hecho la llamada? —El policía ignoró la mano extendida.

—No, pero...

—¿Quién ha llamado?

A partir de ahí, todo fue un poco caótico.

Lorena reaccionó rápido y dijo que había sido una discusión tonta y que creía que Berta estaba de broma, pero entonces el otro policía, que estaba registrando el estudio, encontró en un cajón un montón de recortes de periódico sobre asesinatos. Después fue a la habitación contigua, se quedó mirando el aislamiento acústico y la instalación con los altavoces y murmuró: «Aquí pasa algo raro».

—A ver, señoras —dijo el primer policía—, ustedes saben que una falsa denuncia también es delito, ¿no? ¿Ha habido secuestro o no ha habido secuestro?

—A ver, la puerta la ha cerrado, pero... —Lorena miraba angustiada en todas direcciones, como esperando a que alguien le soplara qué decir—. No nos ha hecho daño, ni nada.

—Yo creo que lo de los asesinatos es algo artístico —dijo Camino—. Verá: Berta es una fotógrafa muy conocida.

Los policías intercambiaban miradas confusas mientras Berta seguía sentada en el suelo con la mirada fija en algún punto frente a ella.

—Si no hay denuncia, nosotros no podemos hacer nada —dijo uno de los policías. Tenía la cabeza desproporcionadamente grande respecto al resto del cuerpo, y Camino se preguntó si se habría hecho la operación esa de ponerse un implante de silicona en la parte superior para dar la talla.

Entre tanto, el otro policía se había arrodillado junto a Berta.

—Señora, ¿está usted bien? —Levantó la cabeza en dirección a donde estaban ellas—. ¿Cómo han dicho que se llama?

—Berta —respondió Lorena—. Y yo diría que está más *pallá* que *pacá*.

—Berta. Berta, ¿me responde?

Berta fijó por fin la mirada en el policía. Se le había corrido aún más la máscara de pestañas, y Camino volvió a fijarse en lo profundas que eran sus ojeras.

Los dos policías conversaron entre sí un momento.

—Si ha pasado algo ilegal, este es el momento de explicarlo —instó el cabezón mirando a Lorena. Camino lo felicitó mentalmente por haber identificado al eslabón débil.

—No, si, en realidad... No. Está todo bien.

—A esta mujer nos la vamos a llevar para que la vean en urgencias —dijo el otro.

Berta se dejó conducir, dócil como un corderito, mientras ellas seguían a la comitiva hasta la calle. Camino tuvo hasta la precaución de coger las llaves, que estaban en un gancho junto a la puerta, y echar el cerrojo cuando todos salieron. Se permitió ser optimista por un momento: a Berta le darían una buena dosis de tranquilizantes, dormiría la mona unas horas y estaría fresca como una lechuga para sacar las fotos el sábado.

Por fin, el coche patrulla arrancó, y Camino y Lorena se quedaron de pie en la acera.

—Tres mil euros, en efectivo, antes de mañana. —Lorena le clavó el índice en el pecho—. Si no, voy a comisaría y lo cuento todo, y digo que tú me has... ¿Cómo se dice?, ¿coaccionado? Vamos, que eres su cómplice. Y Berta al trullo y tú también, que es donde tenéis que estar las dos. Ah, y si estás pensando que me vas a arruinar la vida y todas esas frases de *Los Soprano*, acuérdate de que todavía tengo las fotos de tu vecina y tú comiéndolos la boca.

Camino trató de decir algo, pero estaba en blanco.

—Dame esas llaves, que no quiero que destruyas pruebas. —Lorena extendió la mano llena de anillos frente a su cara.

A regañadientes, Camino le dio el llavero y la observó alejarse con paso decidido. Se sentía derrotada. No tenía tres mil euros, ni en efectivo, ni en la cuenta, ni de ninguna manera. Si la imbécil de Lorena las denunciaba, se quedaba sin calendario, seguro. No creía que le fuera a pasar nada a ella (ya pensaría en algo para explicar por qué había mentido), pero sería desagradable y, sobre todo, caro.

Lo que no podía dejar de pensar era que le había fallado a Elka, y lo que era peor: que Blancanieves, con su piel de porcelana, la miraría con los ojos muy abiertos y las lágrimas a punto de brotar y le diría que no pasaba nada, que la perdonaba y que gracias por intentarlo.

Lo único que podía hacer, a aquellas alturas, era hablar con ella.

Capítulo 68

Cuando Lorena llegó a su casa, se caía de sueño y estaba muerta de hambre. Pensó en dormirse tal cual, pero, cuando se acostaba con el estómago vacío, le dolía la cabeza, y era lo que le faltaba aquel día. Se calentó unas lentejas que le había comprado el día anterior a la Rubia en el bar de Juan, y, en cuanto tomó la primera cucharada, se sintió muy llena de golpe. Apartó el plato y se tumbó en el sofá. Pensó que se dormiría enseguida, pero tenía la mente acelerada, como después de una maratón de series.

Al final, lo del secuestro hasta le había venido bien. A ver, tranquila no iba a quedarse hasta que no tuviera los tres mil euros en la mano, pero Camino parecía lo bastante obsesionada con el calendario aquel como para tomárselo en serio.

Además, no se sentía culpable, porque la Zorra había matado a Salva, habría apostado su mano derecha. No es que a ella le importara demasiado, porque no había cruzado una palabra con aquel tío mientras estaba vivo y todo apuntaba a que era un asqueroso, pero seguía alucinando con la capacidad de Camino para hacer en cada momento lo que le daba la gana.

Con tres mil euros, podía vivir unos meses hasta que levantara cabeza; algo era algo. Pero se había quedado sin casa. Iban a quitarle lo último que le quedaba de su familia. Los recuerdos de su madre haciendo un guiso con lo que encontrara en la nevera y sacando sillas de donde no las había para que cupieran todos en el porche de delante; de las dos tumbándose juntas en el sofá a ver *Furor* cuando estaba tan malita y, aun así, se esforzaba por gritar «¡minipunto para el equipo de las chicas!» una y otra vez.

Tenía la cabeza como una batidora industrial. A este paso, no se dormiría en la vida.

Sin embargo, se quedó frita en cuanto giró el cuerpo hacia el respaldo del sofá.

Capítulo 69

—¿A dónde vamos? —preguntó Berta una vez instalada en la parte trasera del coche patrulla.

La novedad de estar allí, sobre el asiento trasero de plástico duro, la había devuelto a la Tierra y, de repente, se sentía despierta de nuevo.

—Tranquila, mujer, que no te va a pasar nada —dijo el policía que conducía, el más guapo de los dos—. Estoy seguro de que ha sido un malentendido. Te vamos a llevar al hospital para que te vean.

Berta entrecerró los ojos.

—¿Y por qué está tan seguro de que ha sido un malentendido? —dijo.

—Pues... —El policía pareció quedarse en blanco e intercambió una mirada con el otro. Berta supo lo que estaba pensando, que era lo que pensaba todo el mundo: que ella no podía hacer daño a nadie, que estaba indefensa y había que protegerla de la gente mala del planeta. Era lo mismo que había llevado a la loca de Camino a meterse en su vida hacía quince años. Estaba harta.

—No ha sido ningún malentendido. Las he encerrado yo.

El policía menos guapo la miró a través del retrovisor, enarcando las cejas.

—Le recuerdo que todo lo que diga puede ser y será utilizado en su contra.

A Berta le hizo mucha gracia que se pusiera tan serio.

—Pensaba que eso solo se decía en Estados Unidos.

—Pues no, ya ve. Aquí en Málaga también.

Berta era consciente, en algún lugar de su cerebro, de que tenía que callarse la boca, pero no podía pensar con claridad más allá de su enfado.

—En fin. Que eso. Que las he secuestrado. No mucho rato, pero, vamos, que querían salir y no podían, así que ya saben lo que tienen que hacer.

Los dos policías se miraron de nuevo y se encogieron de hombros casi a la vez. Por alguna razón, sentía que todavía no la estaban tomando lo bastante en serio, pero el cansancio volvió a abatirse de golpe sobre ella y se sintió demasiado exhausta para protestar. Apoyó la cabeza en el cristal y se quedó mirando cómo la ciudad se movía despacio al otro lado de la ventana. Había algo relajante en estar detenida y bajo custodia de otros, como cuando te dejas manipular en un *spa*.

«Quién sabe —pensó, entre niebla, mientras se adormilaba con el traqueteo del coche—, igual ir a la cárcel es la solución a todos mis problemas».

Rellenaron el papeleo, le sacaron fotos y el agente guapo la llevó a una celda individual mientras ponía cara de disculpa. Le entraron ganas de decirle que no pasaba nada y que había dormido en hostales asiáticos con mucha peor pinta.

—En un rato te llamamos a que declares —dijo el policía. Después bajó la voz y añadió—: Mira, yo no sé qué cable se te ha cruzado en el coche, pero hazme el favor de no declarar ahora. Espérate a que llegue tu abogado.

Qué manía tenía la gente de protegerla de sí misma. Aun así, cuando se vio dentro de la celda, pensó que igual no era mala idea ser un poco precavida. Tampoco tenía muchas ganas de declarar ahora mismo. Sabía que necesitaba pensar con sensatez sobre todo lo que estaba

pasando, pero sus ideas se negaban a ponerse en orden.

Se acurrucó en la colchoneta de plástico verde, idéntica a las que usaban en el colegio para hacer gimnasia. Los pensamientos vagaban por su mente sin que pudiera atraparlos del todo, como si estuviera jugando al pillapilla con un montón de gente más rápida que ella. No estaba nerviosa, ni asustada: se sentía como si se hubiera salido de su cuerpo y pudiera observar a Berta detenida en el calabozo sin preocuparse demasiado.

¿Iba a ir a la cárcel? En ese momento, le daba igual, pero, al mismo tiempo, se daba cuenta de que eso no era normal. Se parecía a estar bajo el efecto de un anestésico, cuando sabes que tarde o temprano se te pasará y vendrá el dolor con toda su fuerza.

Solo quería dormir. Igual si lo explicaba, el juez lo entendería: ella era una buena persona y una ciudadana razonable, pero tenía tanto sueño desde hacía tanto tiempo...

Todos estaban siendo amables, con actitud de «¿qué hace una chica como tú en un sitio como este?». La llamaron a declarar, se negó y a nadie le pareció raro. Uno le explicó que podía avisar a un familiar, pero que no haría ella la llamada, lo que era un alivio porque a ver cómo explicaba ahora aquel embrollo. Le dio el número de Paz y rescató de su mente el nombre de uno de los abogados famosos de los crímenes que investigaba, y el policía le prometió que lo gestionaría todo.

Ahora solo quedaba esperar.

El abogado llegó un par de horas después. Un funcionario con el aspecto simpático de un tío abuelo lejano llevó a Berta a una habitación con una mesa y dos sillas, y, antes de irse, le dio un zumo de melocotón y un paquete de galletas. Berta se abalanzó sobre ellos: no se había dado cuenta del hambre que tenía.

—Cuénteme, ¿qué ha pasado aquí?

Si no hubiera estado tan cansada, se habría emocionado un poco por tener delante a Alberto Goikoetxea, el abogado penalista más famoso de la provincia. Trató de fijar los ojos en su cara angulosa, pero solo podía pensar en si le darían más galletas si las pedía.

Alberto la miraba tamborileando con los dedos sobre la mesa, y ella sabía que tenía que hablar y explicárselo todo: lo de Salva, lo de Valle, su propio secuestro... Pero era como tratar de desenredar una intrincada madeja de hilo. No conseguía encontrar el principio ni el final de su propia historia.

—La ayudo un poco, Berta. Parece que alguien llamó hoy diciendo que habían retenido en contra de su voluntad a ella y a otra persona, pero luego no quiso denunciar. Sin embargo, usted confesó en el coche. —Meneó la cabeza, claramente molesto por lo de la confesión—. El atestado policial dice que hay elementos sospechosos. La puerta se cierra por fuera, hay un sistema de comunicación audiovisual y... ¿fotos de crímenes?

La miró levantando una sola ceja, y Berta pensó, entre brumas, que siempre había envidiado a la gente capaz de hacer eso. Quiso hablar y decirle que no pusiera esa cara de incrédulo; que, efectivamente, el «sistema audiovisual» lo había instalado ella, que tenía callos en las manos de pelearse con focos y decorados desde los dieciocho. También quería explicarle lo de los recortes de periódico, pero estar callada era comodísimo, así que no habló. ¿Cómo no se había dado cuenta antes del esfuerzo que requería hablar?

—Por otra parte, las supuestas víctimas no han denunciado nada y usted no ha declarado en comisaría. Bien, bien. —Se frotó las manos—. Esto no va a ir ni a juicio.

—Tengo sueño —consiguió murmurar Berta.

—¿Y eso?

—No puedo dormir.

El abogado acercó un poco la cara a la suya y la observó con más atención. Berta se fijó en sus cejas espesas y el entrecejo impoluto y pensó que nunca habría creído que Alberto Goikoetxea se depilara.

—¿Cuánto tiempo lleva sin dormir?

Hablar requería un esfuerzo enorme, así que Berta volvió a quedarse callada. Alberto meneó la cabeza en un gesto difícil de interpretar.

—Le cuento, Berta: ya se ha hecho tarde, así que lo más seguro es que hoy pase la noche en el calabozo y que mañana por la mañana se la lleven al juzgado. Yo estaré ahí, ¿vale? Usted haga lo que está haciendo ahora. No diga ni una palabra. Mire al frente exactamente como lo ha hecho hablando conmigo y no conteste.

—¿Me pueden dar más galletas? —respondió Berta.

—¿Me ha entendido? Esto es importante.

—Sí. No hablar, vale. —Movió la cabeza arriba y abajo con un esfuerzo inhumano. Tenía muchísima hambre.

—Voy a ver si puedo conseguirle las galletas. —Alberto se levantó de la mesa y, antes de irse, cogió el envase vacío de zumo y lo encestó limpiamente en una papelería que había al otro lado de la habitación.

Alguien la llevó otra vez a su celda y, en efecto, después de un rato, le trajeron más galletas y un bocadillo de chorizo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo delicioso que era el chorizo? ¿Y cómo es que los calabozos daban alimentos de esa calidad? Era increíble.

Estaba agotada, pero notaba en su cerebro los efectos de los litros de café que había tomado a lo largo del día, así que pasó la noche mirando al techo y escuchando maldecir a alguien en la celda contigua. A cada rato, se repetía lo que le había dicho Alberto sobre el juicio del día siguiente: no hablar, no decir nada, mirar al frente, como si fuera un número de teléfono del que no quería olvidarse. Sin embargo, las palabras se enredaban sin que pudiera evitarlo, rebotando por su mente como pelotas traviesas. Hablar, no, frente, mirar, nada, decir. ¿Decir qué? Lo había olvidado. Ojalá su abogado se acordara.

Capítulo 70

A la mañana siguiente, mientras preparaba el almuerzo, Camino llamó a Elka para dar un paseo por la playa. Tenía un dolor de cabeza brutal, pero no podía aplazarlo más.

El día anterior había llegado a casa y, para su sorpresa, nadie se había extrañado cuando murmuró algo sobre que había ido de compras y se había quedado sin batería. Sabía que debía estar agradecida por estar bien y respirar el olor a champú Johnson's de las cabecitas de sus hijas, pero solo estaba cansada. El pánico se había desvanecido sin dejar rastro. La Camino que había tenido miedo de morir por culpa de Berta Berral parecía ahora un sueño lejano y levemente ridículo.

¿Dónde estaría Berta ahora? Seguramente, en casa, durmiendo como una bendita después de que un psiquiatra le hubiera recetado una buena dosis de tranquilizantes. Que la cosa terminara así tenía su ironía.

Su cabeza contemplaba las posibilidades de la situación como movimientos en una partida de ajedrez. ¿Qué pasaría si Lorena iba a la comisaría a denunciar? Detendrían a Berta, seguramente, y a ella como mínimo le harían prestar declaración. Ahí podía decir la verdad, mentir o negarse a decir nada y llamar a un abogado, pero ninguna de las opciones cambiaría el hecho básico de que, desde la cárcel, Berta no iba a estar para muchas fotos.

Entonces, mientras probaba el punto de sal de la salsa boloñesa, tuvo una revelación.

Hacía mucho tiempo había acompañado a su amiga Lourdes a un curso sobre guion cinematográfico. El profesor, un hombre mayor con el pelo más blanco y espeso que había visto en su vida, analizó *Casablanca* escena por escena. Camino no recordaba demasiado del análisis, salvo una cosa.

—¿Qué pasa con las cartas de tránsito? —había preguntado el profesor. En la película, las cartas permitían a los refugiados viajar por la Alemania ocupada.

Todos los alumnos habían puesto cara de desorientación, y, por fin, el profesor había exclamado, encantado:

—¡Que no existen! Son ficción. No sirven de nada. ¿De verdad creéis que unas cartas van a hacer que los nazis te dejen tranquilo? Pero nos lo creemos, lo aceptamos y seguimos.

Camino se dio cuenta: el calendario era su carta de tránsito. No iba a servir de nada. No marcaría la diferencia, no era lo que decidiría si su negocio se hundía o se salvaba, y, aun así, llevaba semanas empeñada en aquello sin reconocerse a sí misma que la única razón para hacerlo era Elka.

Elka, con sus labios rojos y su ropa de mercadillo, que protegía con fiereza a Marco y se deshacía entre sus manos bajo las sábanas. Que estaba más loca y más cuerda que ella, que tenía una reserva de paciencia que parecía inagotable y que, precisamente por eso, no se merecía que nadie la pusiera a prueba.

Por fin, tomó una decisión. Berta tendría que buscarse la vida en la cárcel, porque ella no podía darle tres mil euros a Lorena. Iba a cerrar su empresa y a buscar trabajo, que tampoco era tan terrible. Venderían la casa, se irían a un sitio más pequeño, y, mientras trataba de convencerse a sí misma de que no importaba, se daba cuenta de que sí, importaba muchísimo, pero no tenía más opciones. Solo le quedaba por resolver el asunto de Elka.

Y, se daba cuenta ahora, ese pequeño asunto era el más grande de todos.

Iba a fallarle otra vez. Había confiado en ella, y le había fallado, y ahora su niño y todos los

demás pagarían las consecuencias.

Así que ahora estaban en el paseo marítimo, andando a ritmo tranquilo y cruzándose con corredores tempraneros y con jubilados que luchaban contra el colesterol. El agua inmóvil de las calas reflejaba el cielo azul claro de la mañana, y Camino deseó ardientemente que esa fuera su vida: salir a pasear con Elka junto al mar sin otra preocupación que llegar a los diez mil pasos en su pulsera inteligente.

Por fin, respiró hondo y empezó a hablar. Hacerlo mientras caminaban era mucho más sencillo que cara a cara. Elka la escuchó en silencio, con los ojos muy abiertos, tapándose la boca de puro asombro en los momentos clave.

—No me puedo creer que ese tío intentara matarte —dijo, por fin, cuando terminó—. A ver, no me puedo creer la mitad de las cosas que me has contado. —Se paró en seco y apoyó las manos en la clavícula de Camino, como comprobando que su cuello estaba bien después de todo aquel tiempo.

—Ya.

—Creo que seguramente le salvaste la vida a Berta. Y no le deseo la muerte a nadie, pero...

Camino sabía lo que quería decir. Que Salva estuviera muerto era mejor para todos menos para él, y, sin embargo, mentiría si dijera que a veces no tenía remordimientos. Lo que pasa es que ella sabía lidiar con su culpa. Podía procesarla como se procesa la basura: esto va al contenedor normal, esto al de reciclaje, esto al compost del jardín trasero. Te ocupas de tus sentimientos y ya está, en vez de ir por ahí encerrando a gente y pensar que eso te hará sentir mejor sobre algo que ocurrió hace quince años.

—Siento lo del calendario —dijo.

—¿El calendario? ¡Ja! —Elka soltó una risa aguda—. El calendario es lo de menos. Aunque me da mucha pena Berta. Y al mismo tiempo, me cabrea lo que te hizo. ¡Podría haberte matado!

Era enternecedor tener a alguien tan abiertamente de su parte. No estaba acostumbrada.

—No te agobies. —Elka agarró su mano y la estrechó con fuerza—. Buscamos a otro fotógrafo. No se acaba el mundo. Siempre te agradeceré que te hayas tomado tantas molestias para que esto salga lo mejor posible.

Camino miró su expresión pura y llena de confianza y entonces supo, por primera vez desde que conocía a Elka, la razón por la que esa relación iba a acabarse. No sería por su religión ni porque Elka se hartara de esconderse.

Era que Camino no merecía a alguien que todavía creía, en lo más profundo de su ser, que ella era buena.

—No era por ti —dijo.

—¿Qué?

—El calendario. Nunca ha sido por ti, ni por Marco.

Le explicó en pocas palabras su situación mientras veía cambiar la expresión de su cara como la de un niño que descubre que los Reyes son los padres.

Cuando terminó, Elka no dijo nada durante un rato.

—Va, por favor —odiaba suplicar, pero era la primera vez que la veía pasar tanto tiempo en silencio—. Dime algo.

Un camarero salió de un restaurante cercano y vació una bolsa de pan duro sobre la arena. Las gaviotas llegaron chillando como locas y empezaron a pelearse por los trozos.

—¿Sabes lo que más me duele? —contestó Elka finalmente—. Que yo pensaba que te había cambiado. Porque, a ver, yo siempre he sabido que eras... *especialita*, pero, aun así..., creía que

estar conmigo sacaba lo mejor de ti. Y ahora veo que no es verdad. —Soltó su mano, y solo entonces Camino se dio cuenta de que no sabía cuándo se la había cogido—. Me voy a casa.

Anduvo unos pasos en dirección a la carretera y luego se giró.

—No sé por qué no me lo dijiste. Te habría ayudado.

—Eso no lo sabes.

—¿Qué?

—Que no lo sabes. Ahora crees que sí porque me conoces, pero ¿qué habrías dicho si te viniera con eso desde el principio? «Oye, que necesito utilizar a los niños enfermos para hacerle publicidad a mi empresa». No te habría hecho ninguna gracia. Habrías salido por la puerta echando humo y nunca... —Se interrumpió un segundo y luego continuó—: Nunca habríamos llegado hasta aquí.

Elka la miró, y Camino supo que estaba, como hacemos todos, tratando de encajar la imagen que tenía de sí misma con la realidad que percibía el mundo. Por un momento, pareció que iba a desinflarse, pero después se dio la vuelta y siguió andando.

Camino se sentó en el poyo, mirando al mar, golpeando el murete con los talones. Sentía una extraña calma: para bien o para mal, la mayoría de sus preocupaciones habían desaparecido, y a las que quedaban (su reputación digital, o que no le iba a quedar más remedio que vender su adorada casa) ya llevaba un tiempo acostumbrándose.

Pensó con filosofía que todo podía haber sido mucho peor.

En ese momento, recibió un mensaje de Lorena:

«¿Dónde está mi dinero? Me están entrando unas ganas tremendas de presentarme en comisaría».

Borró el mensaje y bloqueó el contacto. Por lo que a ella se refería, había terminado para siempre con Lorena Ibarra y Berta Berral.

Capítulo 71

Lorena no sabía que se podía sentir esa cantidad de furia hacia otro ser humano.

Observó la pantalla del móvil. Camino la había bloqueado. ¡Por supuesto que no iba a darle el dinero! Solo quería ganar tiempo, pero le iba a salir el tiro por la culata porque, por una vez en la vida, Lorena había sido previsora.

Recordó el momento, en mitad del secuestro, en el que había aprovechado que Camino estaba distraída relatando sus grandes planes para copiar el número de su pobre marido. Lorena sería tonta, pobre y todo lo demás, pero había memorizado el código la primera vez que la vio usar su móvil, por lo que pudiera pasar.

Miró el número en la pantalla: «Jaime ZI». Ella conocía a Jaime de vista, del Santa Catalina, aunque nunca habían coincidido en la misma clase. Siempre le había parecido un chico agradable, bien educado, de los que tienen la vida resuelta desde que nacieron. Lo sentía por él, pero, al final, ¿no era la sinceridad la mejor política en una pareja?

Buscó las fotos que le había pasado el detective y le dio a «enviar». Recordó por un momento las amenazas de Camino y le entraron ganas de reírse, porque aquella loca iba a descubrir muy pronto lo difícil que es castigar a quien no tiene nada que perder.

Después recogió sus cosas y salió en dirección a la comisaría.

—Perdona, ¿eres Lorena?

Miró de arriba abajo a la mujer que le había hablado en la puerta de la comisaría. Era menuda y guapa, con la piel muy blanca y los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando.

Asintió con la cabeza.

—Menos mal. Llevo un rato preguntando a todo el mundo que entraba. Creo que estaban a punto de detenerme. —Dejó escapar una risa nerviosa—. ¿Puedo hablar contigo? Te invito a un café.

—Es que, verás, estaba a punto de... —Lorena señaló el edificio con el brazo.

—Sí, ya lo sé, por eso quiero hablar contigo.

Como tantas veces en la vida, su curiosidad fue más fuerte que su sensatez. Siguió a la mujer hasta una cafetería cercana, donde policías de uniforme tomaban el café y reían a todo volumen, como si fueran los dueños del local.

—Soy amiga de Camino Atienza —dijo la mujer.

Lorena estuvo a punto de tirar su taza contra la pared de pura frustración. ¿Por qué, por qué la perseguía todo lo relacionado con ella?

—Vale. ¿Y?

—Quería pedirte que no la denuncies. Ni a Berta tampoco.

—¿Esto es por la estupidez esa del calendario? Madre del amor hermoso. —Lorena se abanicó con una servilleta de papel—. Ni que fuera el calendario de *Playboy*. Hasta para eso se da aires.

—Es que para ella no es una estupidez.

La mujer, que tenía un nombre raro que se le había olvidado nada más escucharlo, le contó que la Zorra Implacable tenía problemas con su empresa y que, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, el calendario era su única esperanza.

—Y, bueno, sé que tú le habías pedido dinero, así que... —La mujer sacó un sobre del bolsillo

y se lo dio a Lorena. Por un momento, se permitió la esperanza de que aquello resolviera las cosas, hasta que continuó—: No es lo que habías pedido, pero soy madre divorciada, artista... Es a lo que llego.

Lorena echó un vistazo rápido al sobre y vio algunos billetes de veinte y uno de cincuenta. Parecía más un regalo de comunión que la respuesta a una petición de soborno. ¿Por qué la realidad era tan cutre? Miró la cara de la mujer con nombre raro y entonces cayó en la cuenta: ¡claro! ¡Era la vecina de la moto! ¿La novia de Camino? Qué fuerte.

—¿Eres su novia? —preguntó sin poder contenerse.

—¿Su novia? ¡Ja! —La vecina soltó una risita irónica—. No, hija, no. Camino no está tan liberada.

—¿Y no te importa?

La otra la miró con curiosidad, como si se hubiera dado cuenta de pronto en que era raro que Lorena supiese que tenían un lío.

—Pues, a ver... Claro que me importa. Pero las cosas son como son.

Se encogió de hombros aparentando indiferencia, pero no engañaba a nadie con esos ojos rojos. Lorena se preguntó cómo podía alguien enamorarse de Doña Psicópata. Como decía el dicho, en este mundo hay gente para todo.

—¿Y por qué estás de su parte?

—Pues... —La mujer suspiró, mirando al infinito—. Si te soy sincera, no lo sé. «El corazón tiene razones que la razón no entiende». Es una frase famosa —aclaró—, pero no recuerdo de quién. Supongo que con el tiempo he aprendido que en la vida pasan cosas malas. Y que uno solo controla lo que hace, no a los demás.

Lorena apretó los labios y sacudió otro sobre de azúcar para echárselo al café. De inmediato, fue consciente de la cintura de los pantalones clavándose en su barriga. Llevaba días sin querer pesarse, pero estaba segura de que había ganado un par de kilos por el estrés que le estaba generando todo aquello.

Entonces, de repente, escuchó la voz de Nacho en su cabeza: «El azúcar se lo estás echando tú, Lorena». No es que le hubiera dicho nunca nada parecido, porque no habían quedado jamás para tomar café, aunque a ella no le habría importado; es que, a estas alturas, después de pasar tanto tiempo juntos, era capaz de imaginárselo sentado en su hombro como un Pepito Grillo sexi.

El Nacho de su cabeza tenía razón. El azúcar se lo estaba echando ella. Se vio a sí misma enviando aquellas fotos, yendo a comisaría, pensando que el dinero de otros iba a arreglar su patética vida.

La vecina de Camino la miraba con paciencia, como si supiera que su cerebro estaba dándole vueltas a algo. Parecía buena persona y seguramente no se merecía que la Zorra le partiera el corazón, pero, de repente, Lorena se dio cuenta con brusquedad de que no era asunto suyo. Nada de eso era su problema. Camino Atienza no era su problema, y la única forma de arreglar su vida de una vez por todas era empezar a ocuparse de ella.

Nadie puede levantar las pesas por ti.

—Mira —dijo, empujando el sobre hacia el otro lado de la mesa—, ¿sabes qué? Que, en realidad, no tengo tiempo para estas tonterías. Así que dile a Camino de mi parte que estamos en paz.

Pensó con un fogonazo de culpa en las fotos que le había enviado al marido. Se había arrepentido nada más pulsar el botón, porque ella no era ese tipo de persona, y, por un momento, volvió a sentir la tentación de culpar a Camino por lo que le había obligado a hacer, pero su

mini-Nacho interior volvió a hacer su aparición: «Nadie te ha obligado a nada, Lorena. Sé una mujer y asume tus responsabilidades».

—Gracias, de verdad. —Las manos de la vecina revolotearon sobre la mesa, listas para agarrar las suyas, pero, en el último momento, pareció pensarlo mejor y las retiró.

Lorena decidió dejarse la segunda mitad del café porque los policías de la barra la estaban poniendo de los nervios. Se despidió con un gesto de la no-novia de Camino, que seguía mirando al vacío con cara de pena, y tomó una decisión.

Todo se estaba yendo a la mierda y seguramente iba a quedarse sin casa y sin trabajo, pero aquella tarde, lloviera o tronara, ella iba a ir a entrenar.

Capítulo 72

A Berta la jueza le gustó de inmediato. Tenía el pelo blanco, que era algo por lo que sentía debilidad, porque el pelo blanco iluminaba mucho la cara en los retratos, y su expresión cuando le tocó el turno de sentarse frente a ella era la de una madre severa, pero preocupada. Berta tuvo ganas de acercarse al estrado y abrazarla, pero se dio cuenta enseguida de que no sería apropiado. A aquellas alturas, le costaba mucho distinguir los pensamientos que tenían sentido de los que no, así que se repetía una y otra vez el mantra de su abogado: «Usted no hable, Berta. Sobre todo, no hable».

Había pasado la noche en vela, para variar, pero ya ni le importaba. Su nueva teoría era que sufría de insomnio familiar fatal: una enfermedad sobre la que había leído en una revista hacía tiempo, en la que dejabas de dormir hasta que te mueres. En breve entraría en coma y entonces todos sus problemas se habrían acabado.

Para colmo, el guardia de la noche no era tan majo como los demás y no había habido más galletas ni más zumos. Casi mejor, en realidad, porque cada vez que quería ir al baño, tenía que pedir permiso y el policía se quedaba mirando frente a la puerta abierta con cara de perturbado.

Ahora estaba ahí, frente a la jueza fotogénica, esperando a que se decidiera su destino. Antes de entrar, Alberto se había puesto contentísimo por su insomnio y su mirada perdida y la felicitaba como si fuera una actriz de teatro ofreciendo la actuación de su vida. «Esta es mi cara», le habían entrado ganas de contestar.

Mientras escuchaba sin enterarse de mucho, pensó que era maravilloso tener un abogado que se ocupara de las cosas por ella. Le daban ganas de pedirle a Alberto que la acompañara en el resto de su vida y que se encargara de hablar con todo el mundo: con su agente, con su familia y con Matt. Sería estupendo que alguien que siempre sabía qué decir tomara sus decisiones.

¡Oh! Otro pensamiento absurdo. ¿Cómo iba a tener un abogado para todo? Le entró la risa. Se había vuelto loca, loca por completo, loca de remate, y no iba a volver a dormir jamás e iba a ir a la cárcel, donde haría lo que hacen todos los presos y estudiaría Derecho para resolver su propio caso.

—¿Qué encuentra usted tan divertido, señora Berral? —La jueza se estaba dirigiendo directamente a ella.

—Ay, perdón. —Se tapó la boca con la mano—. Estaba pensando en otra cosa.

—Espero que esa cosa sea más importante que la posibilidad de haber retenido en contra de su voluntad a otros seres humanos.

—No, majestad.

—Señoría.

—Eso. Señoría.

—Señoría —Alberto interrumpió la conversación con voz grave—, a esto me refiero. La acusada no está en plena posesión de sus facultades mentales. Esto, sumado a la falta de denuncia y de pruebas en su contra, hace que me atreva a solicitar la puesta en libertad provisional de mi cliente.

¿Falta de denuncia? Qué majas Camino y Lorena. Si al final iban a terminar siendo amigas y todo. Berta tuvo que aguantarse la risa otra vez, imaginándolas a las tres en pijama comiendo chuches y viendo una comedia romántica.

La jueza estaba pasándose la mano por la barbilla en un gesto muy conseguido de

deliberación. Se fijó en que, en vez de martillo como había imaginado, tenía una campanilla, y pensó que era una pena: si ella fuera jueza, sin duda querría un martillo de madera y se pasaría todo el día dando golpes después de cada frase.

De verdad, los juicios eran graciosísimos.

—A ver, letrado, en libertad no voy a dejar a su cliente, porque está claro que esta mujer no se encuentra bien. Lo que voy a hacer, señora Berral, es decretar su internamiento cautelar en la Unidad de Agudos del Hospital Virgen de la Victoria. Se revisará el caso a la finalización del ingreso.

Hizo sonar la campanilla. No había color: el martillo tenía mucho más glamur.

—Nos vamos —dijo Alberto tocándola con suavidad en el codo. Mientras salían de la sala, susurró—: Fantástico, esto es fantástico. Le ha caído usted bien. Ahora un par de diitas durmiendo y ya verá: como nueva y para casa.

—¿No voy a ir a la cárcel?

—No, mujer, no si depende de mí.

—¿Y mi familia?

—Podrán visitarla en el hospital. No se preocupe por eso y céntrese en ponerse buena.

Alberto se despidió de ella encantado de la vida y le prometió que la llamaría, como si acabaran de terminar una primera cita.

Como todavía estaba bajo custodia policial, Berta no podía mezclarse con el resto de los pacientes, así que la pusieron en una habitación individual con un guardia armado en la puerta. Estaba empezando a sentirse culpable por generar todo aquel gasto de recursos.

Se puso un pijama horroroso del Servicio Andaluz de Salud y enseguida se sintió mejor, como si aquel pijama le permitiera desaparecer en el entorno de olor a desinfectante y paredes pintadas de colores neutros. Después de un rato sentada en la cama, apareció el psiquiatra de guardia: un hombre jovencito y rechoncho con cara de tomarse a sí mismo demasiado en serio.

—Cuéntame, Berta. ¿Qué ha pasado?

Se preguntó si la orden para quedarse callada de Alberto seguía vigente o había caducado ya. Debió de pasar demasiado rato decidiendo, porque al final el psiquiatra se pasó la lengua por los labios y le dijo:

—Vamos a darte algo para que duermas un poco, que creo que es lo que te hace falta. Hablamos cuando estés más descansada, ¿vale?

Se marchó y llegó una enfermera con una inyección.

—Hala, bonita, verás lo bien que te va a sentar esto.

Berta se dejó pinchar y pensó vagamente en Matt, su familia y en si sería verdad que podrían visitarla o tendría que esperar a estar en una de esas salas con teléfonos separados por una pared de metacrilato. Antes de darse cuenta, estaba profundamente dormida.

Capítulo 73

Después de despedirse de Elka, Camino decidió comer por ahí. Necesitaba pensar y despejarse, y las niñas tenían actividades extraescolares y no salían del colegio hasta por la tarde. Se fue al Galeote, un chiringuito con manteles de tela y un marisco excelente, y se tomó ella sola dos raciones de gambas a la plancha, una dorada a la sal y media botella de vino blanco.

Sentía una paz extraña, como si un ruido fuerte la hubiera dejado momentáneamente sorda y hubiera hecho el silencio dentro de su cabeza. Había apagado el teléfono y pensó que igual se encontraba con un coche patrulla cuando volviera a su casa, pero le daba igual. Por primera vez en mucho tiempo, no tenía ganas de arreglar nada.

Había mucho de lo que alegrarse. Vender su casa significaba no ver más a Elka. Dejar el negocio le quitaría estrés a su matrimonio. Y lo de volver a planificar eventos y trabajar en festivo pues igual no estaba tan mal, teniendo en cuenta que tampoco era que sus funciones de madre la entusiasmaran.

«Has tirado la toalla, Camino», le decía una vocecita en su cabeza, y ella le respondía que no: que había hecho todo lo posible por salvar la toalla, pero ahora no quedaban más que jirones y ella se iba a su casa. Ya compraría otra.

Volvió a casa con el agradable zumbido del vino en su cabeza. Igual podía convencer a Jaime de que se llevara a las niñas a casa de su madre y echarse una siesta larga, de las que te dejan desorientada y con la boca seca. Era consciente de que en algún momento empezaría a sentirse mal, y cuanto más tiempo pudiera retrasar ese momento, mejor.

Abrió la puerta de su casa y escuchó la voz de Jaime desde el estudio.

—¿Ya estás aquí?

—Ajá.

En cuanto lo vio, supo que había pasado algo. Jaime la miraba con una expresión difícil de descifrar.

—¿Qué? —dijo, sin poder evitar cierta brusquedad.

—Ven aquí.

Jaime se acercó a ella y la abrazó de una manera extraña, más tiempo de lo normal y apretándola con fuerza. La primera reacción de Camino fue asustarse: ¿tendría cáncer o algo parecido? ¿Les habría ocurrido algo a las niñas?

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Anda, vamos a sentarnos.

Dejó el abrigo sin colgar, apoyado en el respaldo de una silla, y se sentó con él en el sofá del salón.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —preguntó Jaime.

—No tengo ni idea de qué me estás hablando.

—Lo de Elka.

Jaime le puso el teléfono frente a la cara. Eran las fotos de Lorena, y, por un momento, Camino se quedó en blanco. No había imaginado que fuera capaz.

—¿Todos estos años te has estado tragando esto tú sola? —preguntó Jaime.

Camino bajó la cabeza y se encogió de hombros.

—A ver, yo me había imaginado algo. Creía que habrías tenido tus aventurillas y no me importaba, de verdad. Pero ahora... Ahora me encajan muchas cosas.

Parecía sorprendido, pero no enfadado, y, por un momento, se sintió culpable por haber pensado que no lo entendería. Claro que la entendía; por alguna extraña razón, siempre lo hacía.

—Lo siento —murmuró.

Jaime volvió a abrazarla y esta vez se dejó caer en su pecho, enterrando la cara en el horroroso forro polar verde botella que se ponía para estar por casa cuando hacía frío.

—¿Siempre lo has sabido? —preguntó él.

Camino asintió con la cabeza.

—¿Antes de estar conmigo?

Volvió a asentir.

—¿Y por qué no...? —Se paró en seco cuando la miró a los ojos. A él no hacía falta que le explicara nada.

Se quedaron un rato en silencio. Jaime sostenía una de sus manos entre las suyas y le acariciaba el dorso con suavidad, y la miraba con una expresión tan apenada que le entraron ganas de llorar: por ella misma, por Elka, por Sara y por todos sus años perdidos.

—No puedes seguir así —dijo Jaime.

—¿Qué quieres decir?

—Esto es culpa mía. —Le soltó las manos y se frotó las sienes con expresión de angustia—. Desde aquella primera noche, después de la boda, yo tenía que haberte dicho que no. Tenía que haberte dejado libre.

—Si no hubiera sido contigo, habría sido con otro.

—Tú eres la persona más valiente que conozco, Camino Atienza. —Jaime volvió a agarrarla, esta vez de ambas manos, y la miró a los ojos—. Puedes llevar la vida que quieras. Puedes vencer al papa.

Camino sonrió.

—Ya es demasiado tarde para todo eso. Las cosas son como son.

Jaime se levantó del sofá y caminó unos pasos mientras se frotaba la frente con la mano.

—Verás —dijo por fin, deteniéndose frente a ella—. Es que he conocido a alguien.

Camino parpadeó varias veces.

—¿Perdona?

Aquello era lo que le faltaba. Lo único con lo que contaba en su vida era con que Jaime le sería fiel, y ahora ni eso.

—No ha pasado nada. No va a pasar nada. Ella... es como yo.

Le explicó que llevaba tiempo participando en un foro *online* para personas asexuales y que había quedado para tomar un café con una mujer de Málaga, Elena. Que desde entonces la había visto varias veces, que se mandaban mensajes y hablaban por teléfono a menudo. Ahora entendía que últimamente jugara tanto al pádel.

—A ver. —Camino se pasó las manos por el pelo y se dio cuenta de que lo tenía sudado y grasiento, seguramente por haberse sentado demasiado cerca de la cocina en el chiringuito—. No pasa nada. Estamos en paz, entonces, ¿no? Vamos a fingir que nada de esto ha pasado. No me importa que sigas con esa mujer. Yo... Ya veré lo que hago.

Por alguna razón, contarle que Elka la había dejado era más vergonzoso que reconocer que estaba con ella.

—¿Y no crees que este es el momento de..., no sé, de replantearnos esto? —Jaime hizo un gesto con las manos que los abarcaba a ambos—. ¿Hasta cuándo vamos a seguir así?

—¿Cómo que hasta cuándo? Pues hasta que la muerte nos separe, Jaime. En eso habíamos

quedado. Que tenemos dos hijas, por favor.

Volvieron a mirarse en silencio. Jaime parecía estar seleccionando las palabras con cuidado.

—Ya, y... si eso es lo que quieres, de acuerdo. Pero ¿no estás cansada?

—¿Cansada de qué?

—Pues... de esto, de mentirte, de que nos mintamos los dos. Porque yo sí estoy cansado.

—¿De qué estás cansado tú?

—¡De no ser suficiente! —Jaime levantó ligeramente la voz, pero seguía sin parecer enfadado—. Siempre lo he sabido, y ahora más todavía. Nunca voy a poder darte lo que me pides, y eso me mata, Camino, porque yo te quiero mucho.

—¡Claro que eres suficiente! Eres justo lo que necesito, Jaime. Siempre lo has sido.

Él esbozó una sonrisa triste.

—Tengo unas fotos en el teléfono que no están de acuerdo contigo.

Buscó desesperadamente una forma de explicarlo. Jaime era el plato principal y Elka, el postre, y los postres están ricos, claro, pero no pasa nada por no comértelos, y, de hecho, probablemente sea mejor para tu salud. Ella podía pasarse una vida entera sin comer postre. Sin embargo, dijo:

—¿Y para Elena eres suficiente?

Jaime hizo un gesto afirmativo.

—Pero es que a mí todo eso me da igual, porque lo que me importa son nuestras niñas. A mí me importa Clara y me importa Adriana, mucho más que tu sensación de insatisfacción vital. —Ella sí estaba subiendo el tono y notaba poco a poco cómo aumentaba su indignación—. Así que, si quieres, nos divorciamos, pero créeme que nunca va a ser con mi colaboración.

—Camino..., tú sabes que yo daría mi vida por las niñas. ¿Pero tú crees que no van a enterarse? ¿Te vas a pasar los próximos cincuenta años siendo capaz de ocultar esto?

—Me voy a pasar los próximos cincuenta años célibe.

—No te creo, lo siento, porque esto ha pasado y seguro que no ha sido la única vez, y no te culpo, cielo, de verdad, porque estás viva. Si te digo la verdad, creo que me gustas más ahora que sé que eres capaz de sentir estas cosas.

—Las niñas no tienen por qué enterarse.

—Se van a enterar. Tarde o temprano, esto va a salir, y cuando salga, se darán cuenta de que han estado viviendo una vida de mentira durante cinco, diez, veinte años; los que sean. Y nos van a decir que por qué las usamos como razón para hacernos eso a nosotros mismos.

Camino resopló. Todo aquello eran excusas *new age* para hacer lo que ellos querían en lugar de pensar en lo que era mejor para la familia. Habría sido estupendo, claro, si fuera verdad que para la felicidad de sus hijas bastaba con que ellos fueran felices, pero sabía mejor que nadie que no era así.

—Pero es que ser padre es eso, Jaime —dijo exasperada—. Es saber que, en el futuro, nuestras hijas se quejarán porque les dimos gluten, o azúcar, o porque no les gustaban sus cortes de pelo, y nosotros les explicaremos que lo hicimos lo mejor posible. Y ellas harán algo distinto con sus hijos, que a su vez se enfadarán y harán algo distinto con los suyos, y así por los siglos de los siglos.

Jaime negó con la cabeza, como si hablar con ella fuera imposible.

—No sé, cielo. Piénsalo.

—No hay nada que pensar. Siento lo de... las fotos. Te prometo que no volveré a pasar —dijo, con el aire solemne de un político emitiendo una disculpa pública.

Se levantó para ir a la cocina y pasó junto a Jaime, que apretaba los labios con el ceño fruncido. Mientras colocaba los platos del lavavajillas, tuvo la desagradable sensación de que algo dentro de su matrimonio se había roto. Como alguien que se entera de que vive sobre un volcán dormido, ella tendría que lidiar con aquella nueva inquietud dentro de su marido, y sabía que el problema no era la tal Elena, no: era que a Jaime le gustaba hacer las cosas bien y creía que eso era lo mismo que ser honesto. Ella no estaba de acuerdo, pero no podía hacer nada por convencerlo. Tendría que cruzar los dedos y rogar, desde lo más profundo de su ser, que el volcán siguiera dormido el tiempo suficiente.

Capítulo 74

—Buenos días, Bella Durmiente.

Una empleada del hospital colocó una bandeja con comida en la mesita que había junto a la cama y fue hacia la ventana para subir las cortinas.

—¿Qué hora es? —murmuró Berta.

—Las siete y media. He esperado todo lo que he podido, pero ya te tenía que traer la bandeja.

—La mujer se encogió de hombros y tiró del cordel de la persiana, dejando entrar unos pálidos rayos de sol invernal—. Cuando termines, la dejas ahí, que luego te la recojo.

Salió de la habitación con paso rápido, y Berta movió con cuidado sus miembros, como la víctima de un accidente que comprueba que no está paralizada. Le dolía un poco la cabeza y tenía la lengua como un zapato, pero, más allá de eso, se encontraba mejor que en mucho tiempo.

¿Cuánto habría dormido? Tenía el vago recuerdo de que habían entrado varias veces en su habitación para tomarle la temperatura y la tensión, pero había disfrutado de la sensación de despertarse y recordar que su única misión en aquel momento era seguir durmiendo. Se sentía como un niño que exhibe una habilidad que ha aprendido hace poco: «Mira, mamá, mira, puedo dormir».

Observó la bandeja, que tenía un bollo de pan, una taza de leche y envases individuales de café instantáneo, tomate y aceite, y se dio cuenta de que estaba muerta de hambre. Empezó a preparárselo todo mientras se preguntaba cuál era el plan. ¿Qué hacía una cuando la ingresaban en agudos? Quizá, en otras circunstancias, habría podido ir a talleres de grupo o de arteterapia, pero imaginó que, como detenida, no podría hacerlo. La idea de que era lo bastante peligrosa como para que no la dejaran mezclarse con pacientes con un trastorno mental le resultaba fascinante.

Algún alma bondadosa había dejado una revista de pasatiempos en su mesita de noche, pero, por desgracia, se había olvidado del bolígrafo. O igual no le dejaban tener bolígrafos por aquello de estar desequilibrada. Aun así, se dedicó a buscar las palabras de las sopas de letras y, más tarde, a hacer barquitos de papel con las páginas hasta que, por fin, apareció un psiquiatra distinto al del día anterior. Tenía cicatrices profundas de acné en las dos mejillas, de esas que ella no borraría con aerógrafo en un retrato porque se han vuelto parte de la persona.

Le explicó que su familia sabía que estaba allí y que podrían verla por la tarde, a la hora de las visitas. Berta no podía ni imaginarse lo que iban a decir cuando vinieran.

—Tranquila —dijo el psiquiatra—, verás como se lo toman bien. Es la primera vez que ingresas, ¿no? No tenemos historia tuya aquí.

Trató de verse a sí misma como la veía en aquel momento el psiquiatra. Podría haber estado ingresada infinidad de veces en otros hospitales, o en otros países, o ser una delincuente buscada, y aunque todas esas posibilidades la hicieran reír, supuso que tendría que ir acostumiándose a que ahora era esa la imagen que daba. Negó con la cabeza.

El psiquiatra le hizo un montón de preguntas sobre su familia, su trabajo, etcétera, y anotó las respuestas en varias hojas de papel, que rellenaba a velocidad de vértigo con una de esas indescifrables letras de médico. Era curioso pensar que había gente que aún escribía a mano en su trabajo. Cuando llegó el momento de explicarle lo del insomnio, Berta fue deliberadamente vaga sobre el motivo («estrés», aclaró, quitándole importancia con un movimiento de manos). Tampoco quiso hablar del secuestro.

—Prefiero que esté mi abogado presente —dijo, y se sintió adulta y sensata cuando pronunció las palabras.

No quería ir a la cárcel: lo había visto claro nada más levantarse en aquella habitación y ver al guardia en la puerta. La conclusión debería haber sido obvia, porque nadie quiere ir a la cárcel, y el hecho de que el día anterior no hubiera estado tan segura le hacía pensar que igual la jueza tenía razón y hacía mucho tiempo que no estaba muy bien de la cabeza.

El médico levantó mucho las cejas, como si hubiera recordado de repente que estaba hablando con una detenida, y después se disculpó, apurado.

—Ahora mismo, lo más importante es que te ayudemos a dormir —dijo—. ¿Qué tal te sentó lo que te dimos ayer?

—Uf, muy bien. —Se preguntó, demasiado tarde, si debería ocultar su entusiasmo hacia lo que fuera que le habían inyectado la noche anterior, para que no creyeran que iba a volverse adicta.

—Perfecto. Esta noche te pinchamos otra. Hasta entonces, procura descansar. Es una pena que aquí no tengas mucho que hacer. Si estuvieras en la planta, sería distinto. —El psiquiatra paseó con frustración la mirada por la habitación desnuda, como si el hecho de que Berta estuviera allí y no en la planta fuera un fracaso personal.

—¿Me pueden traer un boli? ¿O un libro?

Lo de tener que pedir objetos tan básicos tenía algo puro y revitalizador. Recordó la vez que se había ido a un retiro de silencio en Birmania y, durante exactamente tres días después de que acabara, había apreciado como nunca los pequeños lujos de su vida cotidiana.

—Lo intentaré —dijo el psiquiatra.

—Una pregunta. —Berta se agarró con fuerza a los bordes de la sábana.

—¿Sí?

—¿Estoy loca? Es decir, ¿he perdido la cabeza?

El médico sonrió como cuando te cuentan un chiste que has oído muchas veces.

—Porque esta —Berta señaló con un gesto el pijama y la habitación— no soy yo, de verdad, yo no soy así. Si alguien me dice hace un mes que me voy a ver en esta situación, no me lo habría creído.

—Creo que has estado sometida a mucho estrés. Y la falta de sueño es muy puñetera. Por algo lo usan como tortura.

—¿Eso es que no?

—Eso es que sigas durmiendo. —El médico golpeó suavemente la cama con la mano y se levantó de la silla para irse.

Berta apoyó la cabeza en la almohada, pensando que no tenía sueño y que era media mañana, pero tardó exactamente dos minutos en quedarse dormida de nuevo.

La siguiente vez que se despertó, tenía delante a Alberto Goikoetxea.

—Me ha dicho su psiquiatra que, salvo imprevisto, le dan el alta mañana —explicó.

¿Mañana? ¿No era muy pronto? En su mente, lo que necesitaba era una estancia larga en algún sitio con árboles, donde poder dar paseos y descansar envuelta en una toquilla, pero imaginó que eso se parecía más a una clínica de rehabilitación en Palm Springs que a un hospital público español.

—Iremos a ver a la jueza y lo más seguro es que quede en libertad.

—¿En serio?

—Y tanto. No hay denuncia, no hay declaración, solo tienen la media confesión esa del coche, pero no pueden encerrar a una persona por eso.

—¿Y lo del sistema audiovisual y los recortes de periódico?

—A ver, si hubiera más indicios o una denuncia, lo podrían usar. Pero, por sí solo, no es delito. Un poquito siniestro, claro —Alberto sonrió mostrando unos dientes grandes y blancos, como los de un caballo sano—, pero perfectamente legal.

Cuando se fue, Berta se quedó mirando al techo (todavía no había noticias del bolígrafo y nadie le había traído nada para leer) y pensó en todo lo que le habían contado Lorena y Camino. Ahora, por fin, empezaba a ser capaz de priorizar y de distinguir un razonamiento de otro. Se sentía preparada, como alguien que ataca un domingo el trastero para organizarlo de una vez.

La primera verdad objetiva era que no le había pasado nada en aquel encierro, al menos físicamente. Ni abusos, ni palizas, ni nada parecido.

La segunda era que, por mucho que no le hubiera pasado nada, que la hubieran encerrado estaba mal. No había más que ver que, ahora que ella era sospechosa de encerrar a alguien, el sistema judicial se lo tomaba en serio.

La tercera era que, estuviera bien o mal, ya no podía hacer más de lo que había hecho y que, si tenía en cuenta el ataque de pánico de Camino y el susto que le había dado a Lorena, más o menos estaban en paz.

La cuarta era que Camino, a su extraña manera, quería ayudar, y que lo más seguro es que lo hubiera conseguido.

¿Habría parado Salva de pedirle fotos después de aquel día? Ahora que sabía cómo funcionaba el mundo de la fotografía profesional y la presión a la que te sometían las editoriales, sospechaba que no. Quizá se habría vuelto más agresivo, más amenazante. Quizá Camino tenía razón y en algún momento ella habría sido el cuello bajo sus manos o el cuerpo bocarriba en el sofá.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

—Chiqui. —Su hermana Paz asomó la cabeza—. ¿Se puede?

Berta se incorporó en la cama y abrió los brazos, sorprendida de la intensidad de su felicidad por ver a alguien conocido.

—Ay, Bertita, ¿qué has hecho? —Paz la abrazó y le frotó la espalda con energía—. ¿Qué has hecho?

—¿Vienes sola?

—Qué va, están todos fuera, pero solo podemos entrar de uno en uno. Si nos han cacheado y todo, no vaya a ser que te pasemos una lima. —Paz parecía escandalizada y divertida a la vez.

—¿Todos? ¿Quiénes?

—Mamá, papá, Amor, Ramón... —Hizo una pausa, como si supiera perfectamente lo que estaba pensando Berta.

—¿Y Matt?

—Y Matt.

El tono en que lo dijo hizo que se le cayera el alma a los pies.

—¿Está enfadado?

Paz se acercó y le colocó bien un mechón de pelo.

—Creo que en el fondo está preocupado. Y asustado.

—Pero en la superficie está enfadado, ¿verdad?

Claro que lo estaba. A Matt no le gustaban el drama ni las sorpresas. «Jamás me haces una *surprise party*», le había hecho prometer poco después de conocerse.

—La verdad es que ahora mismo lo que nos pasa a todos es que no entendemos nada. Cuando me llamaron de la comisaría, te lo juro, casi me da un infarto. Menos mal que tu abogado, Gonorreá o como se llame, es un encanto de persona.

Berta soltó una carcajada.

—¡Goikoetxea!

—Si ya lo sé, chiqui. Si es por hacerte reír. —Paz le puso una mano en la mejilla, y Berta recordó una vez más, maravillada, lo mucho que quería a su hermana. No podía ir a la cárcel. Ella era una persona normal y sensible con una familia cariñosa. Tenía que encontrar la forma de arreglar aquello.

—Entonces..., ¿las encerraste?

Berta miró de reojo al policía de la puerta, que la había dejado abierta y estaba en el umbral mirando al infinito.

—Os lo cuento bien a todos cuando esté en casa, ¿vale?

—Pero...

—Que sí, mujer, que me van a dejar libre. Me lo ha dicho Gonorreá y él sabe de lo que habla. —Berta sonrió tratando de aparentar más seguridad de la que sentía.

—Entonces tú tranquila, que Gonorreá te saca. No he visto una cosa igual que ese pico que tiene.

Cuando entró Amor, lo primero que hizo fue observar la habitación desnuda y chasquear la lengua.

—Lo sabía. Tenía que haberte traído algo. Lo que pasa es que no sé cuál es el protocolo.

—¿El protocolo?

—Claro, mira: si alguien tiene un bebé, le llevas flores y jamón serrano. Si te operas, pues, yo qué sé, bombones. Pero si te detienen y te ingresan en salud mental, igual no pega, ¿no?

Berta sonrió.

—Los locos también tenemos nuestro corazoncito.

—Tú no estás loca.

Berta señaló con los pulgares el pijama de color indefinido.

—No sé yo qué decirte.

—Mira, Berta. —Amor se le acercó mucho y le cogió una de las manos con las suyas—. Te voy a ser muy sincera.

Berta se echó a temblar por dentro. Cuando Amor era sincera, lo que solía hacer era decirte alguna burrada.

—Tu problema está ahí fuera con cara de espárrago. Tú sabes a lo que me refiero.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que os vais a casar, ¿no? Y eso es «hasta que la muerte nos separe, en la salud y en la enfermedad».

—Al revés.

—Bueno, lo que sea. La cuestión es que, desde que llegamos, no hace más que preguntarnos a todos qué pensamos, si esto te había pasado antes, si creemos que se va a volver a repetir. Parece que quiere comprarnos un coche de segunda mano y asegurarse de que no lo estamos timando.

A Berta le sorprendió lo apropiado de la metáfora. Ella también tenía esa sensación a veces: que más que a alguien a quien querer, Matt buscaba a alguien que no le diera problemas.

—Está preocupado —dijo.

—Está tonto, eso es lo que está. Y tú no te das cuenta, pero, desde que llegaste... No sé. No eres tú.

La idea de que hubiera una Berta en algún sitio, definida y estable, y otros pudieran reconocer cuándo estaba o no estaba siendo ella le pareció curiosa. Siempre se había sentido informe y maleable, como un conjunto de gases de los que explicaban en química.

—¿Y cómo soy yo? —preguntó.

—Pues... divertida. Con un talento que no es de este planeta. Un poco locuela, pero en el buen sentido, no en el sentido de «me tienen que ingresar».

Berta sonrió.

—Lo que quiero decir es que Matt te quiere convertir en madre y esposa tradicional, tú también pareces convencida del tema, y yo... no lo veo claro. Así que no me extraña que se te haya ido un poco la olla.

Amor se puso de pie. Parecía arrepentida de haber hablado demasiado. Berta suspiró.

—Estamos prometidos.

—Ya, corazón, pero esto no es *Bridgerton*. Si cambias de idea, pues se acabó, y aquí paz y después gloria. En fin. —Abrió el cajón de la mesita de noche, como buscando los bombones escondidos, y lo volvió a cerrar—. Me voy, que no va a dar tiempo a que pase nadie más.

Matt, en efecto, tenía la cara de alguien que lleva demasiado tiempo sin ir al baño. Se quedó de pie frente a la cama, como si Berta tuviera una enfermedad contagiosa o él tuviera que salir corriendo a alguna reunión.

—¿Cómo estás? —le preguntó en un tono extrañamente formal. Y después, sin transición, añadió—: No me puedo creer que has secuestrado a gente.

—No ha sido un secuestro. Solo quería darles un susto.

—Así y aún, Berta. Esto es muy grave. Podrías ir a la cárcel.

—«Aun así».

—*For fuck's sake, enough with the Spanish lessons!*

Berta dio un respingo.

—Lo siento. Perdona. —Matt se pasó nervioso la mano por el pelo—. Es que creo que no es momento de clases de español.

—Eres tú el que siempre me pide que le corrija.

Berta se sintió súbitamente enfadada por la injusticia de todo. Matt le pedía que corrigiera su español, ella lo hacía y él se enfadaba. Le pedía que investigara sucesos de su pasado, cerrara círculos psicológicos y estuviera lista para procrear, ella lo hacía y él se enfadaba. Nada le parecía bien. «Es lógico que no le parezca bien que estés detenida», pensaba, al mismo tiempo, pero eso no hacía que estuviera menos furiosa. Se suponía que Matt estaba de su parte. Recordó a un novio anterior que una vez le había dicho: «Si mataras a alguien, yo te preguntaría: “¿Qué ha hecho?”», y a ella le había parecido irresistiblemente romántico y leal. Por otra parte, había sido un desastre de relación.

A lo mejor el amor no era eso, sino expresar preocupación razonable cuando a tu futura esposa la estaba custodiando un guardia armado.

Notó cómo su enfado empezaba a convertirse en una pereza inmensa.

—Estoy cansada —dijo—. Mi médico me ha recomendado que duerma todo lo posible.

Matt negó en silencio con la cabeza, como si estuviera hablando con un niño testarudo.

—Necesito pensar —dijo—. Me voy a ir unos días por ahí.

—¿Por ahí? ¿A dónde?

—No sé. Con la tabla a algún sitio. Es posible a Cádiz.

Berta se mordió la lengua y luego pensó: «Hala, pues te fastidias. Equivócate y habla fatal el castellano, que me da igual». Era consciente de que no era el tipo de sentimientos que una debería tener por la persona con la que quieres pasar el resto de tu vida, pero de verdad, de verdad que no estaba de humor para seguir en la misma habitación que él.

Murmuró algo sobre que la llamara cuando volviera, aunque lo más seguro era que la hubieran dejado libre para entonces; después, sin esperar a que saliera, se dio la vuelta en la cama y se tapó la cabeza con la almohada.

Ni siquiera oyó el ruido de la puerta al cerrarse.

Capítulo 75

Lorena cruzó la puerta del gimnasio con decisión y saludó con una sonrisa a la recepcionista, señalando con la cabeza la puerta electrónica que daba acceso a la zona de entrenamiento. La chica sonrió también y pulsó el botón bajo el escritorio para dejarla pasar. Nacho tenía un acuerdo con el gimnasio para que dejaran entrenar gratis a sus clientes, y, al parecer, todavía no les había dicho que Lorena ya no lo era.

Mientras se cambiaba de ropa en el vestuario, pensó que aquello había funcionado hoy, pero seguramente dejaría de hacerlo pronto y no le iba a quedar más remedio que ver videos de aeróbic en YouTube. Pero, bueno, al menos estaba ahí, dando un paso hacia cuidarse un poco más o alguna de esas frases bonitas que Nacho habría expresado mucho mejor que ella. Se sentía un poco como la orquesta del Titanic tocando hasta el final. Su vida se hundía a toda velocidad: esa misma mañana, la había llamado el sinvergüenza de Vicente para decirle que pasaría en esos días con el interiorista y preguntarle, con poco disimulo, cómo iba con la mudanza. Además, quedarse sin trabajo era cuestión de tiempo, teniendo en cuenta que, con lo de las fotos, la Zorra Implacable debía de estar subiéndose por las paredes.

«Qué raro no saber nada de ella», pensó mientras se reajustaba el top de entrenamiento y se observaba en el espejo con mirada crítica. Igual lo de que no hubiera denunciado a Berta había ablandado su negro corazón. Pero qué va: Camino no era así, y su venganza era cuestión de tiempo, y a ella ya, total, lo mismo le daba; si iba a acabar pidiendo comida en Cáritas, pues igual era mejor empezar cuanto antes y así sabía a qué hora había menos cola.

Guardó sus cosas en la taquilla y salió a la zona de pesas. Escuchó por un momento, con los ojos cerrados, el *chunda-chunda* de la música, entremezclado con el sonido metálico de los discos y las mancuernas, y suspiró. Lo había echado de menos.

Sacó el teléfono y buscó entre sus mensajes la hoja de entrenamiento que le había pasado Nacho. Se quedó un rato más de la cuenta mirando su foto de perfil: una imagen de él ejecutando un *press* militar perfecto, con los hombros tensos por el esfuerzo, guapo a reventar.

—Bueno, bueno, dichosos los ojos.

Lorena levantó la vista del teléfono con un respingo, y, por un momento, no entendió qué hacía Nacho delante de ella, como si lo hubiera convocado con el poder de su mente. Enseguida notó que empezaba a ponerse colorada. Por favor, ni que estuviera en el colegio.

—Hola —dijo, tratando de sonar despreocupada.

Nacho sonrió y luego bajó los ojos, rascándose la coronilla con la mano en un gesto que Lorena había olvidado, pero que reconoció enseguida.

—¿Cómo vas? —preguntó.

—Pues mal. —Lorena torció la boca—. Literalmente, el primer día de entrenamiento desde que me fui.

—¿En serio? —Nacho parecía preocupado—. ¿Y eso?

—Uf. Si yo te contara. Mi vida es una telenovela.

Nacho abrió más los ojos, y Lorena se atrevió a creer, por un momento, que era interés auténtico y no pura educación, pero enseguida se lo quitó de la cabeza. Aquel muchacho siempre había sido absurdamente correcto y formal con ella y no iba a empezar a cambiar ahora.

—Hala, que no te quiero aburrir y tú no me puedes distraer, que te despiden. —Dejó escapar una risa forzada y giró el cuerpo hacia la zona de pesas con tanto esfuerzo como si tuviera los

pies pegados al suelo.

—Tienes razón. —Nacho sonrió—. ¿Qué clase de entrenador sería si saboteo a mis clientes?

Lorena echó a andar hacia la banca de *press*.

—¡Lore! —la llamó Nacho, y Lorena se dio cuenta, con un hormigueo de placer, de que era la primera vez que utilizaba el diminutivo. Giró la cabeza. Nacho estaba otra vez rascándose la coronilla con furia—. Esto... Nada. Que si tienes dudas, que me preguntes, ¿vale? Me mandas un wasap, o lo que sea.

Asintió y colocó la toalla sobre la banca mientras trataba de ignorar la desilusión extendiéndose por su pecho. «¿Qué pensabas que iba a decirte, tonta?». Trató de concentrarse en lo que tenía delante: series, repeticiones, números, la bendita exactitud del *powerlifting*, que calmaba su cabeza como un buen canuto, pero no pudo evitar ver por el rabillo del ojo cómo Nacho desaparecía por la puerta de entrada.

Se sentía mejor cuando terminó, pese a todo, aunque hubiera tenido que bajar el peso en todos los ejercicios y anticipara unas agujetas brutales. Se miró con satisfacción en el espejo del vestuario. Tenía el aspecto sonrosado y sano de alguien que se cuida y, por un momento, volvió a sentir que pertenecía al club de la gente normal. Se planteó si ducharse allí o en casa, y, finalmente, decidió ir a casa porque, total, la próxima factura de agua la iba a pagar Vicente: que se fastidiara.

—Perdona, ¿me abres? —le dijo de nuevo a la que estaba en la puerta.

—Claro. Por cierto... —La chica tecleó algo en el ordenador y giró la pantalla hacia ella—. He visto que ya no sales como clienta de ElPaloFit, ¿has dejado de entrenar allí?

Maldito Nacho. Pero ¿qué esperaba? ¿Qué, ya que no la invitaba a un café, la invitara al gimnasio por la cara?

—Ay, sí, perdona, que no te lo he dicho.

—Tienes que pagarnos la cuota, entonces, ¿vale? La matrícula la dejamos.

Lorena fingió rebuscar en la bolsa de deporte.

—Qué desastre, me he dejado la cartera en casa, ¿te importa que te pague el próximo día?

La chica aceptó con una sonrisa encantadora de persona que no es capaz de imaginar que alguien no tenga para el gimnasio. Lorena se despidió mentalmente de la música maquinaera, los sonidos metálicos y el tufillo dulzón a sudor. «Se te acabó el rollo —se dijo a sí misma—. YouTube y a chuparla».

Capítulo 76

—¿Seguro que no te quieres venir a casa?

Berta miró a su madre, que acababa de terminar de colocar la compra en la nevera, y sacudió la cabeza.

—Bueno, pues si te vuelves a encontrar... rara, me llamas, ¿vale?

La pobre mujer no se fiaba de ella, estaba claro, y no la culpaba, pero no sabía cómo explicarle que se encontraba muy bien y que nunca se habría imaginado que dormir iba a afectar tanto a su forma de ver la vida.

Recordó a la jueza, que había asentido con satisfacción al verla de nuevo, como si fuera un animal de concurso que engorda al ritmo adecuado.

—Hala, ¿ves? Mucho mejor. Bueno, señora Berral, que conste que no las tengo todas conmigo de que lo que estuvo haciendo usted hace unos días en ese sótano fuera completamente legal, pero la ley es la ley y no hay absolutamente nada que justifique su presencia aquí.

Goicoetxea apretó el puño con satisfacción por debajo de la mesa.

—Queda usted en libertad, y hágame el favor de dormir un poquito más. El Mercadona tiene unas infusiones de valeriana y pasiflora estupendas. Se levanta la sesión.

Hizo sonar la campanilla, y Berta tuvo ganas de tirarse a besarle los pies como un personaje bíblico. Era libre, ¡libre!, y por mucho que hubiera fantaseado con dar talleres de fotografía en la cárcel y después publicar un libro con crudas fotos de mujeres de dudoso pasado, nada era más dulce que poder hacer lo que quisiera.

Acompañó a su madre a la puerta de la casa y se dejó abrazar con una fuerza inesperada para una mujer tan pequeña. La miró desaparecer por el hueco de la escalera, cerró la puerta y se dispuso a enfrentarse a su vida.

Paseó por la casa mirándolo todo, revisando los daños después de la catástrofe. Faltaba algo de la ropa de Matt, su bolsa de aseo y la tabla de surf, que normalmente dejaba apoyada en una de las paredes del estudio. Todo estaba limpio como una patena, y Berta sonrió un poco al imaginárselo barriendo con cuidado la cocina antes de marcharse en una nube de indignación. A Matt, como a ella, le costaba trabajo ser malo.

Ahora que ya no estaba bajo los efectos de aquellas inyecciones fabulosas que le ponían en el hospital, se sentía culpable. Era normal que Matt se hubiera tomado tan mal la situación. Miró las fotos de los dos, colocadas en portarretratos por toda la casa, y pasó los dedos por una nota de hacía unos días que todavía estaba bajo un imán en la puerta de la nevera. «*Crush it*», decía, y recordó que se la había dejado pegada a la esquina del espejo una mañana para que la viera nada más despertarse.

Se imaginó a Matt en Cádiz, esperando las olas con el ceño fruncido y sacando la cuenta de su relación: lo que le compensaba y lo que no podía tolerar. ¿Qué decidiría? ¿Qué pasaba si volvía y le decía que no quería seguir con ella, que aquello había sido un error, que se iba de la casa?

La angustia que apareció en la boca de su estómago fue al mismo tiempo un alivio. Quería a Matt, claro que sí, y había necesitado aquello para darse cuenta, igual que le había hecho falta que la metieran en el calabozo para apreciar su libertad. Claro que lo quería: si todo lo que había hecho lo había hecho por él, por los dos, por sus futuros hijos no nacidos. Él tendría que

entenderlo cuando volviera, y ella tendría que encontrar la manera de explicárselo.

Miró el reloj y vio que era viernes. Al día siguiente, tenían la primera sesión de fotos para el calendario de Camino. ¿La habría cancelado? Le extrañaba no haber sabido nada de ella.

Se dio cuenta, sorprendida, de que tenía ganas de hacer las fotos y de que no era por perdonar a Camino ni por los niños enfermos. La idea de los insectos de luz le había parecido buena en cuanto la tuvo y ahora le apetecía un montón comprobar qué salía de ahí. Mientras estaba ingresada, se había descubierto a sí misma planeando la iluminación y los tiempos de exposición, preguntándose cómo podría conseguir efectos parecidos a una de las fotografías de *Edith en Panamá* de Emmet Gowin que llevaba fascinándola desde la adolescencia.

Pensó en el proyecto de los asesinatos. Quería completarlo, claro que sí, pero ya no sentía la morbosa fascinación que la había atrapado al principio. La jueza tenía razón: algo estaba funcionando mejor en su cabeza, las nubes de bruma casi habían desaparecido y ver el sol era un alivio enorme.

Sin pensarlo demasiado, cogió el teléfono y llamó a Camino.

—¿Berta? —Era curioso escuchar sorpresa genuina en su voz, y Berta lo consideró una pequeña victoria.

—Nos vemos mañana, ¿no?

Hubo una pausa al otro lado de la línea y se imaginó a Camino separando el teléfono de la oreja y comprobando el identificador de llamada.

—Esto... Sí, claro. ¿Tienes la dirección? —Por la súbita energía de su voz, se dio cuenta de que ya se había adaptado a la nueva información y estaba otra vez lista para darlo todo. Así era ella.

—Ajá. Nos vemos allí.

Cuando colgó, vio que tenía una llamada perdida de un número que no conocía. Algo le decía que no la devolviera, pero luego pensó en Matt y en que él querría que afrontara sus responsabilidades, y si ella pretendía volver a ganarse su amor y su confianza, tendría que hacerlo.

—Berta, te llamamos de Rosa Clará, para la prueba del vestido. Te esperábamos hoy. ¿Te ha surgido algo?

Mierda. El vestido. Una de las poquísimas cosas de las que se tenía que encargar ella para la boda y que, aun así, se había apañado para aplazar hasta el último momento. Después de dos días, dos, probándose cada modelo que tenían en la tienda, había acabado eligiendo uno tipo medieval, todo gasa y largas mangas, que sus hermanas aseguraban que le daba aspecto de princesa, pero que a ella le recordaba a las doncellas a las que arrojaban a los volcanes en sacrificio.

Se imaginó diciéndole a la de la tienda que no había boda y la angustia en su estómago creció. No quería vivir la versión de su vida en la que cancelaba su boda. No quería enfrentarse al vacío que había detrás.

—Sí, perdona... Es que he estado ingresada en el hospital.

—Oh. Vaya por Dios. ¿Y estás bien ya?

—Sí, sí, no ha sido nada grave. ¿Podemos quedar otro día?

Apuntó la nueva fecha en el calendario del teléfono y se quedó mirándola, como si fuera un clavo que podía sostener su realidad para que no se desmoronara. Iba a casarse. Tenía una prueba de vestido la semana siguiente, ¡lo decía su calendario! Matt no podía dejarla.

Se acordó de Valle y de su exasperante insistencia en que descubrir la verdad no iba a

arreglarlo todo y seguiría teniendo problemas «en el aquí y el ahora». La sacaba de quicio que tuviera razón.

También tenía que volver a la consulta de Valle y decirle... ¿Qué? Que sí que estaba mejor después de saber lo que había pasado. Que al menos lo de Salva no era culpa suya, nadie la había torturado en una mazmorra y no tenía justificación racional para no querer tener hijos. Que, aun así, seguía sintiendo escalofríos cada vez que se acordaba de aquella época de su vida, pero que por lo menos ya eran escalofríos normales, una grima parecida a la que te entra cuando recuerdas los pantalones de campana o las camisetas de licra del Bershka.

Se dejó caer en el sofá del salón y pensó que daría lo que fuera por escuchar a Matt en la cocina, preparando gazpacho con cara de concentración y echándole demasiado vinagre, para variar. Se sentía como si se hubiera perdido con el coche y, después de dar un montón de vueltas por carreteras oscuras y aterradoras, avistara por fin la carretera principal. Estaba ahí, iluminada y acogedora, recta y segura, y ahora solo quería descubrir la manera de volver a ella.

Capítulo 77

La primera sesión del calendario transcurrió tan tranquila y libre de complicaciones que Camino recordó aquello de que Dios aprieta, pero no ahoga. Ni los famosos ni los niños dieron el espectáculo, y cualquiera podía adivinar que las fotos quedarían preciosas. Marco aparecía con Nico Zurita, ambos mirando un frasco con varias luciérnagas atrapadas, y la cara encantada de Elka casi había hecho sentir a Camino que todo aquello había merecido la pena.

Casi. Desde su conversación con Jaime, iba por la casa con la sensación de habitar un decorado de teatro que alguien iba a quitar sin avisarla. Sorprendía a su marido mirándola fijamente cuando pensaba que no se daba cuenta, y se preguntaba qué pasaría por su cabecita. Se esforzaba en ser la mejor esposa que podía, preparándole la ropa para el día siguiente y cocinando los platos que le gustaban, y dejaba el teléfono a la vista como prueba de que no tenía nada que esconder, pero notaba las fisuras en su matrimonio agrandándose lenta pero inexorablemente.

Y en medio de todo eso, para variar, echaba de menos a Elka, que no había dado señales de vida desde su última conversación. Por lo menos, hoy se estaba comportando con una normalidad que no dejaba de ser un poco ofensiva. ¿Ya había pasado página? ¿Tan ligera era la huella que había dejado en su corazón?

Tenía ganas de hablar con ella de lo de Jaime y, al mismo tiempo, no quería, porque sabía lo que iba a decirle: se pondría de parte de su marido en la sección «consejos facilones estilo Paulo Coelho» y le diría que abrazara su verdad.

Y lo peor, lo peor de todo, era que, en algún lugar de su mente, algo le decía que igual aquellos dos tenían razón. Estaba empezando a contemplar la posibilidad real de dejar a su marido e irse con una mujer, y eso sí que era la prueba definitiva de que estaba desarrollando una patología nerviosa. Camino podía soportar su vida con gusto y agradecimiento siempre y cuando mantuviera bajo llave toda posibilidad de algo distinto, pero si no era capaz de acallar la voz que le mostraba un camino de salida, se volvería loca.

—¿Has mirado las *stories*? —Elka se acercó a ella con una sonrisa y el teléfono en la mano, y Camino se notó sonreír también ella como una adolescente enamorada.

—¿Qué?

—Todos están compartiendo el calendario en sus *stories* y nos están mencionando.

Camino echó un vistazo al teléfono. Elka tenía razón, y anotó mentalmente que tenía que volver a publicar todo aquello en su cuenta. Suspiró de cansancio anticipado y se frotó los ojos con las manos.

—Estás hecha polvo, ¿no? —Elka se acercó y la abrazó con fuerza—. Tranquila. Todo va a salir bien.

«No soy digna de que entres en mi casa —pensó Camino mientras enterraba la nariz en su olor a coco—, pero una palabra tuya bastará para sanarme». Todavía no entendía de dónde sacaba Elka la paciencia o la compasión para seguir perdonándola, pero lo hacía, y ella no iba a quejarse.

—Tenemos que hablar luego —le dijo, y Elka asintió con la curiosidad pintada en la cara. Esta vez no iba a cometer el error de no contarle las cosas. Le explicaría lo de las fotos, Jaime y la razón por la que ahora sí que no iban a poder verse más. La esperanza volvió a aparecer, absurda y pequeña: «No es la razón por la que no podéis veros más. Es lo que te da permiso

para que os veáis. Es la oportunidad que llevas buscando sin saberlo durante años». Se agarró la cabeza con las manos y se dijo que había pasado demasiado tiempo con progres de moral dudosa.

Observó a Berta, que recogía el material con movimientos pausados. Durante toda la sesión, había estado enfocada y seria como Camino no la había visto nunca. Apenas habían intercambiado un par de frases, y seguramente era mejor así, ya que, por lo que a ella respectaba, estaban en paz, y no tenía ganas de remover más el pasado. Solo quería que aquel día terminara y seguir con lo que quedaba de su vida.

Laura Vallejo, la novia de Nico Zurita, se le acercó desde la otra punta del recinto.

—Nos vamos todos a tomar algo a un bar que conoce Nico en Benalmádena. ¿Os apetece venir?

Supuso que por «os» se refería a Elka, Berta y ella: las no-actrices. Miró los grandes ojos pardos de Laura y aquel físico de chica que es guapa pero no se esfuerza y le dijo telepáticamente: «Lo malo de la vida también te llegará a ti. Es solo cuestión de tiempo».

—No, gracias. Me duele un poco la cabeza.

Era una pena dejar pasar la oportunidad, pero, por una vez, no podía más. Laura se despidió, y Camino salió del mariposario en dirección a su coche sin hablar con nadie.

Elka caminó deprisa detrás de ella y la llamó.

—¡Eh! No me dejes con la intriga. ¿Qué pasa?

Camino tomó una bocanada de aire y pensó: «Arráncate la tiritita de una vez».

—Ven —dijo, abriendo la puerta del coche.

Se sentaron en los asientos delanteros, mirando al frente.

—Jaime lo sabe todo.

—¿Qué?

Camino le enseñó las fotos en el teléfono, y Elka se cubrió la boca con la mano.

—Y me parece que nunca te he contado que él es asexual y tiene una especie de... amante, o no sé cómo llamarla, así que ahora dice que lo mejor es que nos divorciemos —lo soltó sin atreverse a reflexionar demasiado sobre el hecho de que, en el fondo, quería saber qué opinaba Elka de esa posibilidad.

Elka, sin embargo, sonrió con tristeza.

—Parece que no te conoce.

Tenía que admitir que le habría encantado que aplaudiera, entusiasmada, y le propusiera que huyeran juntas en un caballo blanco, pero Elka ya había tenido suficiente, y no la culpaba.

—Entonces... se acabó —dijo.

—Supongo. —Camino pasó los dedos por el polvo acumulado en el volante. Tenía que acordarse de pedir cita para una limpieza.

—Vas a seguir con tu misión en la vida de ser normal.

Camino apretó los labios. No era una misión en la vida: era una aspiración la mar de básica.

De repente, sin aviso previo, Elka se echó a reír.

—Pero ¿no te das cuenta?

—¿De qué?

Se reía cada vez más fuerte y habían empezado a saltársele las lágrimas. Camino empezaba a mosquearse. No entendía qué era tan gracioso del hecho de que su existencia se estuviera desmoronando. Por fin, Elka pareció tranquilizarse y pudo hablar:

—Lo tuyo con la... la normalidad. —Extendió las manos frente a sí como si colocara un

letrero de neón invisible—. Que estás tan empeñada en ser normal y no te das cuenta de que hace mucho que has perdido esa batalla.

—No te entiendo.

—¡Pues que no eres normal, Camino, y no lo vas a ser nunca! —exclamó Elka, todavía con una sonrisa en la cara—. Eres una lesbiana católica en el armario con una amante y un marido asexual, que sabe que lo eres porque se lo ha contado una enemiga de tu pasado y te ha pedido el divorcio, pero que se hará el tonto con lo de tu lesbianismo si seguís juntos porque él también tiene una amante-no-amante. ¡Es material de telenovela!

Camino notó que se estaba poniendo colorada. Qué raro: no recordaba la última vez que le había pasado.

—Y tú estás ahí, agarrándote a la ilusión de que, si los demás no se dan cuenta, eres normal. Te pareces a Marco cuando se escondía de pequeño tapándose los ojos.

Camino trató de pensar en algo que decir, sin éxito.

—Tú decide lo que quieras —dijo Elka—, pero yo ya elegí mi camino hace mucho y no voy a volver atrás. Si quieres venirte, me avisas. Se está muy bien aquí, de verdad.

Le apretó el brazo con suavidad y después quitó la mano, como si le quemara, y salió del coche.

Camino se quedó sentada un par de minutos con la frente apoyada en el volante. Por el rabillo del ojo veía a los demás saliendo del mariposario y repartiéndose en los distintos coches. Por fin, arrancó, enfiló hacia la salida y vio a Berta parada en una esquina toqueteando el teléfono, rodeada de bolsas con focos y equipamiento fotográfico.

Necesitaba distraerse, así que se detuvo a su lado.

—¿Te llevo? —dijo sacando la cabeza por la ventanilla.

Berta parecía sorprendida.

—No pongas esa cara, mujer. —Camino sonrió de medio lado—. Yo te secuestré a ti, tú a mí... Pelillos a la mar.

—Había pedido un Uber, pero es que dice la aplicación que se acaba de dar la vuelta y...

—Anda, sube.

Berta estuvo callada tanto rato que pensó que iban a hacer el recorrido así, en silencio. Por su parte, ningún problema, porque no tenía ganas de conversaciones de compromiso. Sin embargo, había una electricidad en el ambiente que hacía fácil adivinar que Berta hablaría; que solo necesitaba un rato para saber qué decir.

Estaban llegando a la entrada de la autovía que bajaba hacia el Limonar cuando abrió la boca.

—Me metieron en el calabozo porque confesé yo sola en el coche. Así, sin presión policial ni nada. —Se encogió de hombros.

Camino la miró y vio un amago de sonrisa en la comisura de sus labios. Ella también sonrió.

—¿En serio?

—Ajá. Y luego en la Unidad de Agudos del Clínico. Parece que mi problema es que no podía dormir, pero ya estoy mejor.

Volvió a quedarse callada un par de minutos.

—Lo siento —dijo, por fin—. Igual se me fue un poco la mano.

—Igual sí.

—Pero tú tampoco eres la reina de las medidas delicadas.

—No.

—Y a tu retorcida manera, querías ayudarme.

—No fue retorcida. No se me ocurrió otra mejor.

Camino giró la cabeza a ambos lados y su cuello sonó con un crujido satisfactorio.

—Fui a ver a Salva antes de ir a tu casa, ¿sabes? —dijo.

—¿Qué?

—Para no tener que... drogarte y todo eso. Pensaba que tendría tiempo después de clase. Pero no estaba. Por eso fui a buscarte.

Era verdad. Se plantó en su casa después de comer; fue fácil encontrarlo en la guía telefónica. Seguramente habría tenido que neutralizar a Berta igual para que no fuera más tarde, pero eso no se lo dijo.

—Vale —dijo Berta, deslizando la rejilla de la calefacción para que el aire no le diera en la cara—. Pues eso. Que lo siento. Y que..., hicieras lo que hicieras, queda entre tú y tu conciencia.

Se hundió un poco más en el asiento del copiloto. Camino pensó que no importaba lo mal que estuviera ella, que siempre tenía que acabar siendo la de la espalda más ancha. Dejó escapar un largo y exasperado suspiro.

—Yo no lo maté —dijo—. Pero sí que lo drogué un poquito.

Capítulo 78

Berta se quedó muy quieta mientras Camino, como en un trance, contaba lo que había pasado.

—Cuando me soltó el cuello y todo eso, le pedí un vaso de agua. Mientras iba a por él, eché unas gotas de lo que te había puesto a ti en lo que quedaba de su bebida. Solo quería inutilizarlo porque no me fiaba de él. ¿Y si iba a verte? ¿Y si tú aparecías por allí, después de todo? Ya has visto a Lorena: no es ninguna lumbrera.

Observó su cara en la oscuridad. La luz del panel de mandos la iluminaba desde abajo y la hacía parecer mayor de lo que era.

—Yo creo —continuó— que no fue un suicidio. Que calculó mal y no tuvo en cuenta lo que le había puesto yo. Pero no lo sé y, como tú dices, tendré que vivir con ello.

No parecía que le planteara ningún problema moral, y, una vez más, Berta deseó ser como ella. Sus actos habían supuesto la diferencia entre la vida y la muerte de alguien, y, aun así, se negaba a echarse la culpa.

—Lo importante es que no fuiste tú —dijo Camino.

—Pero si yo hubiera ido...

—Y si mi abuela tuviera barba, sería mi abuelo. En fin. —Sacudió la cabeza, como dándose por vencida—. Tú misma. Fustígate hasta el infinito por un indeseable que abusó de ti.

—No abusó de mí.

—Claro que abusó de ti. Tenía más edad y más poder. Te explotó para ganar dinero. No sé muy bien qué más te hace falta para darte cuenta.

Berta masticó sus palabras como un trozo de carne demasiado dura. Se las probó a ver qué tal le sentaban. «Salva abusó de mí». Y, de repente, todo su cuerpo se relajó.

Hasta entonces, lo había visto como un juego de dos. Él le prestaba el material, ella le daba una foto. Él le escribía la carta para París, ella le daba más fotos. Él aguantaba que ella tuviera más éxito y más talento, y ella los compartía con él para que no se enfadara. Pensaba que, si no hubiera sido tan ambiciosa, si no hubiera tenido sueños tan alocados, podría haberse librado de él mucho antes.

Pero nunca había sido algo de dos. Dejó de serlo en el momento en que él escribió su nombre en la pizarra el primer día de clase.

Entonces cayó en la cuenta de algo. París.

—Su carta —dijo—. No iba a servir de nada, ¿a que no?

Camino pareció tardar unos segundos en recordar a qué se refería.

—No, claro. Qué tontería. ¿Cómo va el profesor de un colegio de Málaga a influir en una escuela de París con una sola carta? Si ni siquiera trabajaba allí. Igual hasta le echaron.

Lo dijo como el que desmiente una obviedad: que no te ha tocado la herencia de ningún príncipe nigeriano, que ese artículo que has leído sobre las propiedades anticáncer de la chirimoya es falso. Sin embargo, de todas las cosas que Berta había puesto en duda durante toda su vida, París nunca había sido una de ellas. Salva le quitaba sus fotos, pero la École Dauphine estaba allí, dorada y prometedora, y siempre podría ir y hacer más. Su verdadera vida todavía no había empezado.

Pero la carta no habría servido de nada. Salva se habría justificado diciendo que no era lo bastante buena.

No había salida para la Berta del pasado, y, sin embargo, había salido.

—Gracias —dijo.

Camino no pareció sorprenderse. Resopló por lo bajo como si dijera «bueno, por fin te das cuenta» y giró el volante con suavidad para salir de la autovía.

—Era un gilipollas —contestó, como si eso fuera todo lo que necesitaban saber para dar carpetazo a aquel asunto de una vez por todas.

—Te aviso cuando tenga una primera selección para el calendario —dijo Berta cuando llegaron a su casa, mientras abría la puerta del coche para salir. Tenía muchísimas ganas de ver el resultado de la sesión, y sentir la familiar intriga por lo que revelarían los químicos le hizo sentirse recuperada, como cuando empiezas a notar mejoría después de una larga gripe.

Camino parecía darle vueltas a algo.

—Las fotos —dijo—. ¿Qué pasó con ellas?

—¿Qué fotos?

—Las que le diste a Salva.

—Están en un recopilatorio póstumo que publicó su editorial.

—Pero son tuyas, ¿no?

Lo pensó un par de segundos. Ya hacía mucho que había dejado de considerarlas suyas, y, sin embargo, lo eran. Nada de lo que Salva hubiera dicho o hecho en su día cambiaba el hecho de que la que había escogido el encuadre, ajustado el enfoque y apretado el disparador había sido ella.

—¿No vas a hacer nada? —preguntó Camino.

—¿Qué quieres que haga?

—Pues recuperarlas.

Lo decía como si fuera sencillo. Como si se hubiera olvidado la chaqueta en la silla de un bar y ahora solo tuviera que regresar, cogerla y ponérsela sobre los hombros.

—Tienes razón —dijo—. Debería hacerlo.

Capítulo 79

Camino estaba sentada en el bordillo esperando a que Elka llegara a casa. Habían pasado un par de días desde la sesión del mariposario, y Berta acababa de mandarle un correo con los primeros negativos revelados. Había tenido que reunir toda su fuerza de voluntad para no abrirlos, pero le había prometido a Elka que los verían juntas.

Si unos meses atrás le hubieran dicho que sería el tipo de persona que se sentaba en un bordillo, se habría echado a reír, pero estaba muy cansada y en este punto de su vida no le quedaba mucha dignidad que mantener. Si, total, se iba a ir del barrio en breve, ¿qué más daba todo?

Se regañó a sí misma: tenía que dejar la actitud derrotista. Las cosas no iban tan mal. Su empresa de decoración seguía de capa caída, aunque aún confiaba en recuperar patrocinadores cuando se publicara el calendario, pero, al menos, ahora no paraban de llegarle propuestas para organizar eventos. Como había logrado juntar a la escurridiza Berta Berral con el escurridizo Nico Zurita, todos creían que tenía contactos secretos con el famoseo más chic del país. Si se lo montaba bien, podría hacer servicios a buen precio un tiempo mientras se lamía las heridas.

En retrospectiva, se sentía un poco estúpida por haberse agobiado tanto, porque si algo sabía desde que tenía quince años era que ella no se iba a morir de hambre. Se daba cuenta, aunque sonara a psicología barata, de que lo que le había dolido tanto de perder su empresa no era el dinero, ni la casa, ni siquiera su modesta fama. Lo que le molestaba como una patada en el estómago era haber cometido un error tan tonto. Quería limpiarlo como habría querido limpiar una mancha en su sofá: para volver atrás en el tiempo, para demostrarse a sí misma que, con suficiente cuidado, las cosas pueden ser perfectas.

Sin embargo, se había equivocado. «La había cagado», como diría una versión más vulgar de sí misma (o quizá, ahora que se sentaba en los bordillos, ella misma podía usar esa expresión), había destruido algo bueno por una tontería y nunca sería lo mismo, y tendría que empezar de nuevo, y no pasaba nada.

Era liberador.

Escuchó la moto de Elka y se levantó, sacudiéndose el pantalón.

—Me dijiste cinco minutos —protestó cuando Elka se quitó el casco.

—¿No han sido cinco minutos?

Camino sonrió.

—Da igual. Anda, vamos para dentro.

Elka se bajó de la moto y ayudó a Marco a desmontar y a quitarse su casco de medio huevo con pegatinas de la Patrulla Canina.

—Qué emoción, ¿no? —dijo mientras abría la puerta principal de la casa. Resultaba raro entrar por allí en lugar de por el sótano—. Qué prisa se ha dado Berta. Es muy maja. Si quitamos lo de... Ya sabes.

—Sí. Si quitamos lo de secuestrar gente, es muy maja Berta, la verdad. Anda, vamos a verlas ya.

En ese momento, sonó el teléfono de Elka.

—Mierda —dijo mirando la pantalla—: es mi agente. Tengo que cogerlo. Marco, merienda, ¿vale? Y tú como en tu casa, Camino, que Sole no llega hasta más tarde.

Salió al patio mientras saludaba en inglés a quien hubiera al otro lado de la línea. Camino

recordó que Elka trabajaba sobre todo con revistas de Estados Unidos y Canadá, y que por eso su agente estaba en Nueva York. A pesar de su atolondramiento, después de todo, era una adulta bastante funcional, y de repente se sintió avergonzada. Miró a su alrededor: aquella absurda casa dividida era más de lo que la mayoría de los padres divorciados hacían por sus hijos. Elka se encargaba de Marco, de batallar contra aquella enfermedad horrible con la devoción y disciplina de una enfermera de guerra, y la había aguantado a ella mucho más tiempo del razonable. Se pasaba la vida mirando a la gente como ella por encima del hombro y, por primera vez, se le ocurrió que igual tenía mucho que aprender.

Marco trasteaba deprisa por la cocina con sus manitas vendadas, y en un momento se había preparado un tazón de cereales sin azúcar con pinta de saber a cartón. Elka seguía parlotteando en inglés, así que cargó la cafetera, que, por supuesto, era de filtro, porque Elka decía que las de cápsula eran una aberración medioambiental. Marco masticaba sus cereales mientras miraba al infinito.

—Oye —dijo de repente Camino, sin saber muy bien qué mosca la había picado—. ¿Y a ti te gusta tener dos madres?

Marco se encogió de hombros.

—Me da igual.

—¿Y lo del divorcio?

El niño se encogió otra vez de hombros y le dio un lametón a la mesa para recuperar un cereal que se había caído.

—Divorciarse es normal —dijo—. Todos mis amigos tienen padres divorciados.

Camino no dijo nada mientras apagaba la cafetera y servía dos tazas con leche y un endulzante orgánico de nombre impronunciable. En ese momento, entró Elka.

—Ay, perdona, este hombre es que se explica como un libro cerrado. Me creo que son malas noticias y en realidad son buenas. —Y procedió a relatar un asunto con los derechos de una de sus ilustraciones del que Camino no registró demasiado.

Pensaba en Marco. «Divorciarse es normal», había dicho, y le hizo gracia que utilizara esa palabra después de la charla sobre la normalidad que le había soltado Elka el día de la sesión. Igual en realidad ella no quería ser normal, sino... otra cosa. Aún no sabía bien qué.

Dejaron a Marco en la cocina haciendo deberes y bajaron al estudio de Elka para ver las fotos en el ordenador. Eran una maravilla. Berta había logrado unos llamativos efectos ópticos con los insectos de luz, y toda la sesión parecía desarrollarse como en medio de un sueño. Las dos se quedaron un rato en silencio mientras pasaban de una imagen a otra, viajando juntas por un hermoso mundo paralelo.

—Menos mal que tienes la cabeza como una piedra —dijo Elka.

—Sí. Menos mal.

Camino la miró y trató de grabarse en las retinas su perfil de princesa iluminado suavemente por la luz de la pantalla. Cerró los ojos y respiró hondo.

—Elka.

—¿Ajá?

—¿Tú has visto *Los puentes de Madison*?

Elka asintió mientras arrugaba un poco la frente y trataba de recordar la película. Por fin, inspiró, dejó salir el aire despacio, y Camino hubiera jurado que podía ver cómo se iba, junto con el aire, la poca esperanza que pudiera tener todavía.

—No vas a bajarte del coche —dijo.

—No voy a bajarme del coche.

Camino volvió otra vez la mirada hacia las fotos. En una de ellas, Berta las había capturado a las dos sin avisar, sonriendo juntas mientras miraban a los niños, con las cabezas tan cerca que casi se tocaban. Deslizó la mano hasta la de Elka, que la había apoyado en el muslo, y se quedaron así, quietas y agarradas, hasta que Marco llamó desde la cocina porque se había atascado con las matemáticas.

Capítulo 80

Lorena despegó con furia la cinta de embalar y cerró otra caja. El imbécil de Vicente le había preguntado si se quería quedar con algún mueble, como si tuviera una casa donde meterlos.

Había estado allí hacía unos días con el interiorista que iba a remodelar el baño y la cocina, y después de aquella visita, Lorena había asumido la realidad: ya no tenía casa. Su prima Estefi, que vivía con el novio por allí cerca, se había ofrecido a acogerla un tiempo mientras se organizaba. Intentaría conseguir más horas para cuidar niños o para limpiar y alquilaría una habitación en algún piso de mala muerte.

Por lo menos, seguía teniendo trabajo. A lo mejor Camino se había muerto y por eso no había cumplido su venganza, o igual, quién sabía, se había vuelto de repente buena persona. En realidad, le daba igual.

¿Y después? No veía un después. Era el final de la carretera de su vida. No iba a salirle un buen trabajo del aire ni un piso barato del aire. Era triste, pero su mejor opción sería echarse un novio, y ni siquiera eso parecía realista teniendo en cuenta que el gimnasio ya no era una opción y era cuestión de tiempo que volviera a ponerse como una foca.

Estaba empaquetando las cosas viejas de Fali, que llevaban en su parte del armario desde que se marchó. Nunca había querido guardarlas. Era ridículo, pero ver su ropa de adolescente ahí, al otro lado del colgador, como había estado desde que ella tenía memoria, la consolaba. Abrió un cajón de la cómoda y vio el móvil que tenía él justo antes de marcharse a Madrid: un Alcatel ladrillo con más años que el sol. También estaba el cargador, con el cable cuidadosamente enrollado. Lorena recordó la emoción de aquellos primeros teléfonos y el pitido prometedor de los mensajes con sus ciento sesenta caracteres de intensidad adolescente.

Si cerraba los ojos, podía ver a Fali inclinado sobre la pantalla, tecleando con rapidez y el ceño fruncido, mientras ella se preguntaba qué pasaba por su cabeza. Todavía no lo sabía. ¿Qué pensaba Fali?

Cogió el cargador y enchufó el teléfono.

Tardó un buen rato en cargarse lo suficiente para encenderse, y, mientras lo hacía, Lorena siguió recogiendo cosas y preparándose para una decepción. Estaría roto. No habría nada interesante. Por fin, se iluminó la pantalla avisando de que no había tarjeta SIM. Lógico. Aun así, revisó los mensajes: las bandejas de entrada y salida estaban llenas. Recordó que los teléfonos tenían su propia memoria y que parte de los datos se guardaban allí.

Muchos eran de Camino. Antes de abrir el primero, pensó que igual ahora descubría otra faceta de ella: quizá en la intimidad era tierna y cariñosa como un cachorrito de labrador. Por supuesto, no era así: sus mensajes eran indicaciones de los sitios y horas a las que se verían y poco más. No había «bss», alusiones sexuales ni sobrenombres ridículos. Era todo muy... logístico.

Abrió la carpeta de mensajes enviados. Había algunos para Camino que también eran cortos, como si le escribiera a una compañera de trabajo, y después, un batiburrillo dirigido a distintos nombres que a Lorena no le sonaban: Pedro, Alvarito, Álex. Abrió uno de ellos sin pensar demasiado lo que hacía y leyó:

«Avísame si t kdas solito n ksa, q voy a acert compañía».

Abrió otro:

«Como m klentast ayr. Si pasas otro día x la Sal rpetimos y sta vez no t voy a djar marchar tn

facilmnt».

Tardó un momento en unir las piezas, y, de repente, todo encajó.

Todas aquellas veces que Fali abría la boca para hablar y luego la cerraba, como si se lo hubiera pensado mejor. Las noches en que Lorena le preguntaba a dónde iba y él se escaqueaba con evasivas, y ella se ofendía porque pensaba que solo intentaba quitarse de encima a la pesada de su hermanita. Las veces que le pedía el teléfono porque se había quedado sin saldo y Fali se abalanzaba sobre él a toda prisa, antes de darle un manotazo en la mano y decirle que se buscara la vida.

Y, sobre todo, Camino. Aquella relación que nunca había terminado de encajarle. Los piquitos cursis que se daban y que nunca pasaban de ahí, y la cama inmaculadamente hecha cada vez que salían de la habitación. La pareja más guapa del Santa Catalina, que en realidad no eran más que dos adolescentes distintos al resto escondiéndose mutuamente de las miradas ajenas.

Siguió haciendo cajas mientras una idea le daba vueltas en la cabeza. Llevaba mucho tiempo pensando en extorsionar, manipular y avergonzar a Camino Atienza.

A lo mejor solo necesitaba hablar con ella.

Capítulo 81

Lorena tuvo que llamar varias veces a la puerta antes de que apareciera Camino con una enorme pamelita, gafas oscuras y una chaqueta abierta encima del bikini. Hacía uno de esos días de otoño malagueño sin una nube, con un cielo brillante y liso como una hoja celeste de papel charol.

—¿Qué quieres?

—¿Puedo pasar?

Camino levantó la barbilla.

—¿Por qué iba a dejarte pasar, pequeña... chantajista de medio pelo? —Arrastraba un poco las palabras, y Lorena se dio cuenta de que había bebido.

Tomó aire: ya estaba bien de dejarse avasallar.

—Porque no denuncié a Berta y he visto en Instagram que a tu calendario le va muy bien, así que estamos en paz.

Camino pareció procesar la información unos segundos y después abrió la puerta. Pasaron al pequeño jardín trasero, donde había dos tumbonas, una hielera y una botella de vodka.

—¿Quieres tomar algo?

—Umm... ¿Sí?

Lorena admiró que, con la tajada que llevaba, Camino se acordara de poner rodajitas de lima en los vasos. Aceptó el suyo con un «gracias» que le sonó la mar de falso y la observó quedarse en bikini y tumbarse al sol, mostrando un escote con algunas pecas que, por alguna razón, la tranquilizaron, como una prueba de que, después de todo, Camino era humana.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Meh. He estado mejor. ¿No tienes calor?

Ahora que lo decía, sí: al sol hacía un calor tremendo.

—Toma un poco de sol, Lorena, mujer, que hace un día precioso.

Después de dudar un momento, se quitó la sudadera y se sentó en la tumbona que quedaba libre. Solo se escuchaba el canto lejano de las tórtolas y el ruido de una batidora tras la puerta cerrada de alguna cocina.

—¿Por qué se fue Fali a Madrid?

Camino tardó tanto en contestar que pensó que se había quedado dormida.

—Creo, Lorena, que esta es una conversación que deberías tener con él.

—Es porque era gay, ¿verdad? Porque es gay, quiero decir, y por eso fingíais que salíais juntos. Con razón hacíais una pareja tan rara.

—Hacíamos una pareja espléndida. —Camino tomó un largo sorbo de la bebida y añadió—: Pero, de nuevo, Lorena, habla con tu hermano.

—Siempre creí que tú lo habías convencido de que se fuera. Que estabais enamorados.

—Éramos muy buenos actores, y contigo nos esforzábamos especialmente.

Lorena se estaba asando de calor, así que se quitó la camiseta. Recordó la secundaria en el Santa Catalina, cuando se ponían a tomar el sol en la barriga durante los recreos con la blusa del uniforme subida hasta que alguna de las monjas les echaba la bronca.

—¿Y por qué no me dijo nada? ¿Por qué no confiaba en mí?

Se hizo una pausa mientras Camino removía su vaso con una varilla plateada. Era remilgada hasta para emborracharse.

—No es tan fácil, Lorena.

Había una tristeza en su voz que no creía haberle escuchado nunca, y, de repente, Lorena se sintió fatal.

—Siento lo de las fotos —soltó—. Lo de tu marido. Me arrepentí en cuanto las mandé.

—No te preocupes. Algunas cosas está mejor que se aireen. —Camino levantó su vaso como en un brindis—. Lo superaremos.

Lorena cerró los ojos y se dejó calentar por el sol mientras repasaba los últimos quince años de su vida.

La primera época después de que Fali se fuera a Madrid, con Mila sana, no había estado mal en Málaga. Empezó el módulo para ser secretaria, salía mucho de fiesta y procuraba no pensar demasiado. Cuando Fali llamaba para preguntarle qué tal, sonaba contenta porque lo estaba. En vacaciones, él venía tres o cuatro días y después le suplicaba que se volvieran juntos a Madrid, pero Lorena se negaba: si cedía, si empezaba a entrar en su mundo en vez de aguantar firme en El Palo, Fali ya no tendría ninguna razón para volver. Entonces su madre y su padre se quedarían solos, helados en sus tumbas, y ella habría traicionado todo lo que le importaba.

Luego Mila enfermó y Fali le ofreció hacerse cargo, vender la casa y meterla en una residencia de lujo, pero ella se empeñó en demostrar que era todo lo que no era él: que Lorena Ibarra se quedaba con su familia hasta el último momento. Defendió lo bien que estaba hasta que Fali dejó de insistir y sus visitas se espaciaron cada vez más. Y, por fin, durante un puente de la Constitución en que su hermano se dignó aparecer por El Palo, todo estalló y le dijo que ya no lo conocía, que no era de su familia y que no quería verlo más.

Siempre había pensado que, después de eso, Fali lucharía por ella, pero no lo hizo. Le mandaba un mensaje por su cumpleaños y otro por navidad, todos con un «cuando quieras hablar, aquí me tienes» que le sonaban a hipocresía pura. Pues muy bien. Que fuera feliz en Madrid, que ella se apañaría solita.

Oyó salir la voz de Camino desde debajo de su pámela:

—Habla con tu hermano, Lore, y no te sulfures tanto. Siempre está uno a tiempo de arreglar las cosas. Toma, anda, que este sol envejece mucho la piel. —Le tendió otro de aquellos ridículos sombreros, y Lorena se lo puso sobre la cara.

¿Por qué Fali no le había dicho la verdad?

Por otra parte, ella tampoco le había dicho la verdad a él, y le dio por pensar en cómo habrían sido las cosas si hubiera sido sincera cuando había tenido la oportunidad.

Si a los dieciocho le hubiera pedido que se quedara.

Si a los veintiuno se hubiera ido con él a pasar la Navidad a Madrid, a comprar en el Rastro y en el mercadillo de la Plaza Mayor.

Si a los veinticinco hubieran metido a Mila en un centro privado y ella hubiera podido empezar su vida.

En lugar de eso, se había quedado aferrada a una idea: que a la familia no hay que pedirle favores, porque la familia te los hace y ya está, y había tirado por tierra los últimos quince años solo para quedar por encima.

Quizá todavía estaba a tiempo de cambiarlo.

Mientras caminaba de vuelta a casa, sacó el teléfono y llamó al despacho de su hermano.

—Que tengo un problemilla y necesito que me echés un cable —dijo.

Capítulo 82

La tortilla de patatas estaba seca, y, aun así, era la mejor que Berta había tomado en mucho tiempo porque, por primera vez en meses, estaba comiendo con ganas. No funcionaba el datáfono en la cafetería del AVE y llevaba sin probar bocado horas. Aquella sensación de hambre imprevista la había devuelto a la incomodidad de los viajes y, por fin, se sentía en casa.

Ahora estaba en el Cien Montaditos de la estación esperando a Matt, que, hacía apenas un par de horas, había vuelto a conectar por fin su teléfono y consentido en que quedaran para hablar. Ya estaba en Málaga después de haber pasado unos días haciendo surf en Cádiz. Con suerte, se habría calmado un poco.

Repasó su viaje relámpago a Madrid para tratar de recuperar sus fotos. El editor que en su día publicó a Salva le había dicho que él la creía, claro que sí, y que apoyaba el *#metoomovement* y todo eso, pero que la acusación era muy grave y que, aunque Salva estaba muerto, había herederos, derechos de autor y otro montón de historias que resolver. Que, si se quería meter en juicios, genial, pero que se lo pensara bien primero.

Berta se había quedado ahí, en medio de la oficina, y, sin saber por qué, había empezado a sonreír. El editor la miraba como si se le hubiera ido la cabeza, pero qué va: simplemente, se daba cuenta de que recuperar o no las fotos, desde un punto de vista legal, no importaba. Ella tenía la llave dentro de sí misma y era lo que Salva había visto hacía tanto tiempo y lo había sacado de quicio. Un puñado de imágenes no cambiaban nada: lo que lo cambiaba todo era estar ahí de pie, delante de aquel tipo, reclamando lo que era suyo porque se había dado cuenta, por fin, de que ella no tenía la culpa.

No era culpa suya.

No tener la culpa se parecía a la sensación que tuvo después de cortarse las rastas en bachillerato: resultaba cómodo y ligero, pero no terminaba de acostumbrarse. A cada rato se lo recordaba y, al mismo tiempo, volvían aquellas ideas: «Si yo no hubiera bebido», «Si me hubiera quitado antes de en medio», «Si no hubiera sido tan engreída con mis fotos». Pero ahora sonaban ridículas, dichas con una voccecita chillona de niña boba, y detrás aparecía otra voz, calmada y relajante (y, para su horror, un poco parecida a la de Camino Atienza), que insistía: «Abusó de ti. No tienes la culpa. Tomó sus propias decisiones».

Así que, todavía con la sonrisa en la cara, le había agradecido al hombre su tiempo, se había ido de vuelta a Atocha y se había echado una siesta de antología en el AVE de vuelta a Málaga.

Matt apareció por la puerta que daba al aparcamiento de la estación, y Berta le hizo señas con los brazos. Se abrazaron con torpeza y luego se separó para mirarlo. Estaba más moreno, con la nariz un poco despellejada por el sol.

—Se ha terminado todo —dijo Berta, y resumió lo que había pasado los últimos días.

Matt se quedó callado un par de minutos, jugueteando con los trozos de pan que quedaban en el plato.

—Igual debería haber sido más comprensivo —dijo—. Diferencia cultural. Quizá lo de los secuestros solo es ajuste de cuentas mediterráneo normal, ¿no?

Berta se echó a reír.

—No, Matt, no es normal lo de secuestrar a gente. Pero creo que ya no tiene mucha importancia.

—Escucha. —Él le puso sus manazas en los hombros. Nunca se había dado cuenta de que sus

manos pesaran tanto—. Quiero que arreglemos las cosas.

Por fin todo estaba encajando en su lugar. Por fin, como decía Valle siempre, dejaría atrás el pasado y seguiría con su vida.

Era el momento de un beso dramático, pero todavía estaba muerta de hambre, así que sonrió y se metió en la boca un trozo de bocadillo de lomo y huevo.

Entonces se dio cuenta de algo.

—Te veo en casa, ¿vale? —dijo, con la boca llena, y se escurrió para escabullirse de sus manos enormes—. Tengo que hacer una cosa antes.

—No me gusta el ajo —le dijo a una sorprendida Valle.

Había ido corriendo a la consulta, y, como era de esperar, Valle tenía la tarde llena, así que llevaba dos horas esperando y el efecto dramático se había diluido un poco.

—¿Podrías... explicarte un poco mejor? —preguntó Valle.

—Que no me gusta el ajo. Todo lleva ajo en este puñetero país. ¿Un potaje? Pum: una cabeza entera de ajo. ¿Cualquier cosa que cocines en la sartén? Un sofrito con su tomate, su pimiento y su kilo de ajo. ¿El gazpacho?

Extendió las manos para dar la entrada a Valle, que, a regañadientes, respondió:

—Ajo.

—¡Exacto! Y yo estaba ahí, dando vueltas por el mundo, con esa nostalgia de la comida española, los aromas de Málaga y todo eso, y, en realidad, ¡qué poca imaginación! Y, a ver, que no es que no me guste en plan de vomitar. Me lo como, claro, porque, si no, me moriría de hambre. Pero hay muchas más especias en el mundo.

Valle tenía cara de estar repasando mentalmente todas las razones por las que en algún momento había decidido hacerse psicóloga.

—Y lo que en realidad me estás queriendo decir es...

Era buena.

—Que dejo a Matt —dijo Berta, y notó de inmediato levantarse de sus hombros el fantasma del peso de aquellas gigantescas manos—. No quiero estar con él ni me quiero quedar aquí. Quiero seguir viajando y haciendo fotos, y me da igual si se me pasa el arroz o si nunca me compro una casa.

Valle sonrió: una sonrisa amplia y genuina que Berta no había visto hasta entonces. Sus dientes, blancos y simétricos, parecían más jóvenes que el resto de su cara.

—Y yo que había perdido la esperanza —dijo.

—¿No se supone que los psicólogos no deberíais decir eso?

Ahora Valle soltó una carcajada y se ahuecó con energía el pelo corto.

—Qué quieres que te diga, Berta Berral. No ha sido un caso fácil.

—No. —Berta se metió dos caramelos de golpe en la boca y masculló como pudo—: No lo ha sido.

Capítulo 83

Nacho estaba terminando una clase cuando Lorena entró en ElPaloFit.

—¿Tiene algo después? —le preguntó a Celia.

—Esta es la última.

Se sentó en la entrada mientras se preguntaba qué estaba haciendo allí. No iba a volver a entrenar con él, al menos de momento, aunque ya podía permitirse pagar el gimnasio y había ido varias veces en las últimas semanas. Antes de salir de casa, se había justificado la visita porque las cosas habían cambiado mucho y tenía que contarle el desenlace de todo el dramón con Berta, Camino, su hermano, etcétera. Ahora, mientras se escuchaba retumbar el corazón en el pecho, tuvo que admitir que lo echaba de menos y que no tenía un plan, pero al menos iba a ver aquellos ojos color verde mojito y, con suerte, su sonrisa de anuncio de Profidén, y con eso estaría contenta unos cuantos días.

Por fin, Nacho apareció con la mochila y ese aspecto de recién salido de la ducha que tenía siempre. Levantó las cejas al verla y ahí estaba: la sonrisa Profidén. Qué maravilla de muchacho, aunque pasara de ella.

—¿Te puedo comentar una cosa?

—Voy a casa a cambiarme para un partido, pero andamos juntos, si quieres.

Caminar uno al lado del otro le recordó a la sensación de intimidad que había notado dentro de su coche. Era más cercano que todas las veces que Nacho le había puesto las manos en el culo para ver si sus glúteos se activaban, porque le hacía recordar que tenía una vida fuera de las cuatro paredes del centro de la que ella no sabía apenas nada.

—Solo quería pedirte disculpas por haberme ido tan de golpe y no haber dado señales de vida después.

Nacho sacó un gorro de lana violeta del bolsillo del abrigo y se lo caló hasta las cejas. Por supuesto, el violeta hacía que sus ojos parecieran todavía más verdes, así que Lorena envió una nota mental a Dios, Alá, Buda o quien fuera, pidiendo que le bajaran un poco el atractivo a aquel chico para que ella pudiera hablar mínimamente como una persona.

—Nada, mujer —dijo él—. No tenías obligación de seguir. Solo siento no haber sabido cómo acababa la historia con la tía esa de tu colegio.

—¿Camino? Uf, pues se lio la cosa que no te cuento. Encima, tuve follón familiar. Querían echarme de mi casa.

—¿Y eso?

Le resumió la historia todo lo que pudo hasta llegar a la última parte, la que ni ella misma terminaba de creerse: que Fali había venido en cuanto se enteró de lo de la herencia y apelado el testamento de Mila, alegando que Lorena había perdido oportunidades profesionales y personales por cuidar de ella y debía ser compensada. Aún no sabían qué saldría de todo aquello, pero mientras se resolvía, podía quedarse en la casita de pescadores. Incluso si al final perdían, Fali había propuesto comprarla entre los dos para que se quedara en la familia. Lo de «entre los dos» era un decir, claro, porque Lorena no tenía un duro, pero él parecía convencido de que lograría salir adelante y algún día podría pagar su parte. Iba a ayudarla a prepararse las asignaturas que le faltaban del módulo de secretariado y a echarle un cable buscando otro trabajo.

Resultó, además, que claro que Fali sabía que Mila se había muerto («Tenemos cuatro tías carnales, tres por matrimonio y doce primas hermanas, Lorena, cómo no me voy a enterar»),

pero había preferido respetar sus ritmos. Y por fin, después de un par de días, mientras se tomaban el café en el porche del delantero, le había contado lo suyo.

—Cuando vengas a Madrid, tengo que presentarte a alguien.

—¿A tu novio? —dijo Lorena, y luego se cubrió la cara con las manos y no le quedó más remedio que confesar que había leído los mensajes de su antiguo teléfono.

A aquello siguió la conversación más difícil y, al mismo tiempo, más satisfactoria que Lorena había tenido en su vida. Le soltó en un momento años de enfado acumulado y después escuchó, asombrada, que Fali también estaba enfadado.

—Me dejaste fuera de tu vida, Lore —había dicho, con lágrimas en los ojos—. Me castigaste por salir de aquí y querer buscar mi camino.

—Pero ¿por qué no me lo contaste?

—Al principio, sinceramente, porque no me fiaba de ti. Que no sabes guardar un secreto, Lore, eso es así y lo ha sido siempre. Y después... Pues porque no quería utilizar el comodín del marica. —Dejó escapar una sonrisa triste—. Si estabas enfadada conmigo, pues lo estabas, y no quería que de repente pasaras al modo «te apoyo y te acepto como eres» simplemente porque soy gay, porque eso no tiene nada que ver con nada. ¿Lo entiendes?

Lorena frunció el ceño y dijo que sí, aunque no estaba cien por cien segura, pero imaginó que lo iría comprendiendo con el tiempo. Tenían mucho de qué hablar.

Estaba un poco enfadada consigo misma. Podía haber hecho aquello mucho antes y se habría ahorrado años de penas. Pero lo importante era que lo había hecho, por fin, y ahora iba a aprovechar esa nueva oportunidad como si fuera la última, porque seguramente lo era.

—Entonces, ¿vuelves a entrenar? Vas a tener que trabajar en esa percha para todos los trajes de chaqueta de ejecutiva que vestirás en tu vida. —Como siempre, Nacho sonaba tan serio como si fuera su entrenador personal y ella Kylie Jenner.

—Sí, pero creo que voy a ir al gimnasio en vez de seguir con las clases.

—¿Y eso?

Lorena tomó aire y volvió a notar el corazón latiéndole a todo volumen.

—Porque estás superbueno y me desconcentras.

Hala, ya está. Lo había dicho. Tenía pensado seguir con algo que suavizara el golpe, una excusa sobre no poder permitirse las clases, pero, en lugar de eso, se calló y dejó que las palabras flotaran en el aire húmedo de finales de diciembre.

Nacho la miró de reojo, sonrió y negó un par de veces con la cabeza, como si pensara que Lorena no tenía remedio, pero con una ternura en su gesto que no terminaba de encajar con un «aléjate de mí, loca desesperada».

—Pues bien por los dos, entonces —dijo—, porque a mí tampoco me dejas trabajar.

Ahora eran sus palabras las que flotaban y el turno de Lorena para responder.

—Ya en serio —dijo—, es demasiada pasta. Pero gracias. Me has ayudado mucho.

Cobarde.

Se detuvieron junto al semáforo.

—Bueno, te dejo aquí ya, que tengo que pasar por el súper. Feliz Navidad. —Lorena le dio dos besos en la piel fría de las mejillas y aspiró su olor un poco más fuerte de la cuenta.

—¿«Feliz Navidad»? ¿Eso es todo lo que me vas a decir? —Por alguna razón, Nacho sonreía de oreja a oreja.

—No entiendo a qué te refieres.

¿Se había ofendido por decirle que era caro? Lo era. No podía negarlo.

El semáforo se puso en verde para los peatones mientras Nacho la miraba, y, de repente, solo veía el verde de sus ojos y el verde del semáforo y se preguntó si este era el momento de inclinarse hacia delante con los ojos cerrados y que fuera lo que Dios quisiese. Antes de que pudiera decidirse, Nacho volvió a negar con la cabeza y a reírse como si le hubieran contado algo divertidísimo.

—Pues un día nos tomamos una copa y te lo explico. Despacio. —Empezó a cruzar el paso de cebra y continuó, algo más alto—: Que hay que explicártelo todo, Lorena.

Se fue sacudiendo la cabeza y riéndose por lo bajini mientras Lorena trataba de descifrar lo que acababa de ocurrir. Estaba todavía quieta junto al semáforo cuando sonó un mensaje en su teléfono. Era Nacho.

«¿Esta noche?».

7 de marzo de 2008

6:15 p. m.

A Camino casi la venció la sorpresa. Lo último que se esperaba era a Salva abalanzándose sobre ella, y la presión inicial sobre su cuello empezó rápido a cortar el oxígeno.

Por suerte, los segundos que faltaban antes de que se desmayase bastaron. En menos de lo que se tarda en decir «campeona nacional de judo», tenía a Salva inmovilizado en el suelo.

Podría haberlo matado en ese momento, pero se contuvo. Ni siquiera quiso hacerle demasiado daño. Estaba casi segura de que cualquier juez aceptaría legítima defensa, pero no se fiaba y no tenía ningún interés en ir a la cárcel, así que se limitó a decirle alto y claro que, si le hacía algo más a ella, a Berta o a cualquiera, acabaría con él. Le explicó, sílaba a sílaba, cómo iba a arruinar su pequeña y patética vida y se marchó dejándolo ahí tirado.

Que hubiera intentado matarla hacía que se sintiera bastante mejor por haber vertido dos docenas de pastillas de lorazepam disueltas en su vaso en cuanto se fue al baño después del sexo. Ella entró después y se aseguró de dejar el blíster vacío en un cajón; era una suerte que fuera lo mismo que ya tomaba Salva. Los médicos de cabecera tenían poca imaginación para recetar.

Camino era católica. Si Salva merecía vivir, se arrepentiría de sus pecados, tiraría la bebida al notar el sabor amargo y empezaría a pensar en cómo rehabilitarse después de la que le iba a caer encima. La mano justiciera de Dios lo alejaría del peligro.

Pero, si no era así, si no lo merecía, entonces sería la misma mano justiciera la que guiaría la suya hacia el vaso.

Si vivía, Camino iría al día siguiente a denunciarlo. Se plantaría en urgencias, se inventaría algo para justificar no haber ido antes, pediría un parte de lesiones y lo mandaría a la cárcel como tenía que haber hecho con aquel desgraciado del tío Luis.

Al día siguiente, sin embargo, la asistente encontró a Salva muerto, y Camino prefirió curarse en salud y que nadie supiera que había estado allí aquella tarde.

Cuando se enteró, no pudo evitar alzar la cabeza y hacerle un guiño a Dios. Él sabía lo que se hacía.

Epílogo

Cinco años después

—Venga, gorda, que llegamos tarde.

Lorena sonrió al oír el apelativo. Después de tanto tiempo, *gorda* se había convertido, por fin, en una palabra que le gustaba escuchar.

—Última serie.

Terminó las sentadillas y pensó que no sabía cuántas semanas más iba a poder encajar aquella panza enorme entre las piernas. Se había quedado embarazada mentalizadísima de que iba a continuar activa y a no dejarse estar, y, por supuesto, ¡pum!, mellizos, y todo el mundo llamándola cosas preciosas como *madre geriátrica* y *embarazada de alto riesgo* y diciéndole que se estuviera quietecita. Por suerte, se había encontrado genial y todo había salido estupendamente, prueba de azúcar incluida, y Nacho la animaba para que siguiera entrenando, así que ahí estaba: veintiocho semanas y gigantesca, pero sana como una pera y en movimiento.

Al final, había terminado el módulo de secretariado y hasta consiguió trabajo, pero, cuanto más entrenaba y más progresaba, más se daba cuenta de que su futuro iba por ahí. Nacho la animó a formarse, y en poco tiempo estaba trabajando con él en ElPaloFit y sintiendo que, por fin, tenía una misión en la vida.

Siempre repetía a las mujeres la explicación sobre el punto de cordura que había sido su mantra desde que conoció a Nacho, y siempre la calentaba por dentro la lucecita de esperanza que veía encenderse detrás de los ojos de sus clientas.

Se duchó en el vestuario, todavía sorprendiéndose cuando se encontraba con su imagen de embarazada en el espejo. Nacho golpeó la puerta.

—Tu hermano ya está allí —le dijo.

Se vistió deprisa y caminaron juntos hasta la clínica de ecografía 3D, que, por suerte, estaba a dos calles.

—A ver mis sobrinos cómo se están portando. —En cuanto entraron, Fali se arrodilló en la sala de espera y se puso a besuquearle la barriga.

—Oye, ¿y yo qué?

—Chica, es que no veas como chochea tu hermano, y ni han nacido aún. —Richi, su cuñado, le dio dos besos y una bolsita de TucTuc con un lazo.

Fali se levantó por fin de su postura de adorador de fetos y se sentaron todos en la sala de espera. Lorena abrió el regalo y dio un chillido encantada al ver dos pijamitas de primera puesta, uno en verde y otro en amarillo.

—Hala, colores neutros para luchar contra el patriarcado —dijo Fali.

—Van a destacar —dijo Nacho—. Ahora mismo en la casa es todo o rosa, o azul.

Lorena sonrió. A ella le gustaba el azul, le gustaba el rosa y le gustaban los tópicos, e iba a vestir a sus bebés como le diera la gana, que para eso le había costado encontrar con quien tenerlos.

—¡Sigue mirando, que hay más! —Richi daba palmas, muerto de la emoción.

Lorena sacó dos chupetes con nombres: *Guille* y *Luna*.

—Estos sí son en rosa y azul porque, créetelo, no tenían más colores.

Se imaginó las caritas dormidas de sus niños con sus chupetes puestos y casi se derrite. No sabía, como no lo sabe nadie, que le iban a tocar bebés con cólicos y que, durante dos interminables meses, se dividiría entre querer matar a Nacho, a los niños o a ella misma.

Tampoco sabía que, después de eso, Guille y Luna no darían otro disgusto hasta el *piercing* casero de los catorce que se harían uno a otro con agujas y cubitos de hielo, ni que volvería a quedarse embarazada por sorpresa a la indecente edad de cuarenta y cuatro y que Nacho y ella disfrutarían como locos de las travesuras de Daenerys (con los primeros no habían colado los nombres de fantasía, pero la pequeña sería prematura, y Lorena se saldría con la suya argumentando que necesitaba «un nombre poderoso»).

De momento, lo único que iba a saber cuando por fin los hicieran pasar a la sala para hacerle la eco 3D es que Guille había heredado los dedos largos y finos de su padre y que Luna no iba a dejar en todo el rato de tocarse lo que el técnico bautizó elegantemente como «el piticlín».

Dobló con cuidado los pijamitas y recorrió con la mirada las caras sonrientes que la rodeaban, y después se pasó la mano por la barriga y notó la enérgica patada de uno de sus mellizos.

Nunca había imaginado que su familia sería aquella, pero no se le ocurría otra mejor.

Diez años después

Cuando Camino llegó de recoger unas pastillas en la farmacia, se encontró el cartel colgado en mitad del salón. «*Intervention*», decía, en grandes letras.

—Mamá —dijo Clara, muy seria—, esto es una intervención.

—Ya lo veo, hija. Lo pone en el cartel. ¿Y por qué el inglés?

—En inglés todo queda mejor —sentenció Adriana.

Había sucedido como Jaime siempre predijo: se enteraron por otro lado, nada más y nada menos que porque se lo había contado Lucía, la prima de Jaime, en medio de una borrachera durante un encuentro familiar. Jaime, claro está, no había tenido reflejos para mentir.

—Es un momento tan bueno como cualquier otro, cielo —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que cualquier otro? ¡No iba a haber ningún momento, Jaime! ¡Esto era para siempre!

Pero hasta ella notaba que su voz sonaba desinflada, agotada después de representar el mismo papel durante tanto tiempo.

Después de lo del calendario, decidió que necesitaban todos un cambio de aires y se fueron a Barcelona. No le fue difícil encontrar trabajo, y aunque pasaron un par de años en un pisito de alquiler horroroso, ella pudo ir ahorrando, levantando otra vez la empresa de decoración y llevando sus finanzas con puño de hierro, hasta que se pudieron comprar un adosado precioso en Valldoreix, saliendo de la ciudad en dirección a Sabadell.

Cambiaron otras cosas. Las niñas tuvieron que ir a un colegio público, y después, en cuanto se lo pudieron permitir, las pasaron a un privado americano, pero esta vez laico; no por nada, que a misa seguían yendo, pero quería que supieran que tenían opciones. Camino empezó a colaborar sin cobrar con varias asociaciones de la ciudad, y hasta coordinó algún calendario benéfico que otro; eso sí, esta vez aceptaba gratis la ayuda de fotógrafos amigos de los ponis y no se complicaba demasiado.

No había salido del armario ni falta que le hacía, pero, tras unos años en Barcelona, empezó a ir a terapia, donde, después de meses quejándose de tonterías, fue por fin capaz de contar a otra persona lo que le había hecho el tío Luis en aquella consulta. Seguía sin estar convencida de que hablar del tema sirviera de algo, pero, al menos, había reunido el coraje suficiente para visitar a su prima Paula en Hannover y pasar una vergonzosa hora sin parar de llorar mientras repetía: «Lo siento. Lo siento mucho. Lo siento». La psicóloga decía que la culpa era un primer paso: que, al menos, estaba permitiéndose conectar con sus emociones. Por la razón que fuera, Camino seguía yendo una vez al mes, e imaginaba que eso querría decir que no le venía del todo mal.

Jaime y ella seguían llevándose bien, como siempre, y sabía sin saber que él tenía por ahí alguna relación especial que, la verdad, no le molestaba. Ella se mojaba las ganas en el café, como decía aquella canción de Mecano, pero, al menos, en las asociaciones hizo amigos que no se parecían en nada a los de Pedregalejo y que le caían mucho mejor.

¿Y Elka? Había cortado el contacto de raíz como quien arranca una mala hierba, pero tenía que confesar que la espiaba en Instagram de vez en cuando. Marco había crecido hasta convertirse en un chico guapísimo que conservaba esa mirada de viejo que tenía cuando lo conoció. Elka había tenido un par de parejas serias, y lo que le extrañaba era que ninguna cuajara, porque, si algo se merecía en la vida, era una compañera. Últimamente, en las fotos solo salía con su hijo y comentaba frases del tipo «este sí que es el amor de mi vida». Camino deseaba

de corazón que encontrara a alguien y, al mismo tiempo, suspiraba un poco de alivio cada vez que la noticia no se manifestaba.

—Os tenéis que divorciar —dijo Adriana—. Y yo voy a filmar un corto.

—No entiendo qué tiene que ver una cosa con la otra.

Su hija estaba pasando por la clásica etapa juvenil de directora de cine casero y a ella le parecía muy bien. Ya se había reconciliado con los artistas y, si la niña tenía un mínimo de talento, tiraría de los contactos de su padre para que le echaran un cable.

—Pues porque es un historión, mamá. —Adriana hablaba como quien explica una obviedad a un niño—. Tú, lesbiana, papá, asexual; los dos sin decir nada todos estos años... Pero ahora, por fin, nosotras os damos nuestra bendición y podéis ser felices. ¿Verdad, Clara?

Clara asintió con vigor.

—¿Tú también les has contado lo tuyo? —Camino miró a Jaime apretando los labios.

—Ya que estaba...

Negó con la cabeza. No entendía a los jóvenes de ahora. Si con catorce o dieciocho, como tenían sus hijas ahora, sus padres hubieran mencionado remotamente su vida sexual, ella habría pasado días bajo una manta retorciéndose de vergüenza ajena. Sus hijas querían grabarlo.

—A ver, mamá —siguió Adriana, lanzada—, que no es que no te lo agradezcamos. Que de pequeñas habría sido un palo. Pero ya no somos pequeñas.

Camino miró a sus hijas, que habían heredado su altura y que tenían su misma mirada orgullosa. Clara se iba a pasar el año siguiente a Hawái para aprender inglés («a Irlanda no, mamá, que yo no quiero pasar frío»), y Adriana ya estaba en la universidad y tenía novio serio desde el verano pasado. Definitivamente, ya no eran pequeñas.

—Entonces, ¿no os molesta?

—¡No! —Clara sacó el teléfono—. Mira, si ahora se organizan fiestas de divorcio y todo. Podemos hacer una bien grande. Invitas a tus amigos de la asociación y que te busquen novia.

—Clarita, por Dios.

Camino trató de aguantarse la sonrisa. Esa era la catástrofe que llevaba años evitando. Esa era la desgracia que juró que jamás le ocurriría a sus hijas.

Se preguntó si tendría que haberlo hecho mucho antes. Si los últimos diez años habían o no tenido un sentido. «De pequeñas habría sido un palo», había dicho Adriana, y estaba segura de que lo habría sido, porque no se ven igual las cosas a los ocho que a los dieciocho.

En cualquier caso, si ella sabía algo era que no había actuado movida por el miedo. Lo había hecho por amor. Y se habría equivocado por amor, claro, pero así es como se equivocan siempre todas las madres.

Sus hijas se habían ido a la cocina a por unas galletas con glaseado de arcoíris que habían horneado en su honor. Jaime se acercó a ella y la abrazó como se abrazan dos compañeros que acaban de terminar un viaje largo y duro.

—Y ahora, hazme el favor —le dijo cuando se separaron— de mandarle un mensaje a la vecina aquella del nombre raro.

Quince años después

La periodista tenía un mal día. Había llegado a Nueva York hacía un par de horas en el *red-eye* desde San Francisco, lo que ya era terrible de por sí porque a los cuarenta y dos, una noche sin dormir la dejaba destruida durante una semana entera. Las dos anteriores, además, su hija Ruth, de tres años, había estado con fiebre, y ella las había pasado en su cama, maldurmiendo y escuchando su respiración dificultosa.

Ruth todavía tenía décimas el día anterior y había estado a punto de decir que no a lo de cubrir el Pulitzer, pero Jonah, su marido, se había negado: no estaba la cosa en el periodismo como para andar rechazando encargos, y sabía que ella necesitaba un respiro de la niña. Al final, besó la frente templada de su hija, rezó para que fuera solo el pico de la tarde y se fue para el aeropuerto.

Ahora estaba en el hotel donde los premiados daban las entrevistas, rotando entre las habitaciones con los demás, muerta de hambre porque no dormir, para colmo, le hacía ganar un par de kilos en las cuarenta y ocho horas siguientes. Miró en la agenda quién le tocaba a continuación: Berta Berral, la ganadora del premio de fotografía destacada.

Repasó las notas que había tomado en la tableta. El currículum de aquella mujer era impresionante. Se había hecho famosa a una edad ridícula, publicado un libro superventas detrás de otro, tenía las redes sociales de una estrella del *rock* y encima estaba divina para tener casi cincuenta. Como le pasaba siempre que conocía a una mujer exitosa, sintió una punzada de envidia mezclada con autocompasión. A los cuarenta y dos, ella todavía tenía la estabilidad financiera de una recién licenciada, y, si no hubiera sido por Jonah, no podrían permitirse vivir en San Francisco. Encima, había aplazado demasiado tener a Ruth, se habían dejado los ahorros en la clínica de fertilidad y ahora, para su vergüenza, estaba empezando con los sofocos de la menopausia mientras aún cambiaba pañales.

«Pero no ha tenido hijos», pensó mirando la biografía de Berta. Tampoco parecía haberse casado. Cuando, como en momentos como aquel, se sentía vieja y fracasada, se aferraba a su pequeña familia y se decía que nada podía compararse con eso.

La hicieron pasar. Berta Berral estaba sentada en el centro de un mullido sofá color crema y le recordó a la imagen que tenía de pequeña de la Emperatriz Infantil en *La historia interminable*. Si no te acercabas demasiado, parecía una quinceañera.

Le hizo las preguntas de rigor sobre el trabajo premiado: una serie sobre adolescentes sin hogar en Nueva York que capturaba la durísima realidad de su existencia, pero que estaba retratada con los resplandecientes colores pastel de un cuento. La periodista se había quedado horas mirando aquellas fotografías y luchando por describir las sensaciones que le producían. Al principio, las veías y te inundaban de nostalgia adolescente, conectaban con la parte de ti que había sido joven alguna vez. Después, los detalles (la lata compartida de judías frías, las uñas rotas y sucias al final de los dedos cubiertos con mitones) te revelaban lo que de verdad estabas contemplando. La mezcla era escalofriante y potente, y la periodista comprendió enseguida por qué le habían dado el premio.

Berta contestaba a las preguntas con la mirada un poco perdida del artista que no es del todo capaz de explicar lo que hace. A ratos, como si se acordara de una tarea pendiente, mencionaba a las organizaciones con las que había colaborado y se aseguraba de que las incluyera en el artículo.

Por fin, al terminar, la periodista no pudo resistirse y le lanzó la última pregunta. Era lo que

tocaba para una mujer que rozaba la cincuentena soltera y sin hijos, y se odiaba un poco por hacerla, pero sabía que aumentaría los clics del artículo y, además, lo necesitaba: por el hambre que tenía aquella mañana, por la fiebre de Ruth y porque su motel era un agujero en comparación con aquello.

—No te has casado. No has tenido hijos. ¿Crees que la fotografía se ha puesto en tu camino? ¿Te arrepientes de tus decisiones?

Berta sonrió, como diciendo: «Sabes que es una pregunta de mierda, pero tienes que hacerla, y lo entiendo», pero también como si supiera algo que la periodista no sabía.

—No he tenido hijos —dijo, y se detuvo un momento para dar un sorbo al vaso de agua con gas sobre la mesa, en el que flotaba, solitaria, una rodaja de pepino—. No he tenido marido.

Se cambió de postura en el sofá, cruzando las piernas, y pareció rejuvenecer otros cinco años.

—Pero soy libre. Libre como un pájaro. —Miró a la periodista a los ojos, esta vez con un brillo de desafío en ellos, y añadió—: ¿Cuánta gente puede decir eso?

Agradecimientos

Millones de gracias a los trece betalectores sin piedad que me ayudaron con sus ideas, ánimos y críticas constructivas. Son:

- Cristina Valle.
- Eva Vallana.
- Yolanda Herrero Mor de vivirmindfulness.com, autora de *Conciliar o reventar. Cómo reconciliarte contigo para armonizar tus circunstancias aquí y ahora*.
- Mariona Sanz, comunicadora y guía en marionasanz.com (la encuentras en Instagram como @sanzmerions).
- Montse Armero, psicóloga general sanitaria en montsearmero.com y autora de *Aprendiendo a vivir: cómo ser un adolescente proactivo y feliz*.
- Javier Corchado, psicólogo en javiercorchado.com.
- Inés Díaz, copywriter en inesdiazcopywriter.com.
- María Serrano Omaña.
- Paloma, de la casa de retiros La Hoya de Gualy (hoyadegualy.com).
- Rafa Moya, copywriter en respuestadirecta.com.
- Alejandro Salas Mezcuá, profesor de economía (está en Instagram como @econoalejandro).
- Sandra Ferreres Monllau.
- Marta, jipi de largo recorrido.

Gracias al esfuerzo y energía que invirtieron, la novela ha ganado muchísimo (pero MUCHÍSIMO) respecto a la primera versión. No sería lo que es sin ellos y no tengo palabras suficientes para agradecerles su trabajo.

En el colegio San Estanislao de Kostka, en Málaga, pasé dos de los años más felices de mi vida mientras estudiaba bachillerato. Todas las cosas buenas del Santa Catalina están inspiradas en él; las cosas menos buenas son total y completamente fruto de mi imaginación, y cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Gracias a Pepa Cartini aka Josy, mi compañera de clase en bachillerato y más tarde de piso, por darme la idea para la novela y un curso extenso de cultura paleña: entre otras cosas, por enseñarme que lo primero que se hace en una pelea es recogerse un moño y quitarse los pendientes. Gracias también por esa frase que la madre de Lorena tomó prestada del Papo: «tú la cabeza alta, Josefina, como una reina».

Xavier Medina ha hecho lo que ha podido para darle a la parte legal del libro cierta verosimilitud, y me ha ayudado a buscar opciones para encajar la ley en la trama sin liarla demasiado. Los aciertos son suyos y los errores, míos.

A lo largo de los años que ha tardado esta novela en ver la luz, María Fonet ha sido compañera de *accountability*, betalectora, oído paciente al otro lado del teléfono e inspiración. Muchas gracias por tu generosidad y por seguir creyendo en mí pese a los tumbos que dan mis opiniones.

Ranjana TN se reunió conmigo semana tras semana durante casi dos años para hablar de la escritura y de la vida. Mucha gente te decepciona cuando la conoces en la vida real; Ranjana

superó mis expectativas con creces y es un honor llamarla mi amiga.

Javier, mi exasistente virtual convertido a jefe y después a amigo, se ha encargado de la maquetación, las *keywords* de Amazon y otros misterios digitales, además de inspirarme con su enloquecedora productividad y convencerme para que me presentara al concurso de Amazon. El primero que se compre la isla privada le debe un apartamentito al otro.

Laura Bernaldo de Quirós me explicó cómo funcionan las agencias que trabajan con el famoseo y lo acompañó con consejos de cosmética, que nunca sobran.

Aaron Marco es el mejor entrenador de *powerlifting* que alguien puede tener. Durante el (por desgracia breve) tiempo que pasamos juntos, me tomó en serio, me trató como a una atleta e hizo que me enamorara de la precisión, la disciplina y la poesía de los *big lifts*. Una de las grandes pérdidas de irme de Granada fue no poder seguir entrenando con él hasta volverme la mujer más fuerte del mundo.

Mientras me supervisaba en el centro de salud mental de Vejer de la Frontera, Anxo Bastida me inició en el fascinante mundo de la hipnosis clínica. Gracias por eso y por todo: por los libros, la introducción al monovocalismo y las conversaciones de vuelta a Cádiz mientras matábamos el hambre con un Magnum. Tu sabiduría macarra me acompañará siempre.

Javier Arroyo ha corregido con mimo la novela y ha tenido la paciencia de añadirme las 34712 comas que, al parecer, me gusta comerme para desayunar.

Gracias a mi niña Alana por ser la criatura más luminosa que conozco. Me basta mirarte para acceder de inmediato a todo lo que es bueno y limpio en este mundo. Escribo para que siempre me tengas cerca.

A mi bebé Atlas, mi niño risueño de ojazos azules, gracias por dormir la siesta por las mañanas y darme espacio para acabar este libro de una p*ta vez.

Y, por último, a mi marido, Pablo, que a ver si esta vez se entera de que en las dedicatorias el más importante va al final. Gracias por el inconmensurable regalo de darme espacio y tiempo para escribir. Sé que si matara a alguien, me preguntarías: «¿Qué ha hecho?», y la seguridad de que estás siempre de mi parte me vuelve invencible. Te amo.

Una conversación con Marina Díaz

Cuando leo una novela, me gusta saber un poco más del «detrás de las cámaras», así que al terminar *Lo que Berta no sabe*, pedí a los betalectores que me mandaran sus preguntas sobre el proceso de creación del libro.

Aquí tienes una selección de las que me han parecido más interesantes. ¡Espero que las disfrutes!

¿De dónde sacaste la idea para «Lo que Berta no sabe»?

La idea original vino de Josy, que fue mi compañera de clase en bachillerato y, más tarde, compartió piso conmigo en Granada. Josy es del barrio de El Palo, en Málaga, de toda la vida, y me contaba cosas de la parte más profunda que me daban una mezcla entre risa y miedo.

Una vez, mencionó que a una chica (una vecina o una amiga, no lo tengo claro) la habían secuestrado otras niñas. No recuerdo más que eso: la idea del secuestro de unas adolescentes a otras.

En algún momento, esa idea se mezcló con mi deseo de ambientar una novela en El Palo. Como cuento en *Lo que Berta no sabe*, la zona este de Málaga es curiosa porque en pocos kilómetros encuentras a gente de muchas clases sociales. Hice el bachillerato en el San Estanislao, un colegio concertado de Echeverría y, como en el caso de Berta, en mi clase había una mezcla a la mar de variopinta. Me atraía la idea de hablar de tres mujeres, que en mi cabeza eran *la Pija*, *la Jipi* y *la Merdellona*, que habían compartido tiempo y espacio en una época importante de sus vidas aunque no tuvieran mucho que ver una con la otra.

A partir de ahí, fui construyendo el misterio y, como pasa a menudo cuando se escribe ficción, muchas cosas no tengo ni idea de dónde han salido. El personaje de Salva apareció de la nada y no está inspirado en nadie. La sexualidad de Camino me sorprendió incluso a mí. Al final, lo que quería era tejer una historia con muchos recovecos que sorprendiera en cada capítulo. Espero haberlo conseguido.

¿Cuánto hay de autobiográfico en ella? ¿Qué tienen de ti los personajes?

Creo que era Rosa Montero la que decía que un escritor es como un caracol que deja sus babas sobre todo lo que escribe. Hay rastros de mí en muchas partes: la lucha interna entre cambio y arraigo que mantiene Berta, el pragmatismo rayano en la psicopatía de Camino, el sentido del humor de Lorena o el amor de Nacho por el *powerlifting*. Algunas de las frases que dice Valle en la consulta las usaría yo, aunque otras muchas no.

Al estar ambientada en Málaga, también hay muchos detalles que son calcados tal cual de mi adolescencia allí, como las napolitanas en la panadería de Antonia durante el recreo o sentarme en un banco del paseo a comer pipas. La visita a la cueva donde el guía apagó la luz y nos habló de un padre y su hijo muertos ocurrió de verdad y, pese a que no tengo claustrofobia, todavía la recuerdo con horror.

¿Por qué elegiste Málaga como escenario?

La idea original estaba directamente relacionada con Málaga y con la zona de Pedregalejo, Echevarría y el Palo. Imagino que podría ambientarse en otras ciudades y en otros barrios, pero yo conozco esos y desde el principio me fue imposible separarlos de la historia y los personajes.

Además, en un momento, digo de Berta y Málaga que «en ningún otro lugar del mundo tenía ella un conocimiento tan íntimo de cómo funcionaba la realidad», y a mí me pasa lo mismo. Criarse en una ciudad es como hablar tu idioma nativo: lo llevas en los huesos, sabes cómo se expresa la gente y a qué huele el aire, y me parece que todos esos pequeños detalles dan a la historia más textura y más vida.

¿Has hecho algún trabajo de investigación para escribir la novela? ¿Sobre qué?

Con algunos temas del libro ya tenía experiencia. Soy psicóloga clínica, así que me consideraba capacitada para crear un personaje con una historia de abuso sexual, teniendo en cuenta, además, que cada persona es distinta y no hay un manual sobre cómo puede afectar una experiencia a alguien, y también que estamos leyendo ficción y no un estudio de caso.

Quería que apareciera el *powerlifting* en la novela porque he tenido la suerte de vivirlo de cerca en estos años y he comprobado en mi piel cómo cambia tu cuerpo y tu mente. Trabajé durante un tiempo con un fabuloso preparador italiano, Aaron Marco (Aaron sin tilde, como lo llamaba en mis newsletters), que por casualidad tenía el local a cincuenta metros de mi casa, y gracias a él he podido darle autenticidad a la parte del entrenamiento de Lorena.

Las áreas sobre las que he investigado más han sido la fotografía y la piel de mariposa. Para aprender sobre la enfermedad, utilicé material de la asociación DEBRA Piel de Mariposa y vídeos, y aunque pensé en contactar directamente a alguien que conociera a un niño con esta enfermedad, me dio como pudor y nunca lo hice. Espero que el retrato que he hecho de la situación haya sido respetuoso y adecuado.

Sobre fotografía leí varias memorias estupendas. Es un arte que me fascina y me encantaría aprender en otra vida, y pese a la pereza que me da siempre investigar, disfruté mucho observando fotos famosas y aprendiendo más sobre el proceso. Los libros que más me gustaron fueron *Road to Seeing*, de Dan Winters, *Hold Still*, de Sally Mann, y *Annie Leibovitz at Work*, de Annie Leibovitz. La historia de Berta como prodigio de la fotografía, así como el estilo que me imagino para su trabajo, se parecen un poco a los de la increíblemente talentosa y obscuramente joven Olivia Bee.

¿Alguno de los personajes está inspirado en la realidad, ya sea física o psicológicamente?

Siempre hay pinceladas de lo real en la ficción, aunque diría que las tres protagonistas han acabado desarrollando una entidad propia y no me recuerdan a nadie en concreto.

Nacho, sin embargo, es una mezcla indiscutible entre Aaron, mi entrenador, y un chico monísimo y jovencísimo que iba a la misma hora que yo al gimnasio durante aquella época y del que (lo confieso) estaba platónicamente un poco colgada.

¿Hay en esta historia algún personaje o escena en la que hayas sentido que mostrabas algo de ti que nunca habías enseñado o que te diera especial pudor?

Enlazando con la pregunta anterior, me daba vergüenza que Lorena se enamorara de su entrenador, porque muchos de mis lectores saben que yo estuve entrenando con Aaron sin tilde y temía que pensarán que era autobiográfico. Nada más lejos de la realidad: adoro a Aaron y es brillante en lo que hace, pero es tan borde que tienes que reírte y físicamente no es mi tipo. Ya he dicho que a mí el que me molaba era el jovencito del gimnasio, pero eso no me da pudor confesarlo, porque yo soy muy consciente de que si Pablo me dejara por otra, me volvería *cougar*.

Además, reconozco que muchos de los pensamientos de Camino me representan. No me refiero a su ideología y mucho menos a su religión, porque, aunque me gustaría, no soy creyente, pero sí a esa incorrección política ocasional y a ese llamar a las cosas por su nombre y tener poca paciencia con el mundo. Mis lectores de no ficción me tienen por una persona más o menos buena, así que mostrar esos pensamientos me daba reparo. Por otra parte, mis lectores también saben que no somos nuestros pensamientos, y además son gente con un impecable sentido del humor, así que confío en que no me cancelen.

¿Puedes contarnos alguna curiosidad, casualidad o similar que te haya ocurrido escribiendo la novela?

Cuando se me ocurrió que Berta creara un proyecto fotográfico basado en los crímenes famosos de la provincia de Málaga, hice una búsqueda rápida para sacar un par de ejemplos, y cuál no sería mi sorpresa al descubrir que una de las víctimas, un abogado de 56 años al que asesinaron en 2012, se llamaba nada más y nada menos que Salvador Andrés.

Ni Salvador ni Andrés son un nombre y un apellido especialmente comunes, así que la coincidencia me dio más de un escalofrío. ¿Conocía mi subconsciente el caso? No lo creo, no me sonaba lo más mínimo, y sé perfectamente de dónde saqué el nombre: «Salvador» porque es el personaje que viene a *salvar* a Berta, o eso cree ella al principio, y Andrés porque era el apellido de una compañera de clase y me pareció que pegaba. Es una casualidad, pero una casualidad muy curiosa.

Otra curiosidad es que en el primer borrador, Camino no se liaba con Elka hasta el final, y en medio tenía una aventura con otra tía *random*. En esa versión, Elka se llamaba Natalia. El nombre no me encajaba nada y no sabía por qué. Entonces, decidí cambiarlo por Elka y, de repente, supe que Camino y ella tenían que juntarse mucho antes y modifiqué un montón de aspectos de su relación. Como que el nuevo nombre colocó al personaje y a la historia en su sitio.

Me acabo de dar cuenta de que las dos curiosidades tienen que ver con los nombres, y no me extraña demasiado, porque es un tema que me fascina.

Por cierto, los nombres iniciales de las protagonistas iban a ser Clío (por Berta; sí, como el coche), Marta (por Camino) y Lorena.

De las tres protagonistas, ¿cuál es tu favorita? ¿Con cuál te sientes más identificada?

Desde el principio, me gustaba muchísimo Camino. Me parece una mujer interesante, compleja, políticamente incorrecta y, pese a todo, con su corazoncito. Me hace mucha gracia lo bruta que es y la forma implacable en que funciona su cerebro y, como ya he dicho, estoy de acuerdo con ella en más de una cosa (como cuando le dice mentalmente a la camarera: «leche, hija, leche de la de toda la vida»). Su historia: su pasado, sus motivaciones y sus valores me resultan los más interesantes. Quería que el lector acabara la novela sin tener claro si Camino es buena o mala, que nunca llegara a redimirse del todo y siguiera diciendo y haciendo cosas que nos hacen sacudir la cabeza; pero que, al mismo tiempo, le tuviera cariño y cierta compasión.

Sin embargo, he de decir que, sobre todo en las últimas revisiones, he acabado apreciando mucho a Lorena. Me he reído con sus ocurrencias y he disfrutado un montón tratando de encontrarle el punto a su voz narrativa. De las tres, creo que es con la que mejor me llevaría en la vida real. Nos hartaríamos de reír.

¿Y de los secundarios? ¿Quién te cae mejor?

Más allá de mi confesado cuelgue por Nacho, me resultan muy entrañables tanto las hermanas de Berta como Fali, el hermano de Lorena. Paz y Amor son esas mujeres andaluzas, graciosas y disfrutonas, que dan lo que sea por ayudar a alguien de su familia y que se toman la vida sin demasiadas complicaciones. A Fali me lo imagino como un tío guapo y muy brillante, simpático a rabiar, pero con un mundo interior muy turbulento. No me habría importado que apareciera más.

¿Qué escena o escenas te costó más trabajo escribir?

Las de Berta con Valle, su psicóloga. No solo porque yo soy psicóloga y quería que reflejaran lo que puede ocurrir en una terapia de forma más o menos fidedigna, sino porque son escenas donde visualmente no pasa demasiado y donde la trama tiene que avanzar, pero no de forma muy obvia. No puedes hacer como cuando Ned Flanders ve los vídeos de sus padres y dice «¡Odio a mis padres! ¡Estoy curado!», pero tampoco te puedes pasar páginas y páginas mareando la perdiz, porque la gente se aburre.

La historia de Berta es, en mi opinión, la más sutil. En su arco narrativo, lo que va desencadenando sus acciones no es solo lo que le pasa por fuera, sino las conclusiones a las que va llegando y lo que ocurre dentro de su cabeza. Todo eso tenía que quedar claro, pero no se lo iba a dar masticado al lector. Así que sí, esas escenas de terapia han sido las que he tenido que reescribir más veces.

¿Cómo se te ocurrió el título?

A diferencia de mi novela anterior, no me costó mucho dar con el título. Lo pensé un día y me pareció que encajaba: es intrigante y habla a la vez de la meta externa de la protagonista

(averiguar lo que pasó) y la interna (descubrir que lo que ocurrió con Salva fue abuso y no culpa suya, y que la relación con el sosaina de Matt no la lleva a ninguna parte y quiere volar sola).

Si la novela llegara al medio audiovisual, ¿quién te gustaría que representara a los protagonistas?

Mi Camino soñada sería la grandísima Úrsula Corberó, y ya con eso me podría morir tranquila. Si pudiera pedir más, Miguel Herrán haría de Nacho, porque me encanta que está guapo serio y luego te suelta unas sonrisas que te desarman, y la muy hermosa y elegante Diana Gómez sería una espléndida Berta.

¡Ah! Y me encantaría que Dani Rovira hiciera un cameo como Nico Zurita (o como él mismo), porque admito que ese personaje está muy inspirado en él.

Si pudieras darle un consejo a la Marina del pasado que aún no ha empezado a escribir esta novela, ¿cuál sería?

No le daría ninguno porque estoy extremadamente satisfecha con el resultado y, a pesar de los años que me ha llevado y de la sensación de avanzar demasiado despacio, creo que el aire y la experiencia entre una revisión y otra han contribuido a hacerla como es.

Esto no quiere decir que piense que tardar tanto en escribir un libro es ideal, porque no lo es y es algo que quiero mejorar en el futuro, pero quizá es lo que esta novela en concreto necesitaba.

¿Qué pasa cuando descubres el secreto de la chica más popular de tu clase?

Virginia ha perdido todo lo que quería en un instante. Estaba destinada a las Olimpiadas, pero una lesión y el divorcio de sus padres la han expulsado de su fabulosa vida en París y de su carrera como gimnasta.

Desterrada en Málaga, no le queda más remedio que intentar hacerse un hueco en la implacable jerarquía social del Santa Catalina. Cuando averigua por accidente el secreto mejor guardado de la perfecta delegada de clase, tendrá por fin la oportunidad de hacerse notar.

Pero Virginia no sabe que Camino Atienza no es de las que perdonan y olvidan, y la venganza es un plato que se sirve frío...

¿Hasta dónde está dispuesta a llegar Camino para proteger su secreto máspreciado?

Para leer *Se sirve frío*, el relato-precuela de *Lo que Berta no sabe*, y descubrir más sobre los entresijos del Santa Catalina, escanea el código QR o ve a: <https://psicosupervivencia.com/se-sirve-frio/>

¡Te espero allí!

